



El séptimo círculo

Kenneth Royce

En el hampa



de

Otra vez Spider Scott debe mezclarse con la vida del hampa, porque, aunque es un exconvicto, especialista en robos de objetos de arte, también es el hermano de Dick Scott, detective del Departamento de Policía. Un crimen pondrá en peligro la carrera de su hermano, su libertad y la seguridad de Maggie, su novia. El único crimen posible es el robo más audaz del siglo: la Tate Gallery. Spider tendrá que arriesgar todo para ganar.

OceanofPDF.com



Kenneth Royce

En el hampa

Spider Scott - 4

El séptimo círculo - 309

ePub r1.0

Titivillus 17.10.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Spider Underground*

Kenneth Royce, 1974

Traducción: María Angélica A. de Vértiz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A Stella

OceanofPDF.com

Con mi agradecimiento a Terry Measham de la Tate Gallery y
a Reg Clarke de los Servicios Principales de Drenaje, y con
mis profundas disculpas por haber trastornado sus
respectivos mundos.

OceanofPDF.com

1

LAS PUERTAS dobles de cristal golpearon detrás de nosotros, y Maggie se prendió de mi brazo cuando descendíamos los pocos peldaños que nos separaban de la calle. Estaba oscuro y razonablemente tranquilo y el aire nocturno era agradable aunque fresco para ese lugar de Londres. Un taxi anhelante pasó lentamente con su bandera levantada. Nos detuvimos al pie de la escalinata, el cabello color castaño de Maggie rozaba mi hombro.

—¿A dónde? —pregunté. No había muchas opciones de paseo a esa hora de la noche, en Holland Park.

—Vayamos al parque. —Maggie empujó mi brazo y empezamos a caminar. No me entusiasman mucho las caminatas; me recuerdan demasiado a los ejercicios circulares en los patios de los diferentes presidios en los cuales estuve. Pero convine en que no había restricciones ni tipos miserables espiándonos, así que salimos sin arrastrar una cadena y su bola de hierro.

No alcanzamos a ir lejos. Una mole dio vuelta a la esquina de los departamentos y arremetió hacia nosotros con la cabeza agachada y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. No nos había visto, su mirada estaba fija en el suelo a pocas pulgadas de las puntas de sus zapatos. Sujeté el brazo de Maggie para mantenerla quieta y nos quedamos firmemente tranquilos al paso del preocupado transeúnte. Si no nos hubiésemos movido en el último momento él habría tropezado con nosotros, su cabeza se sacudió

como si de repente se hubiera despertado de una profunda hipnosis y se quedó momentáneamente atónito.

—Lo siento. Yo...

—Despierta polizonte. ¡Mira adónde vas!

Sus ojos se agrandaron al mirarme y Maggie rio.

—¡Oh Dick! —exclamó—. ¡Tendrías que verte!

Demoró en reconocernos y cuando lo hizo fue más con disculpa que con cariño. Había envejecido en el corto tiempo desde nuestro último encuentro.

—¿Estás bien? —Lo observé en esa media luz.

—Siii... —Trató de sonreír pero fracasó—. Iba a tu encuentro; pensé que estabas en casa de Maggie.

Maggie fue más rápida que yo para percibir que Dick no era el mismo.

—¿Querías ver a Willie?

—No, está bien Meg. No quiero estropear nada.

—No estás interrumpiendo nada. Solo íbamos a caminar. Tú sigue con Willie y yo regresaré a prepararles café para cuando vuelvan.

Recién ahí capté la percepción de Maggie; Dick estaba preocupado, su mente en otra cosa.

—No Meg...

—Willie, mueve a ese hermano tuyo. Los veré más tarde.

Para evitar una discusión, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta principal. Cuando desapareció, Dick sacudió la cabeza disgustado.

—¡Oh diablos! Yo no quería echar a perder su noche.

Puse mi mano sobre su hombro.

—No lo haces. Ya conoces a Meg. Y ahora dime, ¿qué pasa?

Caminamos lentamente hacia el parque mientras Dick ordenaba sus pensamientos. No lo apuré. Parecía notablemente más bajo que yo pero eso era porque estaba encorvado; de hecho ambos éramos altos, pero yo lo sobrepasaba por un centímetro. Su pelo oscuro caía desordenado sobre los ojos tristes y me parecía que había

perdido peso aunque nunca lo tuvo en exceso. Desearía poder siempre vanagloriarme de lo mismo. Era todo músculos y huesos y su recta pero ligeramente ensanchada nariz, estaba implantada sobre lo que podía ser descrito como la mandíbula agresiva típica de nuestra familia. Las diferencias entre nosotros eran mayores en nuestras mentes: nuestros proceder es eran diferentes. ¡Diablos! Tenían relación con mi prontuario y su carrera policíaca. Dick era tan derecho como yo una vez fui deshonesto. En el fondo de mi corazón sabía que él era especialmente derecho *porque* yo había sido corrupto... como para compensar mis errores.

Por todo ello existía una rara unión entre nosotros. No podían existir dos hermanos más estrechamente unidos emocionalmente. Unos pocos años nos separaban, los suficientes para hacerme recordar a mí la violenta pelea entre nuestros padres y a él, el haberlos perdido. Porque soy lo que soy, porque todavía siento una periódica tentación de retornar al crimen, porque puedo ver sus fallas y reconocerlas, siempre fue para mí vitalmente importante, asegurarme de que Dick siguiera el camino recto, no porque él necesitara mi ayuda sino porque yo era muy consciente de la desventaja que significaba para él, el tener a un tipo deshonesto por hermano. Una vez yo robé en la Legación china para proteger su carrera. Aún ahora iría a la cárcel, si con ello lo pudiera ayudar y eso, para mí, es la mayor pesadilla de todas. Ese terrible sentimiento de protección hacia él podía muy bien estar acicateado por mi conciencia culpable pero creo que debía ser algo más profundo. Después de todo él sentía lo mismo por mí. Quizás fueran las reales diferencias entre nosotros lo que fortalecía nuestra unión. Así que, con algo de aprensión, detecté su desasosiego, sintiendo que él de alguna manera estaba amenazado.

Mientras caminábamos, yo lo observaba con disimulo. Dick era fuerte, no se alteraba con facilidad. Generalmente tenía un tipo de buen humor, siempre listo para embromarme y aguzar sus pullas contra mí. Pero también podía ser serio, lo era en su trabajo, así que

era fácil adivinar que su actual aire sombrío estaba conectado con su ocupación.

Caminamos en silencio doblando por el parque, hacia una de las tranquilas calles del fondo. De repente Dick dio una fuerte patada con el pie derecho a una lata vacía que algún vagabundo había tirado; la lata rodó y saltó en la calle desierta hasta que se detuvo. Hasta eso señalaba nuestras diferencias. Yo era zurdo con el pie aunque diestro con la mano; jugábamos en campos opuestos en el parque en nuestros días futbolísticos.

—¿Te sientes mejor con eso?

—Imbécil —dijo. Su cara estaba morada de rabia como si quisiera matar a alguien.

—No adelantamos mucho —sugerí.

—Me han suspendido. —Estalló con una corta explosión al igual que un corcho de una botella de sidra.

Me quedé tieso y aferré su brazo.

—¿Has sido qué?

—Suspendido. Acusado de soborno.

—Debes estar bromeando. —Nos quedamos mirándonos casi sin darnos cuenta de que una muchacha apurada, que se quedó observándonos con curiosidad, nos cedió un amplio espacio; debió pensar que nos estábamos evaluando para una pelea. No pude entender lo que me decía. ¿Soborno? ¿Dick? Me estaba volviendo loco—. Empieza despacio —gemí—. Tómame tiempo. —Empezamos a caminar pero apenas avanzábamos.

Dick parecía aliviado al haber soltado su secreto.

—Un periodista ha suministrado una información contra mí, alegando corrupción. No la dio por escrito, simplemente lo dijo verbalmente.

—¡Eso no puede ser suficiente para suspenderte, por Dios! Tienen que probarlo.

Dick sacudió la cabeza lentamente; se debía sentir de la misma forma en que yo me sentía; frustrado y lívido y deseando estrangular

a quienquiera que lo hubiera urdido; jamás se me ocurrió pensar que pudiera ser culpable.

—En este estado no es necesario que sea probado —explicó—. El periodista se pone en contacto con la policía, se designa a un oficial de Investigaciones; este pide un informe sobre la fuente de la información, si el diario se rehúsa a proporcionársela entonces el asunto muere ahí mismo. Pero si le dan el nombre del informante, entonces el oficial va a ver a esa persona; si queda satisfecho entonces es un caso de investigación; el acusado, ese soy yo amigo, es suspendido de inmediato... con paga entera —añadió con amargura.

—¡Así nomás!

Dick hizo una mueca. Miraba por si encontraba otra lata para patear.

—La persona que escribió la nota puede que no sea el informante; alguien debe haberlo puesto sobre la pista, dado el texto del relato, verdadero o falso. No es nada nuevo, Spider, es una vieja, vieja historia.

Empezaba a sentirme mejor.

—Mira, si eres inocente, no tienes por qué preocuparte. Ya sabes que la policía juega limpio con los delincuentes. ¿Estoy en lo cierto al decir que la mayoría de los polis están limpios de esos cargos?

—Así es —asintió—. Pero esto no es tan sencillo. Depende de que caven muy hondo.

Acusé el impacto.

—¿Piensas que pueden desenterrar nuestro parentesco? —Dick bajó la cabeza—. ¡Por Cristo! —dije—. No te pueden castigar por mí.

Colocó una mano sobre mi hombro presionándolo.

—Oficialmente no. —Luego dándose cuenta de la desventaja palmeó mi espalda—. No lo tomes equivocadamente, Spider. Nada puede destruir lo que nos une. He sido realista al pensar en voz alta. La policía es mi vida. No sé por qué, ñero así es. Gozo persiguiendo

malvivientes en la misma forma que tú lo hacías evadiéndonos. Sin el uno, el otro no existe. Pero tengo que ir al fondo de esto y es malditamente difícil estando suspendido. Quisiera terminarlo con rapidez antes de que la investigación salga a la luz. Estoy muy preocupado por eso.

—¿Quién se supone que te ha pagado?

—Se supone que a esta altura no debía saberlo pero es Max Harris. Por eso vine a verte, para pedirte tu opinión.

—¿Max? ¿El viejo Max? —Me sentí ligeramente enfermo—. Max sabe que eres mi hermano. Él no lo haría.

—No, a menos que tuviera motivos.

—Sé que Max paga a los polis pero eso no lo beneficiaría mucho ¿verdad? Max no me traicionaría. —Max traicionaría a cualquiera pero yo tenía afecto por ese viejo canalla y le había hecho algunos trabajitos unos pocos años atrás.

—Mira —proseguí—. Tal vez alguien lo esté presionando. —Tuve una idea pero si se la decía con probabilidad se preocuparía por mí.

—Ya se me ocurrió eso —dijo Dick. De repente se le iluminó la cara como si tomara una decisión sobre algo.

—No regreso al departamento, Spider. Explícaselo a Maggie en mi nombre; ella comprenderá. —Hizo una mueca no muy convincente—. Me pondré en contacto contigo. Gracias por escucharme.

Nos estrechamos las manos y se retiró más velozmente que cuando llegó. Lo miré cuando desaparecía y para demostrarme que lo advertía, levantó una mano y la agitó sin darse vuelta. Más bien tontamente, le respondí con un pequeño saludo. Yo estaba profundamente preocupado por él. Si teníamos diferencias también teníamos similitudes; solo esperaba que él no actuara impulsivamente.

Cuando regresé al departamento de Maggie, esta estaba escondida detrás de unos anteojos verdes con montura cuadrada como para protegerse de lo que estaba ocurriendo.

—¿Problemas?

—Problemas.

Coloqué mi brazo sobre sus hombros deseando que me tranquilizara y sabiendo que ella no lo podía hacer. Dick necesitaba alguien como Maggie, reflexioné. Alguien a quien amar y que siempre estuviera dispuesta a tratar de entender no importara qué. Su sublime fe en la justicia me asustaba a veces, pero ella seguía derecho hacia adelante y no fue contaminada por mí; en realidad fue al revés. Pero esa era solo una razón por lo que ella significaba tanto para mí. ¡Había tantas otras razones!

—Su trabajo está amenazado —le dije— y ya sabes lo que eso significa para él.

—Y para ti —me contestó en voz baja.

Le expliqué algunas cosas y la velada se nos estropeó.

Teníamos mucho trabajo en mi oficina y yo debía mostrar mi cara durante la mayor parte del día en la Agencia de viajes XYY, que por fin estaba dando razonables dividendos. Cuando aumenta el número de criminales, aumentan los beneficios de la compañía, porque la mayoría de los malvivientes compran los pasajes por mi intermedio. El personal me era leal; la joven Lulú, siempre retocando exageradamente su cara a pesar de que se veía curiosamente inocente por encima de una máquina de escribir, mientras a intervalos trataba de ser maternal conmigo como una precoz anciana; un gordito lleno de energía con un rápido ingenio arrabalero. El joven Charlie Hewitt estaba dejando crecer su pelo rubio pero era un buen muchacho y el cargo de jefe que le di lo tenía bien merecido. Las cosas se deslizaban tranquilamente sin mí y el personal había aumentado a seis. Pero a veces ocurría que yo colaboraba para facilitar las cosas y este era uno de esos días.

Así que no fue hasta la noche que pude encontrar a Max Harris. Le telefoneé a Maggie para postergar nuestro encuentro y como ella estaba trabajando hasta tarde en las Naciones Unidas, todo quedó arreglado.

Max vivía en una gran casa en la esquina, en Maida Vale. Era un lugar eduardiano, pobretón, en el cual él se hacía la ilusión de estar en el anonimato. Exteriormente había poca diferencia entre las casas, exceptuando el maderamen pintado como un muestrario de lápices labiales.

El portón de hierro tenía el ancho justo para entrar sin raspar el frente de la casa y levanté la vieja aldaba para llamar en vez de hacerlo con la campanilla. Un Daimler Sovereign, gris plateado, se lucía al costado. Adiviné que Max no tenía problemas para tener un lugar libre para estacionarlo, a menos que hubiera cambiado mucho.

Su mujer abrió la puerta, su mirada se endureció al reconocermme aunque pretendió ignorarme. Se había vuelto una rubia desagradable, de rulos apretados, que la hacían parecer de granito. Tenía buen aspecto, si a uno no le importaba que fuera pétreo. Un brillante de tres quilates me iluminó cuando ella levantó su mano para sujetar la puerta.

—¿Sí?

Sonreí.

—Soy el detective superintendente Scott, madame. ¿Puedo hablar unas palabras con su esposo?

Se controló pero rápidamente cedió.

—¡Oh! ¿Es usted? Pensé que todavía estaba cumpliendo su sentencia. No estoy segura si Max querrá verlo.

—¿Por qué no se lo pregunta, Chrissie, mi viejo amor? Si me retiene en la escalera mucho tiempo los vecinos van a hablar.

—Es mejor que entre.

Yo había estado ahí antes. Hacía mucho tiempo. La decoración muy recargada; los muebles eran una desagradable mezcla de viejas y costosas maderas. Max reconocía siempre las cosas de valor pero su gusto era endemoniado. Para Max, la ostentación se reflejaba en mostrar a la gente que uno era rico. Como no necesitaba de créditos uno tema que pensar que él había dado un buen saque a su cuenta corriente para abarrotar las paredes. Chrissie me introdujo con renuencia en la sala; no era en realidad

que la disgustara pero yo no era suficientemente importante para mezclarme en sociedad con Max y ella creía firmemente en el *status*.

—Eres una *snob* Chrissie —le susurré según me adelantaba hacia la figura que había estado apoltronada y ahora se levantaba frente de un televisor en colores.

—¡Spider, mi viejo compañero! —Max vino hacia mí con sus fuertes dientes asomándose en una sonrisa, bajo un prolijo y tupido bigote. Quedé sorprendido de ver que se había teñido el plateado de su espesa cabellera, que crecía de cualquier manera, sin por eso parecer desprolijo. Ningún peine podía domar esa jungla. Su rudo aspecto parecía incongruente dentro de su *fumoir* de terciopelo rojo que, Chrissie, probablemente le había dicho era el último grito de la moda. Antes nunca me había parecido vanidoso. Quizás el dinero y la madurez lo habían suavizado pero su apretón de manos seguía siendo enérgico y sus ojos ligeramente cambiantes parecían genuinos al demostrar complacencia al verme.

—¿Vuelves a trabajar de nuevo conmigo? Toma asiento, compañero, toma asiento.

Traté de sentirme cómodo. Max lucía bien, pero era porque ya no tenía que preocuparse por cantidades pequeñas. No había estado encerrado en los últimos quince años y la conciencia de eso le daba una fácil seguridad. Sus rasgos tenían una gran atracción aunque parecía que su piel había sido raspada. Si Max tenía remordimientos de conciencia, lo cual era un fantástico pensamiento, entonces estos debían haberse liberado en cada afeitada y mostrado su lastimosa cara para hacerlo recordar su famélica y dura infancia. Max era duro y terco y totalmente decidido a ser el mayor reducidor del país.

Para demostrar que no se había olvidado, me alargó un vaso de jugo de manzanas de la fábrica Cox y Bramleys y se sirvió para él media medida de *whisky*.

—¿Qué pasa conmigo? —se quejó Chrissie.

Max la miró y luego se dio vuelta hacia mí.

—¿Se trata de un asunto, Spider?

Asentí.

Max agarró una botella de Pimm y la empujó hacia Chrissie.

—Atóntate con esto en otra habitación.

Ella me arrojó una mirada de odio porque temía dirigirse directamente a Max y luego se largó dando un portazo.

—¡Salud, Spider!

No me había engañado. Max necesitaba el agudo ingenio de Chrissie cuando las cosas andaban mal y ella era más ducha que él para colocar la mercadería.

—Bueno —dijo después del primer trago—. Oí que te habías retirado del juego. ¿Quieres volver?

Sacudí la cabeza pensando cómo pasar el huevo sin romper la cáscara.

—Te puedo dar trabajo —ofreció cordialmente—. Los artistas en cada especialidad están desapareciendo. En estos tiempos los trabajos se hacen en equipo.

Miré alrededor de la habitación. No había nada ni remotamente fuera de lugar. Miré hacia atrás a la mole de hombre que era Max Harris y recordé de qué manera había alcanzado la cima de ese árbol particular suyo. ¿Se había ablandado o todavía reaccionaba como un toro? Parecía encontrarse feliz conmigo pero hasta entonces había ganado mucho dinero sin mí, y yo siempre mantuve limpio su nombre. Me gustaba.

—Está corriendo una noticia que no te va a gustar. —Le di la oportunidad de simular ignorancia.

Sus ojos se entrecerraron y su mano se endureció contra el vaso.

—¿Es un hecho?

—Dicen que dejaste filtrar cierta acusación a un periodista.

—¡Vamos! —Sonreía—. No es mi estilo.

Y no lo era por lo menos en la forma en que yo lo había dicho.

—Un joven poli ha sido suspendido de resultas de eso. El cargo es que ha aceptado soborno de tu parte.

Max se volvió de piedra. Perdió color y sus ojos se movieron de un lado a otro como vigilando sus propios pensamientos. Su actitud se acercaba a lo criminal, pero recuperó sus sentidos y la mirada que me deparó sobrepasó la dureza del brillante de Chrissie.

—¿Cómo se llama?

¿Así que *estaba* sobornando a la policía?

—Tú debes saberlo.

—No juegues conmigo, Spider. ¿Cuál es ese maldito nombre?

—Dick Scott.

Pareció atontado y luego confundido. Perdió algo de su rigor y yo casi hubiera jurado que respiró aliviado.

—¿No será tu hermanito?

Asentí.

—¡Por Dios! ¿Crees que soy tan estúpido para tratar de sobornar a tu hermano?, y si lo fuera ¿qué clase de loco maldito sería de largarlo a la prensa? ¿En qué me estás tratando de embrollar?

Max se puso de pie, se quitó su *fumoir* de terciopelo como si de repente se diera cuenta de lo ridículo que se veía con él; aflojó su corbata titubeando y empezó a gritar.

—Tranquilo Max. Te estoy informando simplemente.

—Tranquilo sería ser un imbécil. Me estás acusando de cortarme la garganta y la de tu hermano también. —Se sentó pesadamente mirándome con furia—. Nunca le pagué un centavo. Ni siquiera lo conozco y menos aún le he dado publicidad.

—Alguien cantó. Si estás limpio de soborno puedes tratar de incriminar a un poli, a sabiendas de que vas a salir bien parado y el poli quedará con una mancha.

—Hay otras formas de incriminar a polis sin mezclar mi nombre en eso.

—Mientras tanto Dick está suspendido y la investigación hurgará hondo en tus asuntos.

—Eso es lo que me hace hervir la sangre. No soy suicida.

Empezaba a parecer cierto. Max era un ser primitivo. No había cambiado.

—Entonces, ¿quién? —pregunté—. ¿Quién tiene interés en molestarlos a Dick o a ti?

Max se detuvo a reflexionar. Una parte de su personalidad era agresiva pero además era un reducidor astuto. Se pasó la mano por la cabeza.

—Hay solo un bastardo que pienso que puede haber ido tan lejos: Norman Shaw.

—Iba a preguntar qué había sido de él.

Max se sirvió otro *whisky*. Se lo veía ahora tranquilo aunque furioso.

—Hace algún tiempo que rompimos nuestra sociedad. Desde entonces ha tratado de sobrepasarme.

—Yo pensaba que había campo para ustedes dos.

—Yo tengo muchas ventajas. Estoy hace mucho tiempo en esto. Así que él ha estado haciendo trabajitos con su suave estilo. Es, como sabes, un diablo habilidoso.

Cuando yo hacía trabajos para Max, Norman Shaw trabajaba con él. Entre los dos hacían una buena pareja: Max podía ser considerado como una fuerza que se abría rápidamente camino en una jungla de problemas, policías y villanos; entonces Shaw venía y lo allanaba con su eficaz y pulida terminación. Era suave y educado.

—¿Pero no sabía él que Dick era mi hermano?

—Por mí no lo sabía. No veo por qué tenía que saberlo.

—¿Entonces por qué trató de hacerlo sospechoso?

Max miró ansiosamente hacia otro lado.

—Deja de pensar en tu hermano. Es solo un hombre dentro del montón. Es a mí a quien se está dirigiendo para atraer a la poli.

—Sin embargo dices que saldrías limpio. Por lo menos en esta emergencia.

Max se estremeció. Era demasiado sutil para él.

—Es raro ¿no es cierto? —Estuvo de acuerdo—. Maldita rareza. Ya es tiempo de que me vea con Norman.

—¿Están tan mal las relaciones entre ustedes?

—No, nada que yo no pueda controlar. Pero esto es diferente. No pensé que fuera tan obtuso como para atreverse así conmigo.

—¿A cuántos polis estás pagando, Max?

Max se puso furioso.

—Ya sabes como es esto. Uno o dos tienen que desviarse para cerrar los ojos y pasar el dato. Esto no es diferente a tu época, solo que ahora me cuesta una fortuna. ¡Muchacho! No me creerías. Pero tu hermano no es uno de ellos.

—Si Norman ha armado esto, debe estar muy seguro de él o realmente quiere tus tripas.

Max lo pensó.

—La ruptura no fue tan seria al principio. Estaba loco por la pintura de gran escuela y yo seguía todavía prefiriendo las cosas fácilmente transportables como alhajas y tal vez pieles. Lo consideraba a él como loco. Pero pronto advirtió que los mejores miembros estaban monopolizados por mí. Me conocían, sabían que si yo les enviaba a hacer algún trabajo, este era seguro y la paga buena. Así que él trató de comprarlos con una mayor participación. Una vez que eso empezó y vieron nuestra rivalidad, empezaron a apretar los tornillos y todo el negocio se dio vuelta. Ahora en realidad se nos escapa de la mano —reflexionaba sombríamente y luego muy serio prosiguió:

—Tengo que pararlo.

Dicho por Max no era una mera palabra. Si opinaba que matar era la única solución, entonces lo haría así. No había nada más de que pudiera enterarme. Sin embargo yo no creía que esa era la verdadera respuesta.

Maggie sabía que yo estaba metido en algo. Siempre sabía. Mientras ponía la mesa, sus ojos grises, brillantes por la sospecha, se dirigían con demasiada frecuencia hacia mí, tratando de cantar alguna culpa. Le habían cortado el pelo en la nuca, en un estilo que, no estaba muy seguro de que me gustara y me sentía contento de

distraerme del problema de Dick. Llevaba una falda corta de tartán que se balanceaba con sus movimientos.

Todavía conservaba mi departamento pero se estaba volviendo un gasto superfluo. Cada vez me quedaba más y más veces con Maggie aunque todavía transportaba conmigo la sombra de mi pasado y la inestabilidad de mi futuro, lo cual me impedía llegar al casamiento. Aun ahora opinaba que manteniéndome así, ella tenía una puerta de escape en el caso de que yo reincidiera. Seguía siendo un gran problema para mí luchar intermitentemente contra mi necesidad de excitación. Mientras la tuviera, dejaría a Maggie libre si así lo deseaba.

Repentinamente le sonreí y ella al advertirlo me devolvió la sonrisa pero vi que seguía preocupada.

—El sol te ha sacado pecas en la nariz.

—Maldito seas, Willie, creí que las había tapado.

—No lo intentes. Son lindas.

Maggie dijo:

—¿En qué has andado?, y no mientas porque siempre pareces tonto.

Terminó de poner la mesa.

Yo era un mal mentiroso con ella. Algunas veces deseaba no ser así. No le iba a gustar porque no aprobaba que me reuniera con viejos conocidos. Cada vez que yo, titubeaba en momentos semejantes, ella sabía que me había encontrado con delincuentes. Se lo dije directamente. Cuando se dio cuenta de que había estado tratando de ayudar a Dick lo comprendió aunque seguía no gustándole. Tenía muy buenas razones para preocuparse de mis conexiones.

Desapareció en la cocina y volvió con algunas carpetitas individuales.

—¿Qué hace ese Max? —Evadía mi mirada.

—Es un malviviente.

Sonrió forzadamente viendo que yo trataba de buscar una salida.

—Eso hasta lo sé yo Willie. ¿Qué hace él?

—Querida, no veo qué importancia tiene eso. Pensé que no te gustaba ese tema de discusión.

—No me gusta. Pero Dick está involucrado. Lo que hace ese hombre puede tener importancia.

Extrañado le dije:

—Siéntate y te lo diré.

Maggie se sentó enfrente de mí, lo que quería decir que se estaba colocando fuera del alcance de cualquier distracción de parte mía. Pero sentada ahí, derecha, con sus piernas largas cruzadas ya era suficiente distracción.

—Es un reducidor —expliqué— y no quiero decir que es un joyero *amateur* y un anticuario que reduce piezas u objetos robados. Max Harris es importante y competente para ese trabajo. Tiene un olfato intuitivo para saber dónde colocar su mercadería y en ese particular su mujer es todavía mejor. Pocas veces roban indiscriminadamente. La mayoría de las veces Max organiza él mismo los trabajos. A pesar de que es muy vulgar, tiene suficiente dinero para moverse en círculos adinerados cualesquiera que estos sean.

Miré a Maggie molesto por su actitud neutra y por el hecho de que nunca le había hablado así.

—Sigue —me indicó casi como si yo fuera un extraño.

—Mira, querida... No te quiero preocupar...

—Continúa —insistió—. Tal vez sea ya tiempo de que deje de enterrar mi cabeza en la arena. Tal vez deba echar una larga mirada a mi otro yo sin pretender que no existe.

Esto no era solo un análisis de Max sino un desenmascaramiento a mí mismo. Le dirigí una muda súplica pero ella solo dijo:

—Por favor, Willie —aunque con más suavidad.

—Max tiene relaciones en todas partes. Siempre hay áreas en la sociedad y en el arte que se aferran a gente como Max como si gozaran por reflejo de la gloria de un fuera de la ley y de una violencia de la cual son incapaces por sí mismos. Extraen un placer enfermizo de ello. En sus pequeñas mentes es una cosa que está a

la moda: conocer gente como Max. Algunas estrellitas obtienen un placer morboso de las duras manos de delincuentes que, entre dos sentencias de prisión, muestran su virilidad en rudas explosiones. Para Max es fácil urdir trabajos, no con frecuencia pero siempre provechosos, y reír a espaldas de esos estúpidos. Además están los ricos contactos provenientes de su negocio legítimo. De la gente que no sabe que él es deshonesto.

—¿Pero él nunca roba personalmente?

—No —reconocí con renuencia.

—¿Utiliza gente como tú? ¿Te dice dónde tienes que ir y si habrá gente dentro y cosas así?

Me retorcí. Era como si me mirara en un espejo de la cárcel.

—Sí —tragué.

¿Deliberadamente estaba haciéndome mirar dentro de mí? No me gustó la imagen de lacayo que emergía.

—¿Entonces qué?

—¿Qué quieres decir?

Con dificultad mi explicación había sido desnudada por su pregunta.

—¿Cuando se roba alguna cosa se la llevan a Max?

—Casi nunca. Eso es parte de la viveza de Max. Él sabe dónde colocar *la tela* antes de que sea robada. La mayoría de las veces ni siquiera la ve ni una vez.

—¿Y entonces obtiene un porcentaje de lo que paga el comprador?

—Max paga, sí.

De repente Maggie se enfureció.

—¿Willie, te estoy comprendiendo? ¿Estás tratando de decirme que no sabes cuánto recibe Max por la mercadería y sin embargo crees que consigues un porcentaje? ¿Un porcentaje de qué?

Mi sangre hirvió.

—No me hagas aparecer como un tonto —gruñí. Fue la primera vez que estuve a punto de enojarme con ella—. Yo no estuve *empleado* por Max Harris; solo hice algunos trabajos *raros* para él

que de otra forma yo no hubiera conocido. Era dinero fácil (yo me confesaba, más con cada palabra).

Tardíamente me detuve.

—De todos modos pensé que era sobre él/ de quien querías saber.

Maggie se adelantó a colocarse a mi lado. Su mano acarició mi mejilla y apretó mi cara contra su muslo.

Me levanté con rudeza.

—Deja de tratarme como a un niño.

Tranquilamente dijo:

—Entonces deja de portarte como uno.

Aun cuando me puse furioso supe que ella tenía razón. Con facilidad me hería tocar ese tema. Yo era demasiado susceptible al ridículo. Ella no se había burlado de mí sino que me había demostrado lo tonto que había sido. No valía la pena explicarle que yo había sido un artista en mi especialidad y que me producía emoción.

—Bueno, de todos modos —prosiguió alegremente como si nada hubiera pasado—. Max ha estado sobornando a policías por lo que dijiste antes y este Norman Shaw está tratando de desplazarlo.

Se quedó parada al lado del sillón pensativa y triste y de repente sonrió cansada.

—Gracias a Dios tú estás fuera de todo esto, eso es todo. Gracias a Dios. Comamos.

Debía ser cerca de medianoche cuando llegó Dick. No lo esperábamos y estábamos a punto de acostarnos. Le echamos una mirada y Maggie fue a buscar la botella de coñac.

—No lo sorbas, bébelo —le aconsejó.

Las manos de Dick temblaban contra la copa mientras sus ojos agrandados expresaban, un callado agradecimiento. Tomó un largo trago, tosió un poco y se despatarró en la silla. Su impermeable se abría sobre una polera y pantalones a cuadros. Su pulcritud no disimulaba su nerviosidad. Había desesperación en la manera que

terminó su trago y la displicencia con que se secó los labios con el dorso de su mano. Se estremeció ligeramente.

—Max Harris está muerto —dijo con tranquilidad.

Maggie y yo nos intercambiamos miradas alarmadas y yo le hice señas de que nos dejara solos.

—¿Cómo lo sabes?

Dick me miró con impaciencia.

—Todavía tengo compañeros en la policía. Me lo dijo Ron Healey. La mujer de Max Harris fue a su casa y lo encontró. Desde entonces está gritando: ¡Asesinato! Su cabeza fue golpeada con fuerza.

—¡Oh Dios! —Maggie estaba horrorizada. Sus dedos largos presionaban sus sienes. En seguida se dio cuenta de que en alguna medida todos estábamos implicados.

Max muerto. El viejo, rudo, hosco, villano Max. No importaba qué había sido lo que yo había estado hablando con él hacía solamente pocas horas, cuando estaba todavía lleno de bríos; era demasiado reciente para no sentirme tan profundamente afectado.

—Así que fue asesinado —dije para distraer a Maggie.

—Sí, y suciamente. Entre otras cosas su mujer se queja del estado de la alfombra.

Deseaba que Dick recordara que Maggie estaba aquí pero pude ver que él estaba medio mareado, largando sus negros pensamientos según le venían a la cabeza.

—Estás preocupado por esa investigación: ¿crees que esto no te ayudará?

Dick parecía tan seco como su copa, Maggie con amabilidad se la retiró y la volvió a llenar.

—Empeorará —replicó—. Me pueden adjudicar lo de Max.

—¿El asesinato de Max? ¡No seas tan idiota!

Dick miró a Maggie disculpándose; luego estudió el color caoba de su bebida.

—Yo estuve no hace ni tres horas.

—¿Allí? ¿En casa de Max? —Una barra de hielo me recorrió todo el cuerpo.

—Fui a verlo. Quería aclarar las cosas.

No lo podía creer.

—¡Se supone que eres un poli e hiciste una cosa tan estúpida!

—Ya lo sé —se estremeció derramando su bebida—. Entonces no me pareció tan estúpido.

—¿Te vio alguien?

Yo estaba pensando como un policía, pero pensándolo bien no había mucha diferencia entre un malhechor y un poli.

—Mira, no te des cuerda, no lo vi. Fui allí y merodeé un momento; recuperé la cordura y traté de resolver el asunto por la vía más rápida. Quería hablar con él. Debía sospechar de alguien. No podía creer que él directamente hubiera hecho el soborno, así que teníamos algo en común. Toqué el timbre y esperé pero no contestó nadie. Podía haber llamado otra vez pero no lo hice. Lo tomé como buena señal y me retiré.

—Tienes que haber estado loco —dije—. ¿Qué tipo de poli eres? ¿Alguien puede haberte visto?

—Sí —súbitamente gimíó y se levantó. Dejó su vaso y me señaló con la cara distorsionada por la emoción—. Puede que sea difícil para ti comprender pero lo hice por una vía perfectamente recta. No tengo nada que ocultar, ¿de acuerdo?

—Nada que ocultar —gruñí incrédulo—. Si la investigación descubre que fuiste ahí, aunque Max no hubiera sido eliminado, estarías comprometido.

—Fui por esa investigación.

Dick se mantenía resoplando como un toro. De repente se volvió a sentar, tirando su impermeable hacia atrás. Maggie se mantenía quieta, desconcertada por lo que estaba sucediendo y examinándonos ansiosa.

Miré a Dick como si hubiera perdido la razón.

—Mejor es que te expliques —le dije desesperanzado.

—Me enteré hoy quién dirigía la investigación. El superintendente en jefe detective Jack Hawey. En este momento hace muchas investigaciones semejantes y, por supuesto, no pertenece a nuestra división. Justo ahora hay setenta oficiales del Departamento homicidios que están siendo investigados por el Departamento metropolitano. La mayoría de ellos puede que prueben que no son culpables, pero para el público es demasiado y hay quince de ellos que se demostró verdaderamente que lo son. Es un hecho extraño que Jack Hawey ha creído a pie juntitas eso de *Yo no soy el custodio de mi hermano*. El hecho de que tú seas un exmalhechor y yo un policía es un caso raro pero no es único. El punto de vista de Jack Hawey sería que yo no tengo por qué responsabilizarme de lo que tú haces. Pero ese punto de vista tiene un inconveniente. Cuando aprobé mi derecho a integrar el Cuerpo de Policía no pensé que ese grado extra de responsabilidad que él debía soportar, sería justo por *mí*.

—¿Qué responsabilidad extra? —inquirí con precaución.

—Los comentarios de los demás polis. El dedo acusador cuando algo se tuerce, como ahora. Deben ser habituales en la familia cosas así. La sangre es más espesa que el agua y todas las otras vulgaridades y proverbios que nacen en las mentes suspicaces y torcidas.

—¿Quieres decir que en realidad él no estaba de acuerdo al permitir que gente como tú se uniera a la Policía?

—Comprende que era para bien de los que están en mi caso. Nada que ver con su integridad, sino para protegerlos y salvarlos de la maledicencia y de los tratos injustos.

—¿Así que es un maldito hipócrita?

—Tal vez lo sea inconscientemente. Quizás en realidad lo cree. Lo que importa es que culpable o no, en su fuero interno debe pensar que sería mejor que yo estuviera fuera de la Policía.

—Si sabe lo mío.

—Si no lo sabe ya, no son muchos los polis que están enterados; el gobernador con seguridad se lo va a decir o bien él lo

encontrará al seguir excavando. Cuando supe que él estaba en esto, no me pareció tan irracional tratar de aclararlo por adelantado con Max Harris.

Lo pensé.

—Sigo opinando que fuiste un loco.

—Quizás. ¿Pero no es tu carrera la que está en la estacada, verdad? Soy yo quien está en aprietos. Es a mí a quien van a interrogar y algunas de esas preguntas serán sobre ti. Tú trabajaste para Max.

Yo seguía pensando que había sido un imbécil pero empezaba a entender su punto de vista. Empezaba a apestar la actitud de Jack Hawey. ¿Dick acusado de aceptar sobornos de un delincuente que otrora operaba conmigo y que más tarde llama a su casa poco tiempo antes de que a este se lo encuentre asesinado? Ya parecía ser un buen caso circunstancial contra Dick. ¿Quién podía dudar de que hubiera entrado? El hecho de que el cargo de soborno no podía ahora tener una aclaración satisfactoria hacía que las cosas empeoraran. Todo se juntaba aun en mayor medida que lo que Dick sabía. Yo no quería preocuparlo más contándole que había visto a Max esa noche y yo lo había hecho abiertamente. Siempre veía las cosas por el peor ángulo. Cuando la poli ahondara, encontraría a alguien que nos habría visto.

—Está bien —dije—. Así que estás en un lío. ¿Entonces quién lo hizo?

Dick parecía estar en blanco.

—¿No esperas que te conteste a eso?

—Claro que sí. No que lo pruebes, sino que me des una buena sospecha. Dicho de otro modo. ¿Quién tiene más interés en *despachar* a Max?

—¿Cómo puedo saberlo? Debe haber un montón de malvivientes que han *trabajado* con él. Llegábamos a la médula.

—Voy a apuntar a uno. Oí que Max y Norman Shaw habían reñido.

—Yo también lo oí. Eso no quiere decir que Shaw es un asesino. Quiero decir que no implica que lo sea —y prosiguió renuente—. Con seguridad ha sido el sospechoso mayor.

Yo tenía mis dedos cruzados para que Maggie no escupiera con toda inocencia que yo me había encontrado con Max.

—Oí rumores de que Max tenía un poli o dos en su lista. ¿Los conoces?

Dick me miró con sospecha. Le estaba haciendo reflexionar y eso significaba que debía empezar a conjeturar sobre los rumores que tan a tiempo y con tanta rapidez me habían llegado.

Pareció ligeramente confuso.

—Tengo mis sospechas.

—No es el momento de hilar fino, Dick, ¿si no me lo puedes decir a mí, a quién se lo podrás decir?

—Dos polis, uno, un sargento, el otro, un inspector. Newton y Durrant.

—Si Norman trató de presionar sobre Max, tal vez este trató asimismo de presionar a Newton y Durrant. Los polis de la lista de Max puede que tengan una idea mejor sobre quién deseó amasijar a Max.

—Así es —concedió Dick—. Pero no van a *cantar* por propio impulso y no hay esperanza de que se les pueda probar el soborno ahora, ¿no es así?

—Bueno, algunos piensan que te lo pueden probar a ti.

—Eso se puso en práctica antes de que Max fuera aplastado. Eso hace más difícil el aclararlo ahora. No quiero que el caso termine por falta de evidencia contra mí; eso permite que todos los dedos me señalen. Quiero limpiarme totalmente.

La campanilla del teléfono sonó y nos sobresaltó.

Maggie contestó y pasó el tubo a Dick, quien quedó sorprendido.

—¿Sí? ¡Oh! Gracias, Ron. Sí... Iré en seguida.

La habitación estaba en silencio cuando Dick con cara seria colgó el receptor. Soltó una breve risita y miró a Maggie con fijeza.

—Era Ron Healey, un compañero de fiar. Le dije que estaba aquí. —Volvió su mirada hacia mí y no me gustó su aspecto. Algo había ocurrido—. Fui visto con seguridad —continuó—. Dos testigos. Hay un pedido de arresto. Es preferible que vaya espontáneamente.

Nos hizo un pequeño saludo con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Iré contigo.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo me dijo:

—No. No, Spider. Quiero hacerlo solo.

Una vez que se fue, la habitación parecía vacía. Maggie y yo nos quedamos contemplando la puerta como si tuviéramos el deseo de que se abriera y Dick reapareciera. Algo en su abrupta retirada me hizo recordar que realmente nos veíamos muy poco. Vivíamos en mundos opuestos; el de él era el más definido. La única persona que podía traerlo de regreso, era yo. Cuando niños siempre me tuvo como conductor y qué amarga decepción debí ser más tarde para él. Sin embargo se quedó junto a mí como si deseara comprender y no se convenciera de que yo fuera malo. La única diferencia en Dick fue, que dejó de alabarme frente a los otros chiquillos y sintió vergüenza. Pensar en eso me dolía, me hacía darme cuenta, y no por vez primera, que él era de un material más fuerte que yo. Él se mantuvo firme y evitó las trampas en las que yo alegremente caí y por alguna suerte de compensación de fuerza y valor tomó por otro camino y sin embargo el joven Dick nunca me abandonó aun cuando me enviaron a la cárcel.

Incluso viajó a Dartmoor en su día libre cuando me estaba pudriendo ahí y exponiéndose al ridículo de que cualquiera de sus compañeros lo descubriera. Al ver emerger esta joven imagen de mí mismo me asusté hasta morirme, al pensar que pudiera seguir mis huellas. Pero no lo hizo. Y se arregló de hecho para acercarse más. No necesitábamos vernos con frecuencia y hubiera sido embarazoso para él si yo lo hubiera hecho; aunque Dick no me hubiera rechazado en momentos de crisis. Verlo ahora en un

problema de los que él deliberadamente evitó toda su vida, me conmovía profundamente. No estaba en condiciones de hablar en ese momento.

OceanofPDF.com

2

ERAN YA más de las dos de la madrugada y Maggie y yo seguíamos todavía levantados. Me había sacado la corbata y el saco y Maggie sin zapatos, tenía puestos sus pies sobre una silla. Virtualmente habíamos exprimido el asunto y sin embargo seguíamos metidos en él. Ya había sucedido antes. Siempre volvería a suceder. No lo decía en voz alta porque sonaría a conmiseración. No era lástima sino la dura acción recurrente de la vida. Todo mi pasado con demasiada frecuencia se mezclaba con las vidas de los que más me importaban. Esta no era la primera vez que Dick tuvo que sufrir por lo que yo había sido. Complicaba los hechos y siendo su naturaleza como es, hacía que las cosas fueran peores para él.

En esas ocasiones me odiaba a mí mismo y sentía aumentar mi responsabilidad. No tenía paz porque siempre regresaba al mismo punto; si yo no estuviera prontuariado él no tendría que soportar una responsabilidad mayor. En cualquier ocupación sería una dificultad suficiente, pero para un poli... ¿no lo creen así? Era como tener prendida a su pierna una cadena y una bola de hierro. Sin embargo siempre habíamos estado muy juntos, quizás porque nos dábamos cuenta de que la idiosincrasia de nuestra peculiar familia podía habernos dirigido por sendas diferentes. A veces pensaba si el sello con que me marcaron mientras cumplía mi tiempo en Grendon era el del verdadero responsable. Enfrentémonos con eso. Yo había disfrutado con el delito.

Hubo momentos en que lo echaba de menos. Pero siempre trabajé solo, nunca con una banda. Cuando me asaltaba la tentación me era difícil refrenarla. Maggie y Dick habían sido para mí torres de fortaleza cuando los necesité y ahora Dick me necesitaba. Yo había estado en ese especial gancho en el cual él ahora estaba colgado y yo sabía cómo se tenía que sentir, pero considerando que yo había quebrado e infringido la ley para liberarme, para probar al mundo que yo no era un asesino, Dick, porque era lo que era, querría trabajar solamente con las pautas de la ley y yo no tenía una gran fe en ella.

Contemplé la cabeza de Maggie, inclinada a un costado, vencida por el sueño. Mechones de pelo cruzaban su cara y se levantaban con su respiración. Con una enfermante sensación pensé cómo reaccionaría con lo que le iba a proponer. ¿O no debía decírselo?

A la mañana siguiente llamé por teléfono a la mujer de Max. Me sentí hosco y malhumorado pero sabía que tenía que manejarla cuidadosamente. Hubo poco amor, si es que lo hubo, entre ellos; los dos tenían aventuras extramatrimoniales cuando los trataba más y suponía que las cosas no habían cambiado. Pero su asociación en asuntos deshonestos había sido altamente provechosa y sin Max, Chrissie Harris iba a estar metida en grandes problemas. Algunos de los muchachos tratarían de tomar ventaja y Norman Shaw era seguro que daría algún paso. Ella no estaría capacitada para manejarlos como Max lo había hecho: era dura, pero Max ponía cuando era necesario su puño masculino.

—¿Chrissie? Habla Spider Scott. Siento lo de Max. Como usted sabe yo tenía debilidad por él. ¿Puedo ir a verla?

Preguntó por qué... tal como lo esperaba. Había un solo anzuelo que ella pudiera morder.

—Me gustaría hablar con usted sobre quién pudo haberlo hecho.

En realidad ella no mordió el anzuelo, lo que sugería que tenía su propia opinión, pero me dijo que fuera a beber una cerveza a la hora del almuerzo.

—¿Qué pasa con la policía? ¿Están todavía ahí?

Me replicó que les había dicho lo que debían hacer, así que la costa estaba libre.

El Daimler Sovereign seguía todavía fuera de la casa y nadie había colocado un crespón en él. Sacrifiqué mi preferencia y esta vez tiré de la campanilla. Chrissie estaba vestida de negro y llevaba una hilera de perlas legítimas. No había llorado pero sus rígidos ademanes mostraban de alguna manera su pesar, lo cual en ella era enternecedor. Sus ojos eran peligrosamente azul acerado, su pelo rubio demasiado aplastado en la cabeza. Nunca aprendió a dejar que su cabello cayera con naturalidad. Mientras nos dirigíamos a la sala pensé cómo soportaría las presiones en ausencia de Max.

Me sirvió un pequeño vaso de cerveza y para ella media medida de Vodka y naranja y rompiendo las reglas usuales un plato de sándwiches delgaditos. Esto era un gesto generoso porque Chrissie era notoriamente mezquina, un hecho que no la iba a ayudar ni una pizca sin la mano apaciguadora de Max.

Para ser justo con Chrissie había que decir que ella no deseaba ni simpatía ni adulaciones. Desde el principio ella especificó que solo quería al mal parido que había terminado con Max.

Tomé mi cerveza y miré con lentitud alrededor de la habitación.

—¿La ha dejado en buena situación? ¿Sin problemas de dinero o algo semejante?

Chrissie me miró disgustada, con un labio rojo levantado. Esa era otra cosa que ella debía aprender desde ahora; no mostrar tan abiertamente sus sentimientos. Le iba a ser duro después de haber estado protegida por Max.

—Tengo lo suficiente para vivir confortablemente el resto de mi vida. Pero ¿ese no es el caso, verdad? No puedo dejar de trabajar. Todavía tengo que dirigir el maldito negocio de Max y atrapar al hijo de puta que lo eliminó.

—¿Tiene alguna idea?

—Usted me telefoneó para decirme que la tenía.

Esto no era cierto pero los ojos azules me clavaron en la silla. Era como estar asfixiado.

—Tengo alguna —dije con precaución— pero yo pregunté primero.

—Sé quién lo hizo. —Tragó su Vodka y se sentó mirándome con fijeza. Chrissie tenía una buena figura y lindas facciones pero yo todavía seguía sin ver a la mujer en ella. Al fracasar en hacerme hablar, añadió:

—Norman Shaw.

Nos contemplamos en un silencio medido por un reloj de pie. Chrissie estaba sentada derecha apoyada en un brazo de su silla muy segura de sí misma.

—Usted es muy enfática.

—Porque sé que él lo hizo. ¿Qué interés tiene usted en esto? Con seguridad no es por Max.

No tenía sentido tratar de engañarla: estaba en un peligroso estado de percepción. Su aguda mirada hubiera detectado cualquier titubeo de mi parte. Le dije de qué modo estaba involucrado Dick, porque ella ya lo conocía y porque Max podía habérselo contado. Asimismo ella podía estar enterada de su visita de la noche anterior, aunque yo no lo mencioné.

—Ya veo: así que está tratando de proteger a su hermanito. No creo que usted pueda hacer nada por mí, Spider.

—Puedo ayudarla a asegurarse de quién lo hizo.

—Ya estoy segura.

—¿Se sostendría eso en la Corte?

Chrissie me dirigió una mirada de lástima.

—No tiene por qué. ¿No pensará que yo se lo he contado a la poli verdad? Esto lo manejaré a mi manera.

Empecé a masticar mi sándwich de apenas una lámina de Cheddar entre un suspiro de manteca. Por lo menos el pan era fresco.

—¿Venganza, Chrissie? ¿Quiere decir que coloca su cabeza en la picota?

No aventuró ninguna respuesta. Chrissie se estaba cansando de mí porque yo no tenía nada para ofrecerle. Tenía que intentar algo antes de que me echara.

—Chrissie, si ha encubierto a Norman Shaw, Dick irá al paredón por algo que no hizo.

La imagen no se rompió; las perlas parecían más cálidas que ella.

—Ese es problema suyo. No le debo nada, Spider: Ni tampoco Max.

—Él no hubiera estado de acuerdo. Me encerraron por uno de sus trabajos. Lo mantuve a él fuera del asunto.

—Usted es una persona así. No lo hizo por él sino por su propia satisfacción. De todos modos —añadió— no lo hubiera beneficiado cantar.

Chrissie me sacudió. ¿Era cierto? Nunca fui delator. Hice eso porque me lo debía a mi amor propio, egoísmo si usted quiere, o a mi lealtad hacia los demás. ¿Podré alguna vez darme una respuesta a eso?

Chrissie rio con una tos de fumador.

—Debería verse la cara. ¿Me acerqué al blanco, verdad? Vamos, Spider, lárguese. No le cobraré por el sándwich.

—Espere un minuto Chrissie. Espere. —Empezaba a desesperarme—. Puede llenar algo de su tiempo en mi compañía en esta casa vacía. Sin Max va a llegar algún día en que se encontrará feliz de tratarse con gente como yo. ¿Qué es para usted ahora unos pocos minutos extras?

Era brutal pero ella captó en seguida la verdad de eso. Lentamente se dirigió al bar y llenó de nuevo su vaso con una media medida. No me ofreció otra cerveza.

—Será mejor que tenga algo que decirme o creeré que usted está de acuerdo con Norman.

—Dígame primero por qué cree que ha sido Norman.

Me brindó una taladrante mirada para evaluar si yo era suficientemente fuerte para soportar duras verdades.

—Un montón de pequeñas cosas. Por algún tiempo estuvieron en guerra. Nada de esto partió de Max.

Yo no podía figurarme a Max con una aureola, pero no la interrumpí.

—La crisis estalló ayer después de su llamada. Max telefoneó a Norman y le dijo que había terminado con él definitivamente. Norman sugirió que podían reunirse para hablar sobre el tema. Era la manera de acercarse que ese asqueroso bastardo utilizaría. Max lo invitó a que viniera, pero Norman alegó que estaría fuera de su casa por lo menos hasta las once. En el caso de que no se le hiciera muy tarde lo telefonaría para saber si todavía podía venir a verlo o fijar otra fecha.

—Parece razonable.

—Eso indica que sabía que Max estaría *aquí*.

No parecía ser tan importante y mis pensamientos debieron de alcanzarla.

Me miró con atención y se puso furiosa.

—¡Dios mío!, qué crédulo puede ser. Cuando Max lo invitó a venir le dijo que sería un buen momento porque yo estaría afuera.

SABÍA QUE MAX ESTARÍA SOLO.

Esto tenía más sentido. Max sabía cómo cuidarse de Norman pero si Norman lo visitó pudo ser que no estuviera solo.

—¿Le preguntó a Norman si lo visitó o telefoneó?

Esta vez Chrissie en verdad me enterró debajo de la alfombra con una mirada tan lastimosa que tuve que admitir la ingenuidad de mi pregunta.

—Le telefoneé después de que la policía terminó. Hizo todos los ruidos que se pueden esperar de su suave garganta y entonces me contó que había telefoneado a las once y media y que Max le contestó que no lo podía ver en ese momento y que colgó con furia el tubo. Se lo digo. Max lo había estado esperando.

Por un momento pensé que Chrissie iba a llorar, pero en seguida me di cuenta de que su emoción se debía a su furia contra Norman Shaw y a mi estupidez por no entenderlo con más rapidez. Tenía

una teoría muy sólida. La que la policía debía tener pero que no conseguirían jamás sacar de ella. Tenía suficiente sentido común para saber que legalmente era algo inconsistente, que Norman se habría malditamente asegurado de no ser visto. Justo antes de medianoche eso no habría sido difícil.

—Por lo que pueda valer, mi sospechoso es también Norman —le dije a modo de excusa.

—¡Oh gracias! —resopló—. Ahora me siento mejor.

—Pero no haga nada Chrissie —le supliqué quedamente. De alguna manera tenía que enfriarla—. Voy a achacárselo a Norman de tal forma que usted conservará las manos limpias.

—No quiero que mis malditas manos estén limpias. ¡Por Dios!, deseo estrangularlo con ellas.

—Está bien. Está bien.

Alargué mis manos como un director de orquesta indicando *pianísimo* pero no afectó el volumen de su voz.

—Por favor Chrissie. No se pierda por eso. Usted puede tener su revancha pero déjeme hacer. Mis motivos me atan a su costado. Piénselo. Deme un poco de tiempo para que yo lo haga a mi manera y si fallo, entonces haga lo que le parezca porque estará trabajando para mí también. No estaré cerca si fracaso.

Me seguía mirando con fijeza. Nada se transparentó mientras lo meditaba.

Seguí diciendo con suavidad.

—Si usted lo aplasta demasiado pronto, correrá la voz de que usted pagó para eso. Ya sabe usted muy bien que esas cosas se filtran. Usted sola no lo puede hacer. Habrá extendido la guerra porque *su* mujer no se quedará quieta por lo que sé de ella. Ahora lo podemos organizar sin consecuencias. De una manera fría, agradable y permanente.

—Usted es demasiado blando —me acusó.

—Chrissie, mi hermano está enterrado hasta el cuello en esto. No me puedo permitir ser blando.

Me dirigió una fría mirada como si me viera por primera vez.

—¿Qué va a hacer?

—Volver a *trabajar*.

Chrissie titubeó con un relámpago de interés.

—¿Quiere decir su antiguo trabajo?

—Yo lo veo así.

Ahora tenía toda su atención.

—Voy a decir esto en su favor, Spider: es muy competente en ese aspecto. Max siempre sintió haberlo perdido.

—Sí, lo sé. Anoche me ofreció trabajo. Pero no será por su imperio para el cual voy a trabajar.

—No le puedo dar mucho tiempo. No voy a permitir que esto se me escape.

—Por lo menos prométame que me avisará antes de hacer nada.

Asintió.

—Está bien. Me acusó de que yo estaba colocando mi cabeza en la picota; ¿qué cree que está haciendo usted?

Me puse de pie.

—Así tiene que ser.

—Bueno. Sigue teniendo riñones. No los deje desparramar sobre las canaletas.

Agarré otro sándwich y me fui.

Maggie se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo en el momento que le anuncié que regresaba a mi departamento. Yo no podía operar desde su piso. Hubiera sido demasiado peligroso para ella. Adivinó que estaba relacionado con Dick y que no era lícito. Eso era más difícil que contender con Chrissie, porque aquí no había nada que se le pudiera decir y eso la preocupaba hasta enfermarse.

Permanecí toda la noche, en contra de mi razonamiento, mientras ella usaba toda su astucia y sus formidables armas femeninas para tratar de sonsacarme. ¿Qué le podía decir? ¿Que iba a delinquir? ¿Que iba a arriesgar el pescuezo? Ella no sugeriría

otra alternativa que la de fiarse de la ley y de la justicia, y yo había tratado demasiados personajes en la cárcel como para creer en la justicia. Es un juego. Hasta los leguleyos saben que es un juego. O bien le decía lo que tenía en la mente, lo que le provocaría una úlcera, o bien la dejaba en la ignorancia, lo que a mi modo de ver no era tan malo.

Maggie estaba tierna, como lo estaba siempre que se asustaba por mi posible regreso a la cárcel. La incertidumbre del futuro hacía aflorar la más profunda emoción entre nosotros al igual que un nuevo amor emerge de un brote. La única posible ventaja de nuestra sociedad era que mis intermitentes gambetas en la jungla provocaban tanta incertidumbre que no podíamos nunca tomarnos el uno al otro por consabido. Ese era un aspecto; el otro era el terrible efecto que producía en Maggie. Yo tenía que evaluar eso contra la posibilidad de abandonar a Dick y así se lo hice saber a ella. Lo terrible fue que me dijo que lo entendía.

A la mañana siguiente traté de conectarme con Dick pero no obtuve respuesta de su habitación. Telefoneé a su destacamento de policía y pregunté por Ron Healey. Resultó ser un sargento de policía y rápidamente arregló para que nos encontráramos en un bar de Wardour Street bien lejos de su zona. Tuve que esperar hasta la noche lo que implicaba otro día perdido pero yo tenía que precaverme.

El detective sargento Healey me detectó en el abarrotado bar envuelto en una espesa humareda de tabaco que subía hasta el techo. Cuando le pregunté cómo me reconoció, me dijo que yo parecía el padre de Dick. Lo dijo con una sonrisa. Reconocerlo yo a él más adelante no sería difícil. Era delgado, de pelo rojizo y tenía una cara céltica, abierta, en la cual un par de ojos gris desvaído se expandían sobre una nariz muy corta. La preocupación o la risa habían marcado unas líneas alrededor de su boca y le habían quitado algo de su juventud pero cuando se sonreía era espontáneo y juvenil. Para un poli su apariencia era demasiado inocente, lo que

debía ser de un gran valor. Me gustó a primera vista y adiviné que era mayor de lo que parecía.

Ordenó un par de cervezas y dijo.

—Me gusta habernos encontrado así en vez de hacerlo yo con una orden de arresto y advertencia.

Sus ojos eran juguetones. Le seguí la corriente y sonreí.

—Primero tiene que atraparme. ¿Dónde está Dick?

—Todavía en la seccional, declarando.

—¿Está arrestado?

Ron Healey se limpió la cerveza de sus labios. Envejecía varios años cuando sus facciones se fijaban para meditar.

—No. Duerme en su casa pero lo está pasando mal.

—Debido al detective jefe superintendente Hawey.

—Está acusado solamente en un proceso de soborno y corrupción; por el momento la comisión investigadora criminal lo tiene en la parrilla por lo de Max Harris.

—¿Usted cree que lo hizo?

—¿Dick? Por supuesto que no. Pero yo soy su amigo y no intervengo en el caso. —Sorbió con lentitud la cerveza y luego prosiguió seriamente—. Debe comprender una cosa, Spider.

Ahora no era un chiquilín. Una vida harta de mentiras y decepciones, crimen y violencia y mentes torcidas se reflejaban en su cara. Mucho de lo que vio en el Departamento de Investigaciones Criminales habría enfermado a la mayoría de la gente y algo de la fealdad de su experiencia ensombrecía el color de sus ojos cuando se reflejaron en los míos.

—No importa un cuerno, si ellos piensan que lo hizo o no. Y no todos los demás piensan lo mismo que yo. Todo lo que pueden hacer es atenerse a la evidencia y si esta es suficientemente fuerte para un arresto eso será lo que va a ocurrir. Para él que es un policía es peor. No se atreven a minimizarlo porque a la prensa le encantaría que lo hicieran. En un proceso criminal será tratado como un extraño y con esa acusación sobre su cabeza se convertirá exactamente en eso. Se sorprendería de cuántos de esos amigos

que se dicen serlo le desvían la mirada. Acusado de soborno, luego sospechoso de crimen. ¿No hay humo sin fuego verdad?

Este Ron Healey sabía lo que decía pero me estaba arruinando el día.

—¿No hay nada por otro lado a su favor?

—No, no hay. Solamente sus antecedentes y eso es útil solo como atenuante.

—¡Cristo!, está hablando como si ya estuviera listo para ser colgado.

—No veo nada que pueda evitarlo salvo descubrir quién hizo el trabajo. —Alargó una mano tranquilizadora cuando yo estaba por ahogarme—. No se preocupe, Spider, se está trabajando en eso. Se estremecería si viera lo exhaustivo de un proceso criminal, los puntos y contrapuntos de todos y cada una de las fuentes y del interrogatorio. Es más exhaustivo que lo exhaustivo. Pero al final del día tenemos material para trabajar en él. En este momento todos los indicios señalan a Dick y no le ayuda el haber llamado a Max Harris y haberlo hecho él solo, el día y a la hora nefasta. Agréguele una investigación influenciada y está metido en un lío.

Yo ya sabía casi todo eso pero pensé que él debía saber más.

—¿Así que eso es todo lo que ha conseguido?

Ron Healey terminó su cerveza y yo pedí otra. La nube azul de tabaco había bajado su nivel justo sobre su cabeza.

—Falta todavía el arma del crimen. Un instrumento romo.

—Debe estar en el Támesis. Dígame cómo puedo ayudar.

Healey sonrió aviesamente. A medida que hablábamos su aparente ingenuidad había desaparecido entre el humo. Era duro bajo su casco rojizo.

—No le puedo enseñar de qué manera puede ayudar, Spider, y no lo puedo proteger si lo hace, ni siquiera en mi propia zona. Así que tenga cuidado con lo que hace o puede recaer sobre Dick y eso me alteraría.

Asentí.

Luego él prosiguió.

—Si se entera de algo hágamelo saber.

Volví a asentir.

Pensé que estaba a punto de mandarse un buen trago cuando largó por encima del vaso.

—¿Por casualidad no vio a Max Harris?

Su mirada era desorbitada, demasiado fija. Pensé con rapidez porque me estaba examinando muy de cerca.

—Si usted lo pensara, ya me habría encerrado.

Hizo una mueca.

—Dos testigos potenciales reconocieron a Dick entre varios otros en la seccional. No podemos ignorar el hecho. Estaba oscuro cuando lo vieron pero hay un farol justo enfrente de la puerta de entrada. La memoria de la gente engaña aun después de un corto lapso. Si no tienen memoria visual se pueden llegar a confundir y esos dos no son muy brillantes. Uno de ellos jura que lo vio entrar y Dick dice que nadie contestó a su llamada. Se me ocurre que si hubiera estado usted en la seccional en lugar de Dick hubieran podido señalarlo a usted.

Me sentí enfermo. Fue a mí a quien vieron entrar. No debió transcurrir mucho tiempo entre nuestras dos visitas pero aparentemente fue lo suficiente para que alguien hiciera el trabajo a menos de que estuviera adentro cuando Dick tocó la campanilla.

—¿Está sugiriendo que yo me presente en su reemplazo?

—No lo pensé —mintió—. Dick ha admitido que fue a lo de Max.

Me aferré a su sugerencia.

—¿Así que puedo insistir en que me está protegiendo? Conozco a Dick demasiado. No lo haría.

—Pero confundiría los hechos trayendo un fuerte elemento de duda.

—Y posiblemente me meterían a mí en su lugar. Imagínese que acabo de cumplir tres períodos con esos pájaros de la cárcel y luego dígame qué contestaría yo. No compañero. No queremos confundir, queremos al hijo de puta que lo hizo. Y para lograrlo soy más necesario a Dick fuera que dentro del calabozo.

Si yo no lo pensara así en ese momento le hubiera contado mi visita.

—Como usted guste, pero métase en la cabeza que si usted obra como pienso que lo hará, terminará en la cárcel de todas maneras. O peor aún.

Añadió como al pasar, al tiempo que depositaba su vaso.

—Otra cosa. Y por Dios guárdeselo para usted solo. El policía que cantó y habló de soborno a los diarios fue Micky Evans. ¿Lo conoce?

Mi sangre hirvió. Lo conocía muy bien. Mi cara me debió delatar pero no lo pude evitar. En ese momento me sentí como un criminal. Micky Evans había trabajado para Max y Norman cuando operaban juntos. Como Max estaba muerto él quedaba para Norman. ¡Basura!

—Yo no trataría de encontrar a Micky —agregó Healey casualmente—. Ha desaparecido.

Lo miré con rabia.

—¿Bajo protección policial?

Levantó los hombros.

—Si lo encuentra será inculpado por intimidación. No lo busque para bien de Dick. Deje eso para nosotros.

Estaba demasiado escandalizado para contestar. Tenía razón. Si arrancaba la verdad a Micky Evans la negaría en el momento en que se viera libre de mí y yo estaría adentro. Pero yo no tenía fe en que la policía lo hiciera confesar.

Cené en un restaurante chino en Soho y me sentí solo en ausencia de Maggie. Me tomé mi tiempo para encontrar una alternativa a lo que tenía en la mente, pero no conseguí nada. En Picadilly tomé la línea de Bakerloo a Baker Street y cambié para Westbourne Park. Abandoné el West End a la afluencia de jovencitos, y de honestos espectadores de teatros.

Caminé hacia la mole de departamentos en el que se encontraba el mío. Un quinto piso contrafrente que daba a una pared y al pedacito de verde que llamaban jardín. Era el atardecer, la gente

estaba pegada a sus televisores, aunque después se preguntarían para qué. Pero era como un vicio al que no podían abandonar.

Alrededor del edificio de departamentos se encontraban estacionados los autos. El mío solía ser uno de ellos pero como no me era de mucha utilidad en la ciudad lo había vendido y con eso le compré a Maggie un anillo de tres brillantes, que en verdad lucía mejor en ella que un auto en mí. Me gustaba correr cuando manejaba y ella quedó muy impresionada por lo que dijo era un sacrificio, pero, en nuestra relación todos los sacrificios provenían estrictamente de su parte. Yo tenía un buen ojo para los coches de calidad y cuando me aproximaba a la entrada del edificio divisé un Bentley color arena que empalidecía la luz del farol de la calle y avergonzaba a los demás autos haciéndoles aparecer vulgares: una reina entre campesinos. En el momento que me acercaba se abrió una puerta lateral y una pierna enfundada en nylon se adelantó; un pulcro zapato de cocodrilo se posó sobre el pavimento. Un saco de visón caía haciendo pliegues sobre un vestido corto de lamé que lucía lo mejor que podía bajo la luz mortecina. Esa visión inesperada de la riqueza de Bond Street me golpeó repentinamente cuando vi la desagradable y apretada cabellera rubia que apareció al enderezarse su figura.

—Chrissie, por un momento pensé que la duquesa de Ken estaba realizando un cateo del distrito.

—¡Muy divertido!

—Vino para otorgar un préstamo entonces —sugerí.

Me espió a través de su excesivo maquillaje y su hostilidad no se aflojó. Había salido para pasar la velada. No le tomó mucho tiempo a Chrissie olvidarse de Max fallecido hacía veinticuatro horas. Desde luego Chrissie siempre fue una mujer práctica.

—¿Qué pasó con el Daimler Sovereign? —pregunté con curiosidad.

—¡He llenado ceniceros! —explotó—. Quiero verlo a usted. Lo he estado esperando.

—Podía haberme telefoneado.

—No utilizo el teléfono hasta que me asegure que la poli no lo ha intervenido.

—O. K. ¿Quiere rebajarse y venir a mi casa? Le puedo ofrecer un vaso de cerveza y tal vez un sándwich.

—Para ser alguien que me está pidiendo favores tiene mucho coraje. Caminaremos alrededor de la manzana y no se haga el gracioso conmigo o cambiaré de idea rápidamente.

No dijo que no quería que se la viera ni muerta en mi departamento, pero lo dio a entender después de una mirada tajante. Empezamos a caminar lentamente.

Chrissie podía destrozar su imagen con su peinado atrevido y su rígida presencia pero caminaba bien. Quizás pasó su juventud transportando cántaros de agua sobre su cabeza ñero tenía un movimiento al andar muy hermoso y elegante. Salimos con lentitud y ella deslizó su brazo bajo el mío aunque no por cariño. Chrissie deseaba que pareciera natural. No pude evitar un pensamiento. Debía romper el hielo algunas veces y sin embargo jamás mientras trabajé con Max recordaba que hubiera aflojado; todo había sido siempre comercial; tal vez ella se pagara los amantes o tuviera alguien en especial escondido en alguna parte.

—Algo falta —dijo con tranquilidad—. Debí darme cuenta antes, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Algo que podría haber hecho el trabajo? —me apresuré a decir.

—Algo que apostarí es con lo que se realizó el trabajo: un bronce.

Doblamos la esquina en silencio, no se oía en la calle principal otra cosa salvo nuestros propios pasos. No era un consuelo tener a Chrissie próxima a mí en la calle oscura. Estaba ensimismada así que la dejé tranquila hasta que dijo:

—No era una de las cosas que le gustaran a Max, nunca entendió el gusto de Norman pero estuvieron de acuerdo con respecto a los bronce.

—¿Bronces?

—Poseían uno cada uno. Tuvieron que dividir el jodido conjunto para dejar de pelear por su posesión.

Soy lo suficientemente anticuado para no jurar delante de las mujeres. Tampoco me parecía correcto que lo hiciera la otra parte. De cualquier forma Chrissie captó algo de mi desaprobación. Se volvió sorprendida aunque yo no había dicho nada.

—¿Qué hay de malo en decir jodido? Las veces que usted estuvo adentro debió usar un lenguaje especial. ¿Entonces prefiere que diga maldito?

No había duda. Yo podía sacarla de sus casillas sin mover un músculo.

—¿Cómo son? —pregunté.

—¿Los bronces? Son unas águilas posadas en las rocas con las alas desplegadas. Un muchachito está arrodillado en uno y en el otro una muchacha. Cada cual sosteniendo en lo alto una antorcha. Hermosas piezas de dieciocho pulgadas de altura.

—¿Y cada uno tenía uno?

—No sé qué veían en ellos para pelear por su posesión. Me inclino a pensar que los usaron como excusa para empezar una riña que de todos modos ya estaba en ciernes. No fueron robados; los compraron en Wigmore Street pero discutían como malditos chiquilines sobre quién los había visto primero.

—¿Con cuál se quedó Max?

—Con el muchacho.

—¿Y usted cree que Norman lo usó contra Max?

—Está faltando. Y esa noche vino de visita.

—Quizás solo lo quería para tener la pareja y usó otra arma para el crimen.

—De cualquiera de las dos formas, si él lo tiene nunca lo dirá.

—Es un golpe infernal Chrissie. Si él lo usó, tuvo que estar loco para conservarlo.

Ella se estremeció.

—Se lo estoy transmitiendo por lo que puede valer.

Reflexioné sobre si había valido la espera para que me dijera eso. Salió de su norma y eso no era habitual en Chrissie. Continuamos alrededor de la manzana hasta que su auto estuvo de nuevo a la vista. Nos detuvimos cerca del Bentley.

—¿Le contó a la poli lo de los bronces? —pregunté.

Me lanzó una mirada fulminante.

—No sea estúpido.

Luego fue hacia su auto alejándose con elegancia.

Tomé el ascensor hasta el quinto piso y vi una raya de luz que se filtraba bajo la puerta, recordé al instante que yo no estaba bajo sospecha y abrí la puerta tranquilamente. Maggie tenía una taza de cocoa a su lado y algo de pan francés y queso y miraba la televisión. No se dio vuelta pero alargó la mano para indicar silencio. Llevaba medias negras, vestido marrón de cuello alto y falda corta y estaba escondida detrás de unos anteojos de tamaño desacostumbrado con montura redonda y vidrios rosas. Maggie estaba cuidadosamente maquillada, atildada y exhalando un leve perfume Mitsouka y lucía espléndida, me esperaban problemas.

Pasaron diez minutos antes de que yo pudiera hablar mientras ella miraba el final de una serie.

—¡Era bárbaro! —dijo finalmente—. ¿Dónde has estado?

Apagué la televisión.

—Afuera —no sabía qué decirle.

—¡Óiganlo! ¿Soy demasiado joven para saber?

—Está bien. Estuve charlando con un amigo de Dick.

Maggie pegó un mordisco al pan francés untado de queso y me dejó esperando. Yo sabía que no iba a ser fácil.

—Esta es una amable bienvenida —gruñí— en mi propia casa. Ni siquiera un beso.

—No lo mereces. Decidí que me he cansado de que me protejas Willie Scott. Estoy cansada de que se me trate como a una niña, alimentada con solo cosas apropiadas. Estoy enferma de preocuparme sobre lo desconocido. Como los enfermos que se están muriendo quiero saber qué pasa. ¡Y no me mientas!

Estaba a punto de contestarle cuando me detuvo por anticipado.

—Y no me lo endulces, tampoco estoy tan preocupada como tú por Dick. Sé que está en un grave problema. ¿Piensas solucionarlo a tu manera, o sea fuera de la ley? Quiero saber qué es lo que piensas hacer.

—Zonza, te va a preocupar.

—Ya estoy preocupada ahora.

Me dirigí hacia ella, tomé suavemente sus manos y la ayudé a ponerse de pie. Le retiré los anteojos y los coloqué sobre una mesita cercana a la silla. La sostuve con firmeza pero apretada contra mí, sintiendo su cálido contacto sin hacer caso de su falta de respuesta.

—Es solo que no te quiero lastimar Maggie —susurré con mi cara hundida en la suavidad de su pelo.

—Me estás lastimando ya. Cada vez que me dejas de lado.

—Te dejo de lado porque me haces brotar lo mejor que hay en mí. No quiero que conozcas el animal que hay bajo mi piel. Estoy más asustado de él que tú.

—Lo sé Willie. Pero fue el hombre que primero conocí: el delincuente. Fue el hombre del cual me enamoré. No puedo pretender que no está ahí, pero lo quiero ayudar.

—En esto no, mi amor, créeme.

—¿Es tan peligroso?

Me endurecí y ella lo notó.

Sentí su cuerpo bajo mis dedos y ella se puso rígida también. Luego sus brazos rodearon mi espalda y sus manos presionaron con fuerza mis hombros.

—En realidad no —repliqué demasiado tarde—, sino dificultoso.

—Nunca me mientes bien —su cara se mantenía contra la mía y había perdido algo de su calor—. La verdad, Willie; una mentira a medias me preocupará más.

—Es un plan algo infernal —admití— pero tiene que hacerse.

—Cuéntamelo. Cuéntame todo.

Se lo dije. Esa noche se quedó en mi departamento. La cocoa no la ayudó a dormirse.

3

RESOLVÍ mis asuntos en el escritorio y arreglé con Charlie Hewitt para que la oficina pudiera desenvolverse sin mí por un tiempito: él se las arregló para no sonreír. Lulú me miró con una serenidad anticuada. Sabían que a veces ocurrían cosas extrañas durante mi ausencia. Nunca se percataron de cuán extrañas eran, lo que era preferible porque no hubiera podido manejar con eficacia el control del personal. Firmé suficientes cheques para que los utilizaran durante unos pocos días y Charlie los guardó bajo llave.

Me fui a casa a las cinco y media, me duché, me puse un traje liviano marrón claro y me calcé unos zapatos ordinarios también marrones. Llevaba mi corbata favorita de seda gris perla contra mi camisa blanca de nylon. Maggie hubiera aprobado mi apariencia pero yo no me había vestido para ella. Tomé el subterráneo a Chiswick y descendí en Hanger Lane. Llegaba a tiempo. Caminé lentamente, observando el cielo turquesa, apreciándolo y esperando estar en estado de recordar su belleza cuando la contaminación, finalmente lo convirtiera en azul noche. El tránsito era denso, las exhalaciones añadían color a lo inevitable.

En momentos así, cuando mi vida tomaba un giro repentino y ciego yo me sentía poeta como si deseara fijar en mí agudas impresiones de fealdad y belleza. Era, en verdad una preciosa noche para todos menos los suicidas y quizás yo iba a unirme a sus filas.

La *trattoria* estaba junto a un estacionamiento, con ventanas estilo Tudor y un parral con grandes racimos de uvas artificiales. En la terraza hacía suficiente calor para que la clientela disfrutara un trago largo bajo las alegres sombrillas antes de precipitarse a sus hogares. Era un lugar lindo y comfortable que podía tornarse en una trampa mortal.

Un auto en el estacionamiento me impactó. Un Mercedes 250. Debía ser de él; era un modelo del año actual y refulgía por su cuidado. Crucé la playa zigzagueando entre las mesas y penetré en la oscura atmósfera del interior. Más racimos de uvas pendían de las vides simuladas bajo la suave iluminación. Un ligero aroma a cocina me tranquilizaba de que la comida, al menos, no fuera de plástico.

—Spider.

Una voz baja, educada, me invitaba con amabilidad. Mi vista todavía no se había ajustado. Me di vuelta para ver a dos oscuras siluetas cercanas a la media luna del bar a la derecha de la puerta. La figura más corpulenta rio con suavidad.

—Siga el sonido de mi voz, aquí no hay camarera.

Ahora podía ver que la mujer que estaba con él sonreía, la escasez de luz le prestaba una gran belleza, las sombras que la tocaban en los lugares adecuados, bajo los pómulos, estrechaban sus sienes y afinaban su cuello largo hasta la garganta.

—¡Hola, Norman! —Nuestro apretón de manos fue mecánico. Se sentó con las piernas juntas en un taburete, un hombre grandote y sin embargo elegante, de espesa cabellera plateada cepillada hacia atrás en ondas distinguidas. Por lo que pude ver en esa media luz no había envejecido mucho, sus facciones seguían siendo afinadas. Las líneas en las comisuras de su boca podían haberse ahondado ligeramente pero su aspecto seguía siendo bueno; su comportamiento natural sugería una personalidad relajada. Sus ojos eran claros pero engañosamente indiferentes. El corte de su traje era a la moderna moda europea.

—No creo que conozca a mi mujer. Ulla, te presento a un viejo amigo, Spider Scott.

No era desagradable conocerla; sus ojos eran de un violeta poco común, su acento al decir «¡Hola!» del Norte de Europa. Su pelo rubio caía suelto. Su suave y calculadora mirada era decididamente tan dura como la de Chrissie, pero reconozco que tenía una inteligencia superior que se agregaba a su encanto continental y aunque Chrissie lo considerara una simpleza. Norman en su recién cumplida cincuentena había triunfado.

Calculé que Ulla sería algo más joven que yo, tal vez alrededor de los treinta y tres y muy bien conservada. Sentí la mirada de Norman y desvié la mía rápidamente. No me convenía despertar celos justo ahora.

—Spider acostumbraba a hacer trabajos para Max y para mí —explicó Norman para beneficio mío. Ulla no estaría allí si no estuviera enterada—. Es un gran profesional, quedan pocos así.

—Usted es alto para ser escalador —observó cuando el barman se retiró. Lo dijo como un cumplido como si el ser escalador fuera la cosa más natural del mundo.

—Es tan ágil como un gato, querida. —Entre los dos me estaban trabajando para algo—. Estoy contento de que me haya telefoneado —añadió—. Deseaba conectarme con usted aunque oí que se había retirado. —Señaló al barman y luego a mí—. ¿Sigue siendo abstemio?

—Más o menos —contesté—. Jugo de tomate y un golpecito más de condimento Worcester.

Norman lo pidió sonriendo como un animador de televisión.

—La comida acá es buena —y luego con un suave guiño añadió— y está apartado de los lugares corrientes.

Durante unos pocos minutos hablamos de todo excepto crímenes y hacían una buena pareja. A veces yo pensaba por qué motivo Norman se había desviado. Cuando lo conocí, en otro tiempo, tenía un muy buen negocio de importación-exportación y embalajes. Le pregunté si todavía lo tenía; sí lo tenía. Se vio claro cuando hablábamos que no tenía secretos para Ulla y que estaba embobado con ella. Era difícil conciliar su tranquila manera de

expresarse, con un hombre que ahora debía ser el más importante reductor de Gran Bretaña.

En su especialidad, ahora que Max estaba muerto, Norman debía rivalizar con Reisen en importancia. Rex Reisen era un criminal y dirigía una organización más grande, con provechos mayores, pero sus gastos también eran mucho más altos. Así lo eran sus riesgos... lo que hacía que sobrecargara sus gastos. Norman, por su lado, operaba con más sutileza, haciendo casi nulos sus riesgos utilizando miles de contactos, rectos, torcidos y Dios sabe qué más. Lo evalué más alto que Max Harris. Los rudos métodos de Max habían muerto con él. Mientras los tres charlábamos, traté de imaginarme a Norman como un asesino y no pude. Y sin embargo me sentí congelar con un lejano recuerdo: un asesinato no resuelto, atribuido a Norman unos años atrás. Nadie pudo jamás descubrir la verdad en aquel entonces. Luego traté de verlo como un reductor y tampoco pude conseguirlo. Su encanto era tan natural como el de su mujer; gente que lo mira a uno directamente a los ojos y expresa su horror sobre el horror que los circunda. Una interesante pareja aceptada en cualquier sociedad y ambos tan torcidos como una ganzúa. Bajo el suave encanto de Norman, existía un acero bien templado: cualquiera que pudiera taclearlo y vencer a Max tenía que ser alguien extraordinario.

El *maître* nos anunció que nuestra mesa estaba preparada y nos dirigimos hacia el rincón más oscuro. Ulla caminaba delante de mí, una silueta ajustada en color azul con un atento Norman a su lado.

Como Norman conocía el restaurante dejé las cosas a su cargo y Ulla y él discutieron el menú como conocedores. No había afectación en eso: ambos sabían lo que hacían. No tengo interés en el vino pero los acompañé y pude discernir la calidad aunque sin paladear el sabor. La cena fue tremenda, la charla divertida y relajante.

El negocio se inició con el café y los licores y fue Norman el que lo dejó escapar, como si siguiera todavía discutiendo una obra que hubiera visto.

—No pretendo estar apenado por lo de Max, pero siento la manera como ocurrió. —Me miró de una manera amable sobre el humo de su cigarro—. ¿Usted naturalmente oyó? —Con una mano cuidadosa se alisó el pelo para atrás: siempre fue vanidoso.

Asentí, fijando mi mirada en un enorme zafiro montado en platino que Ulla lucía en su mano derecha.

—Por eso le telefoneé. El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

—Es usted rápido y además entusiasta. Sin embargo creía que se había retirado.

Ulla había empujado su silla ligeramente hacia atrás y yo me daba cuenta de que observaba de cerca mis reacciones a las preguntas de Norman. Si en su actividad de reducidos eran tan buenos como la pareja que formaban como marido y mujer, con seguridad habían desplazado a Max y Chrissie.

—Sí, me retiré. Pero hace poco vi a Max y este me ofreció trabajo. Dijo que me había echado de menos y debo admitir que me estoy aburriendo. Ahora nunca sabré de qué trabajo se trataba.

—¿Qué pasa con Chrissie?

—¿Trabajar para ella? —Reí—. No puede haberse olvidado tanto sobre mí. Ella está terminada. Los «muchachos» no querrán quedarse con ella.

Norman sonrió apenas.

—Me inclino a estar de acuerdo. Ella es atrevida, pero no la veo claudicando tan fácilmente. ¿La ve usted?

Lo extraño de la cosa es que el tono de la conversación no parecía ser diferente al anterior y sin embargo yo sabía que lo era. Tras la agradable sonrisa de Ulla y su suave mirada había una vigilancia extremada. Esos dos, con seguridad se protegían el uno al otro a muerte. Mi impresión era que ella no estaba emocionalmente tan metida como él, así que sus razones tenían que ser más poderosas y si era así, ella lo escondía muy bien.

—No creo que usted deba preocuparse por ella.

—Querido amigo, no me preocupo. Sin Max, ella es nada. ¿La ha visto últimamente?

Tuve que asumir un riesgo calculado o su trabajo en equipo daría resultado.

—No.

¿Cómo pudo Ulla perforar mi mente sin endurecer su expresión? La campana de alarma sonó, pero Norman asintió como si comprendiera. Tuve una tremenda necesidad de seguir dando explicaciones, pero me di cuenta a tiempo de que sería un error.

—Es una mujer extraordinaria —observó Norman— pero falla en varias cosas.

Reflexionó tras sus párpados caídos mientras una mano totalmente tranquila descansaba sobre la mesa, con el extremo de su cigarro encendido sostenido para arriba como si quisiera evitar que sus dedos se tiñeran de nicotina... y advertí que lo estaban.

—¿Oyó hablar sobre Max y yo?

Sacudió algo de ceniza.

—La noche que fue asesinado me telefoneó. Quería una entrevista. Como usted sabe era un individuo rudo y pienso que empezaba a ver que sus métodos eran anticuados. Se resintió mucho con mi éxito y posiblemente imaginó que yo estaba tratando de intervenir en los suyos. De todas formas quería hablar sobre eso.

—Fue mucha suerte que no fueras, querido.

La fiel Ulla salió al rescate pero fue sin provecho.

—¿Qué pasó? —pregunté obediente.

—Nada en realidad. Yo tenía una cita esa noche, pero le dije que en caso de que regresara temprano le podía telefonear y preguntarle si todavía deseaba verme esa noche. Llegado el momento así lo hice y tuve la respuesta más extraordinaria. —Norman sonrió forzosamente al recordarlo y miró a su mujer—. Me dijo que no me podía ver entonces y que cortara la comunicación.

—¿Le dijo?

Norman sonrió.

—Usted lo conoció demasiado bien. Me «gritó». Después de su primera llamada no estaba preparado para eso. Confieso que me impactó.

—¿Así que no fue?

—Naturalmente. Cuando Chrissie me telefoneó más tarde le conté lo que había ocurrido. Usted conoce a Chrissie. No me creyó, por supuesto. Solo espero que no haga ninguna tontería.

—Será mejor que no lo intente.

Por vez primera advertí una leve falla en Ulla. Arrojó las palabras con la velocidad de seis dardos mortales. Su acento se agudizó ostensiblemente con la amenaza. Tengo que recordar llevar un espejo retrovisor cuando camine delante de ella.

—¿Usted cree que Chrissie querrá averiguar? Creo que era muy posesiva con respecto a Max.

Si ellos estaban complotando entonces yo agregaría algo más de mi parte.

La cara de Norman se endureció y observé que por fin Ulla había notado la mirada de él; sus facciones se endurecieron y detecté algo de crueldad en sus labios. Quizás durante tres segundos se concentró en Norman como si ella también dudara de su respuesta.

Se estremeció.

—La única indicación que tengo es que la policía no llamó. — Norman siempre evitó hablar el lenguaje de los criminales, aunque lo conocía muy bien. ¿Cómo se puede ser *snob* en ese juego?—. Normalmente yo lo esperaría a causa de las phoneadas. Eso quiere decir que Chrissie está manejando su propio juego.

—O que no tiene juego para jugar. Chrissie bajo ninguna circunstancia, querrá ayudar a la poli —sugerí.

—Espero que esté en lo cierto, Spider. Realmente así lo deseo para bien de ella.

De manera que ambos hablaban claro. ¿En qué quedaron las amabilidades de una media hora atrás? Pero ¿hasta dónde llegaba la verdad de todo eso? Sus vidas estaban empapadas de subterfugios. Mirándolos y recibiendo de vuelta sus sonrisas era difícil de creer. ¡Pero por Dios!, era mejor para mí creerles. Desde ahora era preferible meterme esa idea totalmente en mi cabeza.

—¿Así que ahora quiere trabajar para Norman? —Ulla volvió a retomar la dulzura.

—No en forma total. Soy básicamente un solitario, siempre lo he sido. Pero en caso de que alguna vez les caiga algo donde piensen que les puedo ser útil, seguro, me interesaría si la cosecha justificara los riesgos.

—Creció en sabiduría, Spider. Buen tipo. Max acostumbraba a jorobarlo, ya lo sabe. Siempre fue amarrete. —El eco de la afirmación de Maggie me irritó porque era cierto—. Ya puedo darle una buena ocupación —continuó— y estoy hablando de trabajos adecuados a su talento. —Ahora me estaba estudiando tratando de detectar posibles cambios—. Aunque ha estado descansando mucho tiempo —añadió a manera de advertencia.

—No tanto como el que pasé en la cárcel.

—No, pero ese período de condena es como un curso de recapitulación, se encuentra uno con viejos amigos, compara los datos, trae nuevos métodos aunque uno no los pueda practicar y como usted bien lo sabe, muchas cosas se pueden practicar desde el interior. Así me han dicho —terminó justo para hacerme saber que jamás lo hizo él mismo.

Estaba investigando.

—No me utilice si piensa que yo soy un riesgo peligroso. No estoy desesperado por trabajar.

—¿Pero la espera no es cómoda, no es así? —gorgojeó suavemente—. Usted es un mal negociante, Spider, pero un maldito artífice capaz. No, no tengo miedo sobre su descanso, es un profesional demasiado bueno. En realidad tengo un trabajo para usted.

No lo esperaba tan pronto. Miré a Ulla que pareció haber perdido interés en mí, pero eso no me hizo ser menos precavido. Este era el momento crucial. De repente me di cuenta de que estaba actuando con demasiado interés al tiempo que mis nervios gritaban ¡no!

—Póngame al tanto de todo —dije sin mucho apuro.

Norman sonrió secamente.

—¿Ya está nervioso?

—Solo cuidadoso —repliqué—. Es parte del juego.

Ulla volvió de nuevo a la vida, sus ojos violetas se fijaron en la escena. Todas las bromas llevaban a este momento. Yo me sentía torturado. Como esa era la idea encontré difícil quejarme.

—¿Quiere saber de qué se trata?

Demostre sorpresa.

—Para eso estoy aquí.

Norman se echó hacia atrás, su figura esbelta desapareciendo a medias en la sombra. Repentinamente sus ojos se agudizaron como si desde la oscuridad recibiera un haz de luz. Ulla volvía a aparentar concentración y aunque estuve tentado de mirarla mantuve mis ojos clavados en Norman. Era como si la cena y las bebidas nunca hubieran existido. El tiempo empezó a contar desde ahora. Sentía latir mi corazón.

—¿Qué piensas, querida? —arrastró las palabras pero siguió observándome.

—Espere un minuto. —Golpeé la mesa con la palma de la mano. Miré a Ulla arrogantemente, lo que pareció divertirla—. Aclaremos esto. No voy a tener una mujer como jefe, no en un juego así. Norman, si no puede tomar sus propias decisiones, entonces me largo. Ahora mismo.

La mirada de Norman se suavizó sin perder el brillo. Luego rio, tomó las suaves manos de Ulla y las presionó.

—Siempre el mismo viejo, Spider. ¡Gracias a Dios! Así es exactamente como lo recuerdo.

Qué imbécil más sutil pensé.

—Mañana por la noche —prosiguió—. En casa a las diez y media. Me alegro de haberlo visto de nuevo, Spider. Empecemos a sacar provecho de este encuentro.

Ulla me brindó una sonrisa de cumplido que contenía apenas un ápice de misterio.

Maggie se esforzaba por probar que podía soportar el peso de la realidad y estaba decidida a vivirla. Pero sufría. Era muy fuerte, de una fibra moral muy elevada pero demasiado sensible para el juego que acababa de empezar. La protegí de alguna manera con una mezcla de verdades y mentiras, pero no fue fácil.

Si se hubiera encontrado con Norman y Ulla los hubiera juzgado por su aspecto. Hubiera sido inconcebible para ella que gente tan amable pudiera estar inmersa en tanta podredumbre. En eso, supongo que no era diferente a la mayoría de la gente de vida normal, aunque la de ella ya no lo era.

Llevaba un pantalón verde limón y una gorra de pirata haciendo juego. Tomamos un autobús para el departamento de Dick.

La patrona de Dick, de cara vivaz, nos dejó entrar y lo encontramos vestido con una camisa de cuello abierto bajo un suéter sucio, despatarrado en su cubil de un ambiente, con un vaso de cerveza a su lado. Saltó sobre sus pies, la cara blanca por la tensión y sus ojos enrojecidos por el insomnio. Sonrió avergonzado.

—Ahora sé lo que es un interrogatorio desde el ángulo opuesto.

Con el pelo desordenado y algo atontado por lo que le ocurría. ¿Cómo podía ser que alguien de su integridad hubiera caído en este lío? Sus ojos inocentes y confundidos parecían preguntárselo incesantemente. Yo odiaba verlo reducido a eso, sacudido por su propia ética. No iba a pedirme ayuda, no Dick. Sabía demasiado bien, cómo iba a manejar yo el asunto y me pareció increíble que en el estado en que él estaba, todavía se preocupara por mí.

—¿Por qué no nos avisaste? Hemos estado preocupados.

Dick levantó los hombros disculpándose, estaba deshecho.

—Pensé que era mejor abstenerme. De todas formas llegué a casa demasiado tarde para telefonar.

—¿Comiste bien? ¿Te puedo cocinar algo?

—No, Maggie, gracias. De verdad. Mrs. Gee me cuida bien.

—De todas formas —dije agarrando un banquito— todavía no te han encerrado.

Hizo una mueca.

—Reconozco que es por una razón estrictamente política. Un policía arrestado por asesinato es una noticia nacional. Lo están demorando hasta tener un motivo de hierro, eso es todo.

—Bueno —sonreí—, entonces estás salvado.

La sonrisa que me devolvió era enfermante. Luego enumeró los puntos contra él levantando un dedo tras otro.

—Está la acusación de soborno ahora elevada hasta el cielo. Mi jefe en el Departamento me detuvo, me suspendió en mis deberes y me mostró acusaciones del denunciante de «The News». Luego está mi visita a Max en un momento próximo al crimen. Lo creas o no, uno de los testigos me vio entrar. Imbecilidad, pero ¿qué puedo hacer ante eso? Hay una ligera diferencia de tiempo, según lo declarado por los testigos, pero uno admite que él no estaba mirando el reloj así que no podía decirlo con exactitud. Y hay un pequeño asunto por mis marcas de los dedos en el dintel de la puerta. Debo haber colocado mi mano en el marco para apoyarme.

Me sentí desgraciado al saberlo, pero mi instinto todavía me prevenía que no debía contarle mi visita. Si yo fallaba en sacarlo libre, entonces convendría en que había llegado el momento para hacerlo. Maggie me respaldaría.

Observe la habitación acogedora, arreglada con cretonas y con fotografías deportivas suspendidas en las paredes. El equipo de boxeo de la Policía Metropolitana con Dick, peso liviano, de pie, los brazos cruzados en la última fila. Tres copas de plata por ese mismo deporte adornaban la repisa de la chimenea. Una ligera e inusual suciedad se había depositado en la habitación; su chaqueta y su corbata colgaban de la silla, el periódico de la tarde arrugado sobre la mesa; pequeños detalles que indicaban el estado de su mente.

—Mira —gritó— ¡por Dios!, no me tengas lástima. Eso no nos ayudará a ninguno de los dos. Estoy haciendo algo positivo. Me he conectado con algunos soplones y la voz ha corrido, Ron Healey está asimismo trabajando en eso en su tiempo libre. El arma del crimen no se ha encontrado aún y no creo que ahora se la encuentre. La dificultad está en que el tiempo vuela, ellos tienen que

encerrarme pronto lo quieran o no lo quieran. No te olvides que estoy involucrado en dos casos separados, lo que lo empeorará para el público.

No mencionó el encuentro de Ron Healey conmigo, lo cual quería decir que el sargento sabiamente lo mantenía en secreto. Con Dick tenía un problema similar al que tuve con Maggie pero más definido. No tenía la intención de contarle cómo me iba enredando con Norman Shaw. Él tenía hacia mí el mismo fuerte sentimiento que yo hacia él, así que lo dejé así. Maggie comprendió.

Cuando nos fuimos Maggie estaba desanimada. Hasta ella empezaba a convenir en que el camino recto y estrecho era tan torcido como el otro.

—Es demasiado joven para parecer tan viejo —fue su única observación.

La casa estaba situada en el elegante St. John's Wood. En una tranquila calle trasera no demasiado alejada de la calle principal ocupaba el centro de una terraza con columnas. Los autos estaban estacionados como símbolos de *status*, a ambos lados de la calle, con tarjetas en los parabrisas que indicaban su derecho a permanecer allí. Afuera de la casa de Norman se encontraba estacionado el Mercedes, pero probablemente él solo lo usaría para acercarse al garaje vecino donde su Rolls plateado se humillaba bajo los ladrillos y el cemento. Yo había cumplido mis tareas. Es un hecho que en algunos lugares me siento razonablemente bien vestido, cómodo con mi billetera, pero aquí mi billetera estaba vacía. Era un sirviente buscando trabajo y la analogía era cierta en ambos sentidos. Solamente pertenecía a este lugar si regresaba al fango.

Hice mi acostumbrado examen a lo largo de la hilera de casas. No era necesario, pero era un hábito en mí que no quería romper. Todas tenían ventanas de guillotina a la manera antigua, cualquier otra cosa en las fachadas revocadas hubiera parecido fuera de lugar. Subí los escalones al porche, quedando entre los blancos pilares, como un oscuro intruso. Una respetabilidad excesiva envolvía el ambiente como un perfume asfixiante. Nadie podía dejar

de percibirlo a menos que viviera aquí y lo acarrearían con ellos como una protección contra la enfermedad y la pobreza. Tuve que sonreír en esa oscuridad. El más grande reducidor del país sabía dónde estar a salvo. Max jamás lo pudo lograr. Apreté el timbre. Se oyeron campanillas de iglesias llamando a los ángeles.

Uno de ellos abrió la puerta; una atractiva jovencita vestida con algo parecido a las modas de las carretas del Oeste. Falda hasta el suelo... pero no llevaba armas. Sobre el alto y apretado pecho una cara joven demasiado arrogante para ser linda, me miró como si yo me hubiera olvidado de recoger los tachos de basura esa mañana. Fríos, horadantes ojos me examinaron sin disimulo llevando esa evaluación al tono de su voz.

—¿Sí?

No esperaba una mucama y no la encontré. Norman no querría emplear una a menos que fuera sorda y muda. Así que ¿a quién tenía enfrente? Le obsequié con mi sonrisa famosa y la imagen silenciosamente me acusó de insolente.

—Tengo una cita con Mr. Shaw —expliqué.

—¡Oh! ¿Con cuál de ellos?

—¿Hay muchos ahí?

—¿Le importa? Usted debe saber con quién.

Pensé y la mandé al infierno.

—Es usted una perrita educada —dije—. Ahora vaya y diga a Mr. Norman Shaw que Mr. Scott está aquí.

—¡Oh, mi papito! ¿Por qué no lo dijo al principio? Supongo que es mejor que entre.

La invitación era del todo renuente. El nombrar a su padre le hizo muy poca impresión y no se esforzó en disimular lo que pensaba de mí. Me introdujo en una amplia habitación con frisos de estuco y un cielo raso pintado al estilo florentino. Me sorprendieron los espesos cortinados, los muebles de caoba y la alfombra verde pálido. Con tantos dorados y cristales encontré la habitación demasiado ostentosa.

En el momento en que ella estaba por cerrar la puerta le pregunté:

—¿Estropearé los muebles si me siento?

Me miró con frialdad como si estuviera sopesando mi pregunta.

—No demorará mucho.

Y cerró la puerta. A medias divertido y a medias enojado me senté en una Bergére, pensando cómo se podía permitir ser tan altanera, me sorprendió también el verla demasiado grande para poder ser hija de Ulla.

Diez minutos después Ulla entró en la habitación vestida con un vestido largo de noche de un costo semejante al presupuesto anual de Maggie para su ropa, ajustado en los pechos y cayendo en hermosos pliegues hasta abajo. Me dirigió una leve sonrisa coqueta, levantando las cejas en un vago desafío y mirándome con divertido interés. Su cara podía realmente adquirir vida, si así lo deseaba.

—Siento que Norman se haya retrasado. Habíamos salido y fuimos demorados, pero no va a tardar. Por favor, tome asiento.

Se sentó enfrente de mí dando la espalda a la puerta. Podía ser que no quisiera que Norman viera su expresión al entrar.

—¿Cómo encontró a Belinda?

—¿Su hija?

—Mi hijastra.

No me perdí el endurecimiento de su tono o de su mirada pero la sonrisa seguía siendo la misma.

—Puede ser franco —añadió al observar mi titubeo.

—Necesita que le golpeen el traste con una mano pesada. La mía por ejemplo.

Ulla ríó suavemente mandando su cabeza para atrás y alargando la línea de su cuello. Esto podía volverse un juego peligroso.

—Siempre le digo a Norman que está demasiado mimada. Me encanta que esté de acuerdo conmigo. Su familia es todo para él y exagera.

No dijo si se consideraba ella misma parte de la familia. Los ojos violetas indagaban. Yo tenía una sospecha, pero no lo podía creer. Tal vez estuviera envejeciendo.

—No entiendo cómo siendo la hija de un delincuente de primera se sienta tan superior. ¿Cómo lo tomará si lo encierran por algunos años?

Sus ojos se volvieron de hielo. Su rígida sonrisa me acusó de estropear algo bueno. Y era cierto. No quería que mi cabeza fuera cortada por Norman.

—¿Hay algún otro niño? —pregunté siguiendo la conversación.

—Mío, no. Existe Peter de un casamiento anterior de Norman. Va a la Universidad. Un buen muchacho aunque demasiado sensible.

Sensible a qué, pensé. ¿Quién es el tonto que dijo que el crimen no da beneficios? En verdad que les estaba dando a Norman y su familia muy buenos beneficios.

—¿Toqué un tema doloroso? —inquirí.

—¿Doloroso? ¿A mí? ¡Oh, Spider, qué ingenuo! —Su sonrisa proyectaba media docena de mensajes demasiado mezclados para poderlos separar—. ¿Lo inicié yo o no?

Seguía flirteando conmigo sin esforzarse por ir más allá. Quizás yo no le respondía suficientemente. Hubo un ligero cambio de expresión cuando la puerta se abrió y Norman entró. Ulla se levantó, le sonrió ampliamente y deslizó un brazo bajo el de él.

—Le he estado acompañando en tu nombre, querido. Buenas noches, Mr. Scott.

Besó a Norman en la mejilla y salió, mientras él se quedó pensativo un par de minutos, tratando de adivinar qué se había perdido. En esa actitud era el retrato de un peligroso enemigo. Existía más de un Norman encerrado detrás de ese frente prolijo y agraciado. Por momentos sus ojos me recordaban al coronel Kransouski; esa es otra historia pero suficiente para hacerme estremecer al recordarla.

Norman se sentó en el lugar en que Ulla había estado sentada removiéndose un poco como si el calor que ella había dejado lo tranquilizara. Presionó el botón debido y sonrió de nuevo.

—Siento haberme demorado. ¿Una bebida?

No tenía el aspecto de intentar levantarse y servir algo, pero tal vez adivinó que yo lo rehusaría. El gris de sus ojos era de porcelana brillante y dura, las suaves luces devolvían el reflejo de su mirada. Reflexioné cómo serían si se enteraba que yo tenía un hermano en la policía o si estuviera seguro de que Ulla en esta ocasión había estado flirteando conmigo.

Muy cuidadosamente alisó su pelo hacia atrás con ambas manos mientras sus dedos tanteaban buscando mechones desarreglados. Luego, inesperadamente, aspiró, apretó los labios y pareció hinchar sus mejillas mientras trataba de mantenerlas quietas. Mientras retuvo el aliento su color aumentó por el esfuerzo. Después de unos pocos segundos exhaló un soplo de aire espiando mi reacción. No mostré ninguna.

—Ejercicios isométricos —explicó—. Fuerza contra fuerza. Mantiene los músculos como se debe. Este detiene la flaccidez.

Asentí interesado. La madurez había aumentado su vanidad.

Norman cruzó las piernas, me lanzó una mirada evaluadora y dijo:

—Tengo un trabajo para usted.

—¿Un trabajo de «mi» especialidad?

—Hecho como para usted.

No me gustó la forma en que lo dijo.

—¿Dónde?

—Aquí en Londres.

—¿Cuál es el botín?

—Una hermosa colección de anillos.

—Deben ser fácilmente identificables.

—Algunos sí. No costará mucho cambiar las monturas por otras nuevas. En la mayoría de los casos no será necesario. No creo que las piedras por sí mismas sean identificables.

—¿Están en una caja de seguridad?

Norman titubeó. Tenía el hábito de pellizcarse la mejilla con los dedos y de mirar al techo cuando estaba indeciso.

—No estoy seguro. Opino que no.

—Debe mejorar eso. No voy a forzar el lugar por un pálpito.

—¿Dije que era en una casa? Así es. ¡Oh!, están ahí de verdad. Tengo la sensación de que están más bien escondidos que guardados.

Este no era el Norman que yo recordaba; antes era más preciso.

—Suenan a peligroso. No puedo revisar todo el lugar. Pueden estar en cualquier sitio. Puede tomar toda la noche.

—¿Desde cuándo esto le ha preocupado?

Si el lugar está ocupado siempre me preocupa. Algo andaba mal.

Norman permanecía tranquilo y pensé que estaba analizando mi opinión. No podía creer que él estuviera tan inseguro. No era el Norman calculador.

—Me gusta deshacerme de los objetos rápidamente, con preferencia sacarlos del lugar en la misma noche. Ahora tengo un interés comercial en esa colección particular porque puedo disponer de ella con facilidad. No creo que estén en una caja de seguridad, porque sería embarazoso si se los encontrara.

—¿Quiere decir que son de mala procedencia?

—No me extrañaría. El coleccionista no los ha robado, pero tengo una fuerte sospecha de que los compró sabiendo que eran robados.

Sonreí.

—¿Ningún cliente suyo, Norman?

Tenía momentos de humor, rio.

—Es un pensamiento brillante pero no es una forma adecuada para tratar de negocios. No. Creo que están ocultos en la parte alta de la casa. Con seguridad en la buhardilla.

—¿Cómo puede saberlo?

—¿Cómo puedo saber que están ahí? Quizás soy más obtuso de lo que debería ser. Pongámoslo de otra manera. Si no están en los dos últimos pisos retírese y le pagaré como compensación.

—¿Cuánto?

—¿La compensación? Cincuenta libras y si tiene éxito en el trabajo doscientas cincuenta.

—Eso es de una mezquindad como la de Max —me reí en silencio—. ¿Dónde están los porcentajes?

—En esto no puede haber. Es dinero fácil para un fácil trabajo. Veamos, doscientas cincuenta libras por un par de horas de trabajo no está mal. La investigación está a mi cargo.

—Por lo que veo no ha hecho gran cosa.

—Lo suficiente. Los encontrará.

—¿A quién se los entrego?

—A mí.

Esto me impresionó. No era costumbre de Norman asumir riesgos innecesarios. En alguna forma que yo no percibía me estaba ganando, pero tenía que decidir si le seguía el juego. Si lo rechazaba nunca me volvería a llamar.

—¿Tiene el lugar sistema de alarma?

—En el lugar que usted va a trabajar no, y además la gente estará ausente en los próximos días.

—¿Dejando el botín flotando suelto por ahí?

Norman parecía burlarse.

—¡Francamente! Querido Spider, creo recordar que fue usted el que me enseñó que un buen escondite es preferible a una caja de seguridad. Lo malo de la gente es que no tiene suficiente imaginación. Creo que esta persona la tiene y es por esa única razón por la que no puedo ser más preciso. La «tela» está ahí y ellos fuera. ¿Qué más quiere?

—Necesito ubicarlo para asegurarme de que es tan sencillo como lo cuenta usted. ¿Exactamente dónde está?

—En la puerta de al lado —contestó.

—¿Qué?

—La puerta de al lado —repitió—. En este costado.

OceanofPDF.com

4

LO MIRÉ fijo por un momento. Supongo que no había razón para que no fuera la puerta de al lado. Pero me sorprendió que él se arriesgara tan cerca. Luego vi que era típico de Norman. Arrojado, seguro.

Se sonreía al ver que me había sobresaltado.

—Si le sirve de ayuda, enfrente hay una casa en venta. ¿Necesito agregar más?

—¿Cuál es la fecha límite?

—Cinco días a partir de mañana. Los dos últimos pisos son virtualmente una casita abandonada por la gente que vive abajo, que puede que estén en casa, pero no hay razón para molestarlos, ¿no es cierto?

—O. K. —dije—. Se hace.

Norman sacó su billetera.

—Cincuenta en adelante. —Alargó los billetes.

Tuve que tomarlos. Era una sensación extraña aceptar dinero por un «trabajo»; después de tantos años, me había comprometido de nuevo metiéndome en el juego. Quizás nunca lo dejé. Tomé los billetes como si quemaran.

—Son buenos —comentó divertido.

Sonreí torvamente.

—Ha pasado mucho tiempo, Norman. Es una sensación rara. Nos levantamos al mismo tiempo.

—No sé —repuso—. Por lo que oí decir, ha metido mano otras veces de diferentes maneras.

—No crea lo que dicen los periódicos. ¿Por qué peleó con Max?

La pregunta lo golpeó por debajo de su guardia. Se estremeció y me miró rápidamente.

—Debí pensar que había adivinado. No congeniábamos, teníamos gustos distintos, ideas, *modus operandi*. Max vivía en el pasado, no se acomodó a estos tiempos.

—Su asesinato le vino bien. —Yo era cuidadoso en el modo de decírselo y no pareció molestarle demasiado.

—Solo en un corto plazo. La pelea entre Max y yo era inevitable, tan inevitable como mi eventual dominio de la escena.

—Max no le habría dejado ganar con tanta facilidad.

Norman sonrió confiado.

—Hubiera peleado, sí. Pero usted sabe, lo malo de Max era que sus golpes se veían venir. Era brutal pero obtuso.

—Será mejor que me vaya —dije. Miré admirando la habitación—. Un lugar muy lindo Norman.

No había bronces. Como no me ofreció mostrarme la casa, a pesar de mi insinuación, decidí que debía hacerlo en la forma más difícil.

Me condujo hasta la puerta de entrada con su mano colocada cariñosamente sobre mi hombro. Hasta ese momento no me había percatado de que era más alto que yo y mi estatura es de un metro ochenta y dos. Se comportaba como un verdadero hombre de negocios en cada pulgada de su ser cuando me despidió. Su educación de escuela privada no hizo nada por su moral, pero por lo menos lo ayudó a desarrollar naturalidad. Con su madurez y buen aspecto era una combinación formidable. Reflexioné sobre si Ulla en realidad apreciaba lo que tenía.

Las llaves de la Agencia de Propiedades bailaban en mi bolsillo. Llevaba mi mejor traje, camisa de seda blanca, corbata de seda verde y zapatos de *sport* de cuero de tortuga. Mis amigos no me

habrían reconocido. Mi pelo estaba por una vez prolijo, puesto en su lugar por un fijador de Maggie. Me sentía como si fuera a mi primera entrevista para buscar trabajo. Pero necesitaba el disfraz, junto con una voluble voz de falsete que hubiera sobresáltalo a Norman, para convencer al empleado de que era lo suficientemente pudiente como para estar interesado en la casa vecina a la de Norman. Sobre un hombro llevaba una cámara fotográfica.

No dirigí a la casa de Norman más que un vistazo mientras me acercaba desde el otro lado de la calle. Había un cartel de venta en el exterior de la casa vacía y entré por el portón, subí los angostos escalones entre columnas y di vuelta a la llave en la cerradura. Dentro, en el vestíbulo vacío, me quedé quieto por un momento sabiendo que mi silueta podía ser vista a través de los dos paneles de cristal de la puerta. El lugar olía a encerrado y necesitaba ser aireado. Por los matices diferentes de marrón y el maderamen de las paredes presumí que cualquiera que hubiera vivido aquí era un superviviente de la época victoriana.

Las casas desocupadas siempre fueron para mí de mala suerte. Me regalaron algunas sorpresas muy malas. Subí las escaleras sin tratar de amortiguar el ruido, porque el giro de la llave en la cerradura y el cerrar la puerta debía haber puesto sobre aviso a cualquiera. Caminé ruidosamente sacando una especie de placer al no tener que arrastrarme por una vez. Un ejército de ruidos me acompañaron muriendo en el polvo que se levantaba. Recorrí de arriba abajo todas las habitaciones y terminé con las manos vacías exceptuando un viejo recibo de alquiler de un traje. No era un mal lugar, habitaciones de buenas medidas y cielorrasos altos. Pero eso no me incumbía.

Ahora regresé a mi trabajo en serio y bajé de nuevo las escaleras. La hilera de habitaciones daba a un largo y estrecho jardín pegado a otro. Altas vallas de madera corrían a ambos lados de una extensión de césped crecido. Examiné los seguros de las ventanas. En las ventanas a guillotina casi inevitablemente no llega el panel superior hasta el fondo por el lado de afuera, lo que permite

que un cuchillo de hoja alargada pueda introducirse entre ellas en la parte inferior. En las viejas y bien construidas casas, los seguros son pesados y algunas veces difíciles de manejar. Otra mala condición que tienen es que pueden de repente caer haciendo un ruido infernal.

De manera que regresé a la pieza del frente manteniéndome de espaldas a las ventanas desprovistas de cortinas. Estaba en ese momento contento de los diferentes marrones del telón de fondo. La casa de Norman me enfrentaba haciendo cruz del otro lado de la calle y el sol se reflejaba en las ventanas como las brillantes medallas en el pecho de un general. Abrí mi cámara fotográfica, saqué un par de prismáticos de alto poder y los enfoqué hacia la casa vecina de Norman. El sol me cegaba a pesar de que traté diferentes posiciones. Bajé las escaleras de nuevo.

Se veía mejor desde abajo, pero no desde el ángulo que yo realmente deseaba. Tuve que resignarme. Tomándome mi tiempo examiné cada ventana de arriba a abajo. No se veía ninguna señal de alarma en ninguna de ellas. Generalmente se las puede ver bajo el maderamen. Eso indicaba que el cable podría ser altamente peligroso. Empecé a pensar que Norman tenía razón. Lo raro del caso era que las ventanas de abajo tampoco lo tenían, aunque él insinuó lo contrario. Podría ser tan fácil como él sugería. Podría ser.

Volví a insistir. En el ejército me enseñaron que el tiempo pasado en preparativos nunca fue perdido en una operación. Entonces me concentré en la casa de Norman. El sol se había movido ligeramente y ahora la sombra me facilitaba las cosas. Podía haber sido peor: podía haber brillado sobre mis anteojos. Norman sabía todo lo atinente a las alarmas, naturalmente. Y sin embargo todavía yo no detectaba ninguna. Los cortinados que caían en pliegues podían en parte esconderlas... si las había.

Lo pensé. Conocí otros prósperos delincuentes que jamás tuvieron alarmas en su casa. Confesaban que tenían la mejor alarma invisible... su reputación. Solo un aficionado no sabría de quién era esa vivienda y los aficionados tan estúpidos como todo

eso, nunca crecen y llegan a ser profesionales. Los hampones sagaces jamás tienen con ellos objetos robados y así mantienen a la poli alejada, y así hacen también los «muchachos» que quieren permanecer en el negocio. Es cierto, además, que los poderosos malvivientes tienen un ejército tan grande de informantes que un culpable no puede permanecer en libertad mucho tiempo. Es una buena protección y sin embargo yo había colocado a Norman separado de los demás; me había dado la impresión de que era un tipo tal que no descartaría el seguro sino que lo haría por partida doble.

Eché llave a la puerta y bajé pensativo los escalones. Reconocía que había mucho sobre Norman que me convendría saber. Crucé la calle, pasé delante de la casa que debía violar y luego por la de Norman. Observé un montón de detalles sin dar vuelta la cabeza en ese instante. Desde la casa vacía, naturalmente había estudiado al detalle los gruesos caños de desagüe de cada casa, pero albergaba la esperanza de no tener que hacer el trabajo por él frente a plena vista de cualquier insomne individuo que estuviera contando ovejas en la ventana.

La calle era muy larga y no existían espacios vacíos entre las construcciones, ningún pequeño y conveniente pasaje entre ellas y las casas eran sólidas y altas. Cuando completé mi vuelta a la manzana supe que tenía un problema. También había encontrado otra razón para la falta de alarma. No había pasaje por atrás y solo un idiota treparía por el frente. Norman debía saber esto.

Cuando regresé a mi departamento traté de telefonarle. Sabía que no me iba a agradecer si lo iba a visitar. Una voz joven me contestó, una voz aguda, muy educada y no obstante sin parecer afectada. Pregunté si podía hablar a Norman Shaw.

—Lo siento pero salió. ¿Quién habla?

La voz era muy cuidada y casi indiferente. La pregunta era solo un reflejo de su coquetería.

—Soy Spider, mi apellido es Scott. ¿Quiere decirle a Mr. Shaw que me telefonée en algún momento esta noche? Es importante.

—Sí, naturalmente. Temo que llegará muy tarde. Creo que después de las once.

—Está bien. ¿Con quién hablo?

—Soy su hijo Peter. Le daré su mensaje Mr. Scott.

¿Qué clase de hijos había producido Norman? Este era más servicial que Belinda, pero un acento como el de él podría superar la altivez de Belinda. Pero por lo menos a mí no me había hablado despectivamente. Telefoneé a Maggie para avisarle que me dirigía a su casa.

—¿Por qué esconder unas lindas piernas bajo sucios *jeans*? —pregunté.

—Hombres —se lamentó—, no están sucios y he estado limpiando el departamento. No se limpia solo.

Se había peinado con el pelo levantado sobre la cabeza.

—Tu nariz no es adecuada para ese estilo —comenté—. Se necesita una nariz griega y la tuya es respingada.

—Gracias... ¿Cuándo vas a cambiar tu agencia de turismo por un salón de belleza?

—Tengo experiencia en mujeres —sonreí torvamente preparado para agacharme si me tiraba con algo.

Pero Maggie me miró levantando las cejas.

—Todo esto tan gracioso ¿qué está tapando? Hicimos un convenio, ¿o lo olvidaste?

Le referí lo de la casa que tenía que asaltar, cómo hice mi primer intento en la confianza de Norman y cuánto me desagradó. No me acostumbraba a confiarle cosas así, pero estaba empecinada en saber tanto cuanto deseaba y mientras fuera lo suficientemente tonta para quedarse conmigo tenía que hacerlo. Pude ver que le era dificultoso permanecer tranquila con mi sociedad. Cualquiera fuera la razón yo había retornado al crimen. Pero, fuera de una ligera palidez y un arranque doméstico que la impulsó a dar una vuelta por la habitación ahuecando almohadones y arreglando objetos perfectamente acomodados, Maggie lo tomó bien.

—Terminemos con esto —le dije—. Déjame seguir con este trabajo y aléjate de él. Será mejor para los dos.

Se sentó con las manos tensas, sin saber qué hacer con ellas.

—¡Oh Meg! Tienes que ser razonable. No eres persona para esto. —Me acerqué y me arrodillé enfrente de ella. Le tomé las manos y percibí su temblor—. Vamos, amor. Te admiro por lo que tratas de hacer, pero eres demasiado derecha para esta locura.

Retiró sus manos de entre las mías y las colocó a ambos lados de mi cara. Eran como dos bloques de hielo sobre mi ardorosa piel pero no se lo demostré. Su cara estaba tan tirante que supe que retenía las lágrimas. Pude ver los ligeros indicios de la risa, alrededor de su boca y de sus ojos, pero en ese momento se encontraba muy alejada de la risa. Sus ojos estaban teñidos de una rara melancolía.

Hay momentos en que me odio. Este era uno de ellos. Si hubiera podido ver una manera de retirarme, sin por eso abandonar a Dick a su suerte, lo hubiera hecho entonces. Excepto que Maggie no me lo hubiera permitido. Tampoco creo que ninguno de los dos hubiera podido seguir viviendo en paz con nosotros mismos, si lo hubiéramos dejado caer y nuestras mentes marchaban al unísono porque ambos emitíamos desesperanzados signos al mismo tiempo. Se inclinó de repente en un impulso para besar mi frente y pensé, ¿por qué yo, Dios mío? ¿Por qué no alguien bueno, decente, un tipo buen mozo que fuera tan derecho como ella? ¿Por qué no podía ella romper con las costumbres?

Repentinamente sonrió y empezó a sacarse las horquillas.

Luego dijo casi como al pasar.

—Te voy a ayudar.

No comprendí sus palabras. Me enderecé para sentarme a su lado.

—¿Qué noche vas a hacer el trabajo? —preguntó alegremente mientras se aflojaba el pelo.

—Mañana, si el tiempo es bueno.

—Si estás preocupado por escalar a la vista de cualquiera, puedo servirte de campana.

La miré sin poderlo creer. Maggie jamás me vio trabajar. El pensarlo me horrorizaba. Si algo me hubiera podido demostrar la falta de sentido de mi vida pasada, era la posibilidad de Maggie contemplándome mientras yo escalaba. Me estremecí.

—¡Oh! No lo harás —dije con voz temblorosa.

—¿Por qué? ¿Hay alguna diferencia entre saber que lo haces y vértelo hacer?

—No interesan las diferencias —aduje con vehemencia—. Es no y nada más.

Se retiró de mi lado como si yo fuera un extraño.

—Nunca te vi tan enojado. No comprendo tu furia. Estoy tratando de amortiguar tus riesgos.

—Y yo digo que no.

Me levanté.

Mi rabia se diluyó en la fría dulzura de ella.

—Así que me puedes utilizar para telefonadas que te ayuden en tu trabajo, puedes refugiarte en mí, después de un trabajo. ¿Cuál es la diferencia?

La sangre me subió a la cabeza.

—Existe «una» maldita diferencia y eso es todo.

—Estás jurando —me advirtió con suavidad— y volviéndote tartamudo. No eres de ninguna manera el hombre con quien estuve a punto de casarme. ¡Tipo raro!

Lo había manejado mal. Para entonces ella me había envuelto y este paso me había hecho explotar. Se reía tranquilamente de mí y de una manera perversa, yo estaba contento de verla divertida aun a expensas mías.

—¡Oh Willie!, pareces furioso y no tiene lógica. Yo creía que eso era una prerrogativa femenina. Si no te sientas, se te va a reventar una válvula.

Me salvó la campana. Una prolongada llamada desde la puerta de entrada. Nos miramos fijamente el uno al otro. Eran las 10 de la

noche, me sentí avergonzado cuando miré a Maggie, pero contento por la interrupción. Salió a la puerta con renuencia y yo la seguí por si acaso. Ron Healey, con cara adusta, estaba ahí esperando.

—Está bien Meg. Te presento al detective sargento Healey, un buen amigo de Dick.

—Siento molestarlo —dijo Healey mientras cerraba la puerta tras él. Me saludó con la cabeza—. Traté de hablarle por teléfono. Esperaba encontrarlo aquí. Arrestaron a Dick.

El pelo rojizo de Healey estaba revuelto por el viento y ahora demostraba su edad.

—A veces pienso por qué sigo en este trabajo, con lo que nos pagan y las horas que trabajamos.

Se le veía con el ánimo por el suelo y físicamente agotado, con las manos metidas en los bolsillos de un viejo saco.

Maggie y yo nos quedamos duros. Ambos esperábamos sin expresarlo que esto no ocurriera.

—¿Así que consiguieron lo suficiente para una acusación? —pregunté sin necesidad.

Healey se frotó los ojos inyectados.

—Siempre lo tuvieron. Nunca lo admitieron pero se demoraron porque Dick es un policía. Es posible que ni siquiera se den cuenta de que eso es lo que han hecho. Pero es la verdad, de todos modos. La palabra se ha filtrado y no me pregunte cómo. Los periodistas están husmeando y la presión aumenta. Tuvieron que encerrarlo.

—Lo que quiere decir que ahora han conseguido un caso.

—Así es. Será acusado por la mañana. —De repente me miró con fijeza—. ¿Sospecha quién lo hizo?

Me tomó por sorpresa pero demoré en contestarle. Lo miré directamente a los ojos.

—Sí, la tengo.

—Entonces es mejor que me lo diga o lo encarcelaré a usted por retener información.

Sacudí una mano impaciente ante él.

—¡Oh!, siéntese, Ron. No me atropelle. No retengo nada. No sé nada. Tengo una sospecha pero ninguna evidencia. La única forma de conseguir una evidencia es a mi manera. Ustedes no tienen la más remota posibilidad y usted lo sabe. La repartición criminal no es estúpida. Deben por lo menos haber investigado las mismas pistas. Pero yo no estoy atado por una cadena y una bola. Ellos sí.

—Y si consigue una evidencia, ¿qué piensa hacer con ella, exconvicto Spider Scott?

No creo que intentara burlarse. Estaba dolido. Aun así me dolió. Al igual que Ron Healey, Maggie observaba esperando mi respuesta.

—¡Por Cristo! Estamos hablando de mi hermano —estallé—. Está en la cárcel. EN LA CÁRCEL. MI HERMANO que jamás delinquiró en su vida. ¿Cómo cree que me siento con eso, yo, un viejo imbécil? Podría llorar hasta agotarme. La única cosa por la que recé durante toda mi vida fue para que siguiera siendo honesto. ¿Qué piensa que voy a hacer con la evidencia, maldito imbécil?

Yo estaba impresionado y asustado además. No había contestado la pregunta y por la extraña mirada de Ron supe que se había dado cuenta. No hubiera podido dar el nombre de Norman Shaw aunque de ello dependiera mi vida, ahora no, y de todas formas estaba convencido de que no saldría nada bueno si lo hacía. Chrissie negaría a la poli todo lo que me había dicho y parecería que yo estaba pasando a otro el fardo, para liberar a Dick. Tenía que hacerlo caer en la trampa a Norman y eso solo sería posible desde dentro. Como Healey no insistió pensé que lo había entendido.

—¿Me tendrá informado? —murmuró.

—*Solamente* a usted. Cuando consiga algo. —Lo dije como un cumplido. La urticante incertidumbre que crecía en mí no era la sospecha de Healey o ni siquiera el arresto de Dick a esa altura. Era la prensa. Si habían detectado algo, ¿cuánto tiempo pasaría para que descubrieran que Willie «Spider» Scott era el hermano del detective policía Scott?, y cuando lo supieran, lo publicarían ¿o se consideraría eso perjudicial para Dick? La prensa juzgando. Así lo

esperaba. Tenía que esperar como el demonio que así fuera. Si lo publicaban yo no me hacía ilusiones sobre las posibilidades que le quedaban a Norman.

Ron Healey partió no muy convencido de que yo sabía qué es lo que estaba haciendo, o de si yo era el hombre más apto para hacerlo. Pero por lo menos sabía cómo me sentía con respecto a Dick. Yo podía haberlo vapuleado sobre la ineptitud de la policía al no encontrar otra pista fuera de Dick, pero no lo hice, porque verdaderamente él estaba preocupado y porque yo sabía contra lo que estaban luchando.

Una vez solos de nuevo, Maggie dijo:

—Ahora no puedes elegir. Yo te ayudaré Willie. Por favor, permíteme... por el bien de Dick.

No pude contestarle. Ella estaba decidida a comprometerse totalmente. Mi esperanza era que no la involucraran. Tuve que correr a mi departamento por si Norman me telefoneaba.

El teléfono sonaba cuando abrí la puerta. Lo tomé con la puerta todavía abierta tras de mí.

—Scott. Hola Norman, acabo de entrar. Espere mientras cierro la puerta. —Yo seguía sin poder respirar cuando regresé al teléfono—. Gracias por haberme vuelto a telefonear —le dije—. No quería molestarlo, pero es importante. Eché un vistazo a la casa en venta hoy. Buen lugar pero tiene inconvenientes. No hay acceso a la parte trasera excepto atravesando la casa. Pensé si usted sabía de algún lugar que tenga un acceso mejor.

No quería ser muy claro por teléfono, pero él entendió lo que yo quería decir.

Hubo un silencio mientras él lo rumiaba.

—Me gustaría ayudarlo —dijo—, pero realmente no sé como.

—Bueno, sé que entiende mucho de casas, así que pensé que debía preguntarle. ¿Qué pasa si pierdo la llave? ¿Me dejará el vecino de la puerta de al lado entrar?

Pero ya él había captado mi insinuación.

—Me temo que ni pensarlo. Es un hombre muy cauteloso: no ayudaría a nadie porque podrían ensuciarle la alfombra.

Pude comprender su renuencia a permitirme cruzar su casa. No quería comprometerse abiertamente y que eso repercutiera en él y si embargo yo precisaba alguna ayuda.

—¡Qué pena! —me lamenté—. Siempre pierdo las llaves y por lo menos la puerta de atrás podrían haberla dejado abierta. ¡Otra cosa! —me quejé—. No hay lugar para estacionar. No voy a trotar media milla para llegar a mi auto cada vez que salga.

Norman se tomó más tiempo antes de contestar.

—El estacionamiento se puede arreglar. Avíseme si intenta comprar la casa y haré lo que pueda.

—Voy a echarle otro vistazo mañana por la noche, pero será muy tarde. Gracias por su ayuda, la aprecio de verdad.

Colgué. Ahora que tenía que escalar el frente de la casa no me libraría de Maggie.

Tenía que hacer otra llamada, una que prometí y ahora no me atrevía a echarme atrás. Podía pensar una docena de razones para no hacerlo pero todas rebotarían y yo había pagado el precio. Lo había prometido. Debí estar loco. Telefoneé a Maggie. Justaba todavía levantada esperando la llamada.

—Mañana a la noche —susurré—. A las doce y media.

Me dolía el corazón. Ninguna otra palabra llegó. Todas las protestas ya se habían hecho. Ella ofreció su cabeza y yo la había aceptado. Colgué el teléfono como última y silenciosa protesta. Entendería con eso cuán hondamente me sentía afectado. La perturbaría a ella tanto como a mí. Si ella volvía a telefonar tendría una última chance de convencerla. Esperé. No telefoneó.

Odio tener mis hombros y brazos aprisionados, por eso es que prefiero la libertad de un buzo deportivo. Sin embargo tuve que decidirme en contra, porque Maggie me acompañaría. Solo, siempre podría fingir un entrenamiento tardío en las calles tranquilas, pero no lo podía hacer con una mujer. Era una entre las muchas cositas que surgieron debidas a su nueva y molesta decisión. Podía morderme

la lengua por haberle contado los peligros de escalar una casa por el frente.

Salí a buscar un auto a media noche, malhumorado, lo que no es bueno para iniciar un trabajo. Encontré un Impala cerca de mi piso. Abrí una aleta de la ventanilla con unos pocos y fuertes golpes ayudado por una larga lima de uñas metida en el seguro. Entonces fue fácil introducir mi brazo y abrir la puerta.

Me deslicé en el asiento del conductor, bajé las ventanillas para escuchar los sonidos externos y coloqué una linterna cubierta sobre el piso con el haz de luz brillando bajo el tablero. Era peligroso y yo había perdido práctica, pero mis dedos parecían hacer el trabajo sin dificultad. Por un instante, Maggie estuvo lejos de mi mente mientras yo tanteaba los alambres de atrás del tablero. Si unía los alambres equivocadamente, quemaría el circuito, pero no estaba tan fuera de práctica.

El malhumor ocasionado por Maggie por lo menos me agudizó el oído. Oí que se acercaba la vieja y familiar pisada como un lento y rítmico redoble de tambor tocando suavemente antes de que la música estallara su melodía. Apagué la linterna. Levanté las ventanas. Puse el seguro a las puertas y me agaché tanto como pude. El tipo interrumpió sus pasos. Era una verificación de rutina en las puertas de los autos. Cuando este se acercó me achiqué lo más que pude. Había un sorprendente espacio vacío delante del Impala pero tengo mi buen tamaño y me costó.

El tipo tanteó la puerta. Dio vuelta y tanteó la otra. El auto se sacudió un poco pero ¿quién iba a querer robar un Impala? Ahora tenía que esperar un tiempo infernal para que quedara la costa limpia y él no estaba apurado. Pasó un tiempo antes de que pudiera hacer la conexión.

Mi pensamiento voló a Maggie con algo de resentimiento. Hasta el proveerse de un auto de esa manera, lo cual llevaba mucho tiempo, se debía a su venida. Cuando salimos hacia la casa de Norman yo no quise comenzar levantando el capot del auto y usando una linterna para encontrar el arranque mientras ella me

esperaba. Sentado ahí en el oscuro y tranquilo barrio, donde cada paso era una intrusión, me di cuenta de cuán solitario en realidad era yo. Conecté el motor, arrancó y lo hice avanzar.

Había poco tránsito en las calles pero las veredas estaban casi desiertas, se estaban reoxigenando para el ataque a la mañana siguiente. Por lo menos no llovía. Me detuve obediente ante las luces del tránsito dentro de mi pequeña y solitaria cárcel y pensé que jamás me había sentido peor al hacer un trabajo. Llegué a la casa de Maggie sin entusiasmo. Era la primera vez, que yo recordara, que iba a encontrarla sintiéndome abyecto.

Salió de entre las sombras como una prostituta que espera un tardío levante. La analogía era patente y amarga a mi paladar. ¿Qué trataba ella de hacer? Abrí la puerta y saltó adentro sin decir una palabra, ni siquiera un reproche por mi tardanza. Estaba metida dentro de un liviano y abrigado impermeable oscuro y advertí que llevaba una especie de boina con pompón inclinada sobre una oreja. Sabía que su insistencia me molestaba y por eso, quizás, ella se mantenía callada. Actuábamos como extraños.

—Este es un auto robado —se lo refregué con acidez. La blanca mancha que era su cara se dio vuelta hacia mí, pero yo seguí mirando la calle.

—No esperaba que lo alquilaras. No seas tan duro.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué esperas ganar con todo esto? ¿Te das cuenta de que ya has quebrantado la ley?

—Ya te lo dije. He estado escapándome durante años, aceptando solo una parte tuya. Ya es tiempo de que sepa a qué he estado tratando de cerrar los ojos.

Tomé la curva demasiado justo y maldije mis nervios.

—Puedo explicarte todo eso. No tienes por qué venir con alegría.

—¿No?

Estuve tentado de encontrar su mirada pero no tuve valor para enfrentarla. Si lo hubiera hecho, habría detenido el auto ahí y en ese instante habiéramos terminado teniendo la pelea más grande que

jamás tuviéramos y estas eran increíblemente poco frecuentes. Simplemente nunca quería reñir con ella.

—Willie, trata de comprender. Ayúdame por favor. Tengo que hacer «esto». En realidad no te puedo decir por qué. Está Dick, por supuesto, eso puede haberlo precipitado, pero no es la verdadera razón. He llegado a querer saber sobre mí misma, sobre ti... nosotros. No puedo seguir como hasta ahora. Tengo que saber.

No me gustó el silencio que sobrevino. Seguí manejando mecánicamente, de alguna manera teniendo un ojo puesto en la poli; algunas veces se divierten parando por la noche autos solitarios: así pasan el tiempo. Con mucha dificultad y una voz muy seca le dije:

—¿Crees que esto podrá terminar con nosotros? ¿Que te podrá asquear lo suficiente?

Maggie puso una mano muy fría sobre mi rodilla.

—Nunca podrás asquearme, Willie. Jamás pienses eso. Pero tengo que descubrir mi reacción, confrontándome con la realidad. En vez de estar sentada en el departamento especulando sobre lo que está ocurriendo, ahora quiero verlo. Tal vez habiéndolo visto, nunca más pueda ser capaz de soportar la tensión, eso podría terminar con nosotros. No lo sé —se dio vuelta en el asiento para mirarme de frente pero yo seguía mirando fijamente hacia adelante a través del parabrisas—. Tú sabes qué es la compulsión. Willie, yo traté de ayudarte a ahuyentarla. Ayúdame a que vea a través de esta compulsión mía, por favor.

Tragué. Me mordí los labios. Mi garganta estaba seca. Empezaba a comprender. Probé de otra manera.

—Si nos atrapan terminaremos en la cárcel con Dick. Entonces no habría mucha ayuda para él y ¿qué piensas que ocurrirá con tus padres?

—Es más importante lo que ocurrirá contigo. ¿No crees que ya he pensado todo esto? En la misma forma que lo haces cuando vas solo y piensas lo que me ocurrirá a mí si te atrapan. Por lo menos lo habremos hecho juntos.

¡Oh Dios! Era como mirar mi interior. El único camino que ella encontró para eludir esa infección fue enfrentándola, que era lo que estaba haciendo y sin embargo yo tenía que tratar una vez más. Traté de humedecerme la boca.

—¿Se te ha ocurrido que tu presencia me puede alterar, hacerme hacer algo estúpido y que por eso nos atrapen?

—Lo he pensado. No creo que mi presencia te altere cuando escales la pared —se detuvo para dar lugar que penetrara la idea—, pero si de verdad estás asustado de que esto ocurra Willie, entonces llévame de vuelta.

Por primera vez la miré rápidamente. Era una equivocación porque todo lo que vi fue inocencia puesta enteramente a mi merced. Estaba siendo juzgado y esto era parte de ello. Maggie apelaba a mi honestidad, lo que Fairfax, jefe de la Defensa, describió una vez como integridad. Luché y sufrí extrañas torturas en mi alma. No la pude mirar de nuevo. Traté de relajarme utilizando el volante como un instrumento de terapia para mis nervios. La tentación de llevarla a su casa era fuerte.

—Está bien —dije mientras el sudor me corría por la frente—. Sigamos. Pero tienes que hacer lo que yo te diga. Sin discutir.

—Tú eres el profesional —contestó con tranquilidad.

Pensé si se daba cuenta cuánto me hería. Solo viniendo de un malhechor o de un poli lo hubiera considerado un cumplido. De Maggie en alguna forma transformaba nuestra relación en una encrucijada.

OceanofPDF.com

5

VIAJAMOS en silencio de ahí en adelante. No ocurrió nada. Me sentía raro con Maggie sentada a mi lado pero no deseaba que estuviera alejada. La unión entre nosotros se había entorpecido debido a la irrealidad de la situación. Nos introducimos dentro del clima refinado de la calle de Norman y nos dirigimos lentamente a lo largo de la hilera de autos. El espacio vacío semejaba a una extracción en una hilera de dientes.

—Sujétate fuerte —dije.

Avancé con velocidad y pasé delante del claro que Norman me había reservado; luego retrocedí. Sentí la emanación del miedo de Maggie y miré rápidamente a su cara pálida. Estaba aterrada, con probabilidad lo había estado todo el tiempo pero ahora lo dejaba ver.

—¿Estás bien, Meg? Puedo llevarte de vuelta.

Rompí el trance pero ella estaba alterada.

—Es solo un leve pánico, nada más.

—Esto es como un tipo que lleva su mujer a la oficina con él —me quejé.

—¿Es así Willie? No lo parece. ¿Ahora qué?

—Salgo para ver si no hay peligro. Voy a golpear una vez en el techo del auto, luego cruzas a la casa vacía y te escondes detrás de una de las columnas del pórtico. Desde allí podrás verme. Si ves a un poli u oyes pisadas silbas bajito y luego te escondes lo mejor que puedes. Una vez que yo esté adentro no puedes hacer nada más que esperar.

—Por lo menos sabré dónde estás.

—Puede ser una larga espera, Maggie.

—Ya lo sé.

Salté afuera. La calle estaba sin gente. Dos hileras compactas de casas y autos marcando anchos trechos de oscuridad, como si se hubieran puesto mortajas entre los faroles. Era la una menos cuarto. Golpeé con suavidad sobre el capot y Maggie saltó afuera. No me miró y caminó muy rígida, sin hacer ruido con sus zapatos de goma, hacia la casa vacía que yo le había descrito. No miró para atrás. Le di tiempo para que se instalara y luego franqueé el portoncito. En la puerta de al lado, la casa de Norman, como en la mayoría de las otras, reinaba una completa oscuridad.

Mientras examinaba la casa traté de alejar a Maggie de mi mente. No me fue posible. Me seguí preocupando sobre lo que diría si un policía dirigía su linterna sobre ella: es incapaz de mentir. Me aferré a la base de un caño de desagüe con ambas manos y escuché. Ni siquiera un gato transitaba y en el caso de que alguno lo hiciera estaba tan silencioso que yo lo habría oído. Empecé a trepar con un pie a cada lado del caño. Comenzada la operación, Maggie desapareció de mi pensamiento.

Fue una escalada fácil. El caño estaba sólidamente incrustado y el revoque tosco bajo la planta de mis pies me brindaba una superficie para apoyarme. Llegué hasta el piso superior sin incidentes. Cuando alcancé la canaleta de desagüe dejé que soportara algo de mi peso mientras me aferraba a ella con una mano y me columpiaba desde el caño al próximo alféizar. Por suerte el piso superior no tenía el cielorraso tan elevado como en los pisos inferiores porque hubiera tenido problemas. La punta de mi pie alcanzaba justo al alféizar de modo que abandoné la canaleta y el caño y apoyé mi peso sobre una pierna. Esos viejos alféizares son muy amplios. Dejé que mi cuerpo suavemente se columpiara hacia la ventana de manera que mi envión fuera hacia adelante. Este era el momento más vulnerable: la tierra de nadie.

Me tomé ligeramente del maderamen mientras introducía mi navaja usando una mano y mis dientes para abrirla. Me agaché, quieto, y escuché una vez más y esta vez mi pensamiento voló hacia Maggie, que podría estar viéndome con claridad. Del otro lado de los tejados, desde la calzada, llegaba el zumbido de un auto, demasiado veloz para que me preocupara. Estaban las luces a favor. Inserté la hoja dentro del marco y el seguro retrocedió con ruido. Esperé pero ninguna luz apareció así que me preparé a levantar el marco por la parte de abajo. Un paso de hombre dio vuelta en la esquina alejada de la calle y se dirigió en mi dirección. Maggie lanzó un silbido cortado que apenas oí.

Supe por las pisadas que no se trataba de un poli, así que con cuidado levanté la ventana, mientras los pasos se acercaban. Maggie silbó nuevamente y había desesperación en el casi inaudible sonido, como si ella tuviera una dificultad al transmitirlo. Trepé sobre el alféizar, empujé un grueso cortinado y caí sobre una alfombra tupida. Dejando la ventana abierta, me agaché hasta que pasó el intruso y luego la cerré.

Utilizar una linterna en una habitación del frente de una casa, con los cortinados caídos, es aventurado: hay muchas superficies que pueden reflejarla. Así que la apagué, seguí las manchas de luz hacia la puerta como si fueran una cadena de agujeros en las nubes. El rellano de la escalera estaba oscuro y vacío y ni siquiera había un resplandor de luz. Regresé a la habitación, cerré la puerta, me dirigí a las ventanas y cerré los cortinados. Al tacto me di cuenta de que eran forrados y de tejido pesado. Ninguna luz los filtraría. Esta vez utilizando mi linterna ubiqué la llave de la luz y la apreté. Apliques en las paredes con pantallas coloradas difundían un agradable y atenuado resplandor. Me encontraba en una especie de estudio. Había un escritorio doble con tapa de cuero y en un rincón una cucheta como si alguien a la vez trabajara y durmiera ahí. Como era una habitación exterior decidí dejarla para el final.

Salí nuevamente al rellano, caminando sobre una alfombra Axminster de óptima calidad. Había tres habitaciones en este último

piso, las otras dos eran un dormitorio bien femenino color marfil, una *suite* con detalles dorados y cortinados color pastel y una salita con moblaje ultramoderno, sillones giratorios de cuero capitoné que le debían mantener a uno despierto con su movimiento. Un lujoso cuarto de baño con cristales opacos, hacía que el lugar fuera tan completo que solo le faltaba una cocina. Confortable y definitivamente vacío.

Primero me concentré en el dormitorio, lugares obvios como el tocador y mesitas adicionales. Fuera de la acostumbrada «bijouterie» cosméticos y una afeitadora eléctrica no encontré nada. A todo lo largo de una de las paredes corría un placard con puertas deslizantes y cajoneras cuyo borde superior estaba decorado con salpicaduras doradas. Para una capacidad tan grande había muy poca ropa. Dos trajes de hombre y, contra el fondo, como si estuviera olvidado o descartado, un vestido de mujer. Lo examiné a fondo, el vestido tenía una rotura sobre un pliegue que posiblemente justificaba su aparente abandono. Todo era de buena calidad: todos tenían etiquetas de sus sastres o fabricantes pero no el nombre del dueño como es habitual en un traje hecho a medida. La barra de los zapatos estaba igualmente poco equipada. Los de hombre eran de medida standard, corriente. Busqué prolijamente y no saqué ninguna conclusión salvo la idea de que el lugar era poco usado. Parecía una casa de muñecas. Los muebles habían sido cuidadosamente colocados, pero no había nada desarreglado en la alfombra, como si nadie la usara. Era una propiedad solamente para la vista. Nadie en realidad podía vivir ahí y sin embargo alguien lo hacía. Estaba todo muy bien arreglado y Sin un alma en el lugar.

Pude buscar con rapidez porque los cajones estaban casi vacíos y no existían muchos escondrijos. Hasta el toilet tenía solo una débil línea azul en el lavabo y cuando lo destornillé me quedaron unas manchas azules sobre las yemas de los dedos pero ningún anillo.

Bajé. Había un comedor, una cocina ultramoderna y una biblioteca que desentonaba con el resto de la casita, estantes pesados de roble; una habitación masculina: la única del lugar.

Había un segundo cuarto de baño. Trabajé rápidamente. Buscar es más un caso de destreza y experiencia para saber dónde buscar. Los lugares seguros para un hombre sin experiencia son en general obvios para un delincuente. Los revisé todos. Jarrones, jarras, vasos, camas, pantallas, trajes, zapatos, bolsillos, biblioteca, heladera, debajo de los muebles y todo por el estilo. Nada. Luego busqué en algunos pocos lugares que los malhechores acostumbran como caja para pan, polveras, sales de baño, un botellón de licor de tres cuartos, manteca, queso blando y demás. Después de retirar el televisor y levantar cada almohadón y cada silla ya no quedó nada más por hacer. En cuanto pude ver, las costuras del tapizado estaban intactas y pude sentir el interior de los almohadones. No había nada de valor en el lugar.

Tres retratos originales colgaban de las paredes, pero no tenían nada adherido en la parte de atrás y por sí mismos no valían gran cosa. Norman me había largado a un lugar vacío que yo podía revisar, pero del cual no podía escapar. Todavía no. Deambulé pensativo tratando de encontrar nuevos escondrijos y registrándolos cuando los veía. El único lugar de verdadero interés era la puerta principal de la casa. Al final de un pequeño vestíbulo parecía lo suficientemente inocua hasta que la recorrí con los dedos atentamente. Estaba fileteada con metal y tenía dos cerraduras en ella. Interesante para un lugar que no tenía nada que esconder.

¿Dónde esconde uno los anillos? Miré abajo del lavatorio y en las conexiones del cuarto de baño, por si los habían metido dentro. Examiné la alfombra de pared a pared especialmente a lo largo de los bordes. Corté dos pimientos verdes que se estaban pudriendo en la heladera por si acaso los habían abierto y vuelto a cerrar. Parecía como si Norman estuviera equivocado, pero era tan difícil aceptarlo como el fracasar en la búsqueda.

Regresé arriba al estudio delantero y registré especialmente el escritorio. Esos viejos escritorios tienen cavidades y a veces cajones secretos. Este tenía las dos cosas y ambas estaban vacías. En realidad yo no había esperado encontrar nada en esa habitación por

su fácil acceso, pero fui igualmente cuidadoso, me senté en el escritorio y traté de pensar cómo lo habría hecho el dueño. Sentado ahí traté de captar su personalidad y razonar como él. ¿Qué me había olvidado de rastrear que fuera de importancia? Después de un momento apagué la luz y volví al escritorio. Había cubierto todos los ángulos. Lo sabía. La oscuridad me ayudó a pensar. Había pasado por alto algo obvio. Lo sentía. Pero no lo captaba. Algo tenía yo en el fondo de mi mente. Si fuera mi casa y tuviera que esconder unos anillos ¿dónde los pondría? ¿Me había olvidado tanto?

Norman podría recuperar sus cincuenta libras. Cuando yo fallaba no quería recibir compensación. Con renuencia me levanté y me dirigí hacia la ventana. Debía irme. Algo me molestaba en el fondo de mi mente, me irritaba. No fue hasta el momento en que cruzaba la ventana que estalló. Levanté el marco de nuevo y sonreí con frialdad en la oscuridad. Tenía que ser. Si es que realmente era, entonces tenía que ser en ese lugar.

Utilicé la linterna para encontrar una silla sólida y la empujé hacia la ventana. Me paré en ella y busqué bajo el rollo que sostenía el cortinado. Encontré un gancho del cortinado y mis dedos al explorar encontraron algo más. Con cuidado empecé a descolgar cada cortinado. Era peligroso hacerlo a plena vista de la calle y levanté un poco la ventana para poder oír los ruidos. Estaba fastidiado conmigo mismo. Había estado alejado tanto tiempo del juego que había olvidado algo elemental. Un anillo había sido colocado en cada gancho. Los ganchos después habían sido metidos en el riel del cortinado de manera tal que las alhajas virtualmente eran imposible de detectar detrás de la cortina.

No me tomó mucho tiempo retirar los ganchos pero sí volverlos a poner como si no se hubieran tocado. Reconozco que fue tiempo bien empleado. Cualquier cosa que demore el descubrimiento de un robo vale la pena: los rastros se enfrían, la gente olvida las caras y el tiempo y los lugares. Sentí el viejo estremecimiento del éxito. Había regresado a mi juego, estaba desvalijando a alguien y sin embargo lo único que lamentaba era que no me importara haber

vuelto a las andadas. No debería estar disfrutando de esto. Con el cortinado caído cubriendo la habitación dirigí mi linterna a la pila de anillos que había amontonado sobre la alfombra y me deslumbraron. Todos los colores del espectro solar refulgían hacia mí titilando. Los metí en mi bolsillo y levanté la ventana, trepé y la cerré tras de mí. Salté sobre el caño de desagüe bien agarrado y me dejé caer. Esperé en el portoncito.

Maggie cruzó tranquilamente la calle con los brazos apretados para entrar en calor. La envolví con mis brazos y la sostuve mientras ella temblaba.

—Es mejor que no nos quedemos —le dije con cariño—. Voy a encender la calefacción del auto.

Entramos y puse el arranque. El motorcito hizo un ruido como el de un convoy de tanques. Avanzamos, yo estaba preocupado por Maggie que seguía temblando y no había articulado ni una palabra.

—Siento que me haya llevado tanto tiempo pero no puedo apresurar un trabajo.

Asintió y trató de tranquilizarse.

—¿Estás segura de estar bien?

No me gustó el aspecto que tenía.

Volvió a asentir.

—No es solo el frío —explicó—, es el verte en ese filo de la ventana tan alto sobre la verja.

—Tranquila Meg. No fue nada.

—Para ti no, quizás. Cuando caíste sobre el caño casi grité.

Esto me impactó. No se me había ocurrido que ese salto podía haberla asustado. Le dije lo más cariñosamente que pude:

—Yo estaba en contra de que vinieras.

—Ya lo sé —su voz salió con dificultad de su garganta—. No lo haré más.

No me gustó la manera en que lo dijo. Por un minuto o dos conduje con cuidado, sudando sangre mientras entrábamos en la calle principal y vimos un auto blanco de la policía que venía en sentido contrario. Maggie se asustó también porque su mano de

repente saltó para aferrar mi brazo. Cambié de dirección ligeramente justo cuando nos enfrentábamos y me sentí descubierto. La última cosa que yo deseaba era un encuentro y preguntas sobre dónde habíamos estado.

—Si nos preguntan sigue mi versión —murmuré entredientes. Apretó mi brazo y realmente estaba aterrada, no porque se la detuviera, sino porque no era mentirosa y temía fallarme. Bueno, todo era una sola cosa. Hasta ahora había sido fácil para ella. Espié mi espejo y respiré aliviado cuando la luz de los frenos del auto de la policía, no se puso en acción.

—Tenemos suerte —dije. Como Maggie no contestó proseguí—: Mis bolsillos están llenos de anillos valiosos.

Creí que se iba a enfermar. Tuvo una arcada, se estremeció y luego se recostó contra el respaldo del asiento. Me extrañó, porque me era difícil entender su reacción a algo que yo acostumbraba tomar por descontado. Alargué la mano para tocarla y la encontré tan fría como un pescado congelado. Creí que se había desmayado pero me dijo sin entonación:

—Estaré bien, Willie. Siento portarme como una criatura.

—Es mejor que vengas a mi casa. Prepararé un café muy fuerte.

Le dirigí una ojeada y vi su rostro pálido contra el asiento trasero. Jamás la vi anteriormente tan dolida. Se hallaba confundida, pero trataba de encontrar una respuesta verdadera y esta noche la verdad era fea. Mi corazón golpeó al sentir que mis entrañas se anudaban. La enfermedad que yo sentía era diferente a la de ella. Repentinamente me angustió el pensamiento de que podría perderla y esa fue la sensación más terrible de todas.

Enderezamos hacia el departamento y nos detuvimos delante de la entrada.

—Sube mientras yo estaciono el auto.

—Quiero acompañarte hasta el final.

—Termínala Meg, Tienes lo que has querido. Desde ahora el peligro va a duplicarse. Así que sube. Prepara café.

Todo se estaba estropeando. En tan poco tiempo ya nos habíamos desconectado. Saltó del coche sin decir una palabra y subió los escalones. No esperé a verla entrar sino que doblé la esquina y dejé el auto en el lugar en que lo había robado. Restauré la conexión, cerré las ventanillas y lo abandoné.

Busqué las sombras en mi regreso al departamento. Había sido un episodio sin complicaciones de importancia, pero me costaba aceptar la forma en que la había afectado a Maggie. Honestos y deshonestos se mueven en diferentes planos, eso es todo. Ella no podía obrar como un delincuente aunque siguiera un curso exhaustivo.

En el departamento vi el tapado de Maggie tirado sobre una silla y eso de por sí era indicio de su estado de ánimo. La oí moverse en la cocina y salió con dos jarros humeantes. Me miró de una manera rara como revaluándome.

Tomé el café, me senté y dije:

—Meg, no te olvides por qué lo hice. Tengo que ganarme la confianza de Norman. Estamos buscando un asesino y este es el único camino para acercarme a él. No te olvides de Dick.

Maggie se encaminó hacia el radiador y se apoyó en él mientras se calentaba las manos con el jarro. Me miró pensativa.

—Es imposible que me olvide de Dick —contestó tranquilamente—. No me hagas caso. Creía saber en lo que te embarcabas. No esperaba impresionarme tanto, sabía que tú asumías riesgos, pero en realidad no comprendí cuán graves eran.

Pero no era eso solamente y yo no lo ignoraba. No era propio de Maggie reservarse algo más.

—Estás pensando que así era yo antes. Sin tener la excusa de Dick, que yo robaba a la gente y vivía de ello. Pero siempre lo supiste, te mantuviste a mi lado mientras yo estaba en la cárcel. ¿Qué diferencia hay ahora Meg?

Levantó ligeramente los hombros disculpándose.

—Lo siento. No eres tú. Soy yo. Estoy pensando cuánto he pretendido inconscientemente no haber visto. Te amo Willie. Por eso

he deseado durante tanto tiempo cerrar mis ojos.

—¿Y ahora no puedes?

—No. Ahora no quiero.

Tomé un sorbo de café espiando a Maggie que todavía sostenía el suyo.

—La realidad apesta, Meg. Tengo mucha simpatía por los niños y los soñadores.

Me miró fijo a los ojos todavía pálida pero más compuesta y muy linda mientras se sentía dividida por pensamientos opuestos.

—No soy una niña y en realidad no creo ser soñadora. La realidad no debe apestar y si lo hace, entonces debemos culparnos a nosotros mismos. Eres un cínico, Willie. Yo soy demasiado blanda para serlo.

Dejé mi jarro.

—Es demasiado tarde para esto Meg. Vamos a acostarnos.

Maggie me contemplaba con una especie de afecto investigador. Dijo con tristeza.

—Vete tú a acostar. Yo dormiré aquí.

Era como si el hielo se deslizara por mi espalda. En el momento que iba a argüir tuve uno de esos raros momentos de introspección. Esta era una nueva situación para ambos.

—Está bien. Pero tú vas a usar la cama. Yo dormiré aquí —ella iba a protestar cuando yo la detuve—. Concédeme algo de dignidad, Meg.

Estudió mi cara de una manera que me alarmó, luego sorbió el café y depositó el jarro.

—No quiero más.

—Acuéstate. Yo lavaré los jarros.

Los retiré, lavé, sequé y volví a la sala. Maggie no se encontraba ahí. La puerta estaba cerrada y adiviné que se había ido al dormitorio. Tampoco querría regresar. Me hubiera venido bien una almohada y frazada pero no podía entrar ahí. Se había ido sin siquiera un pequeño beso en la mejilla. Era una lenta puñalada entre

las costillas el aceptar que no me había besado porque no lo podía enfrentar.

Me sentí con los brazos pesados y miré con fijeza la calefacción eléctrica. Era como retornar a lo anterior, todos los antiguos miedos y corazón herido y negrura del futuro y esa oscura sensación de sentirse morir. Esto era peor. En aquellas situaciones siempre me había sostenido el pensamiento de Maggie, su lealtad y paciencia, todas las cualidades que ella tenía, que yo podía admirar y de que yo carecía. Ahora su imagen no me acompañaría, no de la manera que yo deseaba.

Quedaba ya poco de la noche y demasiado remordimiento para dormir. Por ser emocional, había tenido malos momentos pero ninguno como este. Debía ocuparme en algo. Saqué los anillos y los puse en la mesa bajo la lámpara central. Normalmente hubiera examinado cada uno con una lupa potente, pero no me sentía con ganas de buscarla en el cajón cercano. Había veintiséis de oro y platino, brillantes, esmeraldas, zafiros y rubíes. Nada vulgar, pero tampoco nada como para deslumbrarse. Uno o dos realmente eran buenos, un brillante de tres caras tallado como diamante: el color, pureza, tallado, todo excelente. Valdrían entre mil quinientas y dos mil libras. No se podría reducir a menos del cuarto de este precio. Uno de los zafiros tenía un ligero defecto en un costado, lo cual amenguaría su valor, pero las esmeraldas y los rubíes eran puros. Un buen botín, pero nada espectacular. Pensaba que era algo por debajo del gusto de Max. Pero era inútil seguir pensando en esto. No valía la pena. Tratar de alejar a Maggie era como tratar de detener el amanecer. Tenía un amargo sabor en la boca. Traté de convencerme de que era preferible que ella se separara de mí, pero yo no quería que fuera de este modo. Esto, suponía, es lo que constituye una relación. Mientras funciona es algo grande, pero cuando se tuerce, es como si le apretaran el corazón en una prensa.

Me fui a la cocina, abrí la heladera y saqué una botella de leche sin abrir. Me tomé un instante mientras retiraba la tapa sin salpicar o desparramar. Cuando la retiré dejé caer los anillos uno por uno. En

el fondo de la botella se podían discernir una o dos manchas pero cuando puse la botella de vuelta en su lugar parecía perfectamente normal.

Regresé a la sala, me saqué los zapatos y levanté los pies pero fue inútil. Con hormigas arrastrándose sobre mis sesos no podía dormir. Retiré el cortinado para permitir que las primeras manchas del alba aparecieran en las ventanas. El fuego eléctrico brillaba como una advertencia y encandilaba mis ojos. Dormité y tuve una pesadilla como si mi hígado hubiera protestado. Me dormí, si la inconsciencia dominada por una mente atormentada se puede considerar sueño.

No sé cuánto tiempo duró. Un perro había entrado en el piso porque estaba empujando mi mano con su nariz. La retiré para golpearlo y palpé un pelo largo y una suave piel. Luché para despertarme con la boca amarga y todavía en las nubes sentí un peso sobre mi pecho. La habitación estaba ahora a media luz y Maggie se encontraba arrodillada a mi lado, su cabeza descansaba en mi pecho, su cara dirigida hacia mí y sus ojos llenos de lágrimas imploraban comprensión. Jamás tuve un despertar tan dulce, con la cabeza tan abotagada. Sostuve su cabeza con ambas manos y la mantuve en esa posición. Una manga del pijama estaba anudada alrededor de mi cintura.

—Lo siento —susurró—, lo siento tanto.

Alisé su pelo lentamente, aliviado sobremanera. Ella temblaba y lloraba despacito. No había nada que decir hasta que se serenase. Cuando finalmente levantó la cabeza, la besé dulcemente sintiendo la sal de sus labios.

—Bueno —murmuré—. Una cosa está decidida. No vienes más conmigo.

—¿Por qué no? —Todavía había un resto de desafío.

—Porque maldito si sabes silbar.

Empezó a reír, carcajadas secas mezcladas con sollozos. No pude detenerla así que la dejé que se desahogara.

—Está bien, Meg —le dije mientras la sostenía—. Está bien.

Después de que Meg me dejó, telefoneé a Norman. Me contestó que quería verme de inmediato. Vacié la botella de leche, sequé el «toco» y me fui a verlo. Cuando la puerta fue abierta por un jovencito en sus primorosos veinte años, adiviné que ahora conocía a toda la familia Shaw. Su pelo, así como su ovalado rostro era claro y tenía los ojos celestes. No era ni cerca tan hosco como su hermana o su madrastra y había algo en él que inspiraba de inmediato simpatía. Pareció evaluarme de una ojeada y se quedó tieso.

—Me llamo Scott.

—¡Oh sí! Nos hablamos por teléfono. Por favor entre Mr. Scott. Voy a avisar a mi padre que está aquí.

Se colocó de costado: una figura delgada ligeramente inclinada. Estaba interesado en mí y lo disimuló, como si estuviera tratando de ver con quiénes se mezclaba su padre y que él no aprobaba. Los delincuentes tienen hijos y Norman era un delincuente. ¿Cómo influía eso en su hijo? Por su obvio malestar cuando pasé delante de él, Peter Shaw estaba todavía tratando de resolverlo. Sentí pena por él.

Si estaba molesto conmigo por lo menos era atento. Su hermana salió de una habitación del fondo con un abrigo largo de gamuza adornado con piel en el cuello, mangas y ruedo y navegó hacia un caluroso día como si el sol no se atreviera a hacérselo inaguantable. Le brindó una breve, casi profesional sonrisa y pasó delante de mí como si yo fuera un perchero. Golpeó la puerta principal y Peter Shaw se quedó sosteniendo la puerta del escritorio abierta ante mí.

—Era mi hermana —explicó a modo de disculpa—. Siempre está horriblemente apurada.

—Es una joven muy segura de sí misma —repliqué. Empezaba a gustarme. Sonrió indeciso, me indicó una silla y señaló el bar.

—Por favor sírvase. Creo que va a encontrar ahí varias marcas corrientes de coñac, Mr. Scott. —Me hizo una pequeña inclinación de cabeza con timidez y me dejó.

Norman llegó segundos después; sin Ulla a su lado, su encanto ganaba brillo. Norman no podría estar donde estaba si no fuera un hombre de acero. Echó llave a la puerta, no perdió tiempo ofreciéndome una bebida: en vez de eso me brindó una sonrisa que no era como la de su hija momentos antes. Cruzó la habitación frotándose las manos.

—¿Bien?

—Las tengo. Estaban muy bien escondidas. Casi me hicieron fracasar.

—A usted no, Spider, querido compañero. Déjemelas ver.

Tiró su pelo plateado hacia atrás, con ambas manos, con un gesto vanidoso, casi femenino. Por un momento sus ojos fueron demasiado inquisitivos. Luego, mientras yo empecé a sacar los anillos de mis bolsillos, él preparó un trozo de terciopelo y lo colocó sobre una mesa redonda de roble. Los empujé y lo estudié.

Colocó los anillos en una hilera recta y de repente me di cuenta de que los estaba contando. Aparentemente no los examinaba, de todos modos, no en detalle, y eso me sorprendió por ser un hombre cuidadoso. Cuando levantó la vista estaba obviamente complacido.

—Bien hecho —dijo calurosamente.

No sugirió que yo me podía haber guardado alguno.

Envolvió los anillos en el género y los dejó sobre la mesa. Sacó un rollo de billetes y lo alargó hacia mí.

—Doscientas —manifestó—. Están algo sucias pero valen.

Guardé los billetes en el bolsillo interior de mi saco.

—Cuéntelas —me advirtió Norman.

Sonreí.

—Me fío de usted.

—Entonces es un loco. Cuéntelas.

Hice como él quería y las guardé de nuevo.

—Están todas.

Norman se dirigió al bar, me preguntó con los ojos, advirtió mi leve gesto y se sirvió un *whisky*. Nos sentamos y él prosiguió:

—Tal como lo recuerdo a usted. Ningún barullo. Un buen trabajo ejecutado y nada de comentarios posteriores.

—No hay nada que comentar. Ahora que he visto el botín reconozco que he sido muy bien pagado.

—¿No cree que valen mucho?

—Están bien. Piedras de buen nivel.

—Max no le hubiera pagado tanto.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuándo se separaron? —deslicé como al pasar.

Me miró fijo.

—Si usted ha estado trabajando para Max, yo debo pensar que tiene que saberlo.

—Usted conoció a Max. Era de boca cerrada. Nunca habiéramos podido hablar así.

—Unos dos años atrás. —Norman rumió su pensamiento—. Justo antes de que Ulla y yo nos casáramos —sonrió pensativo—. Max y yo nos llevábamos bien, supongo. Teníamos nuestros problemas, pero nada que lo alterara. Ganamos mucho dinero. No, no fue por culpa mía que rompimos.

Norman empezó a darse cuenta de que la nostalgia lo estaba haciendo divagar porque salió por la tangente.

—Usted se encontró con Peter al entrar. ¿Qué le pareció?

—Solo lo vi por un momento. Me impresionó como un ciudadano honrado.

—Es cierto. Está estudiando abogacía. Tiene un sentido de la percepción que me hace augurarle éxito en esa carrera y que me será de mucha utilidad.

No hay duda de que el muchacho estaba perturbado por alguien que adivinó que era un delincuente. Vi una zona sembrada de minas y pedaleé retrocediendo.

—Eso es lo que a mí me importa —agregó magnánimamente Norman—. Mi familia. No hay nada que yo no haría por ellos.

Seguí manteniéndome al margen, un delincuente que se jacta de la habilidad para el Derecho de su hijo, tiene que tener la mente

obstruida o bien intenta corromper la carrera de su hijo.

—¿Quiere aceptar otro trabajo?

Repentinamente la cháchara de sociedad terminó.

—Estoy escuchando.

—Algo grande. Sensacional. Hará aparecer al Gran Robo del Tren como un asunto de peleles.

Me irrité y sin embargo estaba excitado. Aventé las señales de peligro que tenía en la mente y traté de leer en la suya. Yo había hecho algunos trabajos importantes. Muy grandes. ¿Cuál era la definición de Norman? Me estaba esperando, así que le di el gusto.

—Adelante.

—La galería Tate —me dijo muy serio—. Hablando en idioma vernáculo. ¿Te atrae?

OceanofPDF.com

6

ME ATRAPÓ de verdad. Me aterró a muerte. Y me excitó al mismo tiempo. Algunas de las mejores pinturas del mundo estaban en la Tate; debían estar bien protegidas.

—¿Pinturas? Pero son todas bien conocidas. Si es que las puede conseguir.

—Vamos, Spider. No es usted el que habla. ¿Desde cuándo las obras, por ser conocidas, han detenido a los compradores que lo hacen al margen de la ley? Piense en los grandes robos de arte realizados en la última década y reflexione quién los compró. De todos modos ese será mi problema. ¿Le interesa?

—Me interesa.

Norman desarrollaba un entusiasmo casi obsesivo. Revivió y pareció en ese momento levemente perturbado.

—En realidad es por eso que lo quería a usted. —Hizo un gesto despectivo señalando los anillos—. Esto era simplemente para ver si todavía usted funcionaba. Usted es un artista, es una de sus cualidades que siempre admiré.

—En pinturas no. No lo soy.

—Sabe distinguir una buena de un mamarracho y en cualquier circunstancia serán preseleccionadas.

—¿Varias?

—Unas pocas. La belleza del robo de obras artísticas es que el precio no tiene por qué ser necesariamente por debajo del mercado. El comprador excéntrico prácticamente ha desaparecido. Cierta

gente entendida, ahora compra como inversión a largo plazo, sabiendo que algunas obras jamás llegarán a remate.

Doscientas libras cobijadas en mi camisa me recordaban que yo había retornado al juego. No hice objeción al dinero: lo había ganado aunque Maggie no lo aceptara. Pero lo que Norman sugería era otro acuerdo. Me estaba hundiendo y sin embargo me acercaba al propósito de ayudar a Dick y ahora tenía que proseguir o retroceder en este instante. Si lo hacía, ¿entonces qué? Podía preguntar lo mismo si me quedaba, pero tenía mejor chance de llegar a la verdad si ganaba la confianza de Norman y trataba a la gente que lo rodeaba.

—Si lo acepto probablemente necesitaré ayuda y me gusta únicamente trabajar solo.

—Ya lo sé. ¿Pero eso dependerá del precio, no es así? Para usted puede ser entre veinte y treinta mil libras. Tal vez más.

—¿Qué porcentaje será ese?

Norman se mostró evasivo tras su fácil sonrisa.

—Prefiero dejar el detalle hasta más tarde. Lo discutiremos.

Trataba de engancharme poco a poco. Consideré los precios alcanzados por las pinturas en el momento actual.

—Si usted me ofrece un uno por ciento le hace a usted millonario... si ya no lo es.

Tembló ligeramente.

—No nos peharemos por el monto, Spider, ¡se lo prometo! Haga una recorrida por la Tate y vea lo que piensa.

—Pero usted ya lo ha pensado —protesté—. Usted lo ha pensado y mucho. ¡Maldito sea!

—Lo he hecho —admitió—. Pero me gustaría una segunda opinión. Usted es un gran profesional. Su juicio sobre este proyecto será mucho más ajustado que el mío.

—¿Así que lo estudió?

—No vendrá mal.

Solo esperaba que Dick algún día apreciara lo que estaba tratando de hacer por él.

—O. K. —Me levanté y lentamente observé la habitación—. Me gusta su casa. Algún día me gustaría recorrerla.

Norman me abrió la puerta. Estaba más satisfecho que yo, por como habían marchado las cosas.

—Algún día lo hará —prometió.

Cuando me acompañó a la salida me di cuenta de que ese día tenía que ser antes de que me invitara. Norman no tenía ningún apuro para hacerlo, yo lo tenía que hacer antes de que el trabajo en la Tate me atrapara. Me fui tratando de acostumbrarme a la idea de que Norman era un hombre de familia.

Alejado de la casa de Norman sentí que me empezaban a recorrer calambres estomacales que dificultaban mi caminata. La tensión anudaba mis músculos cuando profundos y dolorosos espasmos los contraían. Me obligué a una apreciación objetiva del trabajo en la Tate y sus perspectivas. ¿Qué es lo que iba a conseguir además de veinte años en la cárcel? Eso no lo iba a ayudar a Dick. Pero sí podía ser ayuda el adherirme a Norman y eso implicaba seguir con el trabajo en la Tate. Buscando otra alternativa, no la encontraba. Yo podía vigilar a Micky Evans, pero la idea de Ron Healey de que había que presionarlo era demasiado válida y yo llegaría a eso únicamente si me encontraba desesperado. De todas formas en ese caso no me sorprendería que Norman supiera dónde estaba Micky, lo cual era otra razón para proseguir.

Lo que realmente me deprimía era la falta de progreso en general. Esperé que el contacto con Norman fuera más revelador. No sabría explicar el porqué, pero así era. Siempre seguí mis pálpitos y este era uno. Pero pegado a Norman sentí con fuerza que en algún lugar algo iba a explotar alguna vez y traer la luz. Tal vez el trabajo en la Tate proveyera el detonador si no la bomba misma. No lo sabía. De hecho yo no sabía malditamente nada, excepto que tenía que seguir ese camino y esperar que me condujera a algún lugar. Yo creía que lo conseguiría. Solo tenía la esperanza de que no me estuviera jodiendo a mí mismo porque no tenía otra huella

que seguir. Tenía solo una idea fija en mi mente; de una manera o de otra tenía que asaltar la casa de Norman. Por lo menos tenía algo positivo para hacer. Mientras tanto tenía que mantenerlo feliz.

No pude visitar a Dick porque no deseaba que me identificaran. Quería guardar nuestro parentesco tan disimulado como fuera posible, Max había disfrutado de protección policíaca, también Norman y una palabra de más en sus oídos pondría mi cabeza en peligro. Así que Maggie fue a verlo. Cuando regresó me contó que Dick lo soportaba bien pero sospeché que me estaba engañando. Por cierto yo sabía cómo se sentiría Dick.

Chrissie me telefoneó para tomar un bocado a la hora del almuerzo. No podía ser una reunión de sociedad, así que tomé una comida decente antes de dirigirme a su casa. El Daimler Sovereign seguía todavía afuera como si esperara el regreso de Max, pero parecía solitario y ligeramente sucio. Se había acicalado como una prostituta lo cual indicaba que me había elevado a su nivel o que deseaba algo de mí. Chrissie había cuidado su aspecto y la funda de seda que llevaba la favorecía. Se había maquillado con cuidado y sonreía para demostrar algo de cordialidad. Sus sandalias de taco alto la hicieron tropezar un poco en la tupida alfombra, ya fuera casual o a propósito. Chrissie buscaba llamar la atención, lo que me advertía que fuera cauteloso.

Nos sentamos en la sala y ahí estaba el plato de diminutos sándwiches. Para no demostrar mala voluntad temé uno y confieso que era lo suficientemente duro para que fueran sobrantes de la vez anterior. Chrissie no era partidaria de desperdiciar. Su nueva imagen no la había cambiado tanto, como para que me borrara de los bebedores de cerveza. Me encontré con otro vasito de cerveza en lata sin que se me preguntara. Levantó su *gin* y me dijo «salud». No se le movió un solo rulo de su prolija cabellera rubia.

—Pensé que ya era tiempo que usted informara —me dijo con suavidad.

—¿Informar? ¿Sobre Norman?

—¿Sobre qué otro?

Sus ojos se endurecieron lo que no le era difícil.

—¿Usted quiere retenerme? —sugerí—. No hemos discutido las condiciones.

Estuvo a punto de mordirme, se contuvo y luego dijo como para ella.

—Déjese de hablar pavadas. La vez pasada me rogó que lo dejara actuar. No seguiré ofreciéndoselo para siempre. ¿Encontró el bronce?

—No tuve la oportunidad. Las cosas toman su tiempo. Espero que él me haga visitar su casa.

—¿Desde cuándo ha esperado ser invitado?

—También he pensado eso —admití—. Tiene su dificultad revisar su casa sin que él se entere.

Chrissie dejó caer por un instante sus párpados y por un momento advertí unas marcas azuladas como magulladuras.

—No está defendida por sistema de alarma —me espetó. Luego echó su cabeza para atrás desafiándome con audacia a que le preguntara cómo lo sabía. No lo hice. Entonces añadió satisfecha:

—No se olvide de que acostumbrábamos a frecuentarnos bastante en otros tiempos.

—Puede que haya introducido cambios.

—No el Norman que conocemos. No será distinto. ¿Así que qué va a hacer?

—Usted sabe muy bien lo que voy a hacer. Pero puede que sea un fracaso y si es así tendré que tomar el duro y largo camino que es lo que hago ahora. Mi hermano está encarcelado. El daño está hecho y tengo mucho tiempo antes del juicio. Cuando lo cuelguen a Norman quiero estar presente.

—No es blando, usted sabe. Si lo descubre lo matará como hizo con Max.

—No espero que me bese. ¿Qué sabe de su familia?

Chrissie se puso rígida tan de repente que salpicó su bebida.

—Una familia jodida —se sacudió y secó su vestido. Era una lástima que una persona tan fundamentalmente atractiva destruyera su imagen cada vez que abría la boca—. ¿Qué es eso? ¿Su familia? Está chocho con ella. Está malditamente loco. Tiene por hija a una bruja orgullosa que actúa como una puta de primera, como si su viejo fuera primer ministro en vez de reducidor de segunda clase. Un hijo que debía de haber sido su hija y que habla como si lo hiciera con la boca llena. ¡Qué me dice!, y está loco con ellos.

—¿Saben ellos lo que él hace?

—Claro que lo saben pero no lo desean saber. ¿No es cierto? El viejo trae el pan y no les importa de qué panadería.

—¿Qué pasa con Ulla?

Chrissie estaba prevenida y no era tan estúpida como pretendía aparentar.

—No sé mucho de ella y no conocí a su primera mujer. Murió hace años.

—Algo debe saber.

—¿Qué importancia tiene?

—Chrissie, estoy buscando los eslabones débiles. Si Norman tiene una coartada y puede apostar a que la tiene, entonces tengo que romperla.

Levantó los hombros virilmente.

—No va a encontrar un eslabón débil en todo ese fardo. Están todos unidos. Tienen demasiado que perder.

—Bastaría una impresión.

Tragó su bebida para tomarse su tiempo y no era propio de ella mostrar renuencia en opinar sobre la gente.

—Lo enganchó hace un par de años. No sé de dónde vino, pero es extranjera. Creo que es una bruja calculadora corriendo detrás de su dinero, que saltaría a la cama con cualquier tipo... si pensara que lo puede hacer sin perder sus beneficios. Norman está loco por ella.

—Así que usted no la quiere.

—No he dicho eso. No es problema mío, ¿verdad? De todas maneras espero que él la descubra. Sería justo, ¡maldito sea!,

después de lo que le hizo a Max.

—¿Le sirvo otro trago?

Miró distraída su vaso y luego lo alargó con rigidez hacia mí, lo que significaba que había algo más. Chrissie no precisaba mi compañía. Serví una buena cantidad de *gin* y agregué un poco de limón, yo tenía todavía algo de cerveza.

—Debo irme.

—¿A dónde? No me engañe. Siéntese.

—Tengo que hacer.

—No joda. Pensé que le interesaría.

—¿Qué? ¿Su negocio?

—Sin Max es difícil. Necesito alguien que me ayude.

Me sobresalté, sorprendido.

—No soy un reduccionista, Chrissie. Usted lo sabe. No sabría por dónde empezar.

—No lo necesito como reduccionista. Eso lo haré yo.

Tengo todos los contactos. Usted es justo el tipo para las operaciones.

—Usted está retrocediendo demasiado Chrissie, ya no robo más.

—¡Cuernos! —dijo—. Entonces, ¿qué está haciendo para Norman?

—Usted sabe muy bien por qué estoy trabajando con Norman. Es la única manera de estar junto a él.

—Pero demuestra que todavía es hábil. Max lo extrañó mucho. Siempre lo decía. Ambos pensábamos que era bueno.

Chrissie se arregló el pelo con coquetería.

—Piense —continuó—. Una vez que Norman esté bajo condena no queda nadie que tenga una pizca de mi experiencia como reduccionista. Pero necesito un hombre que esté a mano para operar. Se haría rico.

Era la segunda vez que recibía una oferta en las últimas veinticuatro horas.

—Max lo desearía así —añadió Chrissie como si le importara.

—No pensé que yo le importara tanto —insinué riéndome.

Chrissie advirtió el peligro a tiempo. La astucia estaba estrechamente unida a su lenguaje.

—No. No como hombre. ¿Pero no es esa la fuerza? Una relación puramente comercial. Nada más. Debemos matar a todo ese lote maldito.

Titubeé y ella me malinterpretó.

—Mucho del crédito de Max me lo debía a mí. Le dejé que se lo apropiara porque era mejor para el negocio. A la gente le gusta que un hombre esté al frente en este trabajo...

Asentí. Ambas cosas eran ciertas. Chrissie conocía sus energías y tenía un cerebro agudo cuando lo necesitaba. Yo reflexioné hasta qué punto era aguda en este momento.

—Hagamos una sola cosa a la vez. Saquemos primero a mi hermano del apuro.

—Usted lo ve así. Yo quiero conseguir que ese mal parido de Norman esté comprometido.

Caminamos hacia la puerta.

—Me gusta su vestido —le dije.

—Es de Jean Varón. Exclusivo. Sus trajes podrían ser tan caros si nos asociáramos.

—Es una idea que tengo que pensarla.

La barandilla de la costanera del Támesis señalaba con un largo e incansable dedo, desde Millbank hacia Vauxhall Bridge. Crucé la ancha calzada, con poco tránsito en ese momento y caminé junto al caudaloso Támesis con su propio mundo a mi izquierda, una gris, sucia, errante grey feliz en su temporario aislamiento de la piojosa asamblea de la tierra seca. Una suave brisa rizaba el pelo y el agua.

Cuando llegué al lado opuesto de la galería Tate, la enfrenté con la espalda apoyada en la barandilla del puente del río. Demasiado maciza para impresionarme a despecho de sus anchos y blancos escalones y de sus columnas Corintias. De alguna manera parecía fuera de lugar, descansando, dando la espalda a la ancha cinta blanca de su calzada como si alguien hubiera mezclado las dos

épocas y las hubiera dejado caer ahí, por error. Una casa de tesoros y Norman pretendía un mordisco...

Había cesado de lloviznar y las nubes se amontonaban para mostrar claros en el cielo. Los escasos peatones eran en su mayoría estudiantes, maniobrando arriba y abajo de los escalones de la galería, algunos arriesgando mojarse el trasero, cuando se sentaban con sus largos sobretodos sobre el pasto mojado del pequeño jardín que se veía a ambos costados de la entrada. Aparentaban inocencia y ni un poli a la vista. Típicamente británico, se puede decir, hasta que alguien de brazo largo lo alargue para atraparlo a uno en cuanto pise en falso. El mío empezó cuando lentamente me dirigí hacia la Galería.

Atravesé los portones y giré a la izquierda hacia el jardín privado al costado de la sobresaliente entrada principal. Recorrí el césped estudiando las ventanas del subsuelo que parecía como si todo el edificio se hubiera repentinamente hundido bajo su excesivo peso. Miré para abajo a un restaurante abarrotado. No vi ningún sistema de alarma. Tenía un aspecto tan malditamente inocente que era ridículo. Si creyera en su apariencia entonces debía de creer en cualquier cosa. Había planchas de metal introducidas en el césped para dar acceso a los cables de la electricidad, teléfonos y cosas semejantes.

Crucé al lado derecho y advertí oficinas en el subsuelo ocupadas por las termitas humanas. Para convencerme a mí mismo de que este poco atractivo edificio albergaba riquezas de arte, subí lentamente los escalones y entré en el vestíbulo. Había mucha gente y un mostrador circular, parecido a una mesa enorme con empleados en el centro, estaba cubierto por catálogos y literatura de arte. De cada lado del vestíbulo partían las escalinatas. Tomé la de la izquierda que circundaba el restaurante desde abajo. ¿Había alguna bodega debajo de él?

Recorrí el pasillo costearlo el restaurante hacia el letrero «caballeros» que se abría sobre la izquierda. En frente de mí una puerta vaivén formaba un *cul-de-sac* con la advertencia «solamente

para el personal». Me quedé afuera del «caballeros» como si estuviera esperando a alguien que saliera y durante ese tiempo tres personas traspasaron la puerta de vaivén y salieron. De una ojeada vi un largo pasillo. No había escaleras a la vista. Normalmente hubiera entrado. Nadie se había fijado en mí hasta ahora. Pero a esa altura yo no quería aventurarme. Tenía que conseguir más datos de Norman, antes de arriesgarme por poco que fuera. Subí las escaleras a la parte de atrás, para echar una mirada apreciativa de un retrato del siglo XVIII, solo para aparentar admiración, seguí más adelante internándome en la galería y encontré una sección con una valla que la obstruía para preparar una exhibición especial, más allá de las luces rutilantes de una exposición moderna de arte electrónico semejante a un parque de diversiones y salí de nuevo a la entrada principal.

Bueno, ahí estaba. Una colección mundial virtualmente sin protección. Demonios. Era todo demasiado sutil. Pero por lo menos podría descartar el peligro de dejar rastros en el piso de cerámica. Una vez afuera giré a la izquierda hacia la calle Bulging. Barandas de acero circundaban el perímetro de la galería; de vuelta a la calle John Islip advertí casillas de madera en los predios de la galería pero bien separadas del edificio principal y regresé de nuevo a la izquierda a la calle Atterbury. Era tan pacífico, tan respetable que costaba creer que estuviera tan próximo al corazón de Londres. Completé mi recorrida de la manzana regresando a Millbank sintiéndome muy descontento.

La penetración en los terrenos de la galería no ofrecía dificultades, pero el museo en sí ocultaba muy bien su seguridad. Lo que no me gustaba era toda el área en general. Era demasiado fácil para aislarla. Los extremos de las calles Bulging y Atterbury podían ser cortados sin ningún problema y un simple auto como control en cada punta, podría también cubrir la salida hacia la calle John Islip. Quedaba en frente del edificio. Y el viejo papá Támesis permitía solo dos direcciones para volar hacia los dos extremos opuestos de Millbank. Alarmas escondidas rotas por un asalto sellarían el lugar

como una tumba. Yo necesitaba tantas salidas de escape como me fuera posible conseguir. No veía muchas aquí. Siempre me quedaba el recurso de tirarme al río pero si tenía que trabajar prefería hacerlo en seco.

Regresé a mi departamento, salí del ascensor y vi la vieja y conocida silueta de un policía vigilando el pasillo frente de mi puerta. No sé qué pasa con ellos. Creo que los muchachos sencillamente vestidos tratan de parecer demasiado inocentes. Se preocupan tanto por no parecer policías que por eso toman un aspecto único y no pueden borrar de sus caras sus tristes experiencias. Este llevaba un impermeable y un traje común sin mucha plancha, zapatos pesados, naturalmente, y una cara seria prematuramente surcada por arrugas. El pelo negro cubría su cabeza y colgaba en mechones por su espalda. Una figura algo desprolija con ojos oscuros alertas.

No me gustó a primera vista. Supe al instante que me había reconocido lo cual me sobresaltó porque jamás lo había visto antes.

—¿Mr. Scott?

Es divertida la forma en que todos hacen la misma pregunta tonta. Él *sabía*.

—No —contesté solo para molestar.

Trató de sonreír pero sus labios debían de estar helados. Saqué la llave de entrada.

—¿Usted vive aquí... señor? ¿Recibió el mensaje?

—Retírese o llamaré a la policía.

—¡Ah es así! Nos hacemos el gracioso. Soy el sargento detective Newton. Me gustaría hablar unas palabras con usted.

—Ya las ha tenido —dije haciendo girar la llave. Luego casi me helé pero de alguna manera seguí abriendo la puerta. Newton. Si Dick tenía razón, este coimeaba. Había integrado la lista de Max. Se me puso la piel de gallina.

Entré. Trató de seguirme pero le retuve en la puerta con mi mano apoyada en su pecho.

—¿Le gustaría que telefonara a la policía más cercana y le acusara de asalto y penetración?

Lo dejé tieso.

—Lo que yo quiero es solamente hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Max Harris.

—¿Quién dice usted que es? ¿Cómo dice que se llama?

—Detective sargento Newton.

—Enséñeme su credencial.

La sacó odiándome, pero tratando de disimular. Miré detenidamente a la pequeña fotografía que lo hacía parecer más joven y elegante. No lo estaba provocando por el puro gusto, sino porque yo debía de pensar condenadamente rápido. De repente yo era parte de la investigación criminal.

Lo dejé entrar y demoré bastante para ofrecerle un asiento. Jamás se sacan los sobretodos. Se sentó y pareció aliviado. Hasta trató de mostrarse amistoso, ensayando de nuevo su sonrisa sin mucho éxito. Pensé si había visitado al dentista.

—Siento visitarlo así. En realidad es solo rutina pero estas cosas tienen que hacerse.

Metí mis manos en los bolsillos y seguí de pie para dominarlo. Parecía estar agotado y sentí algo de compasión. Los hacen trabajar demasiado. Luego sentí desprecio al recordar que probablemente era un coimero.

—No creo que lo pueda ayudar, pero adelante —le dije.

—¿Usted conoce a Max Harris?

—Desde hace muchos años. Su prontuario probablemente lo indica.

—¿Lo ha visto recientemente?

—Pregúnteselo.

Apretó sus labios algo más de lo que estaban.

—Si usted no me facilita ahora las cosas, lo recordaré más adelante.

—¿Qué he dicho? —exclamé con una inocencia dolorida.

—¿Así que dice que no sabe que murió?

—¿Quién, Max? ¿Muerto? ¿De qué murió?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace años. No recuerdo exactamente cuándo, no lo podría precisar.

Me miró fríamente.

—¿Qué diría usted si le dijera que fue visto en el funeral? —El muchacho no tenía suerte. Yo no fui al funeral. El caso es que lo cremaron.

—Diría que estamos hablando de otra persona. Tiene que esmerarse más.

—Así que usted dice que no lo vio en años, ni siquiera en su ataúd.

—Así es. —Imitándole le pregunté—: ¿Está usted diciendo que Max fue amasijado o saco demasiadas conclusiones de su visita?

—Usted sabe perfectamente que lo asesinaron, así que termínela.

Eché una mirada a Newton sintiendo casi pena por él. Debían haber enviado a alguien más ducho para un viejo exconvicto como yo. Me sentí insultado.

—¿Conoce a Norman Shaw?

¡Cuidado, Spider!

—Lo traté. Más o menos cuando conocí a Max.

No me gustó el giro de la conversación. En realidad, ¿para qué me visitaba?

—¿Lo ha visto últimamente?

—¿Por qué?

—Porque soy yo el que pregunta, ¡maldito sea!

—Usted dijo que estaba investigando lo de Max. Ahora es a Norman Shaw. Quiero saber de qué se trata.

—Mr. Scott, estoy tras una investigación criminal. Si usted no quiere colaborar entonces lo llevaré al departamento de policía y tal vez alguien con más autoridad pueda persuadirle a que coopere.

No había razón por lo cual yo no debería haber visto a Norman, pero no podía juzgar lo que se debatía en la mente de Newton y no me fiaba de él. Iba tras algo.

—No, no lo he visto.

Lo dije sabiendo que Norman me iba a respaldar.

Newton pareció asumirlo con resignación. Se levantó con lentitud moviéndose como dolorido. Se pasó una mano contra la cara y retiró algunos mechones de pelo que le caían sobre los ojos. No parecía darse cuenta.

—¿Conoce al tipo de gente que se mezcla con Shaw?

—¿Cómo, si no lo he visto?

—O. K. Así que no sabe nada de Max Harris y nada de Norman Shaw.

—Es usted rápido —le dije—, lo pescó.

—Y usted también es demasiado rápido —comentó—. ¿Por qué ha estado viendo a Shaw?

—Con seguridad que ha ido a un curso para investigación criminal. Su método de preguntas es terrible.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —insistió.

—Necesita un equipo para mí. Usted solo no es suficiente.

Esto no era por Max. Mi menosprecio tapaba un creciente desasosiego.

Sorpresivamente asintió.

—Para que un hombre sea tan evasivo como usted tiene que tener un montón infernal de cosas para esconder.

—O nada —sugerí.

—¿Usted es hermano de Dick Scott?

Ahora me tenía arrodillado a sus pies. Fue un golpe traidor. Si me hubiera mirado algo más, hubiera sabido con certeza que lo era. Tartamudeé y retrocedí.

—¿Quién es Dick Scott?

—Detective Richard Scott. Creo que es su hermano. Lo estúpido de su parte es que estoy tratando de ayudar a su hermano y usted lo está empeorando.

De repente Newton se demostraba muy astuto pero yo no podía echarme atrás.

—¿Quién ha oído jamás que un exconvicto tenga por hermano a un representante de la ley...?

—Puedo averiguarlo —dijo casi consiguiendo sonreír—. Solo que tomará algo más de tiempo. —Abrió la puerta y me miró dando vuelta la cabeza de una manera extraña—. Lo veré en la Corte —dijo y cerró la puerta tras él.

Me quedé durante un instante contemplando la puerta. ¿Qué clase de justicia es esta, que permite que un policía coimero investigue a alguien que no lo es? Debía estar en el lugar de Dick en lo que respecta a los cargos de corrupción. No «parecía» ser justo. ¿Y por qué Newton vino solo? No me gustaba nada.

—Será mejor que desde ahora le telefonee después que oscurezca.

Norman dejó de apretar sus manos juntas contra su pecho y pareció perplejo. Su color gradualmente se desvaneció cuando retuvo la respiración durante seis segundos. Estimé que se iba a agotar mientras trataba de mantenerse en forma.

—¿Por qué? —preguntó Norman—. No veo la razón por la que no me pueda ver.

—La poli me visitó esta tarde. Me preguntaron por Max. Si lo conocía bien y cosas así.

Norman hizo otro ejercicio con la cara.

—Ya debe estar acostumbrado a eso, Spider. Rutina.

—Quizás. ¿Lo visitaron a usted?

Norman decidió descansar de sus ejercicios isométricos.

—Lo hicieron, pero yo lo esperaba.

—Bien. Casi me acusaron de despachar a Max. ¿También lo hicieron con usted?

Norman rio suavemente.

—No habrían conseguido nada si lo hubieran hecho. No, lo usual. Dónde estaba yo... usted sabe.

—¿Así que usted estaba en condiciones de satisfacerlos?

Norman se encrespó.

—¿Adónde quiere llegar?

Lo había empujado tan lejos como me atreví, tal vez demasiado lejos.

—Bueno. ¿Lo han estado siguiendo desde entonces?

Esto no lo suavizó tampoco pero lo tomó con más seriedad.

—¿Tiene alguna razón para preguntarlo?

—El tipo parecía creer que yo lo he estado viendo.

—¿Y lo hizo?

—No. Si hubiera estado seguro no me lo habría preguntado. Se lo hubiera guardado hasta tener más motivos para proseguir.

Norman quedó pensativo por un rato y cuando estaba en ese estado su cara se volvía de granito. Sin su encanto preparado era simplemente una versión refinada de Max. Sus primitivas emociones eran idénticas. Solo que las controlaba mejor.

—El que usted me haya visto no tiene posible conexión con Max, así que ¿tras qué andaba? ¿Qué buscaba?

Mis riñones se helaron. Que Dios me ayudara si se daba cuenta de su equivocación.

—Estaba solo palpitándolo. Tal vez sospechara que uno de los dos lo hizo y trataba de provocarlo.

—¿Cómo se llama?

—Newton. Un sargento detective.

Advertí mi equivocación. Newton parecía estar seguro de que Dick era mi hermano. Si Norman lo descubría, yo mismo me había liquidado y la reacción de Norman no hizo que me tranquilizara nada. Su cara se había endurecido y sus ojos se volvieron alertas. Ese nombre le recordaba algo y yo me maldije por mencionarlo. Luego aflojó algo más su sonrisa pero vi que estaba preocupado.

—Tiene razón, Spider —aprobo—. Manténgase oculto en el futuro. En realidad no habrá mucha diferencia pero será más inteligente.

Me miró tan fijo, y durante tanto tiempo, que me entró pánico pensando si me habría descubierto. Me hizo estremecer de una manera como Max jamás consiguió hacerlo. Yo jugué derecho, pero

estuve a punto de caer en pedazos antes de que rompiera esa mirada. En el momento en que yo iba a hacer un comentario indebido, él habló.

—He pensado mucho en usted en estos últimos tiempos.

¿Qué debía decir yo? Hice una mueca. Debí parecer idiota.

—No merezco un pensamiento.

—Ese es su defecto. —Norman me señaló con un dedo—. Usted es siempre modesto. Por eso jamás llegará a ser rico. Siempre ha sido independiente y ¿adónde lo ha llevado?

—Prefiero trabajar solo.

—Ya lo sé. Pero ya es tiempo de que integre un equipo. En estos días todos necesitan de alguien. La unión rinde sus frutos.

—Los veo más como problemas.

—Eso es porque nunca estudió el tema. Puede haber un gran futuro para usted, Spider.

Se me puso la carne de gallina. De repente todos preconizaban mi éxito.

—¿Dónde? —pregunté obedientemente, pero veía problemas.

—Puede trabajar para mí. Permanentemente. Soy un hombre rico, Spider. Me puedo retirar y seguir siendo rico por el resto de mi vida, pero soy demasiado activo. Me anularía. ¡Puedo hacerlo tan poderoso!

—Usted se ha arreglado sin mí hasta ahora. ¿Por qué cambia?

—¡Oh! He trabajado mucho. Tenemos gustos semejantes por las cosas buenas. Desde que dejé a Max he estado cambiando gradualmente el tipo de mercadería. Será invaluable para mí alguien experto en cosas prácticas. Expansión con conocimiento y apreciación. Muchos de los que acuden a mí en estos días no son capaces de distinguir un Turner de un anuncio de margarina.

Debía esperar resistencia.

—No puedo trabajar para nadie en dependencia, Norman, y de todos modos he tenido años de inactividad y en realidad usted no me conoce.

Sonrió. Había pensado en todo.

—Yo no dije trabajar *para* mí sino *conmigo*. Usted debe recordar que yo lo observaba en tiempos pasados. Siempre admiré su gusto. Nunca nos trajo mamarrachos. En aquellos días era usted algo inexperto en valores o si no Max nunca lo hubiera arreglado, pagándole tan poco. Recuerdo muy bien su integridad. Tan poco frecuente. Hasta Max se fiaba de usted y Max ni siquiera se fiaba de Max. ¿Qué me dice?

—No estoy seguro de lo que me ofrece.

—Una sociedad. Estrictamente mitad y mitad en todos los negocios que hagamos juntos deducidos los gastos.

¿Por qué compartiría? Debió advertir mis dudas.

—Existen trabajos que podemos hacer y que únicamente «nosotros» podemos realizar. En el momento actual he tenido que dejarlos pasar.

—¿Como el de la Tate?

—Como el de la Tate. Hasta que usted llegó era solo un sueño. Mitad y mitad.

Fue un salto infernal desde el uno por ciento. Dos ofertas de asociación en un día. Era suficiente para aterrarme a muerte. Si no aceptaba ninguna se me consideraría un riesgo y si tomaba una de ellas me haría un enemigo mortal del otro. Podía tratar de soslayar la respuesta.

—Norman —le dije lentamente—. Este es un gran cumplido. Usted habla de integridad. La gente cambia. Puedo haber cambiado. Sería mejor para usted que lo pensara otra vez.

Habló suavemente.

—Mi querido compañero, usted simplemente prueba mi aserción. Solo un hombre con integridad puede decir una cosa así. —Después se puso serio—. Además de su progreso existen otras razones comerciales. Usted es el dueño de una agencia de viajes. ¿Qué mejor lugar para la mercadería que tenemos que embarcar?

¡Oh Dios! No podía hundirme más. ¿Cuál era la salida?

7

CAMINÉ por la habitación consciente de que su mirada seguía estudiándome. No quería que él viera mi cara en ese momento.

—No tengo licencia de transportes —expliqué—, solo pasajeros. No puedo imponerles mercaderías a los clientes.

Pareció reírse divertido a mis espaldas.

—Por lo que oí, usted transportó a varios de los muchachos de Reisen, pero le estoy tomando el pelo. La banda de Reisen sería la primera sospechosa. No, estaba pensando en sus empleados y en usted mismo y quizás en algunos clientes cuidadosamente seleccionados.

Me di vuelta.

—Mi personal no hace muchos viajes por año, tal vez dos cada uno, incluidas sus vacaciones. Yo nací en Londres y no me gusta moverme de aquí.

—No lo necesitaremos con frecuencia. Tenemos que pensarlo, planificar métodos —de repente rio—. Recuerdo un ardid de Max, Debe recordar a la mujer y al bebé que empleaba cuando contrabandeaba joyas a los Estados Unidos: de qué manera ella pellizcaba en el trasero al bebé para que llorara en la Aduana y cómo le prometía cambiarle los pañales en cuanto pudiera.

Reí con él. Le recordaba. Debía ser un hombre valiente el de la Aduana para revisar al bebé. Si hubiera sido lo suficientemente valiente se hubiera encontrado con algo divertido y pulcro. Pero ese

truco solo podía hacerse una vez y en un solo lugar. Norman buscaba una forma de evasión segura. No me gustó.

—Piénselo —me advirtió Norman.

Así lo hice.

Miraba a la pared sopesando las probabilidades, cuando en realidad debía atacar al objeto por el cual había venido originalmente. Empezaba a creer que me había equivocado en primer lugar, que en realidad nunca había llegado a nada y, sin embargo, ¿qué otro camino existía? Dick estaba encerrado y a menos de que sucediera algo, lo estaría de por vida por ridículo que pareciera o tendría que presentarme yo para confundir el caso. Por lo menos Norman se estaba acercando: algo saltaría. Tenía que ocurrir. El hecho de que jamás especuló con el asesinato de Max lo indicaba. No era natural. Podía sentir sus ojos en mi espalda así que giré en redondo y lo miré directamente a los ojos.

—¿Quién cree que amasijo a Max?

La pregunta lo sacudió y lo vi perplejo.

—Qué pregunta más rara. Estamos discutiendo nuestra asociación y de repente pregunta eso.

—Lo siento. Me vino a la cabeza. Usted me conoce. Usted debe haber pensado en eso.

—Sí, lo hice —contestó con solemnidad. Se levantó y empujó distraídamente con su pie una silla. Se pasó las manos prolijamente por el pelo y supe que pensaba con rapidez—. Es un tema que traté de evadir y eso me preocupa algunas veces.

—¿En qué forma?

Pareció indeciso.

—Depende del motivo. Algunas veces pensé si sería yo el próximo.

Una contestación clásica de Norman. Maravillosa y maldita: evadiendo la pregunta y preocupándose por él. Disimulé mis pensamientos en mi voz.

—¿Quiere decir que alguien trata de terminar con los dos?

—No sé. Pasó por mi mente. Max se hacía de enemigos, porque era bruto y mezquino. Hay tantas razones por las que lo pudieron asesinar.

—Pero usted debe tener sospechas. Estuvo cerca de él en un tiempo.

—Así es. Estuve a punto de sugerirle una fórmula de paz —me largó una prolongada y perpleja mirada de soslayo—. No sabía que estuviera tan interesado.

—Estoy obligado a estarlo. Trabajé para él. Hasta usted pudo creer que fui yo. —El astuto Spider provocó una sonrisa renuente de Norman.

—Usted no, querido amigo. Usted no puede lastimar a nadie. Recuerdo demasiadas cosas sobre usted que lo prueban: mi memoria no deja nada que desear. —Se tiró del saco y retiró una pelusa—. Si usted quiere un nombre, ¿por qué no Chrissie?

—¿Su mujer? Pero si la poli la largó. Deben haberla examinado a fondo.

—Ya sé. Pero ella es posesiva y realmente ponía más cerebro en el trabajo que Max. Es muy muy astuta. Muy aguda. Su casamiento fue por mucho tiempo de conveniencia. —Tuve que reconocer que era convincente. En un momento dado Chrissie cruzó por mi mente, pero a ella le iba a hacer falta Max, comercialmente, y jamás hacía algo que la perjudicase. Chrissie no.

Había arriesgado tanto mi pescuezo que lo mismo podría hacerlo unas pulgadas más.

—Espero que la poli encuentre al canalla que amasijo a Max. No merecía que lo asesinaran.

—Hasta que no sepamos por qué lo mataron, nunca sabremos nada.

Norman me acompañó a la puerta, rápidamente enderezó su corbata cuando pasamos delante de un espejo y me sonrió. En un parpadeo Max salió de su mente.

—Hay algo que quiero enseñarle.

Me guio por un camino ricamente alfombrado al primer rellano discretamente decorado con bancos, a su vez decorados con acuarelas con escenas pastoriles y luego hacia arriba por las escaleras. Había puertas blancas con pomos de cristal y entremedio pequeños espejos dorados. Abrió la puerta y me dejó pasar. Oí que daba vuelta a la llave cuando cerró la puerta.

Era un estudio, sus paredes claras soportaban en dos de los lados bibliotecas repletas. Una ventana se abría a la parte de atrás de la casa y la pared restante estaba parcialmente ocupada por estantes movibles en cada uno de los cuales había una solitaria figura de colección de Staffordshire. Hay Staffordshires y Staffordshires, esta era de las que no se ve en el escaparate de cualquier anticuario. En las dos esquinas se veían amplios parlantes estéreo en medio de los cuales se lucía una cómoda jacobina que a su vez estaba colocada entre dos aparadores de cuatro pies de alto divididos con estantes.

Norman se dirigió a un escritorio de roble, en el centro de esa habitación alfombrada de pared a pared en color verde y apretó un botón.

—Este enciende una luz colorada en el rellano —explicó—. Cuando está encendida, nadie, ni siquiera Ulla me puede interrumpir. Es un terreno prohibido a todos.

Con creciente ansiedad me di cuenta de lo grande de mi privilegio. Este era su sanctum: su centro de operaciones. Lo que demostraba cuán poco sabía de Norman en realidad. Equivocadamente lo había subestimado.

—Siéntese. —Me indicó un sillón capitoné de cuero verde que enfrentaba al escritorio. Se sentó detrás de él y abrió un cajón inferior. Sus hermosas facciones se relajaron con una débil sonrisa. Aparecieron dos vasos en los que sirvió de un botellón Waterford una bebida alcohólica oscura—. Sé que no acostumbra beber pero sé también que no es totalmente abstemio. Una ocasión especial exige una bebida también especial. —Volvió a poner el botellón en

el cajón y lo cerró—. He observado que se evapora demasiado si lo dejo afuera. ¡Salud!

Levantó su vaso y esperó a que alzara el mío. Era un fuerte coñac estacionado, su aroma se elevó hasta mi nariz. Pero yo era cauteloso.

—¿Qué ocasión especial es esta?

—Ya se lo dije. Brindo por nuestra asociación.

Tomó su trago, reteniéndolo en el paladar antes de tragarlo lentamente. Norman estaba de muy buen humor.

No me apuré. Ni siquiera probé la bebida.

—Todavía no he aceptado Norman. ¡Salud!

Su sonrisa se endureció ligeramente.

—Mi querido Spider, si pensara que existía el menor riesgo de que rehusara, no estaría usted ahora en esta habitación.

Ni siquiera el tic tac de un reloj rompía el silencio. Luego añadió:

—Mi conclusión es lógica. No estoy tratando de forzarlo. Usted ya aceptó trabajar para mí en la Tate. Ahora le estoy ofreciendo algo infinitamente superior por el mismo trabajo y los que puedan seguir. La única diferencia es que usted podrá opinar más y ganará considerablemente más. Solo alguien completamente loco rehusaría y usted no lo es con toda seguridad.

Hice una mueca antes de que se volviera desconfiado.

—Admito que vale la pena festejarlo.

Tragué un sorbo de coñac y me pareció que su fuego me llegaba hasta el corazón. Había esperado ganarme su confianza pero jamás soñé acercarme tanto a él. Ahora que lo había conseguido estaba aterrado. Me sentía como Judas, aparte del miedo y real peligro.

—¿Así que estamos de acuerdo?

Asentí.

—Como usted dice. ¿Cómo puedo rechazarlo?

Norman vino hacia mí y me alargó la mano mientras yo me incorporaba. Su apretón de manos era firme y colocó su otra mano sobre las dos para sellar el contrato. Yo estaba consagrado. Regresó a su asiento y tironeó la parte de atrás de su saco.

—Todavía parece sorprendido pero es que usted siempre se subestimó. Tiene una gran importancia, Spider. Su pericia sobrepasa a la del ladrón común, usted conoce y comprende las mismas cosas que yo y eso es muy importante.

Se levantó y se dirigió a uno de los aparadores que estaban a un costado de la cómoda jacobina.

—¿Le gusta la música? —preguntó sorprendidamente.

—El *jazz* —le contesté—. Un pequeño grupo americano de *jazz* de la época intermedia.

Me miró vagamente decepcionado de que nuestros gustos no fueran semejantes y debió pensar en la incongruente de que yo fuera un amante de antigüedades y al mismo tiempo que prefiriera un estilo musical relativamente menor. Si hubiera ahondado más, habría reconocido la afinidad del solitario llanto con el escapismo del negro americano. El coñac me volvió filósofo.

Norman abrió la puerta del aparador.

—Mire esto.

Vaso en mano, lo miré. Había altos de discos y tapas que llenaban el gabinete. Todos de música clásica. Levantó la tapa de la cómoda jacobina. Estaba repleta de equipos de alta fidelidad desde transistorizados hasta estereofónicos y un magnífico estante con *cassettes*.

—Me gustan también los clásicos —dije con toda veracidad.

Se pasó al lado de la biblioteca de *cassettes*, metió su mano y pareció empujar. Había una mirada ligeramente salvaje en él que me puso nervioso.

—Mire ahora —me indicó.

Miré adentro y el estante de los *cassettes* había desaparecido. Se veía una lucecita a una pequeña distancia por abajo, pero ahora pude ver que la parte de atrás estaba abierta.

—Sígueme —ordenó y dio un paso para entrar en el aparador. Tropezamos el uno contra el otro al cruzar la línea de la pared y algunos géneros diversos colgaron sobre nosotros como las tiras que caen del techo en el túnel de horror de los parques de

diversiones. Pudimos enderezarnos y vi que eran trajes. Norman manipuló con el obstáculo que estaba a nuestro frente, una puerta se deslizó y salimos, introduciéndonos en una habitación. De repente había luz.

Salí de un armario a un dormitorio que me resultó en seguida familiar. Norman presionó algo en el armario para cerrar la abertura del fondo y después cerró también la puerta del armario. Antes de empezar a hablar se sacudió el polvo de las manos, se dirigió al *toilette* y se cepilló el pelo con un cepillo de mango de plata perteneciente al juego de tocador.

—¿Lo reconoce? —me preguntó divertido.

Lo reconocía con creciente ansiedad. ¿Qué trataba de sacarme? Asentí tratando de disimular. Me sentí atrapado.

—Este es el dormitorio de la gente que asalté.

—Sí. No se asuste.

Caminé desconcertado hasta el centro de la habitación.

—¿Qué es lo que está tratando de hacer, Norman?

—Nada en detrimento suyo. Usted tenía razón en asombrarme por mi seguridad en su integridad. Tiene razón. Algunas personas cambian. Pero usted no, Spider. Tengo la prueba.

Empecé a ver la luz.

—Por supuesto este es su departamento. El «toco» era suyo.

—Es mi mayor secreto. Ni mi familia siquiera lo conoce. Tengo solamente la parte superior de la casa. La parte de abajo pertenece a otra persona. Es un escondite para el caso de que lo necesite alguna vez y además ofrece otras ventajas.

—¿Qué son esos vestidos que están colgados en el armario?

Sus ojos brillaron.

—¿Qué quiere decir? —No le gustó.

Traté de sonreír con naturalidad.

—Si su mujer no conoce este departamento pienso que simplemente es una *garçonnière*. Parece muy caro.

—Digamos que es una vieja *garçonnière*. No tiene importancia para mí.

Sentía rencor por la decepción y trataba de ver desde su ángulo.

—Así que me pagó doscientas cincuenta libras para asaltar su propia *garçonnière* y robar su propio *toco*. No tiene sentido.

—Lo tiene para mí, Spider, y lo vale. Lo quería para el trabajo en la Tate. Existen otros profesionales pero no me puedo fiar de la mayoría de ellos. Cuando me telefoneó fue un regalo del cielo. Pero tenía que asegurarme de dos cosas: una, que usted sigue siendo tan eficiente como lo recordaba, y dos, que su carácter prácticamente no había cambiado. Ambas eran de suma importancia.

—Usted pudo utilizarme en un trabajo verdadero. No hubiera notado la diferencia.

Norman sacudió un dedo, para indicarme lo astuto que había sido.

—No hubiera contestado mi segunda pregunta: integridad. ¿Cómo le había afectado el transcurso del tiempo? Creo que usted es el único que conozco que entregaría cada uno de los anillos. Si hubieran sido ajenos, yo no podría recordar cuántos eran. Pero yo sabía cuáles y cuántos eran en este caso. Usted no solo no se quedó con ninguno, sino que apostaría que jamás se le cruzó por la mente hacerlo.

Me enfermaba la palabra integridad, porque mi verdadero motivo para estar aquí era descubrirlo a él. Era verdad que ni se me ocurrió quedarme con ningún anillo, porque la emoción al realizar el trabajo es lo que me atrae y la única manera en que puedo operar. Le sonreí abyectamente y alcé los hombros pensando cómo heriría su vanidad si descubría la verdad y lo que querría hacer conmigo.

Una vez que me mostró lo vivo que era, fuimos al estudio de adelante donde había escondido los anillos. Corrió los pesados cortinados y encendió las luces. Nos sentamos frente al escritorio como si yo fuera su entrevistado y de alguna manera así era. Había algo en ese escritorio que le prestaba a Norman cierta autoridad aunque no la necesitara. Por dos veces lo había subestimado y eso me molestaba. Le dije lo que pensaba sobre la Tate y sobre la

cantidad de problemas que habría que solucionar. Me escuchó con tolerancia, pero pude ver en su ligero alzamiento de cejas, que sabía lo que le estaba contando y que tenía algo escondido en su manga.

—No se preocupe de la alarma exterior —me advirtió cuando yo terminé—. Lo que tengo pensado le hará olvidarla.

Lo analicé a fondo. No estaba loco y había demostrado cuán eficiente podía ser. Tampoco era débil. Los ejercicios isométricos podían haber endurecido sus músculos pero de todas maneras era fuerte. Lo escuché atentamente.

—Entrará por el subsuelo —explicó—. Arreglaré que un equipo de tres perforadoras hagan un boquete en el cemento directamente a la galería.

¿Así de fácil?

—¿Utilizarán las cloacas?

Asintió. Traté de escarbar en mis escasos conocimientos sobre cloacas.

—Supongo —dije lentamente— que hay una linda boca de cloaca muy conveniente justo afuera.

—Hay dos. Una directamente afuera que conduce derecho a la cámara y otra a través de la calle al lado del río.

Levantó ambas manos para impedir que siguiera preguntando.

—Usted es el que opera, Spider. Yo no. Tuve un hombre trabajando durante un año en el servicio de drenaje. Le pagaban por el trabajo y yo le pagué también una generosa suma libre de impuestos. Existen otras posibilidades además de la entrada subterránea. Creo que es preferible que usted hable con él. Presente todas las objeciones que se le ocurran hasta que se satisfaga.

No podía argüir con eso. Norman sonrió y dobló sus dedos para conservarlos flexibles para contar dinero. Por lo menos estaba en condiciones de financiar sus propios trabajos.

Cuando cerró la puerta principal tras de mí, me detuve y reflexioné. Algo de su excitación interna se me había transmitido y

eso me enojaba y me asustaba a la vez. En ese momento me era difícil mantenerme objetivo. Había un montón de riesgos, pero el precio era elevado y así venía la cosa. La escasa luz de la calle brillaba sobre los techos de los autos como salpicaduras de agua. Norman ya había invertido doscientas cincuenta en mí; esperaba mucho más en retorno.

Bajé los escalones muy lentamente. Me detuve, pensativo, en el portón y crucé mis brazos sobre su parte superior. Frente a mí se veía una mancha oscura entre las salpicaduras brillantes. Faltaba uno de los autos de Norman. Miré hacia el cielo, a la lenta y oscura cabalgata de nubes acumulando lluvia ante un viento que se levantaba. Estaba muy oscuro pero era una noche adecuada para mi tipo de trabajo. Yo pertenecía arriba y no debajo de tierra. Sabía que tenía que introducirme en la casa de Norman antes de iniciar mi trabajo en la Tate, pero por instinto sentía que el momento no era adecuado. Esta noche había conocido mejor su casa; no demasiado y no había rastros de los bronce, pero mi plan empezaba a dar resultado y Norman se explayaba mucho más. Para el corto tiempo que estuve con él debía sentirme satisfecho, pero no lo estaba.

Un ruido de pisadas que se acercaba me distrajo, eran lentas, dos pares al unísono, pisadas de enamorados. Espié el paso de la pareja: cabezas juntas, palabras susurradas, brazos entrelazados, perdidos el uno en el otro y con el único problema para el día siguiente de cómo podrían volver a reunirse. No tenían que probar que un hombre era un asesino o zambullirse en las cloacas. Estaba envejeciendo, me compadecía a mí mismo.

Un auto se metió en el espacio libre justo en el momento que cerraba el portón detrás de mí. Conservando la serenidad empecé a retirarme cuando una voz de mujer me llamó.

—Mr. Scott. Spider.

Giré en redondo. Apenas se distinguía la cara de Ulla en esa luz mortecina que provenía de un farol, cuando se asomó del auto. Se la veía muy atractiva en esa penumbra, mientras luz y sombra

jugaban con sus rasgos. El blanco de sus ojos tenía una luminosidad atractiva en esa luz tan mala.

—¿Se va a casa?

Asentí, sin saber si me veía.

—Entre. Lo llevaré.

Soltó el freno.

—Me gusta caminar, Mrs. Shaw. Me conviene para conservar la línea.

—¡Oh! No sea tan cumplido. Soy Ulla. Entre.

Di la vuelta del lado de la calle. Me abrió la puerta. Me acomodé a su lado, consciente de la blanca extensión de piernas que emergía de la oscura línea de su falda. Me sonrió para ponerme cómodo y fue todo lo contrario. Estaba pensando en lo que Chrissie había dicho.

—Está bien. Llego temprano. Norman no me espera tan pronto.

Y eso tampoco me puso cómodo.

En el momento en que ella se apartó lentamente del estacionamiento vi a un hombre que se acercaba desde el lado opuesto. Era el sargento detective Newton que parecía venir a visitar a Norman. Estaba contento de haber llegado primero. Ulla no lo vio porque estaba mal colocada y malinterpretó mi sobresalto.

—¿Por qué está tan nervioso? —Era un desafío a medias.

—Norman puede ser un marido muy celoso.

—Lo es. ¡Pero por Dios solo lo estoy llevando a su casa!

Su acento se agudizaba por la irritación. Pienso que estaba vagamente disgustada, porque yo me mostraba aprensivo con respecto a Norman. Manejaba muy bien y mantenía su mirada en el camino fuera de rápidas ojeadas que me dirigía mientras hablábamos.

—Es muy amable haciendo esto —lo dije para quitarle importancia.

—¡Oh! Usted me gusta. Pienso, además, que usted va a ser bueno para Norman.

Ulla era alarmantemente franca. De alguna manera yo presentía que ella no sabía la oferta que me había hecho Norman. Reconozco que escondía sus asuntos cuando le era posible a su familia.

—¿Usted cree que entonces yo debo ocupar el vacío?

—¿Vacío? —Su rápida mirada me impresionó.

—Ahora que Max ya no existe.

—¡Oh! Él terminó con Max hace mucho tiempo.

—¿Pero no estaban renegociando su relación antes de que asesinaran a Max?

Levantó los hombros con un movimiento apasionado que podía sugerir una docena de respuestas.

—No sé, ni me importa mucho.

—Pero usted debe saber en qué trabaja Norman.

—Naturalmente —otra vez esa levantada de hombros—. Pero no quiero saber los detalles.

—Y sin embargo usted parece estar interesada en mi influencia sobre él.

Ulla rio corta y expresivamente.

—Usted es un hombre. Max era un toro salvaje. Peligroso.

—Así que está contenta con su muerte.

Dobló en una esquina con suavidad y la pregunta no la alteró.

—No me importa. Chrissie no va a perder un amante, con seguridad.

Esas dos mujeres se querían.

—¿Tiene idea de quién mató a Max?

Su mirada esta vez no fue tan rápida, se detuvo levemente en mi cara.

—¿Importa? Era un bruto y molestaba a mucha gente.

—¿Incluyendo a Norman?

—Norman y él se entendían muy bien hasta... —

Repentinamente frenó y el auto se detuvo en el centro de una calle vacía. Primero miró en el retrovisor antes de darse vuelta hacia mí, lo que indicaba su sangre fría—. ¿Usted quiere decir que Norman lo hizo?

—¡Norman! No, no, no. Él no actúa así. Solo estaba pensando por qué rompieron si se llevaban tan bien.

Estaba arriesgándome en esa peligrosa conversación, basándome en que Ulla no la repetiría, porque no deseaba que Norman se enterara de este encuentro.

—Fue Chrissie. Era demasiado posesiva de Max. Sintió que iba a ser abandonada, así que actuó.

—Estoy de acuerdo en que es una mujer muy dura. De todos modos no lo veo a Norman matando a nadie.

Ulla arrancó de nuevo.

—Yo no dije eso. Hay cosas por las que asesinaría.

—Me sorprende usted. ¿Qué cosas?

—Nosotros. Su familia. Usted sabe, es un hombre muy de su familia. No querría que me hicieran ningún mal.

—Entonces es mejor que me deje salir de este auto. —Lo dije en broma pero lo pensaba en serio.

Se sonrió en la penumbra y pensé que Chrissie con todo su frío aspecto, podría tomar unas pocas lecciones de Ulla. Raramente había encontrado yo a alguien con tanta sugestión. Ulla poseía el arte de la sensualidad.

—Usted ha vivido peligrosamente. Veo en su cara que usted lo ha hecho intensamente.

—Las apariencias engañan. Usted sería alocada si preocupara a Norman.

Ulla rio. Por una vez el sonido no era atractivo.

—Estoy de acuerdo. Tengo mucho que perder. —Manejó en silencio durante unos segundos, luego agregó sugerente—: Por eso soy tan cuidadosa. De todas maneras Norman nunca creería que yo tuve la culpa.

Lo cual era, con probabilidad, cierto y hacía que mi asiento estuviera más caliente que lo que estaba. Le di las últimas indicaciones para llegar a mi departamento y ya estaba deslizándose por la calle rumbo a la entrada principal. Estábamos

sentados en esa celda de acero y cristal sin mirar a nada en particular. Ulla sonrió con picardía.

—¿Y?

—Le agradezco su compañía —hice un ademán para abrir la puerta.

—¿No me va a invitar con un trago?

—Norman lo va a oler en su aliento.

—Un café, entonces.

Esto era una locura. Si le seguía el tren, yo pasaría a ser el relleno del sándwich entre ella y él. Recordé lo que Chrissie me había contado. Puede ser que Chrissie fuera una perra, pero también podía ser un buen juez. Al mirar de soslayo a Ulla vi que me estaba tanteando. Era peligrosa e impredecible. Pero había algo semioculto en ella que la llenaba de intensa energía. Advertí su carga. Súbitamente tuve la sensación de que ella me había juzgado demasiado bien. Esperaba que yo saliera y sin embargo si lo hacía lo usaría contra mí de alguna forma.

Puse mi mano arriba de su muslo presionando ligeramente su pierna suave y cálida. De inmediato sentí el estremecimiento que la recorrió.

—Si no le importa a usted arriesgar una fortuna, por qué me voy a preocupar.

Moví mi mano. Se puso rígida pero no me detuvo. En la penumbra pude advertir el deseo en la profundidad oscura de sus ojos. Si lo liberaba podría llegar a ser incontrolable. Chrissie tenía razón. Dos fuertes impulsos batallaban enfrentándose; la pasión y la avaricia. Justo en ese momento me demostró sin duda alguna, cuál era lo que la dominaba, pero se quedó petrificada por el descubrimiento. Yo estaba demasiado cerca de Norman y ella había calculado mal. Temblaba cuando me moví de lugar y su boca se abrió. Con un sonido ahogado, sorprendentemente me cacheteó con fuerza y rompió su propio hechizo.

Ganó su codicia.

—Si Norman se entera de lo que ha intentado hacer, lo matará.

Reí.

—Ya lo sé. Pero usted no se lo va a contar. La he descubierto, Ulla.

—Salga —rugió.

Yo seguía riendo.

—¿Eso es lo que le pasó a Max? ¿Se adelantó demasiado y usted lo amasijó?

Recuperó algo de compostura y sus ojos flamearon.

—Está loco. ¿Se imagina que le hubiera permitido a ese buey que se me acercara?

Le sonreí.

—¿Qué le parece si tomamos ahora ese café?

—Fuera —siseó—. Fuera.

—Esto no empezó así —protesté. Salté afuera y miré cómo quemó sus neumáticos cuando partió. Me dejó mucho en qué pensar.

OceanofPDF.com

8

CUANDO Maggie vino a mi departamento la noche siguiente, no pude dejar de compararla con Ulla, pero ganó por un campo. Era como una fresca brisa aventando la niebla.

La puse al día, escuché sus noticias pesimistas sobre Dick y traté de no preocuparla demasiado. No era fácil porque tenía que enfrentarme con alguien esa noche, en vez de pasarla en su compañía. Sentía una extraña renuencia a despedirme con un beso como si la contaminara después de Ulla. Advirtió la diferencia pero no dijo palabra.

Su nombre era Ginger Douglas pero lo llamaban el Árabe. No era difícil adivinar por qué. Llevaba una vestimenta multicolor hasta los tobillos, que aumentaba el aire exótico con sus grasientas bandas. Podía haberse llamado Jacob si no fuera por el hecho de que su largo pelo rizado estaba atado por una cinta con un nudo. Para sus treinta años estaba un poco retrasado en la vestimenta pero había transado al no dejarse crecer la barba y lucía solo un espeso bigote negro como un pistolero del Oeste. Lo único que en realidad me impresionaba era el trabajo fácil que tendría la poli para detenerlo si alguna vez recibían su descripción.

Sus manos estaban sorprendentemente limpias pero su cara, prematuramente arrugada, era del color de la nicotina como si al permitir el balanceo de los cigarrillos en sus labios abiertos durante años lo hubieran teñido. Sus ojos de un acuoso azul tenían una

expresión desapasionada que me hacían desconfiar y su mirada recorría el sótano sin aire como buscando la luz y al encontrarla la rehuían. Nos habíamos conocido en uno de esos clubes instalados en subsuelos que eran nada más que un reducto legal para poder beber a toda hora. Aquí, su extraña apariencia pasaba desapercibida. Yo era el hombre fuera de ambiente, el único normal y atraje algunas raras miradas. Y quiero decir *raras*.

Nos sentamos en un rincón de ese oscuro agujero, lleno de humo que olía a tabaco malo y a droga de tercera categoría mezclado al olor a cuerpo humano.

—Qué lugar eligió —me lamenté—, es una mierda de lugar donde la poli debe caer tres veces por semana.

El Árabe me sonrió con superioridad y, por qué no, hacía de dueño de casa.

—Relájese, hombre. Cayeron anoche. Hoy estaremos O. K.

—¡Dios Santo! —exclamé y sonó como una blasfemia en este rincón del infierno—. ¿Cómo no lo atraparon?

Los ojos azules se hincaron en mi cara como un punzón para el hielo.

—No sea así, papito. Conozco mi trabajo.

—¿Qué es cuál?

—Me ocupo de drenajes. Me necesita.

—Y no me siga llamando papito, maldito sea. Yo tendría que haber tenido tres años para haberlo engendrado y no soy capaz de esa hazaña y me hubiera liquidado si lo hubiera hecho después de echarle una mirada.

—No tiene por qué sentirse ofendido, Spider. No lo he querido joder.

Era verdad, aunque todavía estaba a tiempo.

—Solo critico su falta de juicio al reunirnos en un lugar así. Mírelos, todos están dopados.

—Hombre, eso nos deja a salvo. No llevo *azúcar* ni nada por el estilo. No toco esa mercadería. Y aquí soy parte del ambiente.

También eso era verdad. Le eché otra ojeada y traté de imaginármelo en overol, con cinturón de seguridad, botas impermeables largas, grandes guantes de goma, con una lámpara en una mano y un casco amarillo protector. No pude hacerme la imagen. Quizás llevaba ropa excéntrica para compensar el ir vestido durante el día como un hombre espacial.

—Vayamos al grano —dije.

Cruzó las piernas para asegurarse de que yo viera sus tacones altos y botas hasta las rodillas bajo su vestimenta. Traté de disimular lo que sentía. Había llevado una vida demasiado protegida.

—Normalmente —explicó— ha habido un equipo de cuatro. Uno arriba para dar la señal de mal tiempo y los otros tres, incluso el inspector, abajo en el agujero.

A despecho de su perezosa actitud era totalmente claro y ni la mitad de dormido de lo que parecía. Subió un escalón en mi apreciación.

—Alguien tiene que estar arriba para contestar a preguntas raras si la poli llega. Los hombres con equipo de perforación estarán abajo. Es sencillo.

—Uno piensa que los trabajos son sencillos y luego aparecen las dificultades. Con esta clase de hazaña no se preocuparán demasiado en que sea un primer delito. Iré adentro hasta que tenga cuarenta.

Por un momento se debilitó su sonrisa.

—Tenemos que llevar el equipo —prosiguió— y eso no lo puedo hacer yo. Tengo que conseguirme una coartada para que no se advierta que ha habido ninguna información de adentro. ¿Comprende?

Comprendí y pude ver a quién le iba a tocar hacerlo.

—Siga.

—El depósito está cerca de Vauxhall. El viejo río Tyburn corre por él saliendo a la superficie justo ahí. Me aseguraré de que el equipo esté disponible, pero usted tiene que traerlo en uno de sus camiones. No creo que tenga dificultad.

Vio la extrañeza en mi cara y agregó.

—Los camiones son de color azul y trataré de meter en ellos algún equipo, botas, medias largas, overols, cinturones, lámparas, guantes y algunos arneses de seguridad, además de lámparas de mineros.

—Parece demasiado fácil.

—Como le dije, hombre, así es. Un niño podría abrir las puertas.

Algo me molestaba en el fondo de mi mente, algo que había oído o leído.

—Siempre pensé que se tenían que tener dos lugares abiertos a cada extremo del sitio que inspeccionaban.

—Tiene razón, hombre. Pero no se hace siempre. Es una medida extra de seguridad pero no siempre tienen tiempo o gente. Esos muchachos saben cómo escaparse con rapidez suficiente.

—Pero nosotros no.

—Usted no se va a mover. Usted estará en la galería en una cloaca que lo llevará afuera. Es justo fuera de la Tate.

No lo presioné entonces para que me diera más detalles. Quería un plan general de acción: posibilidad amplia. Aun cuando el Árabe era el hombre de Norman yo sabía que ni siquiera lo había visto, puesto que Norman siempre utilizaba un testaferro para tratar con su banda. Lo que enfatizaba el gran cumplido que Norman me había hecho y la total fe que puso en mí. En este momento preferiría estar en el lugar del Árabe.

Repasamos lo dicho y él se demostró agudo cuando hizo falta. Vagamente pensé qué iba a sacar de esto. Con el dinero que ya le habían estado pagando y lo que me habían pagado a mí, no cabe duda que Norman había largado bastante y no lo haría sin estar seguro de recuperarlo en buena medida. No daría un centavo por mí si de repente decidía retirarme.

—¿Qué pasa con los gases?

—¿Qué es lo que pasa?

—Bueno, ¿no es peligroso debajo de una alcantarilla si se acumulan?

—Se evaporan cuando se levanta la tapa. De todos modos hay una lámpara de minero para mandarla abajo con un grueso papel de acetato para detectar el sulfato de hidrógeno.

Me acerqué a él, manteniendo mi voz baja.

—¡Por el amor de Dios! Está usted hablando de usar una perforadora térmica ahí abajo. Puede hacer volar todo ese maldito lugar hasta el cielo.

Por un instante su insolencia lo abandonó. Sus ojos movedizos recorrieron la vecindad y luego volvieron a mí.

—Hombre, no tiene por qué preocuparse. Primero use la lámpara. No creo que esa cloaca haya acumulado gases.

Él no iba a estar con nosotros, así que, ¿por qué se iba a preocupar?

Para cuando respiré el aire relativamente fresco de Brewer tenía la sensación de que ninguna cloaca podía ser peor que la que acababa de dejar.

Maggie estaba conmigo cuando Ron Healey llamó a mi departamento. Se quedó parado en la entrada, con un sobretodo barato de cordero, aunque seguía haciendo calor. Las manos metidas en los bolsillos, parecía tan pobre como su sobretodo. Entró.

—¿Alguna novedad? —Una pregunta cansina de un hombre cansado.

—No. ¿Y usted?

Levantó los hombros.

—No. Estaba pensando en qué había andado usted.

—Ningún progreso que valga la pena. Hice un montón de preguntas y recibí un montón de respuestas convincentes que solo hacen confundir los hechos. Puede ser que tenga algo para usted pronto.

No me preguntó qué y su resignación me hizo recordar el cansancio de Newton.

—Hay una cosa —proseguí. Las cejas rojizas se arquearon en una sola línea—. Sus congéneres me han arrastrado a su órbita.

Volvió a la vida pero siempre cansado.

—¿Oh?

—Un detective sargento Newton me vino a visitar. Insistió sobre mi antigua relación con Max y Norman Shaw.

Estuve casi a punto de decirle que lo había visto en la casa de Norman, pero no pude hacerlo sin descubrir que yo había estado ahí.

La noticia lo desasosegó por alguna razón, pero cuando lo presioné se volvió súbitamente elusivo. Tuve la impresión de que estaba nervioso, deseando irse, lo cual era extraño puesto que acababa de llegar. Lo retuve un poco más tratando sin éxito, de sonsacarle, pero él rápidamente se recuperó.

—¿Dick está bien? —Sentí un comienzo de resentimiento en Maggie.

—Se siente como uno puede imaginarse de un policía que está detrás de las rejas. Lo está sobrellevando.

—¿Así que siguen pensando que él lo hizo?

—Lo tienen solo a él. Hay hombres que han ido a la cárcel con muchas menos evidencias en contra de ellos.

Asentí. Yo lo sabía.

Ahí estaban tres de ellos; caras adustas y manos callosas. Sobre sus caras anónimas y pétreas todo su pasado estaba escrito. En todo ese grupo ni una sonrisa. Podía apostar que su pasado incluía el penal. Pudiera ser que no preocuparan a mi viejo amigo Knocker Robert, pero a mí sí me preocupaban. Desde el comienzo me demostraron su desprecio silencioso, como si el escalar fuera cosa de niños. Por qué arrastrarse, cuando uno puede partir la cabeza de alguien con una barra metálica y luego quedarse tranquilo. Tampoco les gustaba que tuvieran que aceptar directivas de mi parte. No valía la pena quejarse porque Norman debía haber elegido mejor sus hombres: los hampones son los hampones, unos peores que los otros. Eran expertos en su trabajo.

Nos sentamos como una cuadrilla en un café frecuentado por trabajadores en Portobello Road, con cuatro tazas de humeante té,

a una mesa cubierta de plástico. Estábamos agachados como jugadores de *rugby* antes de patear la pelota. Se llamaban Big Fred, Slasher y Charlie. Nunca descubrí cuáles eran sus apellidos. Fred era macizo con manos como palas emergiendo de unas mangas de tejido áspero pertenecientes a una campera de abrigo, sus ojos eran de un castaño brillante, su cara cuadrada y adusta coronada por un pelo negro cortado al rape. Slasher era flaco, quisquilloso al tacto como un alambre de púa y tan inflexible; su cara delgada había estado cubierta de acné y sus rizadas patillas crecían hasta el mentón. Era algo más joven que los otros, cerca de los treinta. A Charlie se lo debía haber llamado comadreja y con probabilidad así lo hacían sus amigos. Aunque más bajo, lo superaba con la defensa de los hombres bajos: la agresión. Sus ojitos cual rayos láser recorrieron el lugar inspeccionando todo lo que tocaban pero sin detenerse jamás.

Con físicos tan disímiles, tenían sin embargo dos grandes comunes denominadores: presencia, se difundía de ellos como el granito en una prisión, sus emociones, si las tenían, serían suyas únicamente, los sufrimientos de los demás, jamás les alcanzarían. Y la mirada. Era como si hubieran tenido la misma pesadilla repetidamente hasta que aprendieron a aceptarla y se hubieran acostumbrado a entornar los ojos, ocultando así sus sentimientos y pensamientos de una manera distraída. Esperé que nunca tuviera que apelar a sus mejores sentimientos. Sería una súplica a algo que no existía ni remotamente. Esta era la banda que debía integrar. Rex Reisen se hubiera enorgullecido de ellos y Knocker Robert no les hubiera hecho ascos.

Me estaba acostumbrando a retomar mi antigua personalidad con los contactos indirectos de Norman y me daba un nuevo punto de vista de él. Yo había conocido ese tipo de pájaros en la cárcel, naturalmente, muchos, así que sabía de qué se trataba, sabía todo sobre ellos pero jamás trabajé con ellos. Me gustaría saber si podía encontrar otra salida, pero no podía. Y era demasiado tarde para abandonar sin que me liquidaran.

—Hay alrededor de 1,20 m de cemento que hay que perforar — dijo con fuerza Big Fred golpeando la mesa con un dedo que parecía la cabeza de un martillo. Esto no me concernía y como lo sabía, desarrolló la forma técnica.

—Necesitaremos un soplete a gas para encender el barreno, un soporte y media docena de barrenos de tres metros y diecinueve milímetros y eso requiere un adaptador. ¿Entiende? —Me desafió a preguntarle con una mirada agresiva. Asentí—. Para nuestra seguridad —continuó— necesitaremos cuatro cilindros de oxígeno de noventa metros cúbicos de oxígeno. Tiene que estar malditamente seguro de que tiene lugar en el camión para eso, además de nosotros y el normal equipo para cloaqueros. Antiparras y guantes y delantales de cuero no van a tomar mucho lugar, pero los barrenos son de un tamaño más incómodo. ¿Entiende?

Volví a asentir. Para dar una impresión de inteligencia pregunté:

—¿Cuánto tiempo le tomará para perforar un espacio lo bastante grande para que yo pueda pasar?

Los otros se dieron vuelta hacia Big Fred, que me examinó por arriba.

—Normalmente unos cincuenta minutos más o menos. Los barrenos se queman cada ocho minutos y en ese tiempo necesitaremos sesenta metros cúbicos de oxígeno. ¿Entiende?

Fred se echó para atrás habiéndose explayado y satisfecho con la cantidad de conocimientos que él tenía.

Podía advertir obstáculos, pero eso correspondía al Árabe que debía sortearlos. Me vi a mí mismo apretado entre Ginger Douglas y esta banda, como un volante mantenido en movimiento por expertos; con razón Norman no quería que el Árabe conociera a estos tres. Como era imposible para Norman verlos, me los tiró a mí y yo sería el que haría frente si las cosas se torcían; sabía que yo no lo descubriría. El hecho de que yo no quisiera delatar me molestaba, pero no puedo cambiar mi modo de ser.

Necesitábamos otro hombre. Insistí en eso. Necesitábamos uno en la abertura junto al río, tanto como en la parte de afuera de la

Tate. Con el intenso calor de los barrenos tenía que asegurarme de que los gases naturales tuvieran salida.

—¿Cuando el barreno arde hay alguna manera de detenerlo? Ocho minutos es demasiado si la poli anda por ahí.

Big Fred me miró con lástima, luego se dio vuelta hacia sus compañeros con aire sorprendido. Trataba de rebajar mi autoridad ante ellos.

—Maldito si no es obvio, ¿verdad? Cierra la llave del oxígeno. Quiero decir que el oxígeno responde a la barra de acero que sostiene el barreno. Sin oxígeno no hay reacción. ¿Entiende?

—Entiendo —acepté—. Ahora escúcheme, Fred o cualquiera sea su nombre. Usted no está aquí para hacerse el gracioso, ni tampoco para lucirse delante de sus compinches. Si usted cree que tiene suficientes sesos para hacer todo el trabajo solo, adelante. Y eso incluye robar lo señalado. Si no los tiene y le digo que no los tiene, entonces conteste las preguntas sencillamente o si no lárguese. ¿Entiende?

No le gustó pero reprimió su rabia mientras Slasher y Charlie sonreían avergonzados. Yo había puesto en su lugar a Big Fred y no era de los que olvidan. Pero mostrarse débil ante un hombre como él, podría traer mayores inconvenientes una vez que el trabajo hubiera comenzado.

Yo no pensaba hacer el trabajo, pero una participación así me acercaba a Norman y como ese era el plan, yo estaba satisfecho. Tenía que descubrir lo que quería antes de que el trabajo estuviera planeado, si no lo conseguía, no veía de qué manera me podría zafar y seguir viviendo. Ahora no era solo Norman, sino esos tres individuos y, en un grado menor y a considerable distancia, el Árabe. Mientras tanto, tenía que estudiar los movimientos. Fuera de eso, el trabajo empezaba a interesarme de una manera inquietante y se podía hacer. Estuve seguro cuando algunas pocas cosas salieron a luz.

Penetré en el terreno de la Tate Gallery esa noche. Sin ningún problema. Todo lo que hice fue trepar la verja en la desierta calle

John Islip, crucé volando las casillas de los trabajadores que construían el ala nueva y busqué el camino que me llevaría al frente del edificio. Me escondí debajo de las escaleras, me agaché y acomodé para una larga espera. A menos que alguien entrara en el terreno yo estaba bien escondido y a salvo de los haces de luz de las linternas de los policías. Me acomodé en una posición de espartano confort y dormité.

Me senté ahí, escuchando el lamento de los neumáticos y los ocasionales ruidos de pasos. En plena noche esta parte solitaria de Londres estaba desierta. Contra la baranda se oía el agua que golpeaba y succionaba el granito y el lodo, y el peculiar remolcador se movía con violencia a todo lo largo identificándose con el silencioso golpeteo de las máquinas y la estela que dejaba rítmicamente hasta la pared.

Solamente una vez durante mi espera oí a un policía que pasaba. En los momentos más lúcidos detecté el típico ruido de un patrullero. Detrás de mí, en la Tate, debía haber serenos. El edificio nunca estaba sin hombres. Pero con todo respeto al valor de los honestos trabajadores, no había nadie en el edificio que pudiera detener a hombres como Big Fred, Slasher y Charlie si estos actuaban. Los custodias no parecen jamás entenderlo y si lo hacen, están limitados a la clase de gente que pueden conseguir, casi todos los custodias son experimentados expolicías. Supongo que este era el caso.

Durante tres horas rumié eso, con pensamientos que se dispersaban, pero manteniéndome básicamente alerta. Aun en una cálida noche, el frío empieza a hacerse sentir, así que me moví antes de que mis miembros se endurecieran. Ya tenía suficiente. Salí de la misma manera que entré. Cerca de Picadilly, algo de vida emergía como los gusanos de un queso, pero pude tomar un coche de caballos.

Me dormí tarde, telefoneé a Charlie Hewitt a la oficina —todavía no habíamos cruzado la luz de peligro— luego regresé a la galería Tate. Algo en la aparente ausencia de protección me preocupaba en

esa clase de seguridad. Empecé a sentir que debía haber un timbre interno, que el edificio fuera fácil de violar no implicaba que las galerías lo fueran. Yo había traído bajo el brazo, arrollado, un overol.

Entré por la puerta principal. Eran las doce y el *hall* estaba repleto de gente, que era lo que yo esperaba, me dirigí a lo largo del pasillo hacia la puerta *Caballeros*, donde me vestí con el overol. Cuando salí, las dos puertas batientes con el aviso *Solamente para el personal* se encontraban a mi izquierda. Las crucé y tomé por el pasillo que obviamente me llevaba en línea recta. Deambulé sin impedimento a lo largo de pasillos de pisos de piedra. Vi extraños uniformes, algunas veces los pasé pero nadie me detuvo. Coseché una mezcla de miradas ausentes, amistosas inclinaciones de cabeza y sonrisas y a veces me ignoraron. Dejé algunos escalones y llegué a una puerta doble de madera y casi trastabillé. Vi el alambre a tiempo, me retiré a un pasillo vecino desde donde podía observar. Y esperé. Diez minutos después una muchacha vestida de blanco se paró en puntas de pie y apretó un botón. El pomo chirrió, ella empujó la hoja de la izquierda y desapareció. Eso era lo que yo había sospechado. No creo que al apretar el botón se abriera la puerta directamente sino que con eso había pedido a alguien que operaba por control remoto la apertura de la puerta.

Me dirigí a las puertas y apreté el botón. La cerradura chirrió y yo entré. Tomé buena nota de que era una Yale y de que no había burletes que cubrieran las rendijas entre las puertas. Pude no solo deslizar una mica sino también una ganzúa. No tuve que ir más lejos para saber que me encontraba en alguna suerte de lugar sagrado. Dos enormes bustos sobre pedestales me dominaban escondidos modestamente bajo fundas. Un par de cuadros del siglo XVIII, que yo no valoré demasiado, estaban apoyados en la pared de ladrillo como si la Tate hubiera aceptado mi opinión. Moverme alrededor de esas celdas no era problema. Pude examinar el lugar donde el túnel cloacal se abriría y me saqué un peso al ver que caía dentro del interior de la zona de seguridad. Me metí en un grupo de trabajadores de la nueva sala. Retrocedí con demasiada prisa, antes

de que se percataran que yo no era uno de ellos. Me tomó muy poco tiempo encontrar mi camino de regreso hacia las dobles puertas, porque el edificio era viejo y se extendía en cualquier dirección. Cuando llegué ahí desde ese lado, pude abrir el cerrojo yo mismo y regresé a *Caballeros* para cambiarme el overol.

Con mi atado bajo el brazo subí las escaleras y entré en la galería. Cada galería importante tenía dos salidas en los dos extremos que conducían a su vez a galerías más chicas. Entre las galerías principales había enormes puertas abiertas, algunas enmarcadas de mármol y otras de madera. No veía la forma de cerrarlas. Tenía que ser cuidadoso: cada galería, grande o pequeña, estaba vigilada por un custodia.

Me paré en una de las enormes puertas enmarcadas de mármol, así que me encontraba entre dos galerías. Perezosamente miraba las pinturas a un costado, luego al otro como si estuviera indeciso sobre cuál de ellas quería visitar. Entonces advertí las bisagras.

Insertas dentro de los marcos verdes de mármol, había un panel central angosto también de mármol, a ambos lados de la abertura, cada uno también sujeto con goznes. Lo que quería decir que se abrían. Tuve que esperar incómodamente a que ambos guardianes miraran para otro lado, luego rápidamente abrí el panel más cercano. Se abrió con facilidad para describir una cavidad del alto del marco. Retuve el aliento y coloqué el panel en su lugar. En la cavidad de atrás había visto una puerta metálica, que con toda probabilidad se deslizaba de su marco para encontrarse con la del marco opuesto. Esas eran las puertas que debían tener la alarma.

Seguí merodeando y vi que solo algunas puertas de salida tenían puertas secretas. De esto surgió que grandes secciones que comprenden varias galerías podían ser selladas de a una, igual que los compartimientos estancos de un barco. Fue una recorrida provechosa.

Me dirigí a Vauxhall para inspeccionar el depósito del Árabe. Los portones totalmente abiertos conducían a un patio con piso de piedra. Uno de los camiones azules estaba en el patio y una pareja

de plomeros con cascos protectores amarillos desapareció dentro de un viejo edificio de ladrillos que parecía como si hubiese crecido junto con el sistema cloacal de Londres. No había nadie en ese momento, así que me tomé unos pocos segundos para echar un vistazo. No había dificultad para entrar o salir con un camión. Esta sería la parte fácil, lo que implicaba tomarse más precauciones, porque lo fácil a menudo depara sorpresas, como si no le gustara ser menospreciado.

Siguiendo la advertencia del Árabe tomé por la Bayswater Road y me detuve cerca del Lancaster Gate Hotel, frente a los jardines de Kensington. Tuve que esperar mucho, sin otra vista que el tránsito de los vehículos y peatones que circulaban en diferentes direcciones. Un camión celeste traqueteaba pesadamente al otro lado de la calzada y se detenía a unos doscientos metros más lejos, sus rayas preventivas coloradas y amarillas en diagonal eran visibles desde mi lugar. Crucé la calzada y me dirigí lentamente al camión. Para cuando llegué, la tapa de la alcantarilla estaba abierta y un hombre desaparecía dentro del agujero como un farol amarillo en la penumbra de la cloaca y otro sostenía la tapa. Sabía que el de arriba quedaría ahí.

—¡Hola, compañero! —dije—. Parece que va a llover.

Miró para arriba a las nubes bajas y empujó para atrás el casco amarillo.

—Espero que no —dijo alegremente—. A mis compañeros no les va a gustar.

Me agaché para mirar el fondo del agujero. Era estrecho, con una escalera perpendicular de hierro amurallada en la pared y que desaparecía de la vista en la total oscuridad. Pude oír el murmullo del agua y débiles, extrañas voces huecas.

—Retírese —me advirtió con una sonrisa burlona—. No me gustaría tener que pescarlo.

—¿Es muy hondo? —pregunté.

—Este tiene unos dieciocho metros.

Yo sabía por qué estaba aquí, pero conversé sobre su trabajo y quedó encantado. Un momento después, el conductor se unió a nosotros y se vio claro que esos dos hombres estaban orgullosos de sus trabajos. Se desprendía que no era tan desagradable como parecía y además el lugar era de interés histórico. Todas las principales cloacas eran antiguos ríos de Londres, desde hacía tiempo sumidos o con construcciones sobre ellos, con gran parte de la mampostería de antaño y puentes todavía visibles, bajo su superficie tenían nombres románticos como el río Fleet y Tyburn.

Vi el reflejo de la linterna sobre el agua, muy abajo y di unos pasos atrás cuando un casco empezó a asomarse. Eran tres: el Árabe subió segundo y aunque sabía que yo iba a aparecer en escena en cualquier momento, casi se delató cuando me vio. Como a un viejo veterano, lo ignoré y para entonces él se dirigió hacia el muro que lo separaba del parque. El Ginger Douglas de ahora no se parecía a un Árabe. Lo espíé mientras cerraban la tapa y los hombres retiraban del camión la lata de desinfectante y dejaban caer el líquido sobre sus botas y guantes largos. Luego se metieron dentro del camión para beber una taza de té. Cuando me retiré, la urgencia de llevar adelante el trabajo de la Tate era casi compulsiva. El hecho de que yo estaba acostumbrado a esas compulsiones, no facilitaba la acción. Tenía que repetirme constantemente que estaba involucrado solo por Dick. Algo ayudaba. Haría un último intento con Norman para conseguir otra ojeada a su casa y si no resultaba, me largaría y abandonaría. No ayudaría el que yo terminara ocupando la celda vecina a la de Dick, sería como agregar otros cinco años a nuestras sentencias.

Esa noche volví a ver al Árabe. Nos encontramos en ese pestilente sótano abarrotado y aunque no me gustara tenía que admitir que era seguro (en un aspecto), pero como yo había frecuentado el lugar dos veces, algunos de los individuos empezaron a tener una idea equivocada de mí y tuve que hacerme paso a codazos hasta un rincón. Cuando me senté al lado de Ginger Douglas se retiraron pero revolotearon cerca del apolillado bar. Yo

estaba de mal humor para cuando me di vuelta hacia Ginger, que ya estaba envuelto en su vestimenta de Jacob.

—¿Qué es lo que tiene usted? ¿Por qué no lo joden? — rezongué.

—Porque me conocen... amorcitó. —Me sonreía y después de un instante tuve que devolverle una sonrisa entre dientes.

—Casi me delató hoy —le amonesté.

—Bueno, ¡vaya una cosa de loco que me hizo hoy! Aparecer así.

—Ya le había advertido, necesitaba ubicarme en el ambiente.

Le expliqué sobre las dimensiones del equipo térmico y el largo de los barrenos, pero estaba seguro de que había suficiente espacio. Analizamos de nuevo toda la operación desde el momento en que robo el camión hasta que terminado el trabajo, lo devuelvo a su lugar. El Árabe había examinado todo y su trabajo con la gente del drenaje había valido la pena. Sabía lo que decía y yo lo escuché con atención. Cuando lo dejé, me pregunté por qué si no intentaba hacer el trabajo, lo estaba estudiando tanto. Norman no tenía necesidad de saber todo eso. Tenía que darle una idea general, pero no era preciso que supiera los pequeños detalles. Traté de enfrentar las preguntas con sinceridad, pero nunca sabré si mi respuesta fue evasiva por omisión. No podía trabajar de otra manera. Mis preparativos siempre fueron exhaustivos. Hasta ficticio como en este caso, no podía obrar de otra manera.

Eso suponía que tenía que ver al *trío non sancto* una vez más, para dar un punto final a su conexión con el Árabe. Ellos no sabían que existía, naturalmente, no querían saber. No conocían a Norman o por lo menos no en esta conexión; ni tampoco el Árabe. Pero todos ellos maldito si no me conocían, eso era lo que me disgustaba. Charlie y Slasher eran duros pero cuidadosos, escuchaban no por respeto a mí sino por el trabajo. Big Fred escuchaba también demasiado, pero podía ver su cochino pequeño cerebro trabajando con resentimiento y como yo no quería problemas dije:

—Escuchen compañeros. Se trata de algo bueno. Un montón de dinero. Olvidemos nuestras simpatías y antipatías y hagamos bien el trabajo, ¿O. K.?

Asintieron, gruñeron y murmuraron su consentimiento y Big Fred dijo:

—Está bien.

Fue el tono con que lo dijo, que me dio qué pensar.

Norman exhaló, se golpeó el estómago como si estuviera tratando de romperse la espina dorsal y sostuvo la posición durante seis segundos mientras retenía la respiración. Me explicó que era el único ejercicio isométrico que requería exhalación en lugar de inhalación. Se hacía entrar el estómago y ciertamente él no tenía barriga, pero un hombre tan vano preferiría morirse de hambre que perder la línea.

Nos encontrábamos en el estudio secreto de la casa de al lado. El plan de acción fácilmente podía haberse discutido en el estudio de su casa principal, pero había cierto impedimento psíquico, que le sugería que si su familia ignoraba el lugar, también ignoraría sus planes. Eso le daba a él un sentimiento inmenso de seguridad, como si fuera un director de orquesta.

—Parece un riesgo razonable —acoté—, pero hay fallas.

Norman se sentó tras su escritorio y escuchó con atención pero aun escuchando, seguía apretándose una mano con la otra. Cuando me ofreció un trago lo sorprendí aceptándolo, aunque lo que yo deseaba era sacarlo de su ejercicio.

—Continúe —dijo, en tanto que colocaba un vaso de cristal tallado casi lleno de *whisky* entre mis manos.

—No aprecio demasiado el equipo de la perforadora térmica. Me recuerdan en exceso a los fornidos muchachos de Rex Rusen y uno de ellos, Big Fred, tiene un resentimiento personal contra mí. Es el tipo que puede cobrárselo en el momento crucial.

—Me haré cargo de él —me dijo Norman, y yo sabía que lo haría—. Pero son buenos muchachos, altamente conceptuados.

No pude decir nada.

—Puedo entrar —proseguí—. Estoy seguro. Pero debemos tener otro hombre más ahí afuera. Con el aumento de temperatura que se producirá ahí dentro, podemos hacer reventar toda la maldita calle en pedazos, además de nosotros.

Esto obligaba a colocar a un hombre delante del agujero cercano al Támesis y otro afuera de la Tate.

Norman pensó un rato y se mantuvo inmóvil; sus ojos acerados me miraban con fijeza, sin verme en realidad. No iba a discutir, su mente de artista ya estaba evaluando a los posibles candidatos. Max habría discutido, Norman no. Asintió con lentitud.

—Ese no es problema.

Y supe que ya había elegido al hombre. Pasó las manos sobre su pelo, cuidadosamente, para no mover una mecha. Me miraba precavido cuando dijo:

—Algo lo está preocupando. ¿Qué está pensando?

En algunas circunstancias me gustaría tener los rasgos de Knocker Robert, elásticos y acerados. Yo era más transparente, pero tenía que explayarme.

—No estoy atacando a nadie. Cualquiera sea el precio. Esos muchachos con toda probabilidad son todos exconvictos, ni siquiera les pondré un dedo encima si se cruzan en el camino.

Para hacer honor a la verdad, Norman no vaciló y mintió bien.

—Me alivia el oírlo. Por eso se lo pregunté. Conozco su forma de ser, Spider. Sin violencia. Excelente. Así que, ¿qué va a hacer en vez de eso?

Demonio astuto.

—Solo tengo que tratar de evitarlos. No puedo creer que estén sentados de guardia durante toda la noche en la parte exterior de cada galería. Lo usual es la recorrida y esto puede superarse comúnmente.

—¿Algo más?

—Entraré en las galerías solo. No quiero a nadie conmigo.

—Naturalmente. Siempre lo pensé así.

Empezó con sus ejercicios de tirarse de la piel y creo que pensó que yo había expuesto todo.

—¿Dónde quiere que se lleven las pinturas después del robo? — pregunté.

—Cuando abandone las cloacas, retírense todos en el camión y sigan por la costanera. No les tomará mucho tiempo quitarse su ropa de trabajo en el camino. Den vuelta por Villiers y estacionen fuera del teatro Players. Les esperarán tres autos. Uno para que entregue los cuadros, el segundo para que lo lleve a su casa y el tercero para dispersar al equipo de perforadores. Le daré algunos pocos detalles más ese mismo día.

Asentí. Parecía que estaba bien.

—¿Y cuáles son los cuadros?

Por fin sonrió; cuidadosamente, para evitar las arrugas. Ahora que los aburridos, pero necesarios, detalles técnicos se habían superado, empezó a vivir.

—Hay una exposición de pintura moderna de Francis Bacon. No es muy de mi gusto, pero se dice de él, que si tiene un amigo a quien quiera hacer rico solo tiene que regalarle un cuadro y eso es cierto. Entre los artistas actuales quizás solo Picasso puede aventajarlo. Puedo colocar ocho telas sin problemas y eso me dará alrededor de medio millón de libras. Las otras cuatro las encontrará juntas y son todas de Picasso. Todas pertenecen al arte moderno... no de su gusto, me parece.

—¿Cuándo damos el golpe?

—Eso es asunto suyo —arriesgó otra sonrisa—, pero la exhibición termina el sábado.

SÁBADO: Era casi el martes. Lo miré con fijeza, atónito. Seguía sonriendo.

OceanofPDF.com

9

Mi MENTE se sacudía como un badajo. Sábado. Era imposible postergarlo hasta el último día: algunas de las exhibiciones se levantan inmediatamente después del cierre. Eso dejaba miércoles, jueves o viernes. Hijo de puta. Mi verdadero *shock* fue que me tiraran el trabajo con poca chance de poderme escapar. Súbitamente fue real y AL MOMENTO.

—Será mejor que lo dejemos para el viernes —dije—. Podremos empezar el trabajo antes de la una y si el trío maldito es tan bueno como ellos dicen, estaremos dentro antes de las dos y fuera a las tres y media o cuatro.

Yo era un insano. Sin embargo no lo podía evitar, quería realizarlo.

Norman estaba defraudado.

—Usted ha cubierto todos los ángulos. ¿Por qué no antes?

—Porque quiero volverlos a examinar de nuevo —insistí— y algo más: seguiré examinándolos durante todo el camino a Millbank.

Se sentó, resignado.

—Lo prepararé —prometió.

—Ahora, ¿qué le parece una copa como precelebración y luego una recorrida a su hermosa casa?

Me froté las manos como si lo estuviera disfrutando. En parte así era.

Norman miró su reloj y se levantó apurado.

—No me di cuenta de la hora. Salgo con mi familia. Es el cumpleaños de Ulla. ¿Podemos posponer el trago? Lo celebraremos el domingo.

No mencionó la vuelta de inspección y comprendí por qué. Cuando regresamos a la casa principal le dije:

—¿A dónde los lleva?

—¡Oh! Vamos a ver un *show* y luego a un club a reunirnos con algunos amigos.

—Regresarán tarde —comenté mientras bajábamos las escaleras.

—En realidad no somos trasnochadores. Volveremos antes de la una.

Nos detuvimos en el *hall* y de repente alargó la mano. La tomé.

—Buena suerte el viernes, Spider. Puedo hacerlo un hombre muy rico.

O uno con condena perpetua. Evidentemente, no nos íbamos a encontrar de nuevo hasta después del trabajo y esto me preocupaba.

—Deme un golpe de teléfono —me dijo— en algún momento mañana a la noche después de las nueve. Le confirmaré que los arreglos han sido hechos como usted quiere.

Así que era eso. Empecé fingiendo y ahora estaba metido en realidad hasta los ojos. Su hija salió, me ignoró completamente e informó a Papito que era tarde. No se molestó en presentármela, pero tal vez fuera porque el tiempo le urgía. Salí.

Llegué a mi departamento y me encontré con Maggie adentro.

—Has estado escapándote de mí —me acusó, escondida a medias detrás de sus anteojos de enorme montura. Creo que últimamente los estaba llevando para disimular las ojeras que rodeaban sus ojos. Al igual que nosotros, Maggie estaba preocupada hasta enfermarse, pero no sabía cómo superarlo.

—Eres un desastre —le dije— y te amo. ¡Ahora afuera! Tengo que hacer un trabajo y me tengo que cambiar.

—¿Qué clase de trabajo?

Me siguió ansiosa al dormitorio, mientras yo empezaba a sacarme la ropa.

—Lo corriente —repliqué con indiferencia—. Me gusta ese traje con pantalón. Te sienta. Te adelgaza las caderas.

—Termina ya, Willie. Cuando dices piropos o deseas algo o estás escondiendo cosas.

—No es cierto —dije, mientras me abotonaba una camisa oscura—. Estás muy linda, siempre lo estás, pero esta noche más.

Se sentó en el borde de la cama y había un cansancio de derrota en ese simple acto.

—Cada vez que me ves con anteojos de cristales rosados estás en peligro. Es una acción refleja, como si estuvieras tratando de meterme en tu memoria para el caso de que no me volvieras a ver.

—Se sacó los anteojos. Tenía razón sobre las manchas que tenía bajo los ojos—. ¿A quién vas a asaltar?

Subí el cierre relámpago de mis pantalones oscuros, adecuados para el trabajo.

—No voy a asaltar. No voy a robar nada. Voy a revisar la casa de Norman. Esta noche estarán ausentes.

—¡Oh no! Te matará si te encuentra.

—No me encontrará. Estará afuera y no tardaré mucho.

—¿Tienes que hacerlo? —se lamentó, sabiendo que debía hacerlo.

—Ahí hay una evidencia. Tengo que encontrarla. Una vez que la tenga no tendré que seguir con el asunto de la Tate, porque el viejo Norman estará atrapado.

—¿Por la policía?

Detecté su incredulidad.

—Naturalmente que por la policía.

—¿Crees que Chrissie lo dejará en manos de ellos?

—Vamos, Meg —protesté—. De eso se trata. Si quisiera deshacerse de Norman no me hubiera esperado a mí, ni a nadie. Es parte del pacto.

—No me fío de ella —dijo Maggie sin lógica.

—No me fío de ninguno de ellos, pero ella me ofreció hacernos socios y yo no rehusé. Ella tiene que cumplir con el pacto.

Maggie me miró coqueteando.

—Bueno, ¿qué más puedo hacer? —Yo estaba malhumorado por su actitud—. Esa es la gente con quien tengo que tratar. Tengo que jugar como vienen las barajas.

—Querido, te han ofrecido dos asociaciones. Estás separándote de Norman y rehusando a Chrissie. Te haces de dos tremendos enemigos.

Me había terminado de vestir y buscaba mi navaja. Me di vuelta para enfrentarla.

—Entonces dime qué tengo que hacer. Mi hermano está acusado de un crimen.

—No lo he olvidado —contestó con tranquilidad.

—Debes dejarme. Ya te lo dije antes. Yo atraigo problemas... como el papel cazamoscas.

Cada uno siguió preocupado, por un instante puestos en tensión por los acontecimientos ajenos. Encontré la navaja y la deslicé en el bolsillo.

—¿Quieres que te ayude? —Era una pequeña súplica por parte de Maggie.

Me senté en la cama a su lado y coloqué mis brazos sobre sus hombros.

—No, mi amor. No hay necesidad.

Miró a la pared y yo le dije:

—¿Sabes que estamos atrapados y que tenemos que seguir, no es cierto?

Maggie asintió casi imperceptiblemente. Me levanté, me dirigí al tocador a embadurnarme los dedos con esmalte. Cualquier cosa que Norman hiciera no acudiría a la poli, pero es un buen hábito no romper con los buenos hábitos. Uno nunca sabe.

—Debes ir a tu casa —sugerí con suavidad.

Puse mi mano sobre su cabeza, le di un empujoncito y me marché.

Fui en ómnibus. Tenía tiempo suficiente y no era conveniente que fuera demasiado tarde para tomar después el último ómnibus o un taxi. Asaltar cualquier lugar antes de medianoche era una locura. Hasta esa hora hay siempre gente, conque hubiera una sola persona donde no debiera estar y en mal momento y yo estaba otra vez encerrado. Odio actuar en contra de mi mejor juicio.

Cuando abandoné el ómnibus, estaba a media milla de la casa de Norman y la mayor parte de esta atravesaba calles laterales que tendían a disminuir mi riesgo. Según aumentaba la quietud, mi disposición de ánimo se mezclaba con la idea del trabajo. Doblé en la calle de Norman. Los faroles no habían levantado su voltaje y parecían de luto por mi profanación. Como lo esperaba, había unas pocas lucecitas en los interiores, todas tras las cortinas, muchas estaban prendidas alternadamente y un ojo menos experimentado podía considerarlos a oscuras. Aquí y allí oí música.

Demasiada vida. Una hora más tarde sería otra historia. No podía esperar otra hora. Por un momento me quedé en el espacio de oscuridad entre dos faroles, escuchando solamente. Mi oído se afinó atento a la oscuridad vecina y a través de las sólidas paredes de ladrillos extendiéndose hacia las calles. Los viejos oídos actuaban de nuevo.

Crucé la calzada hacia el jardín empedrado de la casa vacía, que enfrentaba la de Norman. Se oía una pesada respiración cuando entré por el portoncito y justo percibí la escena cuando un hombre me insultó. En la penumbra vi el resplandor de la pierna de una mujer que rápidamente retrocedía y oí un crujido de ropa. Había llegado en el momento culminante.

—¡Imbécil! —gruñó frustrado el hombre.

Comprendí su sentir, pero con ese lenguaje usado delante de su amiga no debía ser del barrio.

—Le ruego me disculpe —se lo dije con mi acento más pulido—, está en mi propiedad.

El hombre se levantaba titubeante de los escalones.

—¿A quién quiere embromar? Es una casa vacía.

Tenía que desprenderme de ellos. Le mostré el cartel de la verja.

—El piso de abajo está vacío. Yo vivo arriba —señalé al cielo—.

Así que telefono a la policía o se van a hacer el amor a otro lugar.

El momento de pasión del compinche había muerto del todo y vi el brillo de sus ojos. Con toda probabilidad yo había arruinado semanas de hábil seducción y le tomaría algún tiempo llegar a lo mismo.

—Será una linda historia para la mañana —sugerí burlón.

La muchacha empezó a reír y el hombre a reprimir las carcajadas.

—Boludo —exclamó.

—Lo admito —estuve de acuerdo—. Buenas noches... y buena suerte.

A propósito subí los escalones, mientras ellos se empujaban en el portoncito e hice ruidos en la puerta como si buscara la llave. Cuando oí que sus pasos y su esporádica risa se alejaban, me di vuelta hacia la casa de Norman. El incidente era un mal presagio y confirmaba mi juicio.

Había una luz encendida en el *hall* y otra en la habitación superior. Que yo supiera no tenían mucama. Dado el juego peligroso de Norman, era más probable que Ulla solo empleara alguna de día. Las luces no me preocupaban demasiado. Cualquier delincuente sabe la utilidad de dejar prendidas las luces: sugieren que hay gente, lo cual a menudo es disuasivo. Crucé la calle hacia la casa mirando para ambos lados como si estuviera atestada. Paré el oído. Tranquilo. Abrí el portoncito y entré. De repente todo fue silencio como si la calle toda retuviera la respiración espiando y esperando.

Trepé por el mismo caño de desagüe y abrí la misma ventana que anteriormente. Adentro dejé los cortinados cerrados y usé mi linterna. Me dirigí al dormitorio y abrí el armario que conducía a la casa principal. Examiné los vestidos que colgaban del riel. Ni uno más ni uno menos. Lo atravesé metiéndome en el estudio de

Norman donde encendí las luces una vez que me aseguré que los cortinados estaban corridos.

Miré con detenimiento alrededor, solo por si me había perdido algo la vez anterior. Eran las doce menos cuarto, así que el tiempo estaba a mi favor. No obstante que la casa estaba vacía, yo todavía me movía en silencio. Abrí todos los cajones y, como era de esperar de alguien como Norman, encontré que solo contenían papeles inocuos. No tenía nada que la poli no debiera ver... Di vuelta a la llave de luz y abrí la puerta un cuarto de pulgada.

Una ligera luz subía desde el *hall* de un brillo suave e ilusorio. Caminé sobre la alfombra de rellano y suavemente cerré la puerta tras de mí.

El piso superior estaba prácticamente a oscuras y tuve que usar mi linterna. En cada habitación crucé los cortinados y encendí las luces. Esta era la habitación más grande, fuera del estudio de Norman.

Aquí no había bronces: no es que yo esperara encontrarlos en los dormitorios. Bajé al piso siguiente. En una de las habitaciones brillaba la luz que vi desde afuera. Puse mi oreja contra la madera y escuché. No pude oír nada, pero para jugar sobre seguro decidí dejar esta habitación para lo último. Como mi camino para la huida estaba en el piso superior revertí mi rutina habitual y bajé al piso bajo.

La primera sala del *hall* sabía que no contenía nada, así que no perdí tiempo en ella. Había otra sala amplia con sillones de brocato y mesas adicionales con tapas de mármol, con pequeñas alfombritas chinas desparramadas sobre una espesa alfombra. Era como caminar sobre una esponja cuando crucé hacia los cortinados. Candelabros con caireles desparramaban luz y color alrededor y dos mesitas de té de estilo georgiano bien dispuestas se lucían a ambos lados de la chimenea del último período Adam.

Aquí se veían bronces: tres piezas, un par de figuras y un enorme guerrero chino a caballo descansando detrás de la puerta. Un mandarín como tope de puerta. Era antiguo y valía bastante pero yo

retorné a dedicarme a mi trabajo. No había niños en las espaldas de las águilas. Apagué las luces, regresé a los cortinados siempre despacio de manera que las corridas no se oyeran. Era tedioso e infructuoso. El comedor y la cocina resultaron igual.

Volví a subir las escaleras consciente de que el tiempo se deslizaba cada vez más rápido. Pasé delante de la puerta que dejaba filtrar la suave luz y lentamente di vuelta al pomo de la próxima puerta. Las sombras de las ventanas se dibujaban frente a mí cuando en silencio cerré la puerta tras de mí. Esto, me di cuenta, era una habitación trasera así que me arriesgué a usar mi linterna. Corrí los cortinados y luego encendí las luces. Casi lo primero que vi fueron los dos bronce.

La habitación era una biblioteca con un incongruente televisor en un rincón y unos sillones de cuero frente a él. Puertas batientes cruzaban la fea pantalla. Estantes y más estantes de libros encuadernados en cuero, cubrían las paredes. No vi nada semejante mientras yo me ocupé de la biblioteca de Dartmoor. Sobre pedestales mellizos de ónix en cada rincón, ambos a los lados de las ventanas, estaban los bronce: las águilas miraban hacia el centro de la habitación como si fueran equipos soberbios de acústica y la música pudiera salir de sus picos abiertos. Cada uno de los niños se balanceaba arrodillado sobre un ala desplegada hacia atrás. Eran soberbios. Me uní a la gran admiración que tenía Norman por ellos. Uno de ellos había matado a Max, según Chrissie.

Examiné cuidadosamente al que soportaba al muchacho. Cualquier vestigio de sangre habría sido limpiado hacía mucho tiempo, pero yo estaba buscando algún posible desperfecto como un extremo del ala o una improbable abolladura. Ambos estaban en inmejorable estado, con la pose orgullosa de los pájaros. Lucirían mejor sin los niños. ¿Habría utilizado Norman uno de ellos y luego lo había traído acá?

Los había encontrado y sin embargo me sentía deprimido. No era extraño que Chrissie hubiera querido tomar el asunto en propias

manos: no iba a ser difícil para ambos, ella y Norman podían presentar toneladas de testigos deseosos de testificar sobre la posesión de los mismos. Yo seguía todavía regodeándome con una última mirada mitad examen, mitad apreciación, cuando la puerta se abrió.

Solo tuve que girar la cabeza para ver quién estaba ahí. Era demasiado tarde para intentar esconderme. Mi primera reacción fue de disgusto por haber sido atrapado en zapatillas, como si la calidad de las alfombras de Norman tuvieran en realidad la culpa. El joven Peter Shaw estaba parado en la puerta temblando por la impresión.

—¡Oh Dios mío! —se lamentó.

Me reconoció de inmediato, pero eso no alteraba el hecho de que debió pensar que la casa era solamente suya y estaba aterrado al encontrar a alguien ahí. Pensé que iba a aullar cuando le dije tranquilamente.

—Está bien Peter. Me ha pescado pero no lo voy a lastimar.

—Pero usted se ha introducido sin permiso —dijo entrecortadamente con voz temblorosa.

—No fue difícil —sonreí tratando de calmarlo—. Su padre debería tener la casa mejor protegida.

Pienso que se dio cuenta de que yo no quería golpearlo. Su labio inferior se levantó. Aún en el terror, su indiferente lloriqueo estaba presente. Pero no sabía qué hacer, y yo sabía de una cosa que él no haría... no osaría.

—¿Va a llamar a la policía? —pregunté de manera amistosa.

Su cara alargada y pálida se ladeó hacia la puerta todavía abierta y sus ojos dilatados vacilaron.

—¿Cómo entró?

—Por la ventana.

—Pero no lo oí.

—Tampoco lo oí yo —le repliqué secamente.

Había una cosa que me martillaba el cerebro: si se lo contaba a su padre yo estaba listo.

—Vine a buscar un libro —comenté como si eso lo explicara todo. De algún lugar sacó valor.

—Se supone que usted es amigo de mi padre. Esto es una traición.

Asentí.

—Parece que así es. Yo creí que todos ustedes iban a salir con su padre para festejar el cumpleaños de su madre.

—Mi madrastra. Sí. Bueno, encontré que tenía que estudiar —titubeó, él no hubiera sacrificado una celebración familiar por ese motivo. Yo adivinaba que existían en él motivaciones que yo no podía clasificar.

—¿No quiso salir? ¿Les dijo que se sentía mal? Ridículamente pareció embarazado pero yo necesitaba su confianza.

—Vamos Peter, me ha atrapado. Es igual que lo discutamos confortablemente.

—¿Qué podemos discutir? Es mejor que se vaya ahora.

—¿Qué piensa hacer?

Le era difícil decirlo, sin saber cómo reaccionaría yo, pero lo hizo con algo de nerviosismo y mucha dignidad.

—Le diré a papá.

—Será como matarme.

—¡Oh, no sea ridículo! —Pero estaba sacudido, inseguro.

No le dije nada para darle tiempo a que lo pensara. Luego saltó:

—¡Dios! ¿Qué espera que haga?

Me quedé en silencio mientras luchaba consigo mismo, y el muchacho se encontraba torturado como dos fuerzas esquizofrénicas peleando por adueñarse al mismo tiempo.

—Lo que usted ha hecho es despreciable y sin embargo ¿se atreve a pedir mi ayuda?

—No le he pedido nada —le contesté con toda razón.

—Por implicación —insistió.

—¿La implicación del silencio?

Se estremeció.

—¿Qué vino a robar?

Su entrenamiento legal afloraba y yo no estaba seguro si era para mi bien.

Reí bajito. Tuve que esforzarme. No intentaba ganar un Oscar pero si alguna vez tuve la necesidad de convencer a alguien, era ahora.

—¿Me creería si le dijera que *nada*?

—Usted no violaría una casa por nada.

—Cierto. Pero no tiene por qué ser robo —yo pensaba a toda velocidad—. ¿Qué piensa de mí?

Pareció sorprendido.

—No lo conozco. Prácticamente no he hablado con usted hasta ahora.

—Tiene que tener una opinión. Su padre puede haberle dicho algo o nudo haber oído en algún otro lugar.

—Rara vez acompaño a mi padre a su círculo y no escucho chismes. ¿A qué nos conduce todo esto, Mr. Scott?

Estaba franqueándose y eso me convenía. Deseaba que él tuviera una mente lúcida, lógica, libre del miedo y de la incertidumbre y que no estuviera obnubilado.

—Es importante que usted tenga alguna opinión sobre mí, porque así podré determinar si me confieso a usted o no.

Se adelantó en la habitación mirándome perplejo, ahora con más curiosidad sobre mí, que sobre la situación. Tenía que tomar una decisión y, palabra, tenía que ser al instante.

—¿Me lo está rogando?

Me gustaba así. Por ahora se había olvidado de su padre y daba señales de cómo sería si lo dejaban solo.

—Sí —le dije claramente—. Pero no por caridad. No se la pedí nunca a nadie. Quiero su comprensión.

Extendió sus manos.

—¿Pero no es lo mismo? Usted desea que yo lo comprenda para interpretar su punto de vista y al mismo tiempo guardar el secreto. Eso es absurdo.

Yo trataba de convencerlo y él era tan básicamente complejo que lo hacía difícil. Tenía que apostar a mi juicio sobre él, lo cual era exactamente lo que le pedía que hiciera por mí. Él no tenía nada que perder y podía darse el lujo de marginarse. Yo tenía todo para perder. Él iba a contárselo a su viejo a menos que yo lo convenciera. *Tenía* que aventurarme.

—Vine aquí a encontrar una evidencia contra su padre, por asesinato.

OceanofPDF.com

10

PETER SHAW se estremeció. Lentamente sus manos se aferraron al respaldo de la silla cual un ciego. Había palidecido. Pasé delante de él y no hizo ningún ademán para detenerme. Cerré la puerta y regresé a la habitación de manera que él quedó de nuevo entre la puerta y yo. Estaba tratando de demostrarle que podía confiar en que yo no me escaparía.

—Es mejor que se siente —le aconsejé.

—No, estoy bien —se sostenía con fuerza a la silla—. Mi padre no es un asesino.

—Ningún hombre sabe lo que otro hombre puede ser; muy pocos son los que se conocen a sí mismos.

Con una mano de dedos finos presionaba sus ojos.

—Es preferible que tengamos esa charla que usted quería.

Se sentó tembloroso como un anciano. Seguía estando pálido y me miró como un perro que ha sido injustamente castigado. Me daba la impresión de que el joven Peter Shaw había recibido demasiados impactos en su corta vida. Ahora tendría otro más.

Me estaba preocupando.

—¿No regresará pronto la familia?

Sacudió la cabeza lentamente.

—Jamás regresan a la hora que dicen. —Advirtió mi duda—. Por favor Mr. Scott, dígalo, si regresan no vendrán aquí, sobre todo si piensan que estoy estudiando.

Me gustaría tener su seguridad. Debía irme.

—El día catorce asesinaron a Max Harris —empecé—. Hay una fuerte evidencia circunstancial que sugiere que su padre lo visitó esa noche. El arma asesina está en esta habitación.

—¿Entonces por qué no lo detuvo la policía?

—Porque estamos hablando de gente que nunca ayudaría a la policía. Se toman la justicia con sus manos.

Me miró desamparado. Supongo que como estudiante de leyes y con el padre que tenía le era difícil comprender la ley fuera de la ley. Estaba viviendo una pesadilla y no era solo por el hecho de haberme encontrado en su casa.

—¿Dice que el arma del crimen está aquí?

—Es el bronce con el niño.

Sonrió levemente.

—¿No diría usted que es un objeto demasiado grande para sacarlo de la casa y devolverlo a su lugar?

—No lo sacó, pero sí lo trajo. Era de Max Harris.

Sus dedos alargados se doblaron nerviosamente y no supo qué hacer con sus manos. Estaba perplejo.

—No puedo discutirle si fue o no de Max Harris. Lo que le puedo decir es que ambos bronce han estado sobre esos pedestales en esta casa, durante estos últimos seis meses.

Sentí que me corría un frío por la espalda.

—Forman una familia muy unida —observé igualmente—. Está obligado a proteger a su padre.

Empezó a reír espasmódicamente.

—¡Es grande! —rio hasta enfermarse y pensé que estaba al borde de la histeria. Iba a levantarme cuando se contuvo—. Lo siento —se calmó, pero sus nervios estaban deshechos y tuve miedo de moverme por si llegaba al paroxismo—. Usted dijo que el crimen fue el día catorce. ¿A qué hora cree que pasó?

—Alrededor de las once y media.

—¡Qué extraordinario! Mi padre me pasó a retirar a la casa de un amigo a las once de esa noche. En eso es perfecto: me lo había

prometido. Es una zona difícil para conseguir taxis y con el problema del garaje y estacionamiento, no uso auto.

Su voz temblaba y no se sentía cómodo pero si deseaba testimoniar ante la corte, en ese caso Dick se quedaría donde estaba. Además del miedo de que eso ocurriera existía el terror de que fuera cierto.

—¿Telefoneó en aquel momento a esa casa? ¿Lo vio su amigo?

—No. Cuando papá dice que llegará a una hora, así lo hace. Yo no quería que mi amigo se sintiera obligado a invitar a mi padre con un trago. Con franqueza le diré que no me gustaba que se encontraran de ninguna manera. Tomé la precaución de esperar afuera a que él llegara.

—Así que no existe más que su evidencia de que lo recogió ahí.

—Así es. Pero no le miento, Mr. Scott.

Advirtió un indicio de mi confusión y eso le dio fuerza.

—Usted es un tipo extraordinario. Asalta esta casa y sin embargo espera que yo crea en su motivo. Cuando yo le hago una afirmación, no me cree. ¿Por qué diablos voy a confiarme a un hombre que no me cree?

¿Hasta dónde podía yo llegar? Si Norman se enteraba, nada de lo que yo dijera valdría. Haría su trabajo.

—¿Está totalmente seguro de lo que dice?, el futuro de un hombre está en juego, un hombre que sé con toda certeza que es inocente y que ahora está arrestado.

Esto no funcionaba, tenía que estar equivocado o mintiendo.

Pareció que crecía su confianza en mí, a medida que la mía disminuía.

—¿Todavía sigue creyendo que protejo a mi padre? Dios no lo permita. Míreme, Mr. Scott. ¿Qué ve? El hijo de un malhechor que pronto terminará con la carrera de Leyes: la que puedo deliberadamente tirar por la borda porque mi padre desearía usar mis conocimientos en una forma que yo no puedo permitir. ¿Se imagina que no me importa mi posición? ¿Y cómo cree que podré enfrentar a mis amigos día tras día? Si yo fuera como mi padre, no

tendría problemas, puesto que su educación no fue inferior a la mía. No me explico por qué es así; únicamente que se deba a que una vez perdió su fortuna. Si yo fuera como mi hermana lo podría superar. Ella tiene la suerte de usar anteojeras, así que no ve nada sórdido. Se ha preparado para aceptar las ventajas y pretende que lo demás no existe. Así que se ha vuelto la frágil criatura que usted vio.

Mientras hablaba yo me daba cuenta de que, con toda probabilidad, yo era la primera persona a quien se confesaba. No lo podía decir a sus amigos y Ulla y Norman estaban demasiado encasillados para desear comprender. Estaba solo en la familia y no sabía para qué lado tomar, de tal manera que en este momento se desahogaba conmigo. Formábamos una extraña pareja. Sin embargo se trataba de un ruego y aunque el tiempo pasaba peligrosamente tuve que escucharlo.

—¿Cómo puede un hombre estudiar Leyes cuando su propio padre está fuera de ella? Soy como mi madre, sabe. Era una persona muy gentil. Cuando papá se inclinó al crimen, seguramente para recuperarse de sus pérdidas, ella trató de tolerarlo pero tuvo una crisis nerviosa. Así que lo abandonó. Lo triste del caso es que perdió la custodia de sus hijos. Estaba todavía demasiado enferma para ocuparse de ellos y jamás acusaría a mi padre en un juicio. Si hubiera sido de un carácter más fuerte y hubiera estado menos enamorada hubiera podido sobrevivir. Pero no pudo. Aunque yo era muy joven, lo recuerdo. Siempre lo recordaré. Y si alguna vez tratara de olvidarlo, ahí está mi padre para recordármelo a diario. Sin embargo, no puede hacer lo suficiente por ninguno de nosotros. Puede que sea un amor nacido de una culpa. Dudo de que jamás se haya arriesgado a examinarse introspectivamente para saberlo.

Su voz se volvía más fuerte y tranquila según hablaba, como si estuviera resolviendo algo. Sus dedos se cerraban sobre el mentón en un gesto de desesperación.

—Usted tiene suerte, Mr. Scott. Sus problemas son simples. Los míos me desgarran como le sucedió a mi madre y a menos que

encuentre una solución, me destrozarán de la misma manera.

De repente salté de mi silla al oír el golpe de la puerta de abajo. ¡Cristo! Lo miré fijo implorando ayuda.

—Están abajo —gruñí.

—Por favor, siéntese, Mr. Scott. Si vienen aquí ambos confesaremos. Le pido que me escuche.

Estaba alterado y yo tenía que dejarlo desahogarse. Yo transpiraba pero nada lo detenía ahora.

—Tengo muy poco que agradecer a mi padre excepto una devoción inalterable. Cualquiera cosa que haya hecho y por cualquier causa que sea, siempre se ha preocupado por nosotros. Por eso es que no pudo haber matado a Max Harris. Mr. Harris no era una amenaza para la familia y mi padre mataría solo en caso de que estuviéramos amenazados. En ese caso me temo que mataría a cualquiera. Su familia es la disculpa que justifica sus actos.

Puede convencerse de que lo que ha hecho ha sido por sus hijos. La necesidad para él de aferrarse a esa mentira básica como cierta, se ha convertido en una obsesión.

Aun en medio de mi urgencia para escapar, de salir antes de que me encontrara Norman, advertí una falla en esa aseveración. Max pudo fácilmente constituir un peligro para la familia de Norman, pero no tenía por el momento intención de declararlo. Vio mi perturbación y se alegró con ello.

—Usted tiene miedo de que lo atrapen —me acusó—. Debí ser como mi padre: durante tanto tiempo ha tenido éxito que cree que es invulnerable. Puede que lo sea porque es astuto y precavido. Por otro lado si le encuentra aquí, eso le hará dudar de su apreciación sobre sí mismo.

—Y sentirá como si su familia estuviera amenazada —puse el punto sobre la í—. Usted mismo lo dijo: mataría para protegerla.

Pero sus pensamientos seguían todavía introvertidos. Había acarreado su cruz durante tanto tiempo que una vez que se explayó no tuvo la fuerza suficiente para aliviarse. Rio sordamente con un sonido desagradable.

—Va a parecer muy ridículo si alguna vez lo acusan a papá y yo soy su abogado. Estoy pensando, ¿cómo lo verán?

Mis oídos trataban de detectar los movimientos del piso de abajo. Temía dirigirme hacia la puerta para evitar problemas. No era saludable tener las dudas que él soportaba. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera explayarse como ahora, sin temor de que se enterara Norman, así que se resistía a dejarme marchar.

—¿Qué cree que debo hacer, Mr. Scott? Usted es un observador objetivo.

—¿Hacer? —¡Dios Santo! Pude oír un suave ruido en las escaleras—. Alguien viene —susurré.

Parecía impertérrito; después de todo, no arriesgaba gran cosa.

—¿En cuanto a mis estudios? ¿Usted cree que debo terminarlos sabiendo con qué dinero se costean?

Su voz era demasiado fuerte; sin embargo yo sabía que no la quería bajar. Bajé el tono de voz esperando no ser oído del otro lado de la puerta.

—Ha ido demasiado lejos —le señalé—, ya está comprometido. Sería muy estúpido si retrocediera ahora.

Se sentían unas pisadas del otro lado de la puerta. Retuve la respiración con la esperanza de que observaría la desesperación de mi actitud y esperaría por lo menos unos segundos. Cuando habló fue como si no se percatara de nada excepto de nosotros dos y sus miles de problemas. Fue como un *crescendo* orquestal en una habitación vacía.

—Pero en realidad, es solo recientemente que descubrí la actividad de mi padre. Pienso que fui algo ingenuo.

Asumí el control de la conversación una vez que las pisadas siguieron subiendo las escaleras. Mi oración debió tener fuerza; era difícil creer en mi suerte. Todavía había dos personas más abajo.

—Usted no es responsable por su padre. Hay un montón de hijos que vomitarían si llegaran a examinar la conducta sin ética de sus viejos, disimulada con el atuendo de los hombres de negocios de la Bolsa. No se preocupe demasiado, compañero. Termine su

educación y luego úsela bien. Abandone a su viejo o dele un ultimátum. Luego haga algo bueno con su capacidad.

Estaba a punto de argüir; se lo veía en su cara; él *conocía* a su padre, los demás no. Sí yo no lo hubiera detenido no terminaría nunca. Arriesgué la chance más grande de todas.

—¿Qué le pasa? —gruñí manteniendo todavía mi voz baja—. ¿Tiene tan pocos riñones? Usted sabe lo que tiene que hacer. ¿Qué tipo de persona es la que le pide normas de moral a un malviviente? ¿Tiene que tener alguien a quien acusar si no resulta? Si lo hace entonces consígase alguien más respetable que yo. Está bien, lo siento por usted si eso es lo que quiere. Es duro. Pero tenga algo de dignidad. Dígale a su padre que está harto y manténgase solo: es una cosa maravillosa para el espíritu.

Mi calculada salida por lo menos lo trajo de vuelta a nosotros dos y a la habitación y al motivo de que estuviéramos ahí. Su mirada contenía rabia y autoconmiseración. Le había herido en su orgullo.

—Si yo fuera usted —añadí— hace tiempo que habría abandonado la casa. Habría dicho: *Papá, eres un tipo de malas inclinaciones, o te enderezas o me voy y ya sabes lo que puedes hacer con tu dinero*. Me pidió mi opinión y ya se la di.

Yo no sabía adonde me iba a llevar. Era algo diferente a Ulla y a su hermana, porque su conciencia lo estaba molestando, pero todos disfrutaban de la deshonestidad de Norman. El problema mayor de Peter era que carecía del valor de separarse.

Mientras me miraba con la cabeza gacha y los ojos fijos, se veía claramente que eso iba desfilando por su mente; con probabilidad lo había hecho muchas veces anteriormente, pero sin que nadie lo mirara en los ojos y le dijera que se comportara con valentía.

—¿Me puedo ir ahora? —pregunté no tan al pasar como me proponía.

—Le estoy muy agradecido, Mr. Scott. Usted tiene una rara honestidad para un ladrón. No me la ha escatimado ni siquiera a costa de su propia y delicada situación. —Sonrió algo ridículamente

—. Podría sugerirle que usted practicara lo que predica y que usted mismo se enfrente con mi padre: hágalo con su opinión sobre él.

Lo había esperado a medias.

—Lo haría, si después se me permitiera salir y ganarme la vida.

Traté de nuevo.

—¿Me puedo ir ahora?

—¿De veras está preocupado no es cierto? —Gozaba al ver que ahora era yo el que estaba en apuros, mi boca se secó cuando oí a alguien de nuevo en las escaleras.

—Aterrado es una palabra más exacta. Mi cabeza está en la picota y usted tiene el hacha. Le doy mi palabra de que Norman me amasijará.

¿Cuándo entendería ese joven loco la situación? De repente él también oyó las pisadas y me indicó rápidamente que me colocara detrás de la puerta. Estuve allí antes de que su dedo terminara de señalar. Todavía necesitaba saber.

—¿Se lo va a decir? —susurré.

Se mostró confundido, como si se hubiera olvidado de cómo llegamos a estar juntos en la habitación. Después él también susurró.

—No se lo diré si usted, me cree. Él *me* fue a buscar aquella noche.

—Le creo —gruñí.

Las pisadas ahogadas por la alfombra pero tan audibles para mí como un zapateado en una tarima, se detuvieron en la puerta. Me quedé parado detrás de ella con la espalda contra la pared espiando la expresión dubitativa en la pálida cara de Peter. Se mojó los labios. Sentí la necesidad de hacer lo mismo con los míos. Supe que había una mujer afuera, pero no cuál era. El pomo de la puerta me fascinaba cuando giró y la puerta se balanceó suavemente hacia mí.

—¿Oh, estás aquí, querido? Pensábamos en dónde diablos te habías metido —dijo Ulla con una voz melosa que cobijaba algo de malicia. Quizás se daba cuenta de que los hijos de Norman no la querían. La vi trasponer la puerta y deseé que la empujara más

hacia adentro. Entró en la habitación, apareciendo llamativa con un largo traje de noche. Hasta su espalda era sugestiva. Si giraba la cabeza me habría descubierto. Peter, desacostumbrado a una situación así, estaba ansioso y le costaba evitar mirarme. Por fortuna pareció detectar el insulto educado de Ulla y eso lo acicateó.

—¿Quiere decir que se preocupó por *mí*? —Se dirigió hacia Ulla atrayendo su atención.

—Bueno, por supuesto lo estábamos. Dijiste que no te encontrabas bien.

Pasó delante de ella, fuera de mi vista, pero su voz aguda me llegó con claridad.

—Mi querida Ulla, estuve estudiando. ¿Puedo apagar la luz?

Súbitamente me encontré en la oscuridad y la puerta se cerró cubriendo la débil luz del rellano de la escalera. Me quedé en esa oscuridad pensando en si Peter mantendría su palabra. Se liberó de Ulla pero mostró que no era lo suficientemente fuerte en despejar la salida; podía tener pensamientos ulteriores. Las pisadas se dirigieron hacia abajo, lo que indicaba que no se iban a la cama. Era mejor que yo me fuera.

Abrí la puerta con cuidado y espíe afuera. Las luces superiores todavía estaban encendidas. Caminé por el rellano con una ligera aprensión a causa de Ulla, cerré la puerta de la biblioteca y subí al estudio de Norman. Tenía que andar sin hacer ruido, porque sospechaba que Belinda se encontraría en algún lugar de ese piso. Entré en el momento en que la puerta se golpeó abajo. El sonido de los pasos solo podía ser de Norman. Me tomó una fracción de segundo para decidirme y empecé a transpirar.

Atravesé velozmente la habitación, sacando mi linterna y dirigiéndola con fuerza sobre la pared más alejada. Bordeé el escritorio y abrí el archivo de discos, con miedo de no tener tiempo. Los estantes del archivo volaron hacia atrás cuando oí a Norman que llegaba al rellano, sus pisadas eran casi inaudibles mientras yo entraba en la oscuridad interior. Apagué la linterna cuando el pomo de la puerta se movió y me agaché dentro del armario cuando

empezó a abrirse la puerta. Cerré la puerta del armario y la luz se filtró a través de la pequeña abertura. Volvió otra vez a reinar la oscuridad, mientras yo me quedaba como un jorobado, rogando a Dios que Norman no hubiera advertido mis últimos movimientos en la puerta del armario. Temí moverme por si acaso me oía y sin embargo, si no me oía, igual podría entrar. No pude oír nada desde adentro de ese armario; era lo mismo que estar en una celda sin aire; los vestidos que colgaban del riel cubrían mi cabeza cuando retrocedí lo más al fondo que pude. Mis pies golpearon las puertas como si trataran de tirarlas abajo. El panel de atrás empezó a abrirse y un haz de luz se deslizó por ella bordeando mis pies, subiendo por mis piernas como una lenta lava movediza. ¿Era demasiado tarde para salir? ¿Me había oído Norman? Hice la única cosa que me quedó. Busqué mi camino hacia el final del armario, empujé los vestidos, consciente de que las perchas harían ruido en la barra y rogando simplemente que Norman no lo oyera.

Llegué al extremo, separé con mis brazos los vestidos, luego me quedé totalmente quieto siempre detrás de las vestimentas cortas. La luz guadañó a pocas pulgadas delante de mis pies. Norman se arrastró y al mover ligeramente la cabeza pude verlo doblado como si buscara algo. Para ser un fanático de los ejercicios físicos, respiraba con pesadez, pero podría ser que la situación de peligro hubiera agudizado mis oídos al máximo. Se enderezó, refregándose contra los vestidos que se aplastaron contra mi cara. Pero no me moví ni un ápice aun cuando me rozaron la nariz. Pude ver su silueta completa, su cuello de hombre maduro, sus piernas iluminadas por una luz potente. Olí alcohol en su respiración y agradecí a Dios que yo no hubiera bebido también.

Abrió las puertas del armario y salió dejándolas abiertas. Las luces de la habitación entraron y repentinamente ya no hubo más oscuridad en el fondo del armario. Regresó mientras yo trataba de disimularme como el camaleón con la madera en la espalda y los vestidos al frente. Retuve mi respiración, Norman retrocedió, su cara súbitamente bañada por una luz difusa y cerró la puerta del armario,

su cara fue como un relámpago mientras desaparecía en la relativa oscuridad.

Yo me encontraba de nuevo en la oscuridad, pero en peor situación que antes. Era demasiado arriesgado regresar a la casa principal con los otros tres ahí y yo no sabía qué hacía Norman del otro lado del armario. Me moví hacia las puertas y escuché. Empujé una de ellas. La luz seguía encendida y yo me deslicé. Penetré en el dormitorio.

No estaba ahí, lo cual fue un inmediato alivio, pero faltaba un gran trecho para mi salida, considerando que su estudio era mi vía de escape. Cerré las puertas del armario.

Mientras miraba alrededor para encontrar un escondrijo, consideré la posibilidad de salir por una ventana del piso inferior, pero no estaba seguro de que él no oyera el abrir y cerrar de la ventana, sobre todo el ruido del pestillo. Reconozco que mi meta primordial era tratar de localizarlo y actuar en consecuencia.

Me moví hacia las escaleras y me detuve. Había algo compulsivo en el riesgo que yo corría y sin embargo no lo podía evitar. Manteniéndome en el filo de las escaleras hice lentos progresos y solo rogaba que él no apareciera. Alcancé el rellano y oí una voz en la biblioteca. Me acerqué arrastrándome, puse mi oreja contra la madera y oí a Norman que hablaba por teléfono. No sabía que tenía un teléfono ahí. No podía haber una oportunidad mejor; regresé arriba al estudio.

Cuando descendí por el caño de desagüe puse un cuidado especial al pasar enfrente de la ventana de la biblioteca.

Si alguna vez necesité un auto fue entonces. Maldije el hecho de haber vendido el mío. Podía robar uno, pero me pareció ridículo aumentar mis delitos cuando mi misión era loable. Llegué a la casa de Chrissie después de una caminata infernal. Eran ahora justo las dos y me hubiera venido bien tener un chaleco grueso para evitar el frío. El lugar estaba desierto. Una pareja de vagabundos estaba sentada sobre los pilares de un portón. El Daimler Sovereign se

destacaba entre los demás, pero empezaba a verse abandonado aun bajo la deficiente luz de la calle. Dudé de que hubiera sido usado después del asesinato de Max, lo cual era una pena, porque dejaba asomar un comienzo de complejo de inferioridad, como si nadie tuviera interés en él.

Al igual que las otras, la casa de Chrissie estaba en completa oscuridad. Tuve la esperanza de que ningún hombre le acompañara. Toqué el timbre durante unos segundos. No me sorprendió cuando no ocurrió nada. Volví a presionar el botón y seguí apoyando el pulgar. Después de un rato, una ventana de arriba se abrió y yo di un paso atrás en la vereda para observarla. Una cabeza con rulos se asomó y aun desde el lugar donde yo estaba vi su muda furia. La luz de la lámpara reflejaba la rabia en sus ojos.

—¿Qué maldito infierno es este?

Una precaución innata mantenía bajo el volumen de su voz, pero lo hacía con esfuerzo.

—Spider —susurré hacia arriba—. Su probable socio.

—¿Qué juego es este? —me escupió—. ¿Sabe qué hora de mierda es?

Su cara pálida flotaba sobre mí como un espíritu.

—No es usted amistosa, Chrissie. Déjeme entrar.

—Váyase al infierno y regrese a las doce.

Empezó a retirar la cabeza.

—Chrissie —la arrullé—. Si no fuera un asunto de muerte no estaría aquí. Yo también quiero dormir. Ahora déjeme entrar antes de que despertemos a los vecinos.

—¡Imbécil!

Fue su último comentario antes de cerrar la ventana. No parecía un trato entre socios. Me dejó esperando durante unos veinte minutos largos. Presentí que vendría vencida por la curiosidad.

El único movimiento durante ese tiempo, fuera de que estuve tratando de ponerme la sangre en circulación, fueron los dos vagabundos que bajaron de los pilares, buscando camorra.

Cuando ya iba a llamar de nuevo, corrieron el cerrojo y la cadena sonó.

—Entre —dijo Chrissie irritada al tiempo que abría la puerta—. La gente va a pensar que tengo una casa de citas.

Lo dejé pasar, puesto que Chrissie no se iba a preocupar de lo que pensara la gente, mientras eso no le costara dinero. Me indicó el camino hacia la salita que estaba casi tan gélida como la intemperie, ya que había cerrado la calefacción antes de irse a la cama. Llevaba chinelas y una bata de seda amarilla brillante. ¿Por qué usaría siempre esos colores tan estridentes? Se había sacado los ruleros y su pelo lucía con ondas inmaculadas y laqueadas. Advertí la amargura de su humor. Estaba ligeramente maquillada y aparecía como una talla primorosa de marfil. Fuera de su expresión irritada, se había arreglado bien. Se sentó en el brazo de un sillón, indiferente a que se le viera la pierna que se asomaba por la bata entreabierta. Sabía, y yo también, que no era para mí, lo que indicaba de manera clara su actitud hacia su socio. Pero era una linda pierna.

Su actitud hacia mí, era obviamente la que reservaba para los que ella consideraba por debajo suyo: una especie de desprecio mudo y sin embargo ante algunos hombres esa máscara debía caer, los labios trémulos de pasión, los ojos ardientes de deseo y lujuria: Chrissie lo demostraría a alguien y yo solo deseaba que mostrara un poco de ese calor que guardaba detrás de ese marco esculpido. Reconozco que cuando Chrissie se abandona a sus amantes les lleva tiempo recobrase y estaba dispuesto a apostar que no los liberaba fácilmente.

—Bueno —preguntó—. Me ha hecho levantar, así que será mejor que sea por algo bueno.

—¿No puede proporcionarme una bebida caliente? ¿Tal vez café? Me hace falta.

—Siga Spider. Si es urgente, el café puede esperar.

—Por fin recorrí la casa de Norman. Los dos bronce están ahí. Sus ojos se dilataron con furia.

—¿Qué le dije? —gritaba—. ¿Se lo dije o no?

—¿Así que reconoce que eso acusa a Norman?

—Naturalmente que lo acusa, ¡maldito sea! Permitiré que la poli se entere.

—Hay un pero —dije mirándola fijo.

Chrissie se heló.

—No trate de inventar nada, Spider.

Sacudí la cabeza.

—El hijo reconoce que ambos bronces han estado ahí desde hace seis meses. Me pescó buscándolos.

Me miró impertérrita, en silencio, con un montón de preguntas en su cabeza, mientras yo pensaba con cuál de ellas explotaría primero. Debía haber sabido que no me concerniría.

—Bueno, ¿lo reconoció o no? Está obligado a decir eso. Toda esa maldita familia está obligada a decirlo —luego con un resoplido—. Todos se apelotonarán a favor del papito que trae el pan a casa.

La simulación del acento distinguido no le salía.

—Quizás —dije sin comprometerme.

Se levantó con lentitud de la silla y su pierna desapareció en el pliegue de su bata.

—No está usted insinuando que cree a ese engendro de muchacho ¿verdad?

Levanté los hombros.

—No lo sé. Parecía ser sincero.

De repente se dio cuenta de lo que eso implicaba.

—¿Lo sabe Norman? El muchacho se lo dirá. ¿Usted me mencionó?

Chrissie era siempre la misma. Sonreí, no lo podía evitar. Si me asociaba con ella necesitaría de todas mis facultades.

—¿Se ha puesto a pensar en lo que *me* ocurriría si Norman se entera?

No me contestó pero se moría por saber si la había involucrado en esto.

—Usted está a salvo —le dije desdeñoso—. No soy un soplón, aunque Dios sabe por qué.

—Debí recordarlo —acotó aliviada—. Había olvidado su reputación. De todos modos en cuanto a mí se refiere, esto lo liquidará. Denunciaré a Norman por asesinar a Max.

—Tiene que ser algo más convincente —le señalé—. La policía necesita algo más que una evidencia de su parte.

—La tendrá —hizo un rictus malicioso— puedo presentar a una media docena de personas que jurarán que el bronce estaba en esta casa en el momento del asesinato de Max.

—Y no tengo duda de que él podrá presentar otra media docena que jurarán que no es cierto.

Chrissie se adelantó hacia mí con los ojos ardientes y pensé que me iba a golpear. Di un paso atrás pero se detuvo y susurró.

—¿Qué le pasa? ¿Es una gallina? Debía de estar contento de estar a punto de liberar a su hermano; en vez de eso parece como si estuviera tratando de embarrar el caso.

Levanté los hombros.

—Es como le digo. Tiene que ser convincente o de lo contrario ahorcarán a mi hermano.

—Los voy a convencer. No se preocupe, Spider. Los voy a convencer.

Me desasosegó al observarla aunque no estaba seguro del porqué. No me gustaría ser enemigo suyo y casi lo era. Ya no estaba cansada ni enojada porque la hubiera despertado. Lentamente caminó por la habitación, fumando un cigarrillo e ignorándome, mientras pensaba. Chrissie parecía una mujer satisfecha, lo que no me satisfizo a mí.

No conseguí el café. Cuando la dejé, salí pensando si el amarretismo de Max era inferior al de ella. El de Chrissie era muy grande y no debía subestimarle. Mi último intento fue pedirle prestado el Daimler para irme a casa, puesto que no tenía esperanza de conseguir un coche de caballos y era una caminata infernal. Lo devolvería por la mañana. Me largó una historia absurda

de que Max había sido el único que lo había manejado y ahora, para ella, era una especie de reliquia. No me hubiera parecido tan malo, si sus facciones no delataran en ese momento su venganza.

Yo debería estar tan contento como Chrissie por los bronceos. No lo estaba. Me sentía más preocupado que nunca desde que sus propios colegas encarcelaron a Dick.

No era predecible juzgar lo que Chrissie pensaba hacer. Dudo de que ella misma lo supiera. ¿Querría liberar a Dick de su situación? Yo no podía vanagloriarme de esa conjetura: no era su primordial interés. Pensaba si no habría sido todo en vano: si todo lo que había conseguido era el trabajo en la Tate. Si Chrissie iba a actuar contra Norman, ojalá lo hiciera antes de que el trabajo fuera programado y aun así, eso me perturbaría porque no era una esperanza totalmente honesta. De todas formas, era más de lo que mi vida valía si trataba de echarme atrás y si lo intentaba Norman querría saber al instante mis motivos. Cualquiera de las dos formas terminarían conmigo.

OceanofPDF.com

11

PARA cuando regresé a mi departamento, ya era casi de día. Me quedé sobre la cama, vestido y sin zapatos y reflexioné sobre el lío tan terrible en el que me había metido. Mis pies se estaban congelando y eso trepaba por mis piernas hasta el hueco del estómago, de manera que no estaba seguro de si me seguía el frío o eran cubitos helados de aprensión. La vida sería más simple para mí, si yo fuera totalmente honesto o deshonesto. Demasiada gente a ambos lados de la valla, veían en mí los defectos que ellos, en su lugar de privilegio, no tenían. Si uno es deshonesto, entonces uno no puede permitirse tener escrúpulos y si uno los tiene entonces algún día alguien se aprovechará de ellos. Yo soy por naturaleza acomodaticio y siempre lo seré, hasta que pueda desprenderme de una de esas dos fuerzas que me tironean cada una por su lado.

Lo que les puedo decir es que el saberlo no me ayudaba. La desilusión no era para mí una novedad. Puedo ser tan tolerante como cualquiera, pero no a favor mío y en contra de los otros, a menos que se me persiga. Escrúpulos. Yo no era tan duro como las Chrissies o Normans y nunca podría serlo, yo tenía que hacer lo mejor que pudiera según las circunstancias pero tenía una ventaja de la que carecían los otros. Tenía a Maggie.

Esa noche fui a su departamento. No me había sido posible encontrarme con ella durante el día y de la manera que corría el tiempo, no me era fácil esperarla. Seguía todavía ausente y yo traté

de dormir pero mi mente no descansaba. Para cuando ella llegó, yo me sentía muerto de cansancio debido a las preocupaciones.

La seguí mientras preparaba el café y me quedé detrás de ella junto a la puerta de la cocina. Para cuando ella acomodó las tazas en la mesita, ya la había puesto al tanto, excepto algunos detalles, de los últimos acontecimientos. No me interrumpió ni una vez y fue maravilloso como se mantuvo alegremente animada como si estuviera escuchando mi jornada en la oficina. Pero ahora que estábamos sentados, teníamos que llegar al meollo. Parecía casi tan cansada como yo, pero me guardé de decirlo. No quería que Maggie envejeciera por su preocupación sobre mi persona.

—¿Crees que Chrissie lo hizo? —preguntó por fin.

—No sé cómo. La policía la ha absuelto y no es porque la quieran. Investigaron a fondo tratando de adjudicárselo a ella o a cualquiera, puesto que el otro y único sospechoso es un policía.

Era una cosa extraña el pensar en Dick tan desapasionadamente, aunque en ese momento no me podía emocionar por él.

Maggie me observó con cuidado.

—De la manera en que te expresas, parecería que ya no estás tan seguro de que Norman lo hizo.

—Si no lo estoy, se debe a que la evidencia de Chrissie es sospechosa. Ella *quiere* achacárselo a él. Ahora, puede ser que lo haya hecho; todavía sigue siendo el sospechoso máximo para mí, pero creo que ella puede estar endilgándole el bronce y no creo que eso se sostenga.

—¿Quieres decir que ella está convencida de que él lo hizo e intenta hacer cualquier cosa con tal de probarlo?

—Algo así.

Maggie dejó su taza. No me miraba cuando dijo:

—¿Crees que puede tener otro motivo?

Nuestras miradas se cruzaron durante unos buenos segundos.

Maggie no dijo una palabra más por un momento. Sorbió con lentitud su café y yo apenas pude ver sus ojos verdes bajo sus

pestañas caídas. Colocó su taza en la mesita y empezó a jugar con su pelo.

—Te está usando —dijo por fin.

—Ya lo sé.

—Tienes que escaparte de ese trabajo en la Tate —se expresó sencillamente.

—Meg, no puedo. Nunca me permitirá retirarme. Es muy próximo y ya ha invertido demasiado.

—Entonces tienes que tratar. Háblale. Dile que no te tienes confianza.

Pobre Maggie. Siempre se equivocaría sobre la idiosincrasia de los hampones. Nunca podría exprimir su cerebro lo suficiente, para entender lo que hay dentro del de ellos.

—Le hablaré Meg, pero métete esto en la cabeza: ya me ha abonado doscientas cincuenta libras, ha estado pagando a un hombre durante un año para que trabaje con el equipo de drenaje y otros tres más en su nómina, amén de expensas varias. No solo no querrá perder todo esto, sino que espera ganar una gran fortuna con este trabajo. Perderé el tiempo.

—Nunca se sabe —insistió Maggie—. Puede decidirse a conseguir otro hombre.

—¿Entre hoy y el viernes? Nuestra única esperanza —le dije malhumorado— está en que Peter Shaw se calle.

La dejé porque habíamos terminado el tema. Sabía que si me quedaba, no habría descanso para ninguno de los dos y que daríamos vueltas y más vueltas, para llegar siempre al mismo punto de partida, volveríamos a comenzar como si estuviéramos perdidos en un bosque.

El ascensor subía en el momento en que yo apretaba el botón. Las puertas se deslizaron, se abrieron y Ron Healey salió pareciendo algo más alegre que la última vez, su pelo rojizo todavía indómito, pero por lo menos se lo había peinado.

—Venía a verlo —dijo.

—Es cómico que siempre me atrape en casa de Maggie cuando quiere verme —le señalé.

Hizo una mueca como un muchacho.

—Ella es demasiado atrayente, Spider. Mi suerte puede cambiar.

—No va a cambiar con todo lo que le he contado de los policías.

—Se olvida de que Dick lo es.

—Según van las cosas será un ex.

Me miró sorprendido.

—¿No tuvo suerte en su búsqueda?

—No tuve una real suerte. Progresé de costado.

—Yo ando mejor. Por eso estoy aquí.

Mis orejas se pararon como las de un perro de presa. Entramos en el ascensor y apreté el botón de bajada.

—Tenemos un sospechoso bajo vigilancia. Nada más; ninguna prueba, nada en concreto pero lo suficiente para vigilarlo —me miró con dureza—. Estoy tratando de aliviar su preocupación y la de Dick. Si esto se trasluce puedo perder mi trabajo.

—¿Alguien que conozco?

—No me pida demasiado.

Llegamos al piso bajo y descendimos los escalones de piedra hacia la calle.

—Debe haber pescado una pista o dos —probé.

—O actuado por alguna información que me dieron. No me sonsaque más. Ya dije demasiado.

Tenía que ser Norman. Chrissie debió largar el rollo. El espiar a Norman no daría resultado y yo tenía que verlo al día siguiente, evitando a la policía. Pensé si su teléfono estaría intervenido.

Recorrimos juntos lentamente la calle.

—¿Le ha contado esto a Dick?

—No. Y tampoco debe hacerlo usted. Solo le hará tener esperanzas sobre bases débiles y sería peor para él si esto fracasa. Solo que pensé que usted me podía ayudar.

—Hace poco pensé que podría ayudar. Ahora no estoy seguro. Deme un poco más de tiempo. —Reflexioné sobre Chrissie y sus

bronces y siguiendo mi juicio intuitivo me callé—. ¿Está usted buscando algo en particular? Indíqueme la dirección verdadera y puede ser que la siga.

Ron Healey sacudió la cabeza lentamente.

—Solo espero más briznas, una que otra. Es la vieja paciencia de rutina.

Telefoneé a Norman no bien regresé a mi propio departamento. Ulla atendió la llamada; su voz era cuidadosamente llana, cuando supo quién era. No me importaba que me ignorara siempre que no fuera tan rencorosa como Chrissie. Si lo fuera lo habría utilizado con más éxito. Se mostró indiferente e inexpresiva y llamó a Norman.

—¿Spider?

Con esa única palabra Norman indicaba una actitud. Era casi como si Ulla estuviera todavía ahí con su voz; quizás yo me estaba volviendo demasiado imaginativo.

—Norman. Tengo que verlo mañana. ¿Puede almorzar conmigo en el lugar que estuvimos la otra vez, digamos a las doce y media?

—No veo la razón para encontrarnos antes del fin de semana. No es necesario y puede que sea una locura.

—Puede ser una locura si no lo hace. —No me gustó el tono de su voz: hasta ahora se había mantenido amistoso.

—Suen a amenaza.

Gruñí.

—¿Norman, cree que yo lo amenazaría? Es solamente que tiene importancia que yo lo vea antes del viernes.

—Está bien. A las doce y media. No se demore.

Colgó.

Me apoyé contra la pared, resoplando desasosegado. ¿Qué había pasado? Norman había cambiado. Yo podía imaginar lo que había ocurrido; pero ¿ocurrió? Si así había sido yo estaba muerto. Me desvestí lentamente pensando si debía telefonear a Maggie o postergarlo hasta que me encontrara con Norman. Le llamé. Por la rapidez con que me contestó, deduje que todavía no se había acostado.

—Meg, soy yo —si para ahora no reconocía mi voz jamás lo haría—. ¿Tienes una amiga en algún lugar de Londres que te pueda albergar?

—¿Por qué, qué pasó?

—Contéstame, Meg.

—Pam Davies siempre me recibiría. Vive en las afueras de Ealing.

—Telefonéale y arréglalo. Lleva algunas pocas cosas contigo a la oficina mañana y vete a su casa por la noche cuando dejes el trabajo.

—No puedo telefonarle a esta hora de la noche. De todos modos, ¿qué demonios pasó?

—¡Por Dios!, haz lo que te digo. —La preocupación me hacía poner áspero—. Telefonéale ahora. No pasó nada. Solo es una sospecha. Quiero que te alejes. Si te quedas, añadirás más problemas y no lo tomes equivocadamente. Hazlo por mí, Meg, por favor.

Hubo un silencio. Después oí su respiración.

—¿Qué pasa contigo?

—Yo estoy bien. Solo que me he vuelto muy cauteloso, pero es mejor así. Confío en ti, Meg. No me defraudes y no me preguntes nada. No tengo ninguna respuesta.

Me dio el número de teléfono de Pam Davies y por lo que pensaba, no lo escribí sino que lo memoricé. Me sentiría mejor si se tomaba unas vacaciones en su trabajo, pero sabía que ella no querría. Colgué dejándola preocupada.

Miré en rededor; la mayoría de las mesas estaban vacías y Norman no estaba ahí. Me dirigí al barcito y me trepé a un taburete colocándome dado vuelta a medias hacia la puerta. Encargué un jugo de tomate con un toquecito de condimento Worcester, pero necesitaba un *whisky* triple. Mi cabeza tenía que estar lúcida, si la quería conservar sobre mis hombros.

Después de tres jugos de tomate, algunas de las mesas se habían ocupado, pero Norman no llegó. Si hubiera estado tomando alcohol, podía haberme empezado a relajar lo suficiente para pedir otros más y perder algo de mi rapidez mental. Creo que Norman es muy capaz de haber especulado con eso. A la una y cuarto todavía no había llegado y el lugar ya estaba prácticamente lleno. Parecía que no iba a venir, pero yo tenía que seguir esperándolo porque era mi última oportunidad. Me atacaba los nervios, pero resistí la tentación de tomar una bebida fuerte.

Llegó casi a la una y media: había estado esperando durante una hora. Al ver mi saludo, vino hacia el bar con una leve sonrisa tonta en su cara.

—Siento llegar tarde. Estuve retenido. Debe llevarme la ventaja de unos tragos.

—Sí —le dije sobriamente—. Jugos de tomate.

Pareció algo decepcionado.

—Me había olvidado de sus hábitos de abstemio.

No lo había olvidado. Simplemente esperó que yo los cambiara a causa de la tensión. La impresión que tuve la noche anterior de un cambio en él, me volvió con fuerza. Aparentemente, no estaba diferente ni su leve sonrisa, ni su encanto, pero bajo todo eso, se lo veía cauteloso y su actitud lo transparentaba, aunque fuera levemente. Norman podía manejar las crisis en su cerebro, de manera que cualquier cosa que lo molestara la dejaría guardada en lo más profundo. Ordené para él un *whisky* doble.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante para arrastrarme hasta aquí?

—Será mejor que nos sentemos cerca de la cocina. Es la única mesa aislada disponible.

—Mi querido Spider. No tengo tiempo de almorzar.

—No podemos hablar aquí en el bar —le indiqué el camino sabiendo que me seguiría—. Tome algo rápido y ligero —sugerí mientras nos sentábamos—. Una omelette quizás.

Consiguió mantener una sombra de sonrisa, pero algo marchaba radicalmente mal. No me gustaba la forma en que luchaba para no demostrarlo. A mi vez yo trataba de pretender que no lo había advertido y esperaba haberlo hecho mejor.

—¿Bien? —dijo de nuevo.

Ahora podía ver que estaba tenso, envejecido y parecía algo indeciso, como si alguien le hubiera pellizado su vanidad. Si había descubierto algo sobre mí, eso podría ser el motivo. Hoy no se acordaba de hacer los ejercicios isométricos: parecía representar su verdadera edad por primera vez, desde que lo encontré días atrás.

—¿Algo le preocupa Norman?

Lo atrapé desprevenido e instantáneamente su sonrisa se volvió defensiva pero, profesional hasta el fin, contestó sin titubeos.

—Este trabajo es inminente. Estoy apostando en grande.

—Pero todavía tiene bastante pasta —me burlé.

—¿Quién habla de dinero? Tengo suficiente, pero no me puedo estancar. Sigo todavía esperando su respuesta.

Esto era más difícil que lo que me imaginé. No había preparado el libreto. Tenía que improvisar.

—Quiero volverme atrás —le dije.

Su cara se distorsionó de tal manera que pensé que iba a repetir sus ejercicios de nuevo, excepto que sus ojos se fijaban en mí como taladrándome y empezó a respirar con dificultad.

—¿Volverse atrás? ¿Quiere decir de su trabajo? —No lo podía creer.

Asentí con renuencia.

—Cuanto más pienso en él, más reconozco el riesgo de que haya violencia. No lo puedo hacer.

Norman lo estaba pasando mal; su cerebro bien entrenado, aumentaba sus revoluciones, advirtiendo las trampas y las imposibilidades de lo que yo acababa de decir.

—Ya habíamos analizado todo esto —murmuró con furia—. Como usted bien sabe no tiene que utilizar la violencia.

—Eso es lo que convinimos. Pero no puedo quedarme quieto y ver a ese trío infernal usándola. No es mi costumbre.

Llegaron las omelettes y pude ver a Norman que resistía la tentación de tirármelas. No creo que jamás lo vi mostrar tan abiertamente su temperamento. Solo se hubiera conseguido una sonrisa de él por medio de un cincel, yo también me sentí medio congelado.

—¿Cuál es la verdadera razón? —escupió de repente.

Bajé mi vista a los humeantes huevos con jamón y reconozco que me hubieran atragantado, si hubiera intentado comerlos.

—Odio la violencia; se lo dije antes. Pensé en este trabajo por todos sus ángulos montones de veces; llegué a la conclusión de que no se lo puede hacer sin que haya lastimados.

Estudiaba a Norman muy de cerca. Sus facciones poco a poco se relajaron, cuando usó su considerable fuerza de voluntad para controlarse. Sus palabras salieron también controladas de sus labios casi inmóviles, con la extraña distorsión de una pesada máquina parlante.

—¿Así que sugiere que me busque otro?

—Si puede. Me doy cuenta de que es difícil.

—Es usted muy magnánimo. Veinticuatro horas para encontrar un experto, para tapar un agujero importante y absorber lo que le tomó algún tiempo para aprender y entonces esperar de él que no se equivoque.

—Puede usted demorarlo algo.

—La exposición, mi querido Spider, termina esta semana o ¿su memoria también ha sido afectada?

El disgusto lo hacía hervir, pero consiguió sonreír de nuevo... al igual que un sádico contempla el sufrimiento ajeno.

—Si usted consigue alguien —le contesté—, pasará las próximas veinticuatro horas aleccionándolo.

Retiró su omelette como si le molestara.

—¿A quién sugiere?

—No sé —me levanté de hombros—. Usted tenía el plan en su mente antes de encontrarme, así que con toda probabilidad tiene a alguien.

—El tipo que tuve in mente ya está detenido. Su llegada fue fortuita. De otra forma hubiera tenido que posponer todo el plan por un tiempo considerable y esperar otra exposición similar. Pero ¡Picasso y Bacon! ¡Qué me dice! Ginger Douglas está trabajando sin descanso en las cloacas y no es probable que el trío infernal, como los llama usted, aguanten siempre; ninguno de ellos está dotado de percepción. Quieren su dinero ahora. Demorarlo implicaría preparar otro equipo.

—¿Por qué no lo hace usted mismo? —sugerí con tranquilidad.

Fue como cachetearlo. Se echó hacia atrás y por unos minutos quedó estupefacto. Luego dijo:

—No es muy gracioso. Yo planeo, no actúo. No, me temo que tiene que ser usted, Spider.

Empujé mi plato como para darle jaque mate.

—Ya se lo expliqué —le dije débilmente—. Llámeme cobarde si quiere, pero usted sabe que siempre trabajé solo.

—Seguirá así una vez que penetre en la Tate. —Súbitamente se adelantó con un gesto amistoso—. Mire, Spider, comprendo su sentir en cuanto a la violencia. Hasta llego a respetarlo, pero ¿ha considerado mi punto de vista?

Su voz era suave pero con ribetes acerados. Deseé saber cuánto sabía de mí y eso no se lo podía preguntar. Sus ojos eran diferentes cuando se posaron en los míos.

—Aparte de cualquier otra cosa, no estoy preparado para que mis empleados me vean como perdedor. Si no infundo respeto no soy nada; los negocios se irán al diablo. Pero, aparte de eso, he gastado demasiado en tiempo y en dinero para perderlo todo ahora porque usted tiene escrúpulos de conciencia que debía haberlos manifestado al principio. Tuvo la oportunidad de pensarlo. Ahora es demasiado tarde. Usted tiene que hacer este trabajo, Spider, porque su vida no valdrá un centavo si no lo hace. Hay una docena de

maneras en que yo lo puedo agarrar y lo haré. Y cuando yo piense que ya ha aguantado bastante lo mataré. Se ha enterado de muchas cosas sobre mí; ha visto demasiado. Usted vino a mí libremente. Saldrá con los pies para adelante, porque jamás volveré a creerle y no desearé verlo cerca de mí para hacerme recordar mi equivocación más grande.

No era bluff. No se había mantenido alejado de la cárcel por negligente. Además, yo era una prueba flagrante de su error de apreciación y nunca se recuperaría mientras me viera.

—No me puede hacer nada —le dije imprudentemente.

Su sonrisa fue espontánea, la primera genuina que brindó en ese encuentro.

—¿No? ¿Entonces qué estaba haciendo Maggie Pearson esta mañana cuando llevó una valija a su oficina? ¿No la habrá querido advertir que se quedara fuera de la ciudad por un tiempito? Si lo hizo fue una gran idea, Spider. Pero será inútil y además, ahí está su negocio, hay media docena de caminos para llevarlo a la quiebra. Es demasiado joven para morir, Spider. Usted hará el trabajo con éxito; con el plan original, la asociación murió cuando usted se mostró asustado.

No podía seguir escapándome de él toda la vida y él a su vez no me iba a dejar ir. Detectó a Maggie de inmediato como una vía para llegar a mí; nada más efectivo. Había finalmente una chance de que me dejara ir después de que terminara el trabajo, cuando yo estuviera comprometido, me quedé callado sin darme cuenta, por más tiempo que el imaginado, porque irrumpió en mis pensamientos.

—Vamos, Spider. Haga el trabajo con eficiencia y no surgirá ninguna violencia. Sabe que lo puede realizar.

—¿Desde cuándo puso usted a alguien tras de Maggie?

—Después de su telefoneada anoche.

No le creí. Me di cuenta de que fue con anterioridad. Miré a la omelette que se enfriaba.

—Está bien.

—Buen tipo. Oh, Spider, no vaya a fracasar porque consideraré que es deliberado. Pero usted es muy astuto y demasiado inteligente para hacer una tontería así.

Empujó para atrás su silla, se levantó y me envió una última mirada burlona. No estaba muy feliz. Tampoco yo.

Cuando se fue, me senté ahí por un momento con las dos omelettes sin tocar, lo que preocupó al camarero cuando pagué la cuenta. Regresé a la oficina para tratar de distraerme, pero sin resultado. Estaba extendiendo algunos pasajes aéreos para un apremiante Charlie Hewitt cuando me avisaron que Mrs. Harris me llamaba por teléfono. Odio atender esas llamadas con Lulú y su línea extensora.

—¿Es usted, Chrissie?

—¿Dónde ha estado, imbécil de mierda? He estado buscándolo durante horas.

—Ahora me ha encontrado. ¿Qué desea?

—Lo quiero aquí inmediatamente. Quiero saber algo.

—Pregúnteme ya.

—Usted..., maldito sea, será mejor que venga directamente aquí, Spider, o si no le mandaré un par de muchachos. No lucirán muy bien delante de sus empleados. No querrá que se derrame sangre sobre sus pasajes.

De repente todos me amenazaban. Estas asociaciones no parecían muy seguras.

—O. K. Me tomará una media hora para llegar.

Terminé de extender los pasajes, los chequeé y se los pasé a Charlie en el mostrador. Me miró de una manera extraña, tal vez se me veía la edad. Me sentía de ciento cincuenta años. Tomé un autobús que se dirigía a la avenida Shaftesbury y me senté en el piso superior entre los fumadores, que era lo más próximo que pude conseguir para aislarme de todos. Crucé Londres y descendí sin mucha seguridad de volverlo a hacer.

El Daimler estaba todavía ahí, con algo más de suciedad y con los cromos empañados. Lo sentí por él.

Chrissie abrió la puerta con ímpetu turbulento y sus ojos incisivos me tatuaron como con una aguja, yo me froté el brazo mientras pasé por delante de ella al vestíbulo y luego a la sala. Tenía puesta una transparente creación de color celeste que envolvía su cintura y un corpiño que le levantaba los pechos.

—Está bien —dijo mientras hacía golpear la puerta de la sala tras de mí—, ¿cuál es su juego de loco?

Me senté sin fuerzas en un sillón.

—¿Cuál? —pregunté suavemente.

—No se haga el chistoso conmigo. Le ofrecí hacerlo socio. Ahora me entero de que todavía está trabajando para Norman.

Su pelo rubio estaba tan perfectamente ondeado que pensé que debía ser una peluca a no ser que hubiera usado cemento como fijador. Mi cabeza estaba hueca, lo que era signo seguro de que el mal de ojo estaba operando en mí.

—¿Y cómo piensa que conseguiré su confianza si no me hago su amigo?

—No pretendí eso. Todo lo que tenía que hacer era revisar su casa y luego terminar con él.

—No es tan fácil.

—¿Está usted trabajando para él o no?

—Intenté no hacerlo. Ahora es mi vida la que está en juego. Me tiene sobre un barril de pólvora.

—También yo. Y no olvide: SÉ QUE VISITÓ A MAX EL DÍA QUE LO ASESINARON. Parece que nadie lo descubrió. ¿Ahora, no es eso raro?

Se me puso la piel de gallina. Ya había visto su vengatividad contra Norman.

—Pensé que quería achacárselo a Norman.

—Lo quiero. Pero si no obra como se debe contra él lo haré encarcelar también. Está trabajando con él. Si me entero de que esa estúpida cucaracha comparte el pan con usted... usted vino aquel día y también él. Quizás usted volvió por segunda vez... con él.

—Usted sabe que no es así, Chrissie.

—Yo sé que puedo deslizar el dato de que usted vino ese día y que ha estado viendo a Norman.

—Así que, ¿qué quiere de mí?

—Quiero que atestigüe que ha visto uno de esos bronce aquí y después del crimen en casa de Norman.

—Usted puede conseguir mucha gente que atestiguará eso.

—Solo la primera parte. A cambio de eso, yo diré que usted asaltó mandado por mí para conseguir la prueba. Ni siquiera le cobrarán una multa.

¿Hasta qué punto me podría ella implicar? Mis antecedentes me condenarían, además de mi silencio sobre mi visita a Max, así como mi repentina asociación con Norman.

Con unos cuantos que perjuraran en mi contra, ya me habrían liquidado. La ironía era que si ella lo hacía, Dick sería liberado. Pero siempre me juré que me mataría antes de que me sentenciaran a una larga condena. Y Chrissie lo sabía.

—Correré el riesgo —le dije.

Chrissie se rio como un jugador, su sonrisa amenazante era quebradiza.

—Tiene que ser más convincente. ¿Le gustaría que Norman se enterara de que tiene un hermano policía?

—Alguien ya se lo dijo. Si no eso, por lo menos, le advirtieron que yo violé su casa y para qué.

Eso la sacó de quicio por unos segundos. Luego:

—No debería estar usted tan frío. Si Norman sabe eso, usted es un hombre muerto.

Ya me sentía así. Me estremecí. Cuando uno está en un lodazal entre dos violentas catástrofes, qué otra cosa se puede hacer sino rezar, y eso me era imposible.

—¿Cuánto hace que terminó su *affaire* con Norman? —pregunté lentamente.

Fue la mejor reacción del día. Chrissie empalideció tanto, que su polvo facial pareció desprenderse de su piel. Sus uñas de color rojo pálido se clavaron lastimosamente en el tapizado de la silla. Su

mandíbula cayó como si hubiera recibido un puñetazo y sus brillantes ojos se apagaron por el impacto.

—¿Qué dijo? —preguntó con voz ronca.

—Entendió muy bien lo que dije. Vi su vestido en su refugio secreto: Jean Varón.

—¡Degenerado!

Se levantó con rigidez, tratando de controlar su pesada respiración dentro de su apretado corpiño y sus dedos se agarrotaron como cables de acero. Su mirada vacía fue lentamente reemplazada por el odio y la ponzoña que destilaba. Se dio cuenta de que su reacción la había descubierto por completo, era demasiado tarde para cuidar su reputación. Y sin embargo a pesar de su furia, había algo patético en su actitud.

—¿Le gustará que deje caer una palabra en el lugar adecuado? La poli lo encontrará de mucho interés.

Su labio tembló y yo me equivoqué sobre su significado. En realidad pensé que iba a ver a la muy dura Chrissie llorar amargamente. Era como para creerlo, pero yo debía haberla conocido mejor. Hervía con una emoción controlada y sus ojos estaban húmedos. Luego sus dedos se aflojaron como si estuvieran bajo control y levantó sus garras. Se arrojó sobre mí con un ahogado lamento furioso y me tomó desprevenido.

Era demasiado tarde para tratar de levantarme de la silla, así que hice lo mejor que pude. Cuando alargó sus uñas para arañar mi cara, empujé mi pie con fuerza y tiré la silla al suelo. Una de las uñas me abrieron un canal desde mi labio superior y sentí la sangre sobre mi lengua, mientras caí de espaldas con Chrissie despatarrada entre mis piernas levantadas.

Hice un frenético movimiento para tomarla de las muñecas, pero fue como sostener un cable electrificado. Luchó con salvajismo del arroyo y yo me aferré como si defendiera mi vida, porque esas uñas tuyas hacían que los cortes de una navaja de afeitar parecieran simples picaduras de insectos. Me mordió profundamente en el dorso de mi mano y yo grité de dolor pero seguí sujetándola. Se

retorció con furia felina, pero no consiguió que la soltara. Si la dejaba libre, yo caería en un baño de sangre y con toda probabilidad ciego, porque ya estaba tratando de arrancarme los ojos.

Rodamos juntos hasta que quedé sobre ella tratando de arrodillarme sobre sus muslos descubiertos y apreté sus brazos contra el suelo mientras ella luchaba con desesperados y sensuales movimientos, como una escena de violación. Trató de darme un cabezazo, arañar, golpear y morder y tuvo bastante éxito. Todo lo que pude hacer fue aguantar, hasta que perdió fuerza. Sentía mi nariz como si se hubiera hundido.

De repente se aflojó y yo necesitaba una tregua. No fui tan tonto como para soltarla, pero al segundo siguiente ya estaba luchando de nuevo y consiguió liberarse una muñeca. Levanté rápidamente un hombro para cubrirme la cara, así que ella agarró mi pelo y trató de arrancármelo. Sujeté de nuevo su muñeca y aflojamos ambos: ahora era yo el débil. Rodamos hasta que se retorció debajo de mí y adelantó una rodilla con fuerza contra mi miembro. Me retorcí de dolor doblándome como un jorobado, igual a un erizo, cubriéndome la cara y la cabeza con brazos y manos.

Me lastimó de tal manera, que no me hubiera podido mover aunque lo deseara, el dolor me insensibilizó a través de mi miembro y sentí que gemía. Tuve que soportar lo que ella me hacía. Me golpeó, arañó el dorso de mis manos, hasta que la sangre corrió. Lo aguanté hasta quedar entumecido, pero tenía que soportarlo hasta que el dolor aflojara. Cuando empezó a herirme en la cabeza con su taco afilado, la castigué ciegamente con un brazo y la hice saltar a un costado. Me enderecé lo mejor que pude, pero seguí arrodillado. También lo estaba ella cuando se levantó pataleando. Sus ojos eran de loca cuando disparó su zapato sobre mi oreja. Giré a ciegas, hice un doloroso movimiento sobre mis rodillas, luego le di un puñetazo directamente en la mandíbula. Cayó como una muñeca.

¡Cristo! Me doblé de nuevo, respirando como un par de viejos fuelles. Escrúpulos: debía haberla golpeado desde el principio. Le eché una rápida ojeada. Su mandíbula ya se estaba inflamando.

Increíble: su pelo apenas se había desordenado. Me quedé ahí, respirando anhelante durante un momento, luego me levanté titubeando. Con dificultad y ridículamente me agaché para bajarle el vestido. Agujeros ardientes marcaban mis manos y cuando las extendí tembloroso vi las rayas coloradas de sangre que corrían desde los puños hasta los nudillos. Vi pedacitos de carne bajo sus uñas y me sentí enfermo.

OceanofPDF.com

12

ME TIRÉ sobre una silla y pensé qué demonios iba a ocurrir después. Por lo menos supe con certeza que la bomba que ella llevaba venía dirigida para Norman. Si la pasión que ella sentía por él era de la magnitud de su furia hacia mí, debió pasar un tiempo tórrido. Así que Chrissie sabía cómo amar, pero no cómo dejarlo ir. Miré su figura respirando levemente, totalmente suave y femenina y me di cuenta de que no la pedía dejar en ese estado. No me gustaba el aspecto de su mandíbula, tampoco me gustaba la idea de hacerla volver en sí. Me levanté, enderecé la otra silla y luego fui en busca del cuarto de baño.

Eché una ojeada. La sangre ensuciaba mi pelo y corría sobre mi frente. Mi nariz se hinchaba y mi labio todavía sangraba. En los lugares donde ella me había pateado empezaba a dolerme. Pero lo peor de todo eran mis manos. Las lavé en agua fría e hice lo mismo con mi cabeza. Cuando la sequé, la toalla quedó sucia. Busqué algún desinfectante que pudiera haber usado Max pero no lo encontré. Hallé algunas vendas en un estuche de primeros auxilios y vendé mis manos; el resto tenía que coagularse. Era un revoltijo.

De regreso en la sala, Chrissie seguía todavía desmayada, pero respiraba con más normalidad. Hice otra búsqueda y encontré unas llaves que colgaban de un gancho, en un estante de porcelana de la despensa. Tomé una llave de contacto con el nombre Daimler y regresé a donde estaba Chrissie.

Estaba agitándose y gruñendo. Supongo que debí ayudarla a levantarse, pero ya tenía suficiente. Me senté y esperé. Sus ojos se abrieron aturridos, su mirada demente reemplazada por otra de perplejidad. Su respiración volvió a hacerse pesada cuando la emoción fluyó a través de su reconocimiento. Me levanté. No quería que me volvieran a atrapar agachado por segunda vez. Fuera de la increíble pulcritud de su pelo aparecía deshecha y la hinchazón de su mandíbula había cambiado de color. Exhaló un inmenso y doloroso quejido y se sentó a medias apoyándose en un codo. Adelantó con cuidado una mano para explorar su cara y gruñó. Como yo estaba parado ligeramente detrás de ella, no creo que me haya visto. Miró indiferente en rededor del piso y súbitamente estalló en llanto.

Chrissie llorando era casi imposible. No era dolor. Chrissie lo hubiera asumido con una blasfemia en sus labios y tampoco era remordimiento. De ella salían sollozos como si tuviera un hueso en la garganta. Me quedé ahí mirando cómo sus lágrimas manchaban su cara y la alfombra, sin sentirme capaz de apenarme por ella. Parecía como si su furia hubiera pasado, ñero no estaba seguro. Esperé tranquilamente recordando que llegó a esto después de mis propios sufrimientos y mis manos destrozadas.

Cuando ella finalmente cesó de llorar, se apoyó en sus manos para arrodillarse y su cabeza cayó hacia adelante, floja, entre sus hombros combados. Su vestido se había rasgado a lo largo del dobladillo y estaba descosido en la parte de atrás mostrando claramente su piel y parte de su corpiño. Empezó a secarse las lágrimas.

—¿Se siente mejor? —aventuré.

Al instante su cuerpo se puso rígido y aunque su cabeza apenas se movió, yo aseguraría que podía verme los pies. Me dijo lo que podía hacer conmigo mismo y cualquier intento de repetirlo con palabras más educadas no hubieran sido de ella. Se puso de pie y no hice nada por ayudarla. Levantó la cabeza, sus ojos todavía seguían llenos de lágrimas.

—Boludo —lo dijo con algo más de cortesía.

—Es mejor que se haga examinar esa mandíbula.

Las lágrimas caían por su cara haciendo surcos en el polvo facial como secos ríos en el desierto. Nunca me perdonaría por haberla visto así.

—Usted no podría comprender, ¿verdad? —gritó—. Usted y esa tonta insípida perra de Maggie Pearsons. Ambos estábamos ya casados cuando nos conocimos, no lo pudimos evitar. Pero no hubo problemas mientras su primera mujer vivía. Todo era hermoso: Lo que Norman y yo sentíamos el uno hacia el otro era real. REAL. Hasta que esa vaca acaparadora de dinero de Ulla llegó. Algún día la mataré.

—Pero no será hasta que lo mate a él. ¿O quiere decir que matará a ambos?

Me miró sin comprender. Luego dijo.

—¿No entiende? Hacia el final Max se enteró de lo de nosotros. Por eso rompió la sociedad. A Max no le gustaba porque tenía que trabajar a diario con Norman. Después de que se separaron, Max trató de arruinar a Norman. Entonces este hizo lo único que le quedaba: asesinó a Max. Lo asesinó —repitió estúpidamente— y se llevó lo único que me quedaba. Max tenía sus defectos pero me acompañaba. Ahora no tengo a nadie, mientras que Norman todavía tiene a esa astuta perra que le gasta su dinero... y esos dos hijos engreídos.

—Tiene que aprender a vivir así.

Sus ojos ardían de nuevo.

—No lo crea. No se va a escapar y tampoco usted. Si no me ayuda, maldito si no me voy a asegurar de que usted no lo ayude a él.

—Yo no voy a traicionarme a mí mismo, ni por usted ni por nadie.

—Entonces lo pagará. —Se volvió hacia mí y yo retrocedí pensando que iba a comenzar de nuevo. Resopló—. ¿Tiene miedo de una mujer? ¿Un hampón que no quiere mentir? Usted no es

nada. Un don nadie. Una porquería. Max habría limpiado el piso con usted.

Le mostré la llave del auto.

—Me llevo prestado el Daimler —le expliqué con tranquilidad—. Usted me ha maltratado de una forma que me van a detener a menos que me esconda.

Sus ojos se desviaron; no eran difíciles de leer. Le dije:

—Si denuncia el robo del auto la voy a hacer encarcelar. Explicaré a la poli su asunto con Norman. Eso les hará merodear alrededor suyo.

Su mirada ardió nuevamente.

—Lo voy a matar, Spider Scott. Lo voy a matar de verdad. Váyase, disfrute de su paseo; será el único que va a hacer. Retiraré la llave de su cadáver.

Me moví de espaldas hacia la puerta mientras ella se quedaba tambaleándose ligeramente como si estuviera bebida. Levantó los brazos y exploró su pelo con los dedos manchados de sangre. Volvía a la normalidad y eso no iba a ayudar a nadie. Me echó otra mirada, mezcla de satisfacción y maldad, y se dirigió al teléfono. Había algo en la manera en que lo hizo que indicaba que me incluía en ese acto. Chrissie no perdía tiempo. Salí rápidamente.

El interior del Daimler estaba frío, húmedo y con olor a moho. Abrí la ventanilla, maniobré y tuve que tirar varias veces del botón para que arrancara. Arrancó, detonó varias veces, luego avanzó, gracias a Dios. Apreté el botón del ventilador y luego lo dirigí con precaución entre la hilera de autos en que había estado estacionado durante tanto tiempo. El auto ronroneó contento de la aireación y respondiendo muy bien pero yo me sentía enfermo.

Rehusé darle a Chrissie una falsa evidencia que podía haber ayudado a Dick, así que él todavía se encontraba en el mismo punto. ¡Dios! ¿Hacia dónde debía ir? Deseaba encontrar al que había asesinado a Max para salvar a Dick, pero un testimonio fraguado no era lo conveniente y al final podía hacer que las cosas empeoraran. Tenía la esperanza de una explosión entre Chrissie y

Norman, podía suceder que ocurriera lo que yo deseaba, pero todo eran sí y peros. Si no ocurría nada inmediatamente después de la Tate, me dirigiría llanamente a Micky Evans y al infierno con todo. Quizás yo debía preguntar por todos lados sobre Newton.

Era la hora pico de la noche. Me vi metido en medio del tránsito, lo que perjudicó a mis nervios y atraje más de una mirada. No estaba seguro de cuánta sangre más había perdido desde que me lavé la cara. Mi preocupación inmediata era Chrissie. Norman quería las pinturas, así que cualquier idea que me tuviera reservada este, esperaría hasta después del trabajo. Pero Chrissie era diferente: estaba tan decidida a alcanzar a Norman, ya sea que hubiera asesinado a Max o no, que eliminaría a cualquiera que obstaculizara ese fin. Con seguridad me veía a mí así. Había traspasado el límite del amor y de la posesión. Chrissie sobrepasó la barrera: mis manos heridas lo atestiguaban.

No había claros en el tránsito y la máquina empezó a tragar nafta como recuperándose de los días de inactividad. Probé los tanques y me tranquilicé al ver que uno de ellos estaba lleno. Cuando por fin llegué a mi casa me encontré dudando de entrar en mi propio piso. No sé por qué, pero no desdeño las premoniciones. Me alejé del pavimento en el momento en que iba a entrar y alguien me hizo sonar un largo y merecido bocinazo, me metí dentro de la marea y me dirigí a la casa de Maggie. Me tomó mucho tiempo cubrir esa pequeña distancia, pero cuando finalmente estacioné, me alegré de haberlo hecho.

Subí a su piso y entré. En cuanto abrí la puerta sentí su presencia. No estaba ahí, pero su personalidad permanecía y un fresco y débil aroma flotaba en su dormitorio. Era como ir a la casa de un duende amigo. La eché de menos. Cuando me separaba de Maggie siempre me ocurría así, pero cuando esas separaciones eran forzadas, como ocurría a menudo, era doloroso, porque me preocupaba por ella. Estaba envejeciendo y ablandándome y tal vez ya fuera tiempo. Cada objeto en el departamento me obligaba a

recordarla y lo encontraba recompensador e intranquilizante al mismo tiempo.

Me bañé, curé, y vacié la pequeña heladera y me preparé una comida con un jugo de frutas y café. Me senté en su silla favorita, consciente de eso, y tomé un librito con tapas de cuero colorado y cantos dorados que estaba sobre una consola a un lado de la chimenea. Los sonetos de Shakespeare. En un momento había puesto de manifiesto el abismo que se extendía entre Maggie y yo. Shakespeare. Nunca gocé con las palabras de ese tipo. Pero Maggie podía hundirse en él. Hice correr las páginas tratando de pescar la magia que Maggie sentía. Empecé a leer y a gustar algo del sentido, de la percepción.

Telefoneé a Maggie hacia las ocho, le hablé con frivolidad y le aseguré que todo estaba magnífico. Ambos actuamos sabiendo que al día siguiente era viernes, el gran día. Ni siquiera lo mencionó. Tampoco yo. Miré un poco la televisión sin verla en realidad, lo que no me es difícil y analicé cuánto podía mochar al contrato de Norman y todavía seguir entero. Luego pensé en que Maggie quedara a salvo y abandoné el tema. Me acosté llevándome los sonetos conmigo.

Recostado contra la almohada de Maggie, recordando su ausencia, empecé a sentirme realmente solo. Estaba cansado e incapaz de dormir. Levanté de nuevo el librito colorado:

¿Es deseo vuestro que vuestra imagen mantenga mis
pesados párpados abiertos a la hastiada noche?

¿Deseas que mis ensueños se quiebren mientras
sombras semejantes a ti escarnezcan mi vista?

¡Oh! Maggie.

Debo haberme adormilado llegado a este punto. Puedo recordar la dificultad que me ofreció la última línea, las palabras se confundían repetidamente cada vez que mi mente profundizaba en la semiinconsciencia para recomenzar la línea y desvanecerse

nuevamente. Regresar así era tan hipnótico como contar ovejas. El sueño me venció y me perdí en un último intento.

Fue el más suave de los ruidos lo que hizo que se abrieran mis ojos. Me quedé quieto y escuché. Ningún ruido. Me dolía el cuello indicándome que me había dormido algún tiempo en mala posición. El libro de los sonetos había caído de mis manos sobre el cubrecama. Lo cerré sin hacer ruido y lo puse sobre la mesa de noche. Era casi medianoche. Apagué la luz, porque oigo mejor en la oscuridad. Con cuidado, salté de la cama, busqué la linterna de bolsillo y repté hacia la puerta.

Tenían problemas con la cerradura de la puerta de entrada. La vieja cerradura de Maggie se abría con tanta facilidad con un trozo de mica, que se la había hecho cambiar hacía mucho. También le hice instalar una cadena en la puerta que yo no había puesto cuando entré. Rápidamente coloqué dos almohadas bajo la frazada y descalzo crucé la habitación. Abrí la puerta del dormitorio y entré en la sala. Ahora los podía oír mejor... solo algunos raros sonidos pero que me eran muy familiares. Tenía la esperanza de que yo no fuera tan ruidoso en mi trabajo.

Para darme tiempo, crucé la alfombra de la sala evitando por instinto los muebles, luego, en silencio, puse la cadena justo a tiempo. No era demasiado pronto. La cerradura retrocedió con un ruidito. Regresé a cerrar la puerta del dormitorio, luego me dirigí a la cocina en el momento en que la puerta de entrada se abría, detenida después por la cadena. Eso no los iba a detener por mucho tiempo si estaban bien equipados. Fuera de la línea de visión del agujero de la llave usé mi linternita recorriendo la cocina, encontré un martillo en una caja de herramientas en uno de los armarios. Era bueno y tranquilizadamente pesado en mi mano. Con la puerta de la cocina, casi cerrada espí por la ranura adentro del *living*.

Un agudo *click* y un rechinar, me informaron de que habían cortado la cadena y la puerta se abrió del todo y se cerró de nuevo. Se quedaron quietos, como lo hubiera hecho yo, escuchando antes

de encender la luz. Se oyó el ruido de una linterna y su luz cortó la oscuridad con fuerte brillo. Desvié la vista cuando el rayo de luz cruzó la habitación. Eran dos oscuras sombras agachadas que pasaron sin hacer ruido. Conocían su trabajo y buscaban el dormitorio. Los seguí.

Se detuvieron en la puerta mientras yo me agachaba detrás de una silla. Uno de ellos apoyó la oreja contra la puerta. Ninguno dijo una palabra. Tuve la impresión de que ya habían trabajado antes juntos. La puerta del dormitorio se abrió lentamente después de apagar la linterna. Me adelanté un poco, arrodillado detrás de la silla. La luz del dormitorio se prendió y uno de ellos dijo una maldición. La luz inundó la sala, pero yo estaba bien acomodado y no me moví. Empezaron a arrancar la ropa de cama y el que había hablado, gritó:

—¿Dónde está esa maldita? Debía de estar esperándonos.

Luego su compinche, tranquilo, más observador, dijo:

—Alguien ha dormido aquí. Todavía está caliente.

Regresaron con ímpetu a la sala moviendo la linterna con furia, hasta que el más tranquilo tuvo el sentido común de prender la luz. Yo todavía seguía escondiendo, a menos que me encontraran en su camino a la cocina. En consecuencia, no me podía mover. Estaba helado y sentía que me descomponía. Vinieron a buscar a Maggie, no a mí. Mi estómago se hundió, como si no hubiera comido en una semana. Cuando mejoró esa sensación, me inundó una ardiente y temeraria furia. Sentido común, engaño, nada importaba ya. Tenía el martillo en mi mano y estaba tentado de convertir la madera en pulpa. Me levanté usando la silla como apoyo consciente de que mis piernas temblaban por la rabia.

Cuando aparecí ambos giraron en redondo y uno de ellos tenía en la mano una pistola que dirigió contra mi pecho.

—¡Spider Scott!

El que juraba era el más corpulento de los dos. El arma encajaba con su cara tosca y sus labios crueles. Su pelo se veía de que había sido cortado en la cárcel. Yo recordaba vagamente esa cara que de

ahora en más jamás olvidaría. Se equivocó sobre mi palidez y sonrió de costado.

—¿Dónde está la muchacha? ¿Está en la cocina?

Su compañero evaluó mejor la escena, su aguda cara inteligente y negros ojos de ratón se volvieron gélidos cuando yo me enderecé.

—Cuidado, Lennie.

La advertencia salió de sus apretados labios que apenas se movieron, pero Lennie tenía el arma, podía hacerse el valiente.

—¿Qué vamos a hacer con él, entonces? ¿Martillar las balas cuando lleguen?

Todavía lucía su sonrisa de través, pero no estaba muy seguro de sí mismo cuando me acerqué lentamente. No pensaba en su arma. Pensaba que esos dos mal paridos habían venido a lastimar a Maggie por mi culpa. Lennie no separó sus ojos de mí, pero su mueca desequilibrada se convertía en una caricatura enfermante.

—No lo intente, Spider, o lo mataré.

La amenaza me llegó, pero no me hizo cambiar mi disposición de ánimo, aunque evitó que su cabeza fuera alcanzada por un martillo. Cuando yo me detuve él recuperó su confianza. Sin dejar de mirarme dijo a su compinche:

—Revisa todo el piso.

El tipo me miró dudoso y me dejó con Lennie. No tardó mucho tiempo, volvió extrañado.

—No está aquí.

Lennie me lanzó una larga y pensativa mirada que me pareció afligida. Esos muchachos pueden hacer un trabajo tan largo como convenga al plan: las complicaciones generalmente se resuelven con una acción refleja que en ellos implica violencia, porque eso es positivo y los saca de la escena. Pude ver a Lennie que trataba de resolverlo. Yo me encontraba ahora algo más tranquilo, pero el martillo en mis manos pedía todavía ser usado y yo no iba a olvidar a esos dos sujetos.

—¿Dónde está ella? —preguntó Lennie.

—Ya lo oyó. No está aquí.

La cara de Lennie se distorsionó convirtiéndose en una mueca.

—No se burle de mí, compañero. ¿Le gustaría que le mandara una directamente a sus pelotas? ¿No le serviría a ella de mucho entonces, verdad?

Estuve a punto de tirarle el martillo y él lo adivinó porque la pistola bajó a un ángulo para concentrar la mira.

—Eres un tarado Lennie —el de los ojos de ratón dio su opinión—. Está provocándote.

—No va a provocar a nadie más.

El dedo que apretaba el gatillo se endureció y ya estaba por saltar detrás del sillón cuando el de los de ojos de ratón dijo otro argumento a mi favor:

—No se te ha pagado para que lo mates. No está en el contrato. Vas a despertar a toda esta maldita casa y es amigo de Knocker Roberts. Usa tu inteligencia.

Casi me entusiasmé con ojos de ratón, tenía un cerebro agudo y probablemente me salvó, porque Lennie se ablandó un poco; no estuve seguro hasta ese momento si había estado simulando o no.

Ojos de ratón me dijo:

—Compañero, estuvo más cerca de lo que cree. Así que el *bombón* no pasó aquí la noche.

—Ni esta noche ni ninguna otra. Ocuparé el piso... mientras tenga a Chrissie detrás de mí.

Ojos de ratón sonrió fríamente.

—Mata. Así que ¿dónde está ella?

Jugué con el martillo.

—¿De verdad espera que se lo diga?

—Será mejor —resopló Lennie—. No tenemos mucho tiempo.

Sacudió el arma delante de mí pero su oportunidad pasó y estaba inseguro.

Miré a ojos de ratón para recibir una respuesta inteligente.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Otra vez malo —contestó—. Usted sabe mejor que yo —ahora trató de sonreír amigablemente—. Mire Spider, somos dos. Lennie

se pone muy malo cuando se trastorna, como ha podido ver. No queremos atacarlo, pero tenemos que encontrar a la muchacha. No puede importarle tanto.

Fue su primera equivocación: la deducción fue mala.

—Al primero que se me acerque le aplastaré la cabeza y ambos saben que lo pienso.

Se quedaron muy quietos, Lennie aparecía ridículo con el arma levantada: era el tipo de hombre que necesita el apoyo de uno, igual que un niño con su muñeco.

Supe por qué aguantaban. Ojos de ratón lo había dicho.

—Knocker y yo estuvimos en la cárcel juntos. Me quiere. Ustedes saben que siempre dice que me debe favores. Chrissie debió haberles dicho eso también.

Si un malviviente no sabía la fama de Knocker debía estar desconectado. No me quise esconder detrás de él, pero me tragué el orgullo por Maggie. La ironía es que ella odia a Knocker. Pude ver que los dos querían irse. Ojos de ratón juzgó que eso no era suficiente.

—Mire —explicó—, vamos a agarrar a la muchacha y quedarnos con ella. No la lastimaremos. Es solo para hacerle marcar el paso a usted.

Abrí la puerta del frente y se apresuraron a cruzarla. Se detuvieron cuando yo levanté el martillo.

—Con esto no termina todo —les dije—. La mayor equivocación de su vida la hicieron cuando consintieron en secuestrar a Maggie Parson. Y Chrissie lo sabe. Si yo fuera ustedes, me abriría de ella. Díganle que yo digo que les tiene que pagar lo mismo.

Me miraron absortos pero no discutieron. Quizás no conocían la extrema mezquindad de Chrissie. Después de que se fueron atranqué la puerta y puse una silla contra el picaporte. Me senté conservando todavía el martillo en la mano y un estremecimiento me recorrió. Jamás Maggie estuvo ante un peligro semejante, y esto me sacudió hasta la raíz.

Compré otra cadena y un candado tan pronto se abrieron los negocios. Las cadenas eran buenas para una precaución normal y no quise que Maggie se volviera loca de miedo al encontrarla rota. Este era el *gran día* y me resigné a aceptar que no tenía escapatoria, que no complicara las cosas más adelante. La noche anterior me había conmocionado. Norman no habría hecho el revuelo que hizo Chrissie. Era presumible que ya supiera dónde se encontraba Maggie.

Durante el transcurso del día traté de conseguir a Chrissie por teléfono, pero recién a media tarde me contestó. Le advertí que si trataba de secuestrar a Maggie la iba a denunciar al primer policía que estuviera a la vista, así como a Norman también. La seguridad de Maggie era la única salida que probablemente me induciría a delatar. Creo que le llegó el mensaje, porque me arrojó un montón de obscenidades que hubieran batido cualquier récord si se pudieran imprimir. No la iba a detener. En el estado en que estaba, aunque tuviera la certeza de que iba a parar a la cárcel, no se detendría con tal de satisfacer su sed de venganza. Pero yo debía desviar su atención de Maggie hacia mí.

Por la noche no supe si llamar por teléfono a Maggie o no. Luego ella me telefoneó y me burlé, haciendo chistes sobre la situación. Me vio consiguiendo que me echaran una sentencia por diez años por algo que yo no quería hacer y por fin terminar acompañando a Dick. Todo parecía una locura ahora, pero no fue así cuando comenzó todo. Había puesto todos los huevos en una canasta y había dejado caer el montón.

Seleccioné un par de zapatillas, una navaja resistente y un par de ganzúas; una sierra, plastilina y zapatos con suela de goma, completaron mi equipo. Saqué las puntas en espiral de mi ganzúa dentada y las reemplacé con pequeñas espátulas de metal. A las once y media abandoné mi casa. Robé un auto a unos ochocientos metros y me dirigí hacia Vauxhall.

Ahora que estaba de nuevo en actividad, el trabajo me atraía con fuerza, no lo podía remediar. Estaba a un tiempo feliz y asustado de

seguir adelante. Me hubiera costado detenerme ante cualquier cosa que ocurriera.

Unas nubes corrían movidas por un fuerte viento, ennegreciendo casi todo el firmamento. Normalmente, eso no me habría preocupado, pero si llovía mientras estuviéramos en la cloaca, no iba a ser divertido. Todavía había mucho tránsito, lo que me daba una sensación agradable de estar vagamente envuelto en el anonimato. Miré la señal de nafta. Quedaban unos pocos galones. Suficiente. Manejé a cuarenta como un exponente de conductor modelo.

Me deslicé dentro de los jardines Bessborough, doblé en la esquina un par de veces antes de encontrar un lugar oscuro dónde estacionar. Salí lamentando no poder devolverle el auto al dueño, pero cuando uno está en un trabajo, así es la cosa. Es una plaza agradable rodeada por un césped enrejado. Y era tranquilo. Caminé hacia Grosvenor Road.

El ambiente se volvía sucio según me acercaba al río. Viejos edificios de ladrillo con la pátina del tiempo y maltratados por garabatos hechos con cal, enfrentaban a otros edificios que debían haber sido echados abajo hacía tiempo. Yo tenía una gran ventaja: la gente no deambula en una zona así. Estaba solo, mis zapatos de goma no hacían ruido, permitiendo que mis oídos estuvieran atentos a los pesados pasos de los policías. Distritos como este, obligaban a tener cautela y contribuían con un aura de deterioro, negligencia y paralización. Entré en la prolongada curva de Grosvenor Road, tan diferente de la vecina Millbank. Crucé al frente y seguí un sucio muro de ladrillo cortado aquí y allá por portones metálicos. Iba siguiendo la línea del muelle y entreví un gran edificio de ventanas rotas que caían detrás del muro como tratando de ocultarse avergonzadas aun en la oscuridad. Estaba solitario, vacío y sin vida y yo muy agradecido.

Los portones del depósito aparecieron ante mis ojos, del otro lado de la calzada. Eran sólidos y clavados en la firme aunque vieja mampostería. Era ideal de cualquier lado que se la mirase. La zona

inmediata no era residencial, sino un lugar donde la marcha del progreso había retrocedido. Obviamente no existía un lugar para poderse esconder, pero en cambio había mucha sombra: más sombra que luz. Me quedé enfrente escuchando y mirando, fiándome más de mi oído que de mi vista. Crucé la calzada, probé los candados de los portones, agucé mis oídos una vez más, luego saqué las tenazas que colgaban de mi cintura. Retrocedí para hacer palanca y presioné con fuerza. El candado era antiguo y fuerte y tuve que intentarlo varias veces. Saltó como un tiro. Saqué el viejo candado, retiré la barra y abrí ampliamente el portón.

Estaba en un lugar visible, así que trabajé de prisa. Crucé el patio empedrado y me dirigí al viejo edificio. Grandes puertas con candados que hice saltar lo más rápidamente que pude. El sudor empezaba a correrme, yo necesitaba tenazas más grandes pero las había sacrificado por el peso. Una vez que retiré el candado hice deslizar las puertas en los rieles. Tres inmensos camiones azules estaban al frente, sus rayas diagonales malvas y amarillas se destacaban en esa mala luz.

Abrí las puertas delanteras del camión de la derecha y trepé. Encendí mi linternita. Había una mesa en el centro con un banco de cada lado para que se sentaran los cloaqueros. A la derecha de la puerta había un armario. Lo abrí. El Árabe había cumplido con su parte: estaba lleno de pesadas botas de goma, largas medias de lana que usan los marineros, overols, cinturones de seguridad, cascos, una lámpara de minero y algunas lámparas a batería bien grandes. Cerré las puertas y salí. Al costado del garaje había algunos galpones enfrentando al patio. El Árabe me había avisado cuál de ellos era; usando el mango de las tenazas como una ganzúa hice saltar astillas en la puerta alrededor de la cerradura e hice palanca. Se abrió con gran estrépito. La idea era hacerlo aparecer como violentado. El Árabe me había hecho economizar tiempo preparando y poniendo el equipo en el camión. Corrí hacia el frente del mismo. El Árabe había colaborado tanto como se podía esperar. La llave estaba puesta. No era imperativo, pero hacía ganar tiempo.

Oí unas pisadas en el momento en que iba a subir al auto. No las pude ubicar. La gente dice que los patrulleros no sirven para nada, pero pueden creerme si les digo que causan problemas. Muy a menudo consiguen pescar a alguien.

Me dirigí a los portones exteriores y los cerré. No tenían candado y la manija podía sobresalir. Tenía que correr ese riesgo. Justo en la parte interior del portón y hacia la izquierda había un edificio bajo y un muro. Trepé, escuchando todo el tiempo por si oía pasos. Desde ahí, yo podía distinguir el caño de la chimenea del techo más alto. Ahora podía ver a los policías que se acercaban lentamente del otro lado de la calzada.

Pulgada por pulgada, para no atraer su atención, me hice camino otra vez hacia el edificio chato. Por la descripción del Árabe sabía que el edificio principal estaba a caballo del viejo río Tyburn, el cual emergía del subsuelo como si se extrañara de que una sentencia salvaje del hombre lo ocultara a la vista humana. Con la historia que esta vieja corriente soportaba yo podía entender su disgusto. De todas formas, me podía ofrecer una salida si tenía que huir. Abrí mis oídos y esperé, listo para escaparme.

Las pisadas se fueron apagando, devolviéndome algo de tranquilidad. Espié el cielo oscureciéndose con el paso lento de los bancos de nubes que presagiaban un húmedo fin de semana. Pude oler la lluvia y esto me preocupaba más que los policías.

Esperé hasta que no los pude oír más, luego volví a abrir el portón principal y trepé al coche. Con el pie en el embrague aflojé los frenos y luego lo introduje en el patio. Salté afuera, cerré las grandes puertas azules y luego deslicé el candado roto sobre la anilla de la manija. Ahora llevé el camión a la calle, paré de nuevo entre las dobles líneas amarillas, lo que me produjo una satisfacción infantil y luego cerré los dos portones principales. Corrí la barra y le puse el nuevo candado que había comprado esa mañana. Tiré la llave por sobre el muro. Exteriormente todo había vuelto a la normalidad. Si los policías regresaban de este lado, no advertirían nada anormal.

La galería Tate se encontraba muy convenientemente situada cerca del depósito, pero yo todavía tenía que hacer una visita en las cercanías. Eligiendo con cuidado las calles, utilicé las poco transitadas y las seguí hasta Chelsea Bridge conservando la dirección sur del río. En ese momento me iba alejando de la Tate, pero había decidido que era preferible arriesgarme solo en el exterior y no con todo el equipo. Con Battersea Park a mi derecha giré a mi izquierda hacia Queenstown Road, no muy alejado de Battersea Power Station: los cañones de las chimeneas parecían como si fueran enormes cigarros introduciéndose en las nubes turbulentas. Me acerqué a un depósito abandonado. Había un pequeño patio, con sus desvencijados portones abiertos, así que entré.

Debían estar esperándome. Big Fred salió por una puerta lateral como un gorila agachado. Había que darle su mérito: ya tenía las puertas traseras abiertas para cuando apagué el motor. Salté para ayudarlos y Slasher Charlie y otro hombre más ya estaban cargando el primer tubo de oxígeno. Fui con Fred a buscar otro. Hicimos un par de viajes antes de tener todos los tanques y las perforadoras térmicas en el camión. Hubo algo de trabajo con las perforadoras, que eran difíciles de acomodar, debido a su tamaño, pero finalmente se hizo. El cuarto tipo se llamaba Sid, un petiso de cara famélica, con un rastro de barba gris y manos inquietas, que en lo que a mí concernía, lo necesitaría para muy poca cosa dentro de lo programado. Entonces todos nos sacamos los zapatos y nos pusimos los overols, las medias gruesas por encima y las botas pesadas para vadear. Nos colocamos los cinturones de seguridad, y distribuimos los cascos amarillos y guantes colorados de goma de modo que cada uno tuvo todo a mano. Mientras nos preparábamos, me di cuenta de que no era el único que observaba con ansiedad el cielo.

Apenas hablamos. Lo profesional en cada uno, hacía que cada cual cumpliera rápidamente con su trabajo preliminar, de manera que le quedara tiempo suficiente para el trabajo verdadero. Señalé

la lámpara de minero de manera que la pudieran tener preparada para probar el gas cuando llegara el momento. Todos nos movíamos con torpeza debido al peso de las botas que eran desacostumbradamente pesadas y con tapones, probablemente para aferrarse al lodo resbaladizo de la cloaca. Los amontoné dentro del camión y cuando se sentaron alrededor de la mesa cerré las puertas. Regresé a la cabina y trepé tan desmañado como un buzo. Sacrifiqué unos pocos segundos tratando de acostumbrarme a su arranque, embragué y aceleré a través de las espesas suelas de las botas de vadear. Era peor de lo que pensé.

Salí lentamente del patio, con una serie de estampidos que debían haber sobresaltado a los muchachos del camión, salté afuera, cerré el portón y regresé nuevamente. Era mejor mientras avanzaba pero todavía era como manejar sin sentirlo en los pies. Lo hice con cuidado esperando no atraer la atención. Lo llevé de regreso por donde había venido sobre Chelsea Bridge a lo largo de la miserable soledad de Grosvenor Road y pasé de nuevo enfrente del depósito para seguir derecho hacia Millbank siguiendo las suaves vueltas del Támesis. Prácticamente teníamos el lugar para nosotros solos, frené en la fantasmal entrada externa de la Tate, dejé las luces laterales encendidas y salté. Me iba sintiendo algo mejor.

Cuando llegué, las puertas traseras casi estaban abiertas y los muchachos saltaban tropezando. Saqué un llavero e indiqué a Sid que me siguiera con la lámpara de minero. Cruzamos la amplia y desierta calle hacia el Támesis y localizamos la tapa, de la cloaca. Es asombrosa la cantidad de diferentes tapas que hay sobre el pavimento: electricidad, agua, gas, teléfonos y drenaje; todos ellos ponen su remiendo. Retiramos la tapa metálica y miramos hacia abajo. Era negro, pero podíamos oír el fluir del agua y una especie de gas parafinado mandaba su olor, más que molesto ligeramente enfermante. Bajé la lámpara por medio de una cuerda y el brillo de la luz hirió la oscuridad. A menos que quisiéramos explotar dentro

de la rápida corriente del Támesis, no había por qué apurarse. Ahora eran algo más de las doce y media.

Subí la lámpara. El papel de acetato que la envolvía no había cambiado de color. Dije a Sid.

—Todo lo que tiene que hacer es quedarse aquí. Deje la tapa abierta y golpéela con fuerza dos veces si llueve. —Ambos miramos el cielo amenazante pero no dijimos palabra—. Si la poli viene avíseme y dígales que es una emergencia y que hay un inspector. Ese seré yo. Me llamo Jones. ¿Lo entendió? Eso es todo lo que tiene que hacer. Quédese aquí hasta que le diga que se puede ir.

Asintió y se ubicó. Miré del otro lado de la calle al pequeño grupo, luego sobre ellos a la serenidad de la Tate y me sentí vagamente entristecido. La vieja señora iba a ser violada.

OceanofPDF.com

13

CAMINÉ hacia el trío infernal. Sus caras estaban sombrías bajo sus cascos, pero había una especie de inusual sumisión que no esperaba de ellos. Tal vez se dieran cuenta de que este no era el momento de rebelarse. Era una lástima que no lo hubiera pensado antes, pero ya no había tiempo y había un trabajo para hacer.

—Saquen el equipo.

Di la orden y nadie discutió. Retiraron el primer cilindro mientras yo tomaba la escalera vertical amurallada a la pared del túnel que tenía unos noventa centímetros. La escalera estaba tan próxima a la pared de ladrillo que no podía meter todo mi pie, pero pronto advertí que separando las rodillas era algo más fácil. Era tan angosto que la pared raspaba mi espalda. El túnel seguía directo hacia abajo y terminaba en una cámara, lo que le agregaba otros 90 centímetros de ancho y 1,80 metros de largo. Inmediatamente sentí la fuerte succión del agua. Retrocediendo aguas abajo del túnel horizontal que corría desde la cámara, había suficiente lugar para las perforadoras térmicas. Moví la lámpara en diferentes direcciones para establecer un plan. El fuego reflejado en las paredes y en el agua, creaba ilusorios tonos de luz y sombra de inmediato efecto claustrofóbico.

La mayoría de las cloacas principales son viejos ríos; los tributarios han sido complementados por el cemento y la mano del hombre. Las paredes de la cámara y de la cloaca principal que la unía eran de ladrillo. La cloaca en sí era redonda, pero algo más

chata, y con un piso irregular de ladrillos. Las pesadas botas por fin tenían sentido porque estaba parado dentro de una rápida corriente de 60 centímetros de profundidad. Era demasiado hondo pero teníamos que enfrentarnos a eso.

El agua era sorprendentemente clara y el olor a parafina ahora era más intenso. Alguien debía haber hecho un desagüe en alguna parte porque el olor se mezclaba con el aire viciado. Cuando giré el haz de luz hacia abajo de la corriente, vi una saliente que obviamente era un viejo puente y que se había dejado como soporte. Sentí un dejo de melancolía por el pasado.

Apenas había lugar. Me di vuelta para enfrentarme a la cámara de nuevo, e hice brillar la lámpara sobre el lugar de la pared que había que perforar. A una altura de unos ocho ladrillos sobre el nivel del agua se debía hacer el centro de la abertura, todo era muy compacto. Miré hacia arriba al pequeño cuadrado de luz que estaba sobre mí. Era solo algo menos oscuro, puesto que tres caras lo bloqueaban. Hice un ajustado cálculo: no podíamos atrevernos a horadar en ningún punto que estuviera a menos de dos metros por debajo del nivel de la calle. Sobre ese punto podíamos encontrarnos con caños maestros de gas y electricidad.

Arriba alguien golpeó la tapa metálica y el ruido llenó la cloaca contestando adecuadamente a la señal de peligro. El ruido retumbó con eco y de repente me sentí solo ahí abajo en medio de tanta oscuridad atemorizadora. Se estaban impacientando allá arriba pero yo tenía que estar seguro. De nuevo hice brillar la lámpara sobre el húmedo y viejo trabajo de albañilería y miré si había alguna marca del agua. Cuando la encontré, no me gustó mucho, era por arriba de mi cabeza. Sabía por el Árabe que las cloacas se podían inundar, pero alejé ese pensamiento, porque también sabía que con una fuerte lluvia se podían llenar a toda velocidad. Para cualquier propósito teníamos más que lugar; era el menor de los requerimientos importantes. Empecé a subir la escalera consciente del peso, de mis botas. Con el atascamiento de las barras y mi

propio tamaño ofrecía más dificultades que a las que me había preparado.

Unas manos acogedoras me ayudaron y me pusieron sobre el pavimento y pensé cómo la codicia puede hacer apretar filas a pesar de las disputas. Ninguno quería que fracasara. Lo único que me perturbaba, era la manera con que Big Fred desvió a medias su mirada cuando me di vuelta para agradecerle. Como siempre, me intranquilizó. Cada vez que intentaba observarlo pasaba lo mismo. Les dije mi plan a grandes rasgos y les expliqué que uno de ellos tenía que sostener derecho el cilindro de oxígeno que usáramos para que la válvula estuviera por encima del nivel del agua. Entonces fui al fondo del camión, bajé la tapa del lado vecino y rocié en grande mis botas y guantes con el líquido desinfectante. Uno nunca sabe si lo pueden estar observando en este acto de rutina.

Nos aseguramos de que el camino estuviera libre antes de bajar el equipo. Fred y Slasher bajaron con Charlie y yo mismo ayudé a descender el primer tubo, el porta barreno, el soplete que pondría en acción el extremo del barreno y el barreno mismo. Abajo tuvieron problemas con el largo del barreno y pude ver los haces de luz de sus lámparas que zigzagueaban como proyectores, mientras ellos se retiraban. Los pude oír cuando chapaleaban y juraban, sus reniegos quemaban como flechas presionando burbujas. No había tiempo para reconvenciones. Por fin Fred graznó un O.K. Flotó golpeándose contra las estrechas paredes y llegando a nosotros como un áspero y distorsionado murmullo. Hice una seña a Charlie. Este deslizó un par de anteojeras para protegerse los ojos contra las salpicaduras diluidas, como debían haberlo hecho los otros ahora y empezó a descender. Con su delgadez no debía tener tanta dificultad como Big Fred o yo. No utilizó su lámpara y los otros hicieron brillar las de ellos hacia arriba para ayudarlo. Debían sentirse muy amontonados ahí abajo.

Miré al otro lado de la calle a Sid, quien hacía el trabajo más aburrido aunque importante. Todos tenían que operar bien. Se tocó el casco en reconocimiento y le retruqué con una inclinación. No

había lugar para mí en ese pozo; mi trabajo, por el momento, consistía en resolver cualquier problema de arriba. Big Fred sabía dónde excavar y era un experto en su trabajo. Las cosas se habían aquietado ahí abajo. Suponía que Charlie sostendría el cilindro mientras Big Fred y Slasher trabajarían con el barreno. Con toda razón preservarían la vida de las lámparas usando solamente una y vi el repentino resplandor de la lámpara del soplete cuando empezaron a trabajar.

A despecho de las precauciones que habíamos tomado, respiré aliviado cuando no ocurrió nada en el momento en que se calentó el extremo del barreno. No había señales de gases pero las dos cloacas abiertas habían contribuido por su parte a despejarlos... si es que los hubo. Charlie dio vuelta a la llave del oxígeno y la fusión comenzó en el extremo del barreno. Con Charlie sosteniendo el tubo y dirigiendo el destello, el potente resplandor del barreno quedó minimizado, pero a lo que no estaba preparado era al humo.

Subió a montones a lo largo del pozo como si hubiera fuego abajo. Al principio pensé que el trío infernal se ahogaría, luego recordé que estaban muy abajo, en el lecho del túnel y que la corriente de aire lo enviaría por el agujero.

Después de un par de minutos golpeé por dos veces rápidamente la tapa de metal. Charlie debió haber cerrado el oxígeno de inmediato, porque el resplandor desapareció y hubo un repentino silencio. El humo empezó a disiparse. Me aseguré de que la calle siguiera libre y luego bajé por la escalera, llegando solo hasta el nivel del agua y me quedé en la escalera. Miré hacia abajo a una pila de escombros diluida que todavía se removía dentro del agua como una lava deslizante, silbando, humeando y serpenteando en torturante agonía cuando caía de la cavidad que estaban haciendo. Fue la primera vez que vi la devastadora eficiencia de una perforadora térmica y por un momento me sentí impresionado por el montón de escombros que había bajo el agua. Por fortuna el boquete estaba en la pared norte de la cámara, así que los escombros no formaban una represa que hiciera levantar el nivel del

agua. El silbido continuaba mientras la delgada masa se escurría para abajo, mandando largas cintas de estela y humo cuando llegaban al agua.

—¿Qué diablos pasa?

Por vez primera Big Fred se puso violento. Se quedó en la cloaca principal sujetando el barreno con las dos manos, su anteojera subida sobre su frente sudorosa.

Tenía un aspecto maligno sombrío e insolente y yo lo prefería así porque lo comprendía mejor.

—Hay nubes de humo que llegan hasta arriba. No va a ser fácil explicar a la poli cuando esta aparezca... y aparecerá.

Fred se secó la cara con el dorso de su guante de goma. Parecía un horripilante conjunto con el agua chorreando de sus rodillas en esa luz indecisa. Todos sudaban.

—Ese es problema suyo —gruñó Fred—. Usted es el muchacho inteligente, salga como pueda.

—Solo quería advertirles que respondan al segundo cuando oigan otra señal y dispersen el humo lo mejor que puedan, pero de inmediato.

Pensé que Big Fred iba a retrucarme y los otros dos lo miraron, pero dijo hosco:

—Haga su trabajo, nosotros haremos el nuestro. Ahora tenemos que encender esta maldita cosa otra vez.

Regresé arriba, pensando que en realidad, Charlie no podía haber reaccionado con más rapidez de lo que hizo. Todo lo que podían hacer era tratar de aventar el humo dentro de la cloaca principal y limitar los excesos. Cuando llegué al pavimento llamé a los de abajo y poco después el humo llegó sacudiéndose, mientras yo miraba ansiosamente a mi alrededor.

Empezó a gotear; solo eso, pero era inquietante. El problema era que yo no estaba seguro de que no estuviera lloviendo más fuerte en otro lugar. La inundación de las cloacas no tiene por qué empezar en el lugar en que uno está, pueden fluir sin previo aviso desde otra zona. El sonido de cada gota se amplificaba sobre los

cascos plásticos. El pavimento empezó a motearse con oscuros parches. ¿Debía avisarles a los hombres? Sid me miraba desde el otro lado y obviamente pensaba lo mismo.

Miré el cielo: un oscuro dosel con el resplandor nocturno de Londres reflejado pesadamente debajo de él. Las nubes temblequeantes aparecían chatas como lonjas y parecían asentarse por largo tiempo. Los hombres no debían tardar mucho en subir. No era como si estuvieran a medio camino a lo largo de una larga y principal cloaca. Por otro lado suponía que la cámara se llenaría muy pronto si el tiempo se ponía peor. Decidí que las cosas siguieran así un poco más: si empeoraba los haría subir.

Aunque estaba inquieto, mis reflejos seguían operando. Detecté el coche policial, a cierta distancia. Dos cosas me ayudaron, un casi infalible instinto ante la presencia de la policía y una luz de la calle que reflejó el azul del techo del auto. Di a la tapa un golpe de advertencia y el humo empezó a desaparecer al instante.

—Quédense en donde están —dirigí mi voz por el túnel—, la poli está aquí.

Llegaron remoloneando por el lado de Sid a no más de treinta, lo que indicaba que no era nada especial. Estuve tentado de aventar el humo con mis manos, pero me contuve, ignorando el auto que se acercaba lentamente. Sabía que se iban a detener porque estaban matando el tiempo y así lo hicieron. Doblaron en forma de U y se acomodaron con tranquilidad detrás del camión, apagaron las luces de arriba y un sargento uniformado y un policía saltaron despacio de él.

—¡Hola compañero! —Se unieron a mí tranquilamente—. ¿Haciendo horas extras?

—Por suerte paró de llover —dijo el sargento. Ambos miraron hacia abajo, pero yo sabía que no podían ver nada más que un agujero negro: los muchachos habían apagado sus linternas.

—¡Qué asqueroso olor a humo! ¿Qué pasa?

El sargento se enderezó torciendo la nariz.

—Soldadura —mentí y señalé a Sid del otro lado de la calle—. Hay un escape hacia el Támesis. La cloaca reventó y hay un escape. Le digo que no es cosa de risa.

—¿Quiere decir que acaba de encontrarlo?

El sargento no sospechaba, pero lo sospecharía si me equivocaba en la respuesta.

—No. Por lo general no trabajamos de noche. Encontramos la rotura hoy temprano, cuando hacíamos una inspección de rutina. Pero necesita un soporte especial y abrazaderas para soldar. Como en las casas viejas cuando las paredes se comban. Lleva tiempo para conseguir el equipo. Pero no nos atrevemos a dejarlo para mañana. Una gota de lluvia y la calle reventará.

—¿Tan malo es?

—Peor. Los cables eléctricos y los caños maestros de agua están solo a pocos centímetros por encima de la cloaca. Una vez que se produzca un escape se hará pedazos.

El sargento escuchaba. Se mostraba interesado. No parecía tonto pero yo me jugaba a que sus conocimientos sobre las cloacas fueran inferiores a los míos.

—¿Qué pasa con la Tate? —preguntó—. ¿Todos esos cuadros? ¿Entrará en los sótanos?

No podía saber si era una pregunta intencionada o simple curiosidad. Ambos policías tenían una expresión impertérrita bajo sus cascos picudos.

—¿Hay sótanos? De todos modos no iban a guardar los cuadros en los sótanos, ¿verdad? ¿Qué pasaría con la humedad?

El sargento levantó los hombros.

—Si hay riesgo, tengo que informar.

Levanté los hombros.

—Si ese es su único problema, yo no me preocuparía compañero —señalé la isla en medio de la calle—. La rotura está justo ahí debajo y la cloaca corre desde donde estamos hasta donde está Sid, luego sigue el curso del río durante un trecho. La Tate no está en peligro.

Asintió.

—¡Qué interesante! Me gustaría bajar.

—Tiene que hacer una solicitud —le dije ayudándolo—, tiene que vestirse adecuadamente y firmar una indemnización.

—¿Indemnización?

—Por si acaso usted se cae y lastima o si se enferma. Se agarran algunas enfermedades raras ahí abajo. Nosotros estamos inmunes aunque Sid estuvo en cama un par de meses el año pasado. Fiebre y erupción rara, usted conoce a esos malditos médicos: no saben nada, ¿verdad? El viejo Sid parecía una langosta hervida con salpicaduras negras por todo el cuerpo. Lo pasó mal por un tiempo y los charlatanes le dieron nombres divertidos, pero no le mejoraron, nunca ha vuelto a ser el mismo Sid.

Los policías miraron a Sid que controlaba sus nervios y miraba al Támesis por arriba del parapeto que tenía casi su estatura.

—Mire el peso que perdió —agregué como si esperara que ellos supieran.

El sargento dijo:

—Podemos aclarar diciendo que descendemos cumpliendo con nuestro deber.

Era mitad bluff, mitad verdad.

—Si insiste puedo prestarle el overol y las botas —le ofrecí—. Deme una pequeña nota para mostrarle a mi jefe. Pero por amor de Dios no resbale porque hay mucho en qué resbalar. No deje que penetre nada en sus pulmones, cualquier cosa que le suceda...

Supo que estaba exagerando, así que le hice una mueca. Me sonrió de nuevo y empujó amistosamente mi hombro.

—Espero que lo resuelvan —dijo—. Vamos Chalky.

Los saludé con la mano. Me devolvieron el saludo desde el auto. Norman no había sido tan tonto; sabía que yo gozaría alternando bromas con la ley. Fue bastante fácil, porque había tomado la precaución de hacer mis planes con el Árabe. Grité hacia abajo. ¡O. K.! La voz de Fred me llegó:

—Necesitamos otro barreno. Este justo paró de trabajar cuando nos avisó.

Lo cual aclaraba por qué desapareció el humo tan rápidamente. Se necesita algo de suerte. Busqué el barreno en el camión y se lo deslicé a Fred, que subió la escalera para tomarlo.

Vi el resplandor del soplete y el humo empezó a subir por el túnel y se mezcló con la ligera brisa que ahora lo envolvió, jugó con él y luego lo adelgazó con gracia convirtiéndolo en caprichosos remolinos sobre mi cabeza. Estaba feliz porque la lluvia había parado, pero el cielo seguía cubierto, preparado para empezar de nuevo. Pensé, angustiado, si el equipo térmico necesitaría los otros tubos y barrenos. Los necesitaron. Cuando a intervalos, se los alcancé, me preocupé pensando si habrían traído lo suficiente. Si no podían terminar teníamos que embalar e irnos a casa, habiendo arriesgado tanto para nada. Me estaba poniendo nervioso.

Cuando me llegó la llamada desde abajo, corrí por los peldaños de acero, tosiendo por el humo.

Los haces de luz de tres lámparas cortaban el humo que se desvanecía y se fijaban en el boquete que habían perforado. No era un agujero muy grande, solo lo suficiente para poderse deslizar. Los escombros todavía temblaban en un montón sobre el nivel del agua, deslizándose, subiendo de nuevo volviendo al agua con el ahora familiar silbido. Miré a Big Fred.

—Buen trabajo. ¿Quiere que devolvamos algo del equipo?

Estaba demasiado contento consigo mismo para seguir resentido. La mugre cubría sus anteojeras, pero por el momento estaba feliz. Sabía su trabajo; lo había hecho bien. Slasher y Charlie sonreían triunfantes. Tenían sus anteojeras levantadas.

—Necesito el sostenedor del barreno —replicó Fred—. Los tubos pueden quedar aquí. Puedo conseguir otros.

No le pregunté dónde. El último barreno estaba a medio usar y él decidió abandonarlo, así como el soplete. Esos muchachos solo tenían interés en conservar el equipo difícil de reemplazar y era obvio que querían viajar sin impedimentos en el viaje de regreso.

Les conté lo que había ocurrido arriba e instruí a Fred en lo que tenía que hacer y decir si la poli regresaba. Quería que fuera arriba, porque lo tenía por el más capaz para manejarse, llegado el caso. Me escuchó con los ojos bajos, recuperó el sostenedor del barreno y luego empezó a subir. Me daba la espalda para eludir mi mirada. Les dije a Charlie y Slasher que tenían que quedarse abajo hasta que yo regresara. Consideré si debía dejarlos en la parte trasera del camión, pero si los policías regresaban y podían no ser la misma pareja, harían preguntas extrañadas e inspeccionarían el camión. Yo no tenía confianza de que esos tres los satisficieran. Con toda probabilidad reaccionarían como la vieja escoria que eran. Big Fred podía ser hosco, pero yo lo había aleccionado para llevarlo a cabo. No les gustó, pero yo sabía que Fred me respaldaría, aunque no fuera más que por salvar su pellejo. Le alargué a Charlie mi casco y me hice camino en la corta distancia río arriba hacia el boquete.

El montón de escombros estaba ahora en mi camino, directamente enfrente del agujero, me incliné hacia adelante y con mi guante de goma empujé rápidamente los restos de cemento. Encontré un lugar firme bajo el agua y los escombros y me adelanté metiendo uno de mis brazos y mi cabeza en el boquete. Con los escombros me resultaba difícil, siendo el agujero tan pequeño. No pude seguir. Sacudí los escombros hacia afuera pero enfriados por el agua ya casi se estaban solidificando.

—Tienen que empujarme —les ordené—. Mientras esté flojo actúen, si golpeo con mi pie, querrá decir que tengo problemas.

Se acomodaron a ambos lados de los escombros y traté de nuevo de avanzar. Levantaron mi pie y lentamente me empujaron dentro del áspero y puntiagudo agujero. Me raspé las manos en el cemento pero conseguí salvar la cara y les dejé que siguieran empujándome de través. Mi cabeza emergió en la oscuridad pero supe que estaba libre. Golpeé con mis piernas y Charlie y Slasher dejaron de empujar. Adelantando mi lámpara la encendí, dirigí el haz de luz hacia abajo y casi reí con alivio. El piso del sótano estaba justo debajo de mi mirada a unas seis pulgadas del borde del

agujero. Fred no me hubiera agradecido si se hubiera encontrado perforando el piso. Dejé que el alivio me invadiera, luego pataleé avanzando. Me senté con la espalda apoyada en la pared del sótano y me saqué las botas y guantes y me puse de pie con mis medias largas de lana todavía subidas arriba de las rodillas: eran ideales para moverse en silencio. Desabroché el delantero de mi overol para poder buscar con más facilidad los instrumentos que necesitaba. Coloqué las botas contra la pared cercana al boquete, de manera que pudiera agarrarlas a mi regreso y tuve un helado pensamiento de que si el nivel del agua se elevaba, el sótano se inundaría y yo quedaría atrapado dentro de la Tate.

Fue el empuje que necesitaba para seguir adelante. Balanceé la lámpara en rededor, estudiando el sótano, los rechonchos pilares que llegaban al techo y las esculturas cubiertas en la pared que estaba más alejada. Dejé mi lámpara y utilicé mi linternita, me apresuré a cruzar el piso de ladrillo desnudo y entré en un pasillo abierto que corría desde el sótano hasta unirse a otro. A medio camino, se abría una puerta de madera de tamaño corriente, que conducía a otro sótano y en la parte más alejada había escalones de piedra hacia arriba. Esos, yo sabía, me llevarían al subsuelo, donde se encontraban el restaurante y las oficinas de la administración y encima de ellos algunas galerías. Desde el momento en que abrí la puerta en la cima de los escalones supe que tenía que tener los ojos bien abiertos. No era novedad para mí, pero había mucho trecho de camino que recorrer. Entré en el pasillo que estaba en plena oscuridad, cerré la puerta y me quedé con mi espalda apoyada en ella durante algunos segundos. Estaba totalmente oscuro.

Miré mi reloj luminoso: la una y media. No estaba mal. Sobraba tiempo. Habría recorridas de rutina y este era el momento impredecible. Deseaba apostar que serían a las horas y a las medias: a qué intervalos, imposible adivinar.

De repente aparecieron unas luces al otro extremo del palillo; sin titubear, abrí la puerta detrás de mí y entré, la cerré y espí por el

ojo de la cerradura. Aparecieron más luces. Deseaba permanecer mirando por el ojo de la cerradura, pero estaba preparado para moverme con rapidez si abrían la puerta. Se oían pasos: un hombre moviéndose lentamente, pero adiviné que había otros en cualquier lugar. Pasó delante del agujero de la cerradura con andar tranquilo, haciendo, noche tras noche, lo que debía ser de un gran aburrimiento. ¿Quién robó a la Tate? Yo estaba tranquilo, listo para saltar detrás de la puerta, pero él siguió de largo y todo lo que tuve que hacer fue esperar. Así que era cada media hora. Tenía suerte de haberme enterado tan pronto.

Pasó algún rato después de que desaparecieron las luces y les concedí otros diez minutos más. Abrí la puerta y salí de nuevo, escuchando, tratando de penetrar cada rincón y en la Tate los hay a montones. Con el extraño plano abierto del lugar y los ciellorrasos tan altos, se tenía una sensación de enorme vacío, pero yo ya había aprendido a ignorarlo. Me arrastré afuera, arriesgando mi linterna como un mal menor, antes de correr el peligro de caer en lo inesperado. Mis pies calzados con medias no hacían ruido.

Sabía exactamente a dónde dirigirme. Me di vuelta a la derecha, tomé por la amplia escalinata curva hacia la planta baja. Di vuelta a la izquierda, dejando la galería de las ventas a mi izquierda, continué hacia el fondo de la galería y llegué a mi primer obstáculo: las puertas de metal cerradas a la entrada de la galería. El mayor problema era tanto espacio abierto.

Me enfrenté con las puertas de metal que parecían fuera de lugar, sobresaliendo de los arcos de mármol verde. Era como utilizar un marco valioso para una pintura chapucera. Iluminé con mi linterna la cerradura y luego todo el marco. No había señales de alambre, pero en vista del hecho de que las puertas se deslizaban fuera de la vista a un lugar escondido, la alarma bien podía estar fija directamente en la cerradura, lo que sería una variante de enganche. La apertura de las puertas rompería el circuito, lo mismo que si se violaba la cerradura.

Saqué mi ganzúa dentada e inserté las dos puntas de la espátula en la rendija de las puertas, asegurándome que ambas espátulas llegaran a la cerradura. Luego las sujeté con plastilina en su lugar.

El alambre entre las espátulas enlazó hacia abajo dejándome sitio para trabajar. Todo lo que tenía que hacer ahora era sostener la cerradura entre las espátulas, en un espacio de un decimosexto de pulgada. Busqué en la solapa de mi saco y retiré una hebra de hilo de sutura craneano. No lo había utilizado desde el trabajo en la Legación de China. El haberlo tenido en el cuello hizo que estuviera curvado, un requerimiento esencial para el nuevo paso. Empujé uno de los extremos a través de la ranura de las puertas justo encima de la cerradura. Cayó con naturalidad suficiente pero tuve que jugar con él, antes de que la punta apareciera en la puerta por debajo de la cerradura. Ahora lo sujeté con una hebra de lana a cada extremo con sumo cuidado para no mover del lugar la ganzúa con el movimiento de sierra. Sujeté la linterna entre mis dientes, manteniéndola fija para que pudiera trabajar.

No era fácil con esa escasa luz. Sabía que sí, cuando la cerradura se cortara, las espátulas perdían contacto, la alarma se elevaría hasta el techo, así que no tenía que perder de vista ese terrible pequeño agujero y vigilar las espátulas todo el tiempo. El sudor empezó a caer por mi cuerpo.

ERA IMPOSIBLE aserrar en esta forma, sin algo de ruido, pero al menos no se oía el lamento acerado de una sierra corriente. Solo pude manejar la vibración trabajando con ambas manos y asegurarme de que la finísima sierra penetrara profundamente en la cerradura. El riesgo estaba en el instante en que la cerradura se partiera en dos. Cuando juzgué que había llegado a mitad de camino dejé con mucho cuidado que la sierra colgara y examiné la ganzúa dentada. Retiré las dos espátulas y las introduje juntas dentro de la estrecha ranura que había aserrado en la cerradura. Esto era sin peligro, porque el corte era muy estrecho y ayudaría también a evitar la caída de la cerradura, una vez que fuera cortada en su totalidad. Con la ayuda de mi cuchillo, me las arreglé para prensar algo de plastilina a través del agujero, para ayudar a sostener hacia abajo a las espátulas. Dejé suficiente espacio debajo de ellas para aserrar sin peligro. Regresé a mi trabajo de sierra.

La última fracción de una pulgada de la cerradura era difícil. La sentía moverse y tuve que hacerlo con sumo cuidado. Por fin fue separado y la sierra pasó a través de ella intacta. El extremo liberado de la cerradura no tenía espacio suficiente para caer afuera del lugar, sí lo tenía para caer ligeramente hacia adelante y romper el contacto. Metí mi cuchillo dentro de la ranura y lo mantuve en esa posición. Al mismo tiempo, empujé hacia atrás la puerta con mi pie. El alambre dentro de la ganzúa empezó a estirarse pero yo sostenía una espátula en su sitio con ayuda del cuchillo que la apretaba

contra el extremo liberado de la cerradura. Ya había constatado que el otro extremo estuviera firmemente asegurado.

Empujé la puerta hasta tener un lugar suficiente para poder trabajar, luego desparramé plastilina alrededor de toda el área de la cerradura, en ambas puertas, de manera que las espátulas fueran sostenidas firmemente y las dos mitades de la cerradura quedaran aseguradas en esa posición. Mientras trabajaba, tenía la fuerte sensación de que toda la fuerza de seguridad de la Tate respiraba en mi nuca, esperando solo que yo terminara con mi trabajo para atraparme. Una vez que estuve seguro de que el circuito estaba liberado, empujé las puertas lo más lejos que pude, para que la ganzúa dentada pudiera caer con toda comodidad en mis rodillas, soplé las virutas de metal dentro de la galería, luego me abrí camino a través de ella, cuidando de no tocar el alambre en espiral tenso. Estaba adentro. Me levanté del otro lado, empujé despacio de nuevo las puertas y tiré la espiral de alambre hacia el lado interno de manera que no lo pudieran ver los guardias.

Iluminé con mi linterna ampliamente a lo largo de la espaciosa galería y llegué a una arcada sin barreras, cuyo final solamente conducía a una galería más alejada: TURNER. Enormes cuadros en las paredes, hubieran atraído en otro momento mi admiración. Al frente, en el vecino pasaje había una pesada marina de olas movedizas bajo la luz oscilante de mi linterna. Agradecí en ese momento que Norman no deseara Turners: algunas de las telas eran tan grandes, que supe cuántos problemas habría tenido con ellas. Crucé el salón y penetré en una tercera galería abierta con los Picasso. No perdí tiempo y recorrí rápidamente las paredes cotejando mi lista con los que deseaba Norman. Él había cumplido con su parte: todos eran de tamaño razonable.

Cada marco estaba atornillado a la pared. Tengo un gran respeto por el arte, pero no tenía tiempo para destornillar los marcos y retirar las telas por la parte de atrás. Me sentí como un vándalo desenfrenado, destrozando bellezas y en ese sensitivo estado sentí la rabia que se desprendía de esas silenciosas pinturas, mientras

observaban y toleraban mi acción. Mi hoja de afeitar con un mango corto de madera me permitió cortar muy cerca de los marcos, de manera que no hubo o fue muy ligera, la reducción del tamaño de los cuadros.

No había oído que hubiera otros sistemas de seguridad y no confiaba en que las puertas no fueran abiertas simplemente como inspección de rutina. Las puertas que yo abrí pasarían desapercibidas a menos que hubiera una completa revisión. Mientras yo estaba ahí me encontraba razonablemente a salvo. Al salir sería diferente. No obstante esa lógica no podía disipar la sensación de estar vigilado, ni la atmósfera de inmensa tristeza que las paredes me transmitían cada vez que usaba la hoja: era una profanación, pero continué con la carnicería tan veloz y cuidadosamente como me era posible. Cuando los tuve a todos en el piso coloqué abajo el mayor, el más pequeño arriba y luego los arrollé en un tamaño manejable, coloqué el rollo contra la pared y entré en la siguiente galería. Di una última mirada a las devastadas, negras cavernas y bajé la escalinata de madera.

La escalera era sólida, sin maderas flojas, pero por hábito la pisé despacio y por los costados. Abajo ya estaba en el subsuelo. Cada galería se veía claramente señalada mostrando el nombre del artista, así que hice una carrera hacia Francis Bacon. Con anterioridad había visto sus cuadros, pero de alguna manera, en esa oscuridad, el haz de luz que enfocaba de una tela a otra, las hacía parecer inmensas: algunas tendrían con seguridad de dos a tres metros de altura. El precio aproximado sería de sesenta mil cada una, ¿quién era yo para discutirlo? Deseché un inútil arrepentimiento y comencé mi carnicería nuevamente. Era casi tan perverso como la crueldad con los animales, pero atacué con tanto cuidado como pude. Bajo la amenguada luz de la linterna se movían y retorcían en silenciosa agonía, yo sentía en mí, cada corte delicado de la hoja de afeitar.

Mientras trabajaba, el silencio reinante me hundía en una depresiva sensación que me desorientó en parte. La pérdida gradual

de la luz añadía a la oscurecida galería una fuerte sensación de suspenso y de etérea intrusión. Algo estaba trabajando en contra mío, oculto pero manifestándose en vibraciones, que eran a la vez fantasía y total realidad en el sentido de que no podía desprenderme de la sensación de fuerzas que se acumulaban para golpearme.

Había pecado y no me quedó duda de ello. La gente que mutila las pinturas, aunque sea mínimamente como lo estaba haciendo yo, no puede proclamarse amante del arte, y sin embargo, yo era uno de ellos, siempre lo había sido y ahora estaba traicionando el don de la apreciación, al igual que un músico o escritor o pintor traiciona sus talentos principales por avaricia. Siempre fui mi peor enemigo cuando me autocriticaba: un hecho que jamás me hubiera sido de utilidad frente a un juez. Habría abandonado esta empresa en ese mismo momento, si no fuera por el peligro para Maggie, y debo admitirlo para mí mismo.

Seguí adelante. Mi linterna se había debilitado en gran manera pero sabía que me alcanzaría hasta el final y de todos modos su debilidad daba a mis ojos la oportunidad de ajuste. Terminé. Los enrollé y los transporté arriba, recuperé los Picasso y los enrollé todos juntos atándolos con una cuerda que llevaba en mi cintura.

Seguí tras la pálida iluminación de la linterna a través de arcadas y galerías y llegué al lugar de partida. Me molestaba tener que empujar las dos puertas por si acaso la plastilina se hubiera adherido a la otra puerta arrancándose una o ambas espátulas y rompiendo el circuito. Inserté la hoja del cuchillo entre las puertas y traté de cortar con prolijidad, para separar la plastilina y mantener las espátulas en el lugar. Las luces me llegaron de atrás de las puertas antes de que pudiera retirar el cuchillo. Todo lo que pude ver fue un brillante rayo de luz bajo la puerta. La galería seguía a oscuras. Me mantuve sereno y totalmente quieto con el cuchillo en la mano.

Se oían muchos pasos, como si este fuera el punto central donde convergían los guardias para iniciar sus rondas. La hoja del cuchillo sobresalía del otro lado de la puerta. Si la dejaba ahí

podrían verla, si la retiraba, el movimiento podía atraer la atención. Lo que no podía hacer era esperar y ver. Reteniendo la respiración, empecé a retirar el cuchillo de a poquito. Para liberarlo de la adherente plastilina tenía que sacudir la hoja, pero eso era imposible. Tuve que empujarla directamente y esperar que viniera hacia mí.

Llegó a un punto y no más. La plastilina se unió, debido a los tirones, y bloqueó la hoja. Debía haberlo realizado con un movimiento más vigoroso que no me atreví a hacer. Inmóvil y tenso, sintiéndome impotente, traté de adivinar lo que pasaba afuera. Era casi imposible juzgar qué porción de la hoja se veía del otro lado de las puertas. Solo podía esperar y ver con el cuchillo todavía en la mano, para asegurarme de que no se moviera.

Los pasos eran irregulares y advertí que algunos subían las escaleras. Había otros en ese piso pero los ecos hacían confundir su dirección. Era cuestión de sudar y esperar. Miré mi reloj: las tres y media. Hacía dos horas que estaba ahí. Podía imaginar lo que Big Fred y los muchachos pensaban. El tiempo había pasado volando porque yo había estado ocupado y la cerradura me había llevado mucho tiempo, pero los pocos minutos en que los guardias hacían sus rondas parecían eternos y yo no me atrevía a moverme de miedo a que el cuchillo se desviara. Pero las telas se hacían pesadas. Con una mano las bajé lentamente haciéndolas resbalar por mi pierna.

Las pisadas se hicieron más pronunciadas de nuevo y ahora se oían voces cuando los hombres se reunieron; rebotaban en el piso del vestíbulo y pasillos, palabras distorsionadas en medio de irreconocibles y ampliados sonidos que magnificaban el número detrás de las puertas. Traté de aislar mi mente de la mezcla de amortiguados sonidos y conseguí aislar extrañas palabras que por sí solas eran insignificantes. Unas pisadas cortaban disonantes por entre la jungla de sonidos y después oí una risa que rebotó por las paredes hacia el cielorraso como profundos y huecos sonidos que salieran de una emisora central.

Risas. Un buen signo. Sostuve ceñudo el cuchillo: por Dios, no te muevas. Después alguien golpeó la puerta metálica y yo casi salté hasta el techo. El cuchillo se movió y yo me quedé helado. ¿Qué infiernos podía hacer? Largué el cuchillo por la impresión, pero aunque el mango cayó no había peligro, se oyó un sonido agudo y después las pisadas siguieron su marcha.

Y luego, a Dios gracias, más risas. Alguien se hacía el loco golpeando la puerta y zapateando. Yo estaba empapado por el sudor, el *shock* y el alivio. ¿Qué pasaba con el cuchillo? Las luces seguían encendidas y el guardia en el lugar. ¿Qué pasaba? Arriesgué una mirada por la rendija entre las puertas, pero el espacio no me permitía ver más que un hilo de luz que por momentos se oscurecía en manchones.

Una voz autoritaria dominó la jungla, los llamó y produjo la retirada de las pisadas, lo que acarreó con ellos intermitentes risas y los ruidos se fueron desvaneciendo. Un par de pisadas recorrieron el exterior como si alguien estuviera haciendo una última inspección. Retuve de nuevo mi respiración. Las pisadas siguieron el camino de las otras, luego, un minuto o dos después, se apagaron las luces.

Todavía tuve que esperar. Por el último eco de las pisadas juzgué que se habían retirado en la dirección que yo debía seguir. Era demasiado pronto para hacerlo. Charlie y Slasher tendrían que seguir aguantando el gradual efecto entumecedor de la inmersión en el agua. Dejé pasar quince mortales minutos. Deseaba salir rápidamente, un impulso que aprendí a controlar pero, aunque estaba acostumbrado a ello, era una de las facetas de la lentitud que jamás me fue fácil. Aun así mi autodisciplina era rígida. Después de quince minutos dejé pasar otros dos con mi oreja apoyada en la puerta.

Entonces levanté el cuchillo y lo volví a bajar hasta liberarlo. Encendí la linterna y la débil luz pareció haber perdido su fuerza. Lentamente empujé una puerta por vez, cuidando de no tocar el alambre. Empujé el rollo de las telas y me arrastré tras ellas. Rápidamente decidí dejar las puertas como estaban, luego pensé

que, cuanto más tarde descubrieran el robo sería mejor. Empujé ambas puertas al mismo tiempo y traté de conservar el alambre de ese lado de la galería; suscitó problemas pero finalmente lo conseguí. Levanté mi atado y corrí por el pasillo dándome cuenta de que debería haber otra área de salida, porque si no la puerta lateral del sótano habría sido protegida. El gusto y la paciente perseverancia de Norman pagaban inmensos dividendos.

Mi nuca me escocía durante todo el recorrido del pasillo. En algún lugar a mi izquierda oí una repentina risa pero pude ver que no había luces que me advirtieran dónde se encontraban. El sonido con toda probabilidad era más cercano que lo que su volumen indicaba: las puertas eran espesas y sólidas y amortiguaban cualquier ruido. Seguí adelante. Cuando llegué aliviado a mi puerta de salida bajé los escalones, crucé el subsuelo y pasé por la segunda puerta que conducía al sótano que habíamos horadado.

Era como regresar a casa: una sensación de inmenso alivio. Golpeé el piso, me arrodillé, acerqué mi cabeza al agujero y susurré.

—Ya estoy de vuelta. Me estoy poniendo las botas.

—Ya era tiempo, maldito. Estamos congelados y está cayendo agua.

Este era Slasher, volviéndose de nuevo infantil ahora que se había hecho el trabajo. Pero había algo más que la grosería y la rabia que no me gustaban en su tono, era el desprecio, y la insubordinación. Sentí que una lenta ira me quemaba y traté de refrenarla cuando metí la linterna que llevaba en la mano en el corto túnel, me asusté al ver el fuerte reflejo del agua que alcanzaba justo debajo del borde: el agua debió haber subido considerablemente y pude ahora oír la fuerte correntada hacia el Támesis. Me puse las botas rápidamente. Empujé el rollo de las telas por delante de mí, me arrastré en el túnel en posición horizontal desde el piso del sótano. Cuando el rollo alcanzó el borde pedí:

—Tómelos. Por Dios, no permita que se mojen.

Para entonces mi linterna estaba casi inservible pero uno de ellos utilizó su lámpara y pude ver alguien que chapoteaba al

adelantarse. Charlie, pensé, y unas manos enguantadas de goma colorada se adelantaron para agarrar el rollo de telas y cuidadosamente las retiró. La luz de la lámpara mostró con más claridad el nuevo lugar y la profundidad de la corriente y me pude imaginar de qué manera los dos hombres en la cloaca se debían haber sentido en las dos últimas horas cuando el nivel y fuerza de la corriente aumentaba gradualmente. Metí primero la cabeza en el boquete y tuve dificultad al final cuando tuve que bajar los pies. Pedí ayuda, alguien que me sostuviera mientras yo doblaba mis piernas para atravesar, pero nadie me hizo caso.

Esto me enojó y maldije con fuerza. ¡Infiernos! Había robado una fortuna que significaba más dinero en sus bolsillos que el que jamás tuvieron en toda su vida.

—Denme una mano, ¡malditos! —Pude verlos ahora a la luz de sus lámparas parados a los dos lados de la escalera metálica riéndose de mis esfuerzos—. Imbéciles.

Retrocedí al sótano y me deslicé en el túnel de nuevo con los pies hacia adelante sobre mi barriga. Estaba hirviendo. Exploré con mis piernas caídas, la correntada tanteando alrededor los ahora totalmente sumergidos escombros y sintiendo el tremendo empuje de la marea. Nadie vino en mi ayuda. La rabia me envolvió por oleadas furiosas agravada por la tensión que se había aflojado ahora. Luché para enderezarme con dificultad contra la fuerte corriente buscando todavía un lugar seguro para apoyar el pie y sujetándome en el borde del túnel para sostenerme. Dentro de la cámara el ruido del agua que fluía era terrible. No había llegado demasiado pronto.

Esperé a tranquilizarme, luego giré titubeando para enfrentar el cañón de la chimenea del túnel. Slasher y Charlie seguían todavía a los dos lados de la escalera, la correntada arremolinándose alrededor de sus piernas, más notable en Charlie, el más bajo, quien tenía dificultad en sostenerse. De todos modos no maté su sonrisa maliciosa que se deslizaba de la sombra que proyectaba su casco. Slasher, también, se estaba divirtiendo a costa mía. Yo todavía

hervía y lo que lo empeoraba era la vista de Big Fred que bajaba después de haber colocado las telas en el camión. Se paró en la escalera con sus pies justo lo suficiente para sumergirse en la espuma que se elevaba y me miró con la misma mueca burlona que los otros. Sentí el frío que me invadía y no se debía al agua helada.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? Deberían estar arriba.

Mi propio aullido me sobresaltó. Algo en esos tres era malísimo.

—Sid está arriba —dijo Big Fred con tranquilidad. Me estaba provocando para que lo enfrentara.

—Sid debe estar del otro lado. ¿Qué juego es este?

Big Fred ensanchó su mueca lo que por cierto no era por amistad.

—Lo traje acá. Cerré la otra entrada. ¿Entiende?

Estaba de pie ante ellos mientras que dirigían sus lámparas sobre mí. La luz reflejada brillaba bajo sus caras ahondando mejillas y ojeras, formando cavidades en sus bocas apretadas. Parecían demoníacos y lo sentí con fuerza en el estómago.

—Malditos locos —dije—. Van a arruinar toda la expedición. Prepárense todos rápido y denme una mano.

Pedí ayuda haciendo un esfuerzo para restaurar la autoridad, pero sabía que no daría resultado.

—¿Por qué? —resopló Fred—. Usted no va a ir a ninguna parte.

Por fin habíamos llegado. Su proceder anterior tenía sentido. Tenía que cuidar mi sensatez, mantenerme tranquilo. Ellos obviamente intentaban apoderarse del camión y abandonarme. Yo había hecho mi trabajo y ahora me habían separado del reparto, la dulce venganza de Norman.

—Abandonándome en el camino no resolverán nada. Si me atrapan también lo serán ustedes.

—Tiene razón. —La risa de Big Fred se mezclaba con el ruido del agua corriente—. Así que nos aseguraremos de que a usted no lo atrapen. ¿Qué le parece, compañero?

Creo que lo había adivinado ya, pero el impacto me llegó entonces a la boca del estómago. Mi boca se secó al instante.

—Los buscarán.

Fred se estaba divirtiendo.

—Es que tuvimos suerte. La poli llegó otra vez pero no se detuvo. Usted es el único que han visto, muchacho. Sid me dijo que él estaba contemplando el Támesis mientras hablaban con usted. ¿Si usted no anda por ahí quién les va a hablar de nosotros? ¿Comprende?

Reconocí que Big Fred podía eliminarme por sí mismo aunque le costaría. ¿Pero los tres? Estaban dispuestos a hacerlo, pero esto era una extra para ellos.

—¿Por qué? —Intenté—. ¿Qué les hice a ustedes tres, excepto llenar sus bolsillos con esas pinturas?

No podía rogar y tuve cuidado de mantener el tono de mi pedido, pero tenía que saber.

Fred dejó de sonreír. Ya había tenido su cuota de diversión.

—Porque se nos ha pagado una gruesa suma para amasijarlo, Spider, gallito, cabezón de mierda. No hubiera podido hacer nada sin que nosotros hiciéramos el boquete.

Arremetí cruzando la abertura que nos separaba, pero la correntada era tan fuerte que si no hubiera sido por mis botas pesadas me hubiera hundido; seguí adelante, sacudiéndome, los brazos hacia afuera para conservar la estabilidad y para agarrar la primera garganta que pusiera al alcance de mis manos. Slasher y Charlie dejaron de sonreír y se pusieron en guardia. Pero cualquier cosa que intentara era solo un intento. Me abalancé hacia los dos en la correntada y la bota del pie derecho de Big Fred salió del agua chorreando negrura, moviéndose pesadamente pero a demasiada velocidad para golpearme, mientras los otros dos trataban de aferrar mis brazos, yo caí hacia adelante. La bota golpeó mi mentón y fue como si hubiera sido golpeado por una palanca de hierro, mis rodillas se aflojaron y solo a medias consciente sentí la oleada en mi cintura que me arrastraba dentro de la cloaca principal.

Unas manos me agarraron y yo luché débilmente con un semiinconsciente esfuerzo de autopreservación. Empecé a tratar de

sacarme la manta de lana que envolvía mi cabeza pero me encontraba ahora asfixiado por los tres: Me doblaron los brazos a la espalda mientras yo golpeaba para liberarme, pero las botas, más el peso del agua anulaban la fuerza de mis músculos y de todas maneras el trío infernal había prevenido los golpes y se habían puesto de costado. De repente me dejaron ir. Tuve una borrosa impresión de Big Fred que agarraba a Charlie cuando la corriente lo atrapó y de Slasher que colgaba desesperado a un lado de la escalera. Viendo mi oportunidad, adelanté mis brazos y casi me disloqué los hombros. Ellos habían atado mis muñecas a uno de los escalones.

—Vengan aquí ustedes dos. Trepen rápidamente.

Slasher y Charlie no necesitaban que los apuraran. Apoyaron sus botas en los peldaños, me empujaron a un lado de manera que me balanceé y sin hacer caso de mí subieron por la escalera. Uno de ellos usó mi hombro como escalón, mientras un chorro de sangre salió de mi oído cuando la punta de la bota lo aplastó. El dolor en mis muñecas atadas fue agonizante cuando me empujaron de la escalera y solo vagamente advertí a Fred al otro lado.

—El jefe quiere que tengas tiempo para pensar en lo que le has hecho —gritó en mi oído lastimado—. No sé de qué se trata, compañero, pero por el *toco* que nos paga, es algo que realmente lo ha descompuesto. —Me sacudió el hombro lastimado cuando pensó que yo no lo oía—. Voy a poner una carga de gelinita que explotará en un cierto momento bajo tu nuez. Eso nos dará una hora para alejarnos antes de que explote. Nunca te encontrarán, compañero. Creerán que te equivocaste con el explosivo cuando encuentren el boquete, si es que queda algún boquete después de esa maldita explosión.

Todo era una locura. Le grité:

—Loco ignorante. En cuanto me dejen me ahogaré.

Fred no se desconcertó.

—Puede ser que pare de llover —dijo alegremente—. De todos modos el jefe quiere hacerte pedazos. Comida para las ratas.

¿Entiendes? Ahora piensa en lo que te he dicho. Adiós, porquería.

Sentí sus fuertes pisadas en los peldaños metálicos. Empujó mi cabeza con su bota cuando pasó, no lo suficientemente fuerte como para desmayarme, no quería eso, pero sí lo suficientemente fuerte para producirme un dolor terrible detrás de los ojos y un palpitante dolor de cabeza. Empecé a luchar sin perspectiva de éxito antes de que alcanzara la cima. Al llegar al pavimento hizo brillar la luz de su lámpara dentro del cañón del túnel para tener una última y satisfactoria visión de lo que dejaba. Debió de sentirse satisfecho. Usé los últimos destellos de mi linterna para localizar el explosivo; estaba atado justo sobre mi cabeza y envuelto en un impermeable. Luego la tapa cayó con ruido, produciéndome espasmos de dolor, pero lo peor fue la súbita y total oscuridad.

Ni un hilo de luz penetraba en el lugar, yo había estado en muchos lugares oscuros, pero jamás en uno como este. Era totalmente negro sin ninguna posibilidad de visión. Lo mismo podía haber sido ciego. El efecto claustrofóbico fue inmediato porque el agigantado rugido de la embravecida marea llenaba la cloaca al no tener escape, así que no había más que oscuridad y ruido y eso, instantáneamente aumentaba a un grado aterrador el confinamiento del lugar y el menguante espacio de aire según ascendía el nivel del agua. Estaba parado en el rabioso torrente con mi cabeza apresada en una enorme valva que cortaba mi visión y llenaba mis oídos con el rugir de la tormenta. Sabía que tenía que reaccionar con urgencia o me volvería loco. Pude sentir el agua arremolinándose en lo alto de mis piernas, pude sentir la áspera mampostería bajo el espesor de mis botas y pude sentir la escalera metálica a mi espalda. Me aferré a esas cosas para evitar desorientarme y por lo tanto aturdirme. Me sobresaltó darme cuenta de que mis manos atadas estaban ya por debajo de la movediza superficie. El agua, ya entraba por el alto de mis botas para aumentar mi desgracia y sin embargo la molestia, la agonía de mi cabeza y de mis oídos, el terror de la oscuridad y del aire cada vez más pesado, los desafiantes olores de la parafina y su peculiar acre dulzura

cambiada luego a un fuerte olor de petróleo, eso me hizo levantar el espíritu; la dificultad de conservar mis pies sin el libre uso de mis manos me dio algo por qué luchar y traté de superarlo en parte ocupando mi mente y rechazando algo de mi pánico. Traté de considerar qué podía hacer. ¿Cuál era mi peligro mayor? Oh, Maggie, ayúdame por favor. Mi grito era hacia ella, porque siempre estuve del lado malo de la valla como para pretender nada de Dios, y ella era tangible, alguien fácil de reconocer y de alcanzar en momentos de horrible tensión. Si tenía algún contacto con Él, entonces Él podía saberlo, porque hacía tiempo que yo había renunciado a cualquier intento de aproximación directa. Mi mente volvía a estas ideas semifilosóficas cuando las cosas andaban mal y yo miraba a la muerte y me daba claramente cuenta de la debilidad de mi caso. No iba a rebajarme a pedir clemencia ahora y traté de encargárselo todo a Maggie, en un desesperado pensamiento. Ella entendería.

Habiéndome convencido a mí mismo de que yo no valía la pena de ser salvado, me puse a pensar cómo podía hacerlo yo. Si solo hubiera luz. El agua todavía seguía subiendo, a un ritmo alarmante y con creciente fuerza. Con un pie tanteé buscando el último peldaño de la escalera; lo encontré, enganché el talón sobre él, y me alcé tan lejos como mis ataduras me lo permitieron. Me moví ciegamente de costado y mi cara rozó el impermeable que cubría el explosivo y su mecha. Tuve que buscar con mis labios y mi lengua, casi arrancándome las manos, cuando me estiré para agarrar la soga. Localicé la cuerda que ataba el paquete a la escalera y la seguí con mi lengua hasta que encontré el nudo. La gelinita tiene una fama terrible de impredecible. No tenía mucha opción de todos modos, ¿qué importaba? No podía ver cómo estaba la cuerda atada así que tiré con mis dientes.

Dos cosas estaban contra mí: el nudo estaba apretado y no podía saber qué tipo de nudo era; el otro era que con cualquier esfuerzo para agarrarlo con mis dientes lo movía y tenía que comenzar de nuevo. Eso ocurrió con tanta frecuencia que empecé a

enloquecer lentamente. Cada vez que mis dientes resbalaban en la cuerda, me mordía el labio y me lastimaba la boca. Hubiera dado cualquier cosa por solo una sombra de luz. Seguí probando, tratando de conservar lúcida la cabeza, rechazando las sucesivas frustraciones y demasiado consciente del transcurso del tiempo y del continuo ascenso del nivel del agua. No hacía mucho bien a mis muñecas pero estaban tan insensibles para entonces que yo no sabía si sangraban o no.

Cuando conseguí aferrar algo entre mis labios, generalmente era la parte equivocada del nudo y no servía sino para que mis nervios alterados me arrancaran lágrimas de frustración. No había nadie ahí para verme, así que las dejé caer, era preferible eso a empezar a gritar a pleno pulmón. Todavía seguía mordisqueando mientras el ruido del nivel aumentaba como si fuera una gigantesca cascada. Durante un loco instante, mientras abandonaba temporalmente el inútil trabajo con los dientes, percibí que la tradicional aceptación del infierno era una falacia. No había un infierno en el centro de la tierra, el infierno era un torrente inflado a cada segundo sin la iluminación, que el fuego puede dar. Este infierno puede apagar el tradicional en pocos segundos: era oscuridad y humedad y aislamiento y desesperación y la muerte lenta de una mente debilitada antes de que el cuerpo también sucumbiera. El infierno está acá abajo en una cloaca y en otro mundo por allí arriba. Cabezas durmientes, ignoran su existencia gozando de placenteros sueños, sin oír los angustiados lamentos de las sentenciadas agonizantes almas de acá abajo.

Quizás grité, no lo sé. Había estado pensando en lo inútil que era dar tres pasos hacia atrás y ninguno hacia adelante en cada loco intento. Abandoné, chupando la sangre de mis labios hasta que mi mente casi se nubló, luego demasiado cansado para importarme, sin esperanza, empecé de nuevo. Y esta vez me dio resultado. Mis dientes aferraron una lazada que debí haber aflojado en mi último intento. Esto me dio valor para continuar y tirando hacia atrás mi

cabeza conseguí aflojar parte del nudo. Me faltaba mucho, lo sabía, pero era un pequeño éxito y lo necesitaba.

Después de eso me quedé más tranquilo, sin una real esperanza, pero con el deseo de seguir y aumentar poco a poco mi éxito inicial. La única manera que tenía de saber la hora, era por el hecho de que la gelinita aún no había explotado. Parecía que había pasado más de una hora de dura, cansadora y a veces incesante esfuerzo pero no podía ser. No podía ser tanto. Mientras mordisqueaba, pensé si me sería dado ver al menos la breve visión de la luz de la explosión antes de desintegrarme. Sabía que debía estar en el límite del tiempo, ahora que hasta el terror se estaba adormeciendo. Repentinamente el paquete no estaba más. Con desesperación, refregué mi cara arriba y abajo del acero pero no había nada. No había oído el chapoteo porque la corriente me rodeaba y sin embargo debió caer cerca.

Subí a uno de los peldaños de la base de la cámara y el agua ascendió en mi cuerpo algunas pulgadas. En ese momento me tuvo sin cuidado. Aprendí a aceptarlo por agotamiento, triunfo y alivio, incapaz de moverme por algunos segundos, balanceándome con la correntada y en el fondo de mi mente pensando si todavía podría explotar. El paquete había estado cubierto con el impermeable. ¿Habría entrado el agua, y si era así, qué pasaría? Empecé a mover las muñecas esperando el estampido.

MIENTRAS luchaba con mis muñecas tanteé con las botas tratando de localizar el paquete. Tenía dificultad para mover mis pies, porque en varias oportunidades la rápida correntada me hizo perder el equilibrio. Lo único que localicé fue uno de los tubos vacíos de oxígeno y finalmente abandoné, concentrándome únicamente en mis muñecas atadas. Con mi lucha anterior había conseguido que las lazadas se aflojaran un poco, pero no lo suficiente para podérmelas quitar. Por el contrario, la lucha para estirarme había hecho que el nudo se apretara y se mojara. Tanteé con mis dedos buscando el nudo, pero me di cuenta de que no iba a conseguir nada de esa manera. Eso me dejaba abierta una sola opción: fricción. Empecé a refregarla hacia arriba y hacia abajo en el borde vertical de la escalera metálica que no era del todo filosa pero era todo lo que tenía. Mis movimientos eran limitados pero seguí adelante.

Tenía una ventaja: mis manos estaban tan insensibles que no sentía dolor, pero mis brazos empezaron a dolerme. Pero la cuestión era cortar la soga antes de que el agua me cubriera la cabeza. El nivel seguía subiendo sin cesar y si no hubiera sido por las ataduras me hubiera hundido mucho antes. Empapado totalmente, ahora podía sentir la espuma que salpicaba mi cara mientras el torrente chorreaba sobre mi torso. Recordé la marca del agua sobre mi cabeza e imprimí más energía a mis movimientos. La fuerza de la marea era casi increíble cuando recordé su placidez

original y sus pocas pulgadas de profundidad. El ruido aunque siempre fuerte, había disminuido un poco al aumentar el nivel del agua. El significado de esto se me escapó por un momento y luego me golpeó con fuerza. Las crecientes de los túneles que desembocaban en la cloaca principal corrían ahora bajo el nivel del agua de manera que no se oía más el fuerte ruido de las cataratas enloquecidas. El agua creciente seguía todavía entrando pero gorgoteando por debajo, en crecientes subterráneas.

Súbitamente salté hacia adelante. Estaba afuera en medio de la correntada antes de que pudiera hacer algo para salvarme. Pero si no hubiera sido por el peso de mis botas, yo estaría bajo la superficie aunque, aun ahora, seguía todavía luchando por mi vida. No me había dado cuenta de que la sogas había estado a punto de romperse. Hice un tardío intento de aferrarme a la escalera pero era demasiado tarde y la corriente demasiado fuerte para permitirme regresar a ella. Fui tropezando veloz, inseguro y luchando para mantenerme de pie. No tenía otra opción que dejar que la correntada me llevara hacia el Támesis, donde yo sabía que cambiaba de dirección.

Con el agua hasta las axilas, inclinándome hacia adelante implacablemente, di unas torpes brazadas arrastrando mis pies y aterrado de hundirme. Estaba forcejeando contra una fuerza que yo tenía esperanza de poder combatir y sin embargo supe que mi oportunidad llegaría pronto, aunque no sabía cuándo. Anhelaba ver de nuevo, aunque solo fuera vislumbrar, pero el tiempo en esa terrible oscuridad no me había provisto de un rayo de luz, no podía controlar mi marcha, tenía poco control pero tenía la suerte de no haberme ahogado todavía. Había criticado la pesadez de esas botas, ahora vi la sabiduría de su diseño.

Usé mi oído en lugar de mi vista y traté de evaluar mi situación. Se oía un tremendo rugido hacia adelante donde la marea golpeaba contra la vieja mampostería de las paredes al dar vuelta a la esquina. Pude sentir una corriente encontrada que me tironeaba y desgarraba mientras yo oscilaba de un lado para otro

tambaleándome en esa dirección esperando hundirme. Mis oídos empezaron a dolerme por el ruido de la salvaje furia de una marea enloquecida temporalmente obstruida. Rugía y batía y tronaba y volvía a retroceder y se arremolinaba en todas direcciones y sentí que me llevaba. De repente me encontré en el centro de una locura de agua y supe que, ni la comparativa seguridad de las botas podría salvarme por más tiempo. Mientras todavía tenía un ligero contacto con el lecho de la cloaca, arremetí hacia mi derecha empujando con los pies lo más que pude. Abandonaron el suelo y yo chapoteé con fuerza con los brazos batiendo salvajemente. Traté de que mis pies estuvieran justo debajo de mí para equilibrarme y toscamente se acomodaron de alguna forma. Cabeceé hacia adelante.

Tuve la presencia de ánimo de darme cuenta de lo que podía ser esa obstrucción, retuve mi respiración, sentí que la correntada me hacía cambiar de dirección luego arremetí con todo. Seguía aún bajo el agua y saqué mis brazos ciegamente. Mis nudillos golpearon en la pared pero era la última señal que necesitaba. Peleé y tanteé con desesperación, luego me colgué con fuerza al peldaño metálico que esperaba encontrar. En un movimiento subí a la superficie chorreando agua y boqueé en procura de aire. Mis pies encontraron el último peldaño y empecé a trepar con tanta velocidad como pude, agradeciendo haber encontrado el escalón que me conducía a la salida que Sid debía vigilar.

Salí con tanta rapidez, a pesar de lo exhausto que estaba, que golpeé con la cabeza la tapa metálica. En mi excitación ni siquiera lo registré excepto como un dolor más. Empujé la tapa y respiré el aire vital y PUDE VER. Estaba lloviendo copiosamente, los pavimentos anegados, el agua golpeaba mi cabeza y punzaba mi piel. Era maravilloso.

No tenía tiempo que perder. Me dirigí al parapeto del Támesis todavía anhelante pero riéndome a medias al mismo tiempo. La calle estaba completamente vacía, lo que no me sorprendía y la intensidad de la lluvia reducía la visibilidad de los halos de luz de los faroles pero después de lo que había sufrido todo era celestial. Me

saqué las botas, las medias largas y el overol y los tiré por sobre la pared al río. Mi casco y los guantes quedaron en la cloaca con el remanente del equipo. Mi ropa y mi pelo estaban aplastados contra la piel. Era una esponja que caminaba. Mis zapatos habían quedado en el camión y con seguridad Fred los habría tirado en el lugar donde yo acababa de tirar el resto. Con mis calcetines delgados y mojados, chapaleé en búsqueda de un auto que pudiera robar con facilidad.

Acomodé el auto entre las dos líneas amarillas de manera de poder tomarlo rápidamente y devolverlo a su dueño. Caminé la distancia que me separaba de mi departamento. Jamás hubiera creído que fuera tan agradable el caminar con ese tiempo sin zapatos ni sobretodo. Pero todavía me encontraba en un terrible problema, que me amenazaba por lo menos en dos direcciones, tal vez más. Subí las escaleras a mi habitación dejando un rastro de agua que el tiempo secaría, cuando llegué al rellano me quedé muerto al ver la figura en cuclillas afuera de mi puerta con la cabeza agachada sobre sus rodillas levantadas y aparentemente dormida. No pude ver su cara: no lo necesitaba. Mi estómago dio un salto y no supe qué pensar. Mi primera reacción fue de placer pero se convirtió rápidamente en alarma.

Me acerqué temblando, le sacudí ligeramente con el agua que corría a lo largo de mi manga y, sobre su gruesa polera. La cabeza de Dick se levantó al instante: sus ojos de inmediato se pusieron alertas cuando me reconoció.

—¡Spider! —saltó sobre sus pies con una descomunal mueca, luego advirtió mi estado y su expresión cambió—. ¡Cristo! Mira cómo estás.

Le regalé una sonrisa enfermante.

—No te importe. Solo que no me preguntes nada, todavía no. — Me quedé de pie delante de él sintiendo por vez primera una real disconformidad—. Dick, qué bueno es verte, pero espero que no te hayas escapado.

Dick vio mi preocupación y rio.

—Estás bromeando. Te he estado esperando aquí toda la noche. Estoy libre. Atraparon al tipo, me pusieron en libertad. No pude apurarme más para contártelo. Traté de conseguir a Maggie pero no me contestó. Pensé que estarían afuera juntos.

Me quedé con la boca abierta frente a él mientras un lento charco se formaba a mis pies. ¿Había sido todo esto por nada? No lo podía entender. Vio mi aturdimiento.

—Mira, Spider, sácate esa ropa. ¿O. K.? —Alargó sus manos—. No haré preguntas. Has estado bebiendo y no llevas zapatos pero no preguntaré. Soy un policía, ¿verdad? Pero también soy tu hermano, así que por el momento no he visto nada. Me lo dirás cuando te venga bien pero ahora quítate esa ropa.

Abrí la puerta y Dick la cruzó y puso a hervir una pava. Estaba pensando cuál sería su reacción si supiera que había violado la Tate. Cuando la noticia se desparramara no tardaría en darse cuenta y entonces ¿qué? Mientras hacía un café me desvestí y bañé. Me trajo el café mientras yo seguía metido en el agua hirviendo. Había pasado casi toda la noche inmerso en el agua pero esta era un lujo. Se sentó en el banquito del cuarto de baño con una taza en la mano y la llenó. Después de tantos *shocks* esa noche, el verlo a él seguía dejándome petrificado. Lo escuché medio aturdido.

—Estoy todavía suspendido —explicó—, pero no me pueden encarcelar por eso. La investigación tiene que proseguir. Pero atraparon al tipo que asesinó a Max Harris y en gran parte te lo debo a ti.

¿Qué era, otra sorpresa más? No levanté una ceja pero lo hice cuando continuó:

—Fue el detective sargento Newton. Figuraba en la lista de Max. Registraron su piso y salió a la luz lo suficiente para detenerlo. Exigía más de Max. Pelearon y Max se puso violento. Fue en defensa propia, pero eso no le ayudará mucho con la acusación de soborno. ¿Recuerdas que le dijiste a Ron Realey que Newton te visitó? Ahí empezó todo. Ron sabía que Newton no pertenecía al

equipo de la sección criminal. Lo que no sabemos y tú nos vas a ayudar es por qué Newton te visitó. Cuando caímos sobre él se desmoronó: jamás había ido tan lejos antes.

Recordé la tensión de Newton y empecé a ver algunos detalles que encajaban. Tenía que estar seguro y salir del lío que iba a estallar cuando se descubriera el trabajo en la Tate. Tragué mi café y salté de la bañera.

—Dick —le dije mientras me secaba con la toalla—. Vete. Ha sido lindo haberte visto. Realmente lindo. Pero tengo algo urgente que hacer que puede ser importante.

—¿Estás en algún aprieto?

—Estaré si no me muevo y no te olvides que todavía estás metido en un problema también. Dame unas pocas horas y lo resolveré. Me tengo que apurar. Mientras tanto no...

—Hagas preguntas —terminó en lugar mío—. Ya sé. Pero te debo algo, Spider. Esta hermandad nuestra no debe de trabajar de un solo lado.

—No a expensas de tu carrera. Ahora lárgate, o nos veremos envueltos en un lío. Métete en tu piso y me pondré en contacto contigo —pensé rápidamente—. Más tarde llama a Maggie a su oficina. Estará encantada de oírte. Y, Dick, dile que estoy bien, ¿eh? Utiliza tu inteligencia.

No lo hice feliz; tampoco lo era yo. Lo estaba colocando ante un nuevo peligro. En este momento yo me encontraba en una situación mucho peor que cuando empezamos y también Dick, pero no se daba cuenta, Dick no era tonto, pero era hermano mío.

—Cuídate —me dijo—. No sé en qué andas, pero estoy contento de que no estás actuando en mi zona.

Sonrió.

El alba aleteaba en indecisas rayas amarillas cuando me colgué de la campanilla de la casa de Norman Shaw. La sostuve durante tanto tiempo que debí despertar a toda la casa. Se encendieron las luces de arriba de la escalera y por fin una ventana se abrió y la

cabeza de Norman apareció: no se había peinado, lo que mostraba cuán agitado estaba. Me reconoció y se estremeció.

—Déjeme entrar —le grité.

—Debe estar loco —me contestó—. No pienso dejarlo entrar. Está despertando a toda la vecindad.

—Déjeme entrar o vendré de otra forma. Puedo romper una ventana.

Todavía titubeaba, quizás pensando que había venido a matarlo.

—Quiero hablarle —añadí—. Nada de violencia.

La ventana se cerró y unos segundos después apareció en la puerta en bata, con su pelo todavía enmarañado, su cara grisácea por la barba incipiente. Parecía haber envejecido pero yo no me molesté en decírselo.

—Todo el mundo está despierto, maldito. Van a pensar que está pasando algo raro.

—Bien —le dije—. Quiero que toda la familia presencie esto: hay algo que deben saber.

Apareció Ulla en lo alto de la escalera en un negligé transparente. Como por milagro, parecía como si justo estuviera por irse a la cama en vez de salir de ella.

—Buen día —le deseé—. Me alegra que esté levantada. Busqué a los chicos, esto les concierne a todos.

—¿Qué juego es este? —Norman giró hacia mí con los ojos ardientes y luego miró a Ulla—. Vuelve a la cama y haz que los chicos se queden en sus cuartos. Esto es entre Scott y yo.

—Pero solo por un momento —estuve de acuerdo.

Ulla se retiró con aspecto preocupado y yo seguí a Norman escaleras arriba a su estudio del frente de la casa. Echó llave a la puerta.

—Después de lo que me ha hecho esta noche está corriendo un riesgo al cerrar la puerta —le dije.

Seguía furioso.

—Creo que no tanto. Todos saben que usted está aquí.

Se dirigió hacia el espejito, tomó un peine del bolsillo de su bata y prolijamente se arregló el pelo: volvía a la normalidad.

—Las pinturas tienen que ser devueltas.

No se movió, pero pude observar su furia que se transformaba en diversión.

—Usted ordenó mi asesinato esta noche —proseguí—. ¿Por qué?

—Porque usted se lo buscó. Usted trató, mal parido, de achacarme a mí la muerte de Max. Usted me hubiera mandado a la cárcel de por vida, solo por salvar a su hermano.

No era exactamente lo que yo esperaba. Lo pensé a fondo.

—Se lo iba a achacar siempre que lo hubiera hecho. Yo no lo hubiera inventado.

Me miró con rabia.

—No sea tan inocente. Usted lo intentó.

Algo andaba mal; esto no procedía de Peter Shaw.

—Norman —le dije con toda razón—, si yo hubiera querido acusarlo lo hubiera hecho. Chrissie estaba tratando de que lo hiciera y yo rehusé a costa mía.

—¿Chrissie? —Acaparé su atención.

Su expresión se hizo vigilante, sus ojos se fijaron en los míos, indeciso sobre lo que yo sabía y temeroso de meter la pata.

—Sí, Chrissie —repetí—. Su vieja amiga, La que se acostaba en el nido de amor de la puerta vecina. Ha estado hirviendo a fuego lento por mucho tiempo. Quiere vengarse.

Lo atonté, lo que presuponía que Chrissie no me había puesto la bota encima.

—El detective sargento Newton le ha contado un cuento chino —adiviné—. Fue a verlo después que Max murió —pensé rápidamente; todo se atropellaba en mi mente—. Newton estaba asustado de nuestra relación, sabía que mi hermano estaba encarcelado y eso le convenía. No sabía lo que yo me traía entre manos con usted y estaba preocupadísimo.

Pero Norman todavía seguía recorriendo su rumbo sin estar seguro adonde lo conduciría. Estaba parado cerca del espejo, atildado de nuevo si no fuera por su barba sin afeitar, sus manos metidas en los bolsillos de su bata y con su mirada suspicaz. Tenía que sacarlo de su defensa.

—¿Sabe que encarcelaron a Newton por haber amasijado a Max?

—¿Qué? —Eso le llegó.

—Liberaron a mi hermano; me estaba esperando cuando regresé esta noche.

Norman palideció y se dejó caer sobre una silla. Se sentó tembloroso y su mirada todavía me perseguía con perplejidad.

—No le miento —proseguí—. Newton me vio cuando le visité a usted y atropelló con todo, usted no sabía que mi hermano era policía, debió decírselo. Entonces le endilgó la historia de que yo lo quería acusar a cualquier precio para salvar a mi hermano. Conmigo fuera del camino y Dick acusado de algo que no había hecho, Newton estaba a salvo.

Vi a Norman que cambiaba su expresión de la incredulidad a la fe y añadí:

—Está bien, yo pensé que usted lo había hecho. Con mis propias sospechas y el cuento de Chrissie usted era el presunto asesino. Pero Chrissie exageró; terminó por convencerme de que usted era inocente. Seguí adelante con el trabajo en la Tate de manera de que usted jamás supiera por qué yo me había conectado con usted. Y esto es la verdad.

Norman me miró con más comprensión, aunque no con simpatía. Lo había embaucado y eso hería fuertemente su vanidad: nunca me lo perdonaría. Se frotó la cara con cansancio y se levantó como un anciano, volvió a mirarse en el espejo, vio una verdad intolerable y se retiró con rapidez.

—Chrissie mató a Max —dijo llanamente—. No usó el arma, eso es todo. Cuando la largué para casarme con Ulla me amenazó con contarle a Max nuestra relación, a menos de que siguiera con ella y

finalmente lo hizo. Max tenía un cerebro simple. Tuvimos que separarnos. Ambos hubiéramos estado razonablemente felices con ese estado de cosas, pero Chrissie no lo permitió. Utilizó toda suerte de presiones para echarme hasta que me acerqué a Max directamente para un asunto. Por la forma en que ella llevaba la partida yo necesitaba protección policíaca de inmediato. Max tenía el monopolio de eso; yo necesitaba algo de su fuerza, así que ofrecí a Newton y a otro, más dinero del que Max y Chrissie les daban para que se pasaran a mi lado. No sé si Chrissie lo adivinó e hizo algo, pero ellos rehusaron mi oferta.

Norman me miró en actitud peleadora como si todo fuera por mi culpa.

—De manera que apliqué una presión psicológica. Les dije que indirectamente los había acusado de soborno. Expliqué; como no me creyeron, vieron a Max y a Chrissie como personas con más poder y a mí en decadencia. De forma que yo tenía que demostrar mi punto de vista. Les dije que yo podía implicar a un policía inocente dejando caer una palabra a cierto periodista y cuánto más fácil me sería acusar a una pareja que fuera realmente culpable. Yo sabía que podía forzar una investigación policial con facilidad. No tenía idea de que fuera su hermano el denunciado. Newton y su amigo me ayudaron.

Lo miré sin poderlo creer, mi furia aumentaba.

—¡Bastardo! —aullé acalorado—. Usted causó a Dick tantos disgustos.

Una helada furia me envolvía.

—No sabía que fuera su hermano —repetía obstinadamente—. Es un apellido corriente.

Norman calló, muy estirado ahora, todavía pálido.

—Supongo que Newton volvió a ver a Max para obligarlo a levantar la suma o quizás a ordeñar a las dos partes. Max no habría aceptado con amabilidad esa presión. —Cruzó su mirada con la mía—. No puedo decir que lo siento. Usted merece lo que se le hizo.

—¿Y si me hubieran liquidado?

Titubeó.

—La gelinita era de utilería, yo solo quería asustarlo.

Reí aunque no se parecía a la risa.

—Es fácil de decir, ¿no? Pero uno nunca sabe, ¿verdad?, casi me ahogué en ese remolino de agua.

No contestó. De todos modos no lo creía.

—Las pinturas se devuelven —dije.

—Es imposible. Tengo compradores en el Japón, no son coleccionistas sino inversores a largo término. No necesitan tenerlos a la vista para deleitarse. Es poco probable que diferencien el uno del otro pero saben que son valiosos y que están invirtiendo para sus hijos y sus nietos.

Me levanté.

—Se van a devolver, Norman. La forma en que trató de asesinarme esta noche cancela el trato. Fui visto en el trabajo y mi propio hermano me ha visto en tal estado que me conectará con eso. Tenemos algo común entre ambos, mi hermano y yo. Maldito sea si no me aseguro de que no pueda protegerme. Si son devueltos los cuadros, él puede adormecer su conciencia pretendiendo no haber adivinado nada.

Norman sacudió la cabeza lentamente.

—Puede tener su parte pero no pueden ser devueltos.

—Entonces le dejo con esto para que piense. Si no son devueltos dentro de seis horas, a partir de este momento, voy a contarle a Ulla de su lugarcito en la puerta de al lado y con quién lo ha estado compartiendo. Y le diré a Chrissie que Ulla no sabe que existe. Si Ulla se encuentra con Chrissie creo que estará usted de acuerdo conmigo en que le va a dar detalles especiales y la convencerá de que todavía ha seguido usándolo. Me dijo que su familia es todo para usted; será mejor que lo recuerde.

No le aclaré que Ulla todavía seguiría aferrada a él por su dinero, pero sabía que no deseaba destruir su imagen ante Ulla; en realidad la amaba. Volví a insistir.

—Usted trató de matarme después que hice el trabajo para usted. Estoy de acuerdo en ir a la cárcel por eso y usted podrá pensar en el escándalo que hará Ulla, mientras usted esté cumpliendo su primera condena y si desea hacer un segundo intento sobre mí, tiene muy pocas horas para llevarlo a cabo.

Yo sabía que no lo intentaría en su casa. Me dirigí a la puerta.

—Y otra cosa: será mejor que llame a su contacto en la prensa y aleje la sospecha sobre mi hermano en seguida. Me voy.

Lo dejé perplejo y enojado pero yo me daba cuenta de que tenía que darle tiempo para pensar.

Ulla me estaba esperando en el rellano cuando salí. Estaba preocupada pero no era por las pinturas o Dick. Pensé si habría estado escuchando. Resolví aclararlo.

—Norman tiene algunas pinturas robadas de la galería Tate. Asegúrese de que sean devueltas para mediodía, o le diré lo de la noche que me acompañó a casa. Ninguno de ustedes dos necesita dinero; él puede soportar esa pérdida.

Bajé las escaleras pensando seriamente si mis días de libertad habían terminado. Ulla pudo achacarme eso; pensé que lo había hecho, pero ahora perdió su última oportunidad.

Regresé al departamento y telefoneé a Chrissie, sacándola de la cama. Cuando vio que era yo trató, pero no pudo, de abreviar sus insultos.

—Han atrapado al asesino de Max, es Newton, usted lo conoce. Cualquier tontería más de parte suya y le soplaré a Norman que usted trató de acusarlo.

Estaba recorriendo el camino del chantaje con fuerza y energía. No veía la razón para decirle que Norman ya lo sabía, merecía transpirar y con probabilidad la alejaría de las espaldas de él.

—Y a la policía también —añadí después de pensarlo.

Colgué mientras ella desgranaba un novísimo e interesante repertorio.

Me preparé el desayuno, rondé con impaciencia y escuché en la radio noticias del trabajo en la Tate: causó sensación. Más

perturbador fue la ajustada descripción de mi persona como la de un hombre buscado por la policía para ayudarlos en su investigación. A la poli le hubiera gustado inculparme; a los patrulleros no les gustaba haber hecho el papel de estúpidos. Telefoneé a Maggie a media mañana, Dick ya lo había hecho así que gran parte del hielo se había roto. Convinimos en encontrarnos esa noche y que ella regresaría a su departamento. Fue el mejor momento del día.

Justo después de la una Dick y su amigo Ron Healey llegaron de visita. Entraron en mi departamento como solo los polizontes pueden hacerlo con ese lento recorrido de la mirada que no se pierde nada y en este caso escondía algo no desagradable pero no del todo divertido.

—¡Hola! —dijeron a coro y se sentaron mirándose el uno al otro.

—La Tate ha sido violada anoche —dijo Ron Healey embarazado.

—¿La Tate? —inquirí.

Sonrieron tímidamente.

—Una cosa notable —continuó Ron Healey—. Se encontraron las pinturas en una cabina telefónica gracias a un llamado anónimo. En cierta forma enfría el problema.

—Adelante —le dije—. ¿Por qué me lo dice?

—Usted es un amante del arte —dijo Healey lentamente—. Pensé que le iba a interesar. Era su estilo de trabajo: bueno, limpio, exceptuando un maldito boquete bien grande. Los sótanos se inundaron pero felizmente no había ahí nada de valor. Pensé que le gustaría saber que tiene un rival.

Nuevamente se intercambiaron miradas.

—Otra cosa extraña —dijo Dick—. Mi investigación ha sido sofocada: de repente parece que alguien ha hecho una sucia equivocación. Esto te va a gustar.

—Maravilloso. Totalmente maravilloso.

Todo esto se recitó sin ninguna emoción mientras nos enfrentábamos el uno con el otro sabiendo cada uno, evadiendo cada uno el verdadero sentido.

Roy Healey dijo:

—Pensé que le gustaría salir y tomar un trago con nosotros esta noche. Sabe, es por la liberación de Dick.

Empecé a relajarme. Hice una mueca.

—Esta noche me encuentro con Maggie. ¿Qué les parece mañana, si no les importa que los vean con un viejo delincuente?

Se levantaron, se miraron y asintieron.

—Podemos arriesgarnos. Siempre podremos aparentar que lo estamos deteniendo.

Dick quiso decir algo más pero no pudo. Estaban demasiado felices. Ron Healey sacudió mi mano calurosamente. Estaba agradecido.

—Qué extraño eso de que se devolvieran las pinturas —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

OceanofPDF.com



KENNETH ROYCE GANDLEY (Croydin, Reino Unido, 1920 – Buckinghamshire, Reino Unido, 1997) fue un escritor de suspense que también escribió bajo el nombre de Ken Royce y el seudónimo de Oliver Jacks.

Royce nació en Croydon, Reino Unido en 1920 y comenzó a escribir en la escuela. Compraba libros de ejercicios baratos y los vendía completamente ilustrados por el doble del precio. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en varios regimientos y alcanzó el grado de capitán. Dirigió su propio negocio de viajes y lo aprovechó al máximo para recopilar antecedentes para sus libros.

Royce escribió 36 novelas de suspense entre 1959 y 1997 bajo su propio nombre (incluyendo *The Third Arm*, *The Stalin Account*, *Fall-Out*, *10,000 Days* y *Channel Assault*), y tres como Jacks. Sus obras más conocidas fueron sus novelas protagonizadas por el ladrón de gatos semireformado William «Spider» Scott, un hombre XYY, cuyo

cromosoma «Y» adicional (en la sabiduría errónea pero convencional de la época) le dio una predisposición hacia la criminalidad. Después de intentar «ir derecho», descubre que su talento está en demanda no solo del inframundo criminal, sino también del servicio secreto, y lo cooptan para un peligroso trabajo encubierto (generalmente a través del chantaje, las tentaciones de dinero o a través de despertarlo su interés).

Una serie de televisión de *The XYY Man* en 1976-7 (adaptando los primeros libros) creó un apetito popular por el personaje, y también el de su némesis, el sargento detective George Bulman, un personaje relativamente menor en los libros originales, pero traído a la vida en la pantalla por la memorable actuación de Don Henderson. Después de que terminó la ejecución de los programas de Spider Scott, el personaje de Bulman tuvo muchas aventuras televisivas que no se basaron en el trabajo de Royce (la serie *Strangers*, 1978-82, y *Bulman*, 1985-7). La popularidad de estos probablemente contribuyó a que Royce decidiera convertir a Scott y Bulman en aliados poco probables y protagonistas conjuntos desde *The Crypto Man* hasta *No Way Back*. Mientras escribió más novelas de Bulman hacia el final de su vida, incluyendo *The Judas Trail* (1996) y *Shadows* (1996).

OceanofPDF.com